



Joan Cortada

La heredera de Sangumí

(Romance original del siglo XII)

Al lector

Cuando publiqué, mi primer romance histórico, titulado Tancredo en Asia, dije en el prólogo que la aceptación que tuviera aquel primer ensayo me indicaría si podrían o no ser bien recibidos otros escritos de su clase, y después de haber oído el juicio que la generalidad formó de aquella obra; doy a la luz La heredera de Sangumí. También ahora temo el público fallo; pero, sin embargo, la felicidad del primer viaje me hace desplegar las velas con la esperanza de llegar a seguro puerto.

Ella il sa ben s'io l'amo, e in lei men vivo.

Tomo I

Mente degli anni e dell'obblio nemica,
Delle cose custode e dispensiera,
Vagliami tua ragion.

TASSO.

¡Musa celestial de la memoria! ¡Tú, que conservas los nombres de todos los nacidos, las proezas de los héroes, los sufrimientos de los justos y las iniquidades de los malvados; tú, que testigo de las revoluciones y de los delitos, recuerdas aún los destinos de los reinos y de los hombres, los ves todavía, los oyes, los admiras, los compadeces o los maldices! Déjame penetrar un instante en tu maravilloso archivo, ábreme el libro en que anotaste los antiguos sucesos de mi patria, una sola de sus páginas, aquéllas en que inscribiste los nombres del cuarto de los Berengueres, y del caudillo de los Agarenos alzados en Balaguer contra el hijo del generoso conde, que contento con la victoria depuso el acero para perdonar las vidas. Dame que pueda ver las celestes virtudes de Matilde de Sangumí y sus atroces padeceres; que descubra los hechos de armas de Gualterio de Monsonís, y sus virtudes también, y el ardor de su pecho y los extravíos de sus mocedades; y si eres bastante generosa conmigo, séame lícito echar una rápida ojeada sobre los últimos instantes que ondeó en Jerusalén el pendón de los infieles, y sobre los primeros años en que los cristianos, de todo el orbe, merced al heroico valor de los cruzados, tuvieron libre y seguro el camino de la ciudad de paz. ¿Y qué pudiera hacer yo sin tu divino auxilio? El reino de mi memoria no alcanza hasta aquellas edades lejanas; mis ojos no miraron los rostros de los héroes, ni mis progenitores los vieron, ni escucharon mis oídos sus palabras; no me sirvieron de ejemplo sus virtudes, ni mi corazón pudo corromperse con sus vicios. No, yo no los vi; tú sola, pues, eres capaz de retratarme fielmente, de revelarme su nacimiento, y cuál fue la suerte que le plugo prepararles al destino. ¡Muéstrame, pues, de tu eterno libro la página no más en que sus obras quedaron grabadas para siempre!
¡Y tú, dulce tormento de los días primeros, origen eterno de todos nuestros placeres y desdichas, hijo de la belleza, amor potente! Deja el regazo de tu hechicera madre, huye las encantadas playas de Citera, ven a mi ruego. Vierte algunas gotas de tu delicioso néctar en la amarga copa que va a derramar mi mano. Cruza siquiera cual una idea celeste y fugitiva por entre las crueles desgracias que agitaron la vida de Matilde y de Gualterio. Hallen un día de paz y de ventura entre tantos años de desdichas, una fragante rosa entre las agudas espinas que le desgarran, un soplo de cariñoso céfiro en medio del deshecho huracán que los combate y

los aterra. Véante al menos cuando se crean próximos a la muerte, acompañales hasta la tumba, y recoge tú, si es fuerza que lo exhalen, su débil y postrimer suspiro.

* * *

Cumplían ya más de cinco años que la ciudad de David y de Salomón estaban en poder de los cristianos, que resonaba por todos sus ángulos el bronce sagrado, no oído desde la conquista de Omar, que Godofredo de Bullón había empuñado el cetro con el modesto título de Defensor y Barón del Santo Sepulcro, y que Arnoldo de Rohes ocupó el primero la silla patriarcal de Asia. En Jerusalén, en Tarso, en Antioquía, en Edesa, eran celebrados los oficios divinos y con la aromosa nube del incienso y de la mirra se alzaban al cielo las alabanzas al Dios vivo: los cristianos que habitaron en la Cilicia, en la Capadocia, en la Siria y en la Mesopotamia, moraban ya de mucho tiempo en la ciudad de paz, conquistada por sus hermanos; el Asia estremecida no osaba alzar su vergonzosa y abatida frente, y el visir Afdal que en el año 1099 había visto desaparecer de las llanuras de Ascalona, como el polvo levantado por furiosa ventisca, las inmensas fuerzas que desde Egipto, de Bagdad y de Damasco se habían reunido bajo el estandarte de Mahoma, sólo entretenía a los conquistadores de la Siria y Palestina con los impotentes ejércitos que enviaba el califa y el sultán desde los márgenes del Nilo y de la Persia. Semejantes enemigos sólo ocupaban por algunos días a los invencibles héroes de la primera cruzada. El resto de la inmensa multitud de peregrinos que la había seguido y el del formidable ejército que la formaba, después de cumplido su voto habían regresado al Occidente a anunciar sus victorias, y a gozar de la paz que esperaban en la patria. Algunos caballeros menos ansiosos de disfrutarla, o más molestados por el afán de gloria, no tan pronto quisieron emprender su vuelta, y abandonar a una ciudad cercada de muchas otras defendidas por los infieles. De poco en poco, venciendo mil veces las fuerzas y las intrigas de éstos, sufriendo toda clase de males, y a costa de un valor a toda prueba, habían logrado invadir el territorio de Galilea, apoderarse de Tiberiada y de otras ciudades situadas cerca del lago de Genezaret, conquistara Jafa, a Ramla, a Neplusa, a Belén, a Arsur, a Cesares y a Jopé, e imponer crecido tributo a los emires de Ascalona y de Tolemaida. En una palabra, en la Tierra Santa imperaban exclusivamente los cruzados, y sólo algunos pueblos de corta importancia se habían librado hasta entonces de sus espadas. Sabias leyes y oportunos reglamentos habían fijado la propiedad y los derechos de cada individuo, de manera que en medio del tumulto de las armas, se gozaban en las ciudades, todas las dulzuras de la paz y de la tranquilidad. Algunos socorros venidos de Europa mantenían el esfuerzo de los caballeros que se quedaron en Asia; y los principados, los condados y la posesión de vastos territorios era el premio que se otorgó a sus afanes constancia. Había, sin embargo, otros que, orgullosos con el título de caballeros y llevados al Asia por la religión y por sed de gloria, no curaban de las riquezas, queriendo sólo señalarse en los combates, y llevar en ellos la estimada primacía. Los cristianos habían dado la célebre batalla de Jafa, en que quedó muerto el emir de Ascalona y cinco mil musulmanes, resto el más precioso del ejército de los infieles; y a poco tiempo perdieron otra en las inmediaciones de Charan, en la Mesopotamia, en donde fueron

sangrientamente derrotados por los guerreros de Mosul y de Maridin, que olvidaron antiguos resentimientos para unir sus fuerzas contra el común enemigo. Así, combatiéndose unos a otros y sufriendo los dos bandos pérdidas por entonces irreparables, manteníase su suerte en el mismo estado; y aunque sin firmar treguas, observábanlas de hecho a falta de ejércitos, a causa de intestinas discordias en ambos partidos, y por la imperiosa necesidad de algunos instantes de paz después de ocho años de tan sangrienta y encarnizada lucha. Tal era la situación de Asia a mediados de 1105.

Cuando se hubo logrado el objeto que armó la primera cruzada, ya hemos dicho anteriormente que la mayor parte de los guerreros había abandonado el Asia para regresar a la lejana patria. El número, sin embargo, de los que quedaron era muy crecido, y formaba todavía un ejército respetable; mas de poco en poco y desde aquella época fueron abandonando sucesivamente el país en que habían cogido tantos laureles y que quedaba regado con su sangre. La galantería, los lazos de parentesco, las obligaciones contraídas, y el deseo de renovar otra vez aquellas escenas que ofrecían las cortesanas sociedades del tiempo de la caballería; llamaban a los barones y señores a sus ciudades y castillos. La ausencia al Asia fue fatal para muchos de ellos la falta del señor y de los vasallos que le siguieron a la Tierra Santa, había despoblado las aldeas, y reducido a yermos los campos anteriormente cultivados; las rentas habían sufrido una terrible mengua, no podían los cruzados mantener la ostentación con que se presentaron en el país de sus conquistas, y sus deudas y próxima ruina les precisaban a volver a occidente con más prisa de lo que convenía a sus intentos. Obsequiados unos a su paso por Constantinopla, y adulados por Alejo Comneno, que los encomiaba en público, mientras les hacía la guerra en secreto, y después de haber corrido mil riesgos en los mares de Asia y, entre las islas del Archipiélago, llegaban a Europa rodeados de un prestigio que ni el valor acreditado nueve años antes en su patria, ni la antigüedad de su noble alcurnia, ni las ponderadas hazañas de sus esclarecidos progenitores, ni las riquezas que les hacían dueños hasta de la voluntad de sus vasallos, habían podido granjearles en ningún tiempo. La veneración y respeto que se profesaba a todo lo que pertenecía a la Tierra Santa, comunicábase con justo título a las personas que venían de ella después de haberla conquistado, al que se había bañado en el Jordán o había bebido las aguas de la fuente de Silbé; y como todos los caballeros trajeron consigo algunas reliquias, a las cuales dábese entonces muy subido precio, no pocos debieron a estos sagrados compañeros de su romería: la bienandanza que después disfrutaron. A todas las hazañas hasta entonces ejecutadas, eran preferidas las suyas en los dulces cantos de los trovadores; la galantería se complacía en tributarles obsequios las nobles y ricas doncellas recibían con predilección sus servicios; obtenían el respeto y la admiración de los jóvenes; eran presentados como el modelo del valor y de la piedad, y sus consejos y determinaciones difícilmente eran contrariados. El amor, el aura popular, un famoso renombre y las consideraciones más exquisitas eran el premio que sucesivamente iban encontrando al pisar el patrio suelo.

La vuelta de aquellos célebres caballeros era lo que con más ansia se esperaba, a mediados del año 1105, en el país en que debemos fijar la

escena. Ambos eran jóvenes, ambos valientes, ambos ricos y ambos nobles. Aunque amigos en la infancia, hacía más de ocho años que se aborrecían a muerte, y se creyera que no podía existir el uno donde el otro respirara. Sabíanlo sus vasallos, y con más impaciencia aguardaban por ello su vuelta, con el objeto de saber si aquel odio se había extinguido durante la santa conquista, o si las escenas de guerra lo habían todavía exasperado. El amor y la ambición eran las causas de este rencor mutuo que empezó desde que estas pasiones hallaron respectivamente cabida en el corazón de cada uno de ellos. No eran rivales; pero aun cuando lo hubieran sido no alimentaran en su pecho más vivo deseo de verter su sangre del que les devoraba. El carácter era tan igual en muchas cosas como distinto en otras. Gualterio, generoso, franco e incapaz de faltar a su palabra y al honor de caballero ni aun con sus enemigos, tenía toda la impetuosidad y osadía que al primer golpe de vista se descubrían en Arnaldo; pero afeaban algunas buenas cualidades de éste la ambición, la doblez y la volubilidad. Educado por una madre tierna y harto amante de sus hijos, no se cortaron en su niñez los gérmenes de tales vicios, mientras Romualdo había desarraigado, valiéndose de la dulzura y de la bondad que le distinguían, las nascentes pasiones que pudieran viciar el corazón de su hijo Gualterio. Criado este joven, que a la sazón tenía veintinueve años, en medio de la familia de Arnaldo, cobró desde la más tierna infancia un afecto hacia Matilde, que la edad y el corazón convirtieron en amor más adelante. Habían andado bien las cosas, y Gualterio era tiernamente correspondido, y las dos familias veían con gusto un nuevo lazo que debía estrechar más y más la antigua amistad que las unía; sólo hubiera faltado a la dicha de todos, que Arnaldo hubiese amado a Casilda; pero Gualterio nunca pudo conseguir que su hermana tomara una parte activa en los proyectos de las dos casas. Diez años antes que sucediera lo que vamos refiriendo, Arnaldo, por efecto de su carácter y poca cordura causó tan grave pesar a su triste madre, que al fin sucumbió al peso de aquel sentimiento. Exasperada por el hijo ingrato que ocasionaba su muerte, eligió por sucesora de los títulos y pingües bienes de la casa de Sangumí de que era heredera, a su hija Matilde, legando crecidas mandas a Gualterio si se unía para siempre con la heredera. Esta última disposición de la irritada madre fue el origen de todas las desgracias de la familia y del odio de los dos guerreros. Arnaldo, ambicioso y ufano con las ejecutorias y riquezas de su casa, no pudo soportar en manera alguna la idea de que se le privara de ellas; posponiéndolo a una hermana. En vano hizo ésta mil generosos ofrecimientos; en vano el anciano Romualdo le aseguraba que en nada le dejaría conocer la desheredación de su madre; inútiles fueron las palabras y renunciaciones de Gualterio; el burlado Arnaldo, altivo y rabioso, ni quería doblegarse a la última voluntad de la autora de sus días, ni deber cosa alguna a la generosidad de sus amigos ni de su hermana. El matrimonio de ésta era el único medio de que llegara a verificarse su desheredamiento, pues mientras ella permaneciera en la casa paterna, en vano hubiera reclamado los derechos con que su madre le había revestido. Así, pues, resolvió a toda costa estorbarlo, y dio a su hermana la elección entre renunciar para siempre la mano de Gualterio, o pasar su vida encerrada en un monasterio. Afligió a Matilde tan cruel alternativa; pero deseando sobre todo lo de este mundo la paz doméstica, estaba

resuelta a sacrificar su amor permaneciendo soltera, cuando la predicación de la Cruzada en 1095 alarmó a todos los caballeros, y suspendió la decisión de su suerte. Arnaldo deseaba ir a ganar fama al Asia pero tenía indeciso el temor de que, aprovechando Gualterio su ausencia, se uniera a su hermana, y burlasen sus proyectos. Con el objeto, pues, de resolver a qué debía atenerse, trasladose al castillo de Romualdo, y le pidió una explicación que pudiese guiar sus determinaciones. Casi los mismos temores agitaban el ánimo de Gualterio. Deseaba ir a la Tierra Santa; pero recelaba que mientras durase aquella conquista, sacrificase Arnaldo a Matilde, y le fuera después imposible sacarla del claustro para hacerla su esposa. Romualdo acordó todos los puntos, y ambos caballeros partieron el mismo día para Barcelona con el objeto de reunirse allí con el ejército del conde de Tolosa, habiendo jurado ambos una tregua para mientras durase la guerra santa. Ya más de dos veces habían llegado a las manos los dos jóvenes, y aun se decía si Arnaldo había pagado asesinos para que quitasen la vida de Gualterio; mas al partir para el Asia ambos caballeros corrieron un velo sobre lo pasado, y marcharon firmemente resueltos a emplear todo su valor y fuerzas para combatir con los enemigos de Jesucristo. Matilde frecuentaba el castillo de Romualdo; y la buena Casilda consolaba los padeceres que inquietaban a su alma por la ausencia y los peligros del hermano y del amante.

Cuando se supo que Jerusalén estaba conquistada, y que los cruzados iban volviendo a Europa, renacieron todos los temores de Matilde, y al mismo tiempo sus esperanzas, porque veía próximo el desenlace de su dudosa suerte. Había ya más de un año que nada sabían de ninguno de los mozos, hasta que a principios de 1105, por algún rumor que no inspiraba la mayor confianza, se llegó a entender que estaban en Constantinopla de vuelta para Europa. Sin embargo, transcurrió la mitad de aquel año sin que pareciesen, ni tales voces se confirmaran.

Reinaba entonces sobre los catalanes el conde D. Ramón Berenguer, tercero de este nombre, hijo de D. Ramón Berenguer II, llamado Cabeza de estopa, a quien decíase que había muerto en una cacería y en el sitio dicho Gorch del Conde, situado en un colladito entre San Celoní y Hostalrich, su mismo hermano Berenguer Ramón, celoso de las mercedes que el padre de ambos, Ramón Berenguer; el viejo; hizo al otro en daño suyo. Durante la menor edad de Berenguer III, sus tutores, el dicho Berenguer Ramón; su tío; y el ilustre y principal caballero, Bernardo Guillermo de Queralt, con la ayuda y valimiento de otros magnates y ricos señores de la vieja Cataluña habían restaurado del poder de los moros gran parte de la llamada entonces Cataluña la Nueva. Recios trabajos y sangrientas batallas costó a los catalanes la conquista de esta parte de su tierra; pero los esfuerzos de los dos caudillos y de los que en tan grande objeto le prestaran auxilio, lograron, al fin, arrojar a los infieles de todo el Panadés, de la ciudad de Tarragona y hasta de su campo entero, encerrándolos mal de su grado en las ásperas sierras de Prades y en el célebre castillo de Ciurana, reputado en aquellos tiempos por fortaleza inexpugnable. Reedificada Tarragona, atrajo Berenguer Ramón a ella a los catalanes de todas partes con la concesión de recompensas, inmunidades y privilegios, logrando de este modo poblar de nuevo la ciudad, ensalzada un día por la voluntad de Dios, y arruinada en otros más aciagos en que le plugo castigar las

demasías y vicios de los catalanes; desde el centro de los escombros alzaba otra vez su abatida frente, preparándose a ser el baluarte de los cristianos contra las armas de los moros. Tortosa, menos feliz, permaneció en poder de estos a pesar de los esfuerzos hechos durante tres años consecutivos por los catalanes, socorridos con la arreada y tropas de los genoveses, quienes levantaron finalmente el sitio haciéndose dueños de las tierras y castillos comarcanos.

Llegado el conde Berenguer III a la edad de quince años, en el 1097 había tomado orden de caballería, rigiendo ya por sí solo sus estados, y mostrando desde el principio dulzura en su trato, humildad en sus modales, largueza y cortesía con todos, e inflexibilidad con los malos; cualidades que bien pronto hicieron augurar a sus súbditos una época de paz y de ventura bajo el cetro de tan recomendable príncipe. En el mismo año concertó con el conde Artal de Pallas, hombre poderoso y de gran valor y conocimientos en la guerra, los medios que debían adaptarse para la conquista de Tortosa, que aunque puestos en ejecución desde luego, por mil contratiempos que estorbaron aquella empresa; no produjeron hasta el año 1120 el resultado que de ellos se esperaba. En 1104 contrajo su primer matrimonio, según las más probables conjeturas, con una hija de Rui Díaz de Vivar, conocido por el Cid Campeador. En 1105 disfrutaban ya los catalanes de paz y bienandanza y conocían cuánto vale un soberano, cuya justicia; a la manera que los rayos del padre de las luces, alcanza lo mismo al infeliz que al poderoso. Lleno el conde de previsión y de valor, arreglaba los planes que debían llevarle a las conquistas que tanto engrandecieron sus estados; mas no turbaba la tranquilidad de los súbditos con guerras prematuras, cuyas disposiciones ni estaban suficientemente meditadas, ni con oportuna sazón dispuestas. Muchos caballeros catalanes aún recorrían el Asia, o si ya volvieron, reclamaban sus primeros cuidados los propios intereses, que durante la ausencia habían sufrido considerable detrimento. Gerardo, conde de Rosellón, y su hermano Guillermo, conde de Cerdeña, con gran número de paladines y gentes de armas; el ilustre Arnaldo de Vilamala, que fue particular amigo de Godofredo de Bullón, dándole no pocas veces saludable consejo, el valiente barcelonés Azalidis, Guillermo de Canet y gran parte de la nobleza catalana habían pasado a combatir a los infieles en la Palestina, en unión de los muchos aventureros y soldados que años anteriores vinieran a España a doctrinarse en la ciencia militar, y a adquirir en ella la fama que no les prometía la quietud de su patria. Ni los que ya habían vuelto, ni los que permanecían en Tierra Santa para dar el último golpe a los musulmanes, cuyos restos amagaban siempre arruinar el nuevo reino de Jerusalén, podían socorrer por entonces al conde; y he aquí la sola razón por qué habiendo moros dentro de Cataluña no resonaba en ella el clarín de las batallas.

La industria catalana florecía ya en aquellos tiempos, y sus productos tenían subido valor en la India, proporcionando en cambio las exquisitas mercaderías de aquella parte. Era Barcelona ciudad de poco recinto; pero su hermosura; elegancia y poder hacíanla notable y muy frecuentada de los navegantes y mercaderes, griegos, pisanos, genoveses, sicilianos, egipcios, sirios y de muchos otros puntos de Asia y Europa. Podía considerarse entonces como el depósito de todo el Occidente, y las riquezas y mercancías que en ella hacinaba, el comercio derramaban por

toda España la prosperidad, y la abundancia y el espíritu de actividad y de industria que ya desde remotos siglos la distinguía. Y no se limitaba a recibir las producciones que todas las naciones traían a su puerto, sino que sus galeras, ya famosas y en crecido número; surcaban todos los mares de Levante, y más de una vez hicieron respetar el pabellón de los Condes, y escarmentaron a los piratas de las Baleares. Sus fuerzas marítimas eran tan grandes y respetables, que en la conquista de Mallorca la armada de los pisanos y otros cruzados aclamó universalmente al Conde por supremo jefe de la expedición; y ya mucho antes que Génova, Pisa y la reina del Adriático frecuentasen las costas de España, se habían hecho temer por sus fuerzas marítimas los príncipes de Barcelona. Tal era el brillante estado de poder y de opulencia que en el año 1105 distinguía a Berenguer III, llamaba a sus estados a todas las naciones, y hacía la felicidad y bienestar de Cataluña. Su rica y espléndida corte era al mismo tiempo la escuela del valor y de la galantería. Opulentos y validos magnates lucían, en ella sus galas, penachos y áureas cadenas; famosos paladines hacían ostentación de su gallardía, y honrábanse con celebradas proezas; noveles caballeros, oliendo todavía a perfumes, hacían brillar las numerosas sociedades, al paso que con los afeites y estudiada elegancia revelaban sus pocos años y escasos lauros; las armas eran propiedad de todo hombre; y cruzaban por las calles y plazas los bridones ricamente enjaezados. Entre aquella turba bulliciosa y activa, deslizábase quizá el mustio y humilde usurero que tenía a contribución a la mayor parte de los grandes, y que en su asquerosa y recóndita trastienda apuraba la aritmética para arreglar sus interminables cuentas, y dar pábulo a los ilimitados dispendios de sus infelices tributarios. El arpa de los trovadores² resonaba en los magníficos salones de los grandes y poderosos, acompañando la dulce voz de los enamorados mancebos; hacía alardosa muestra de la destreza en el manejo de toda clase de armas, y las bellas hijas del Mediterráneo premiaban a los paladines con los favores de su noble cariño, o con las preseas recamadas por sus mismas manos, y presentadas en su nombre por los hermosos y ataviados donceles. Muchedumbre de pajes y escuderos que se agolpaban por todas partes, bastara, cuando otras señales no hubiera, para indicar la riqueza, el lucimiento y el genio guerrero de la morada de los Berengueres. Aplazábanse día y hora para corridas a caballo, proponíanse torneos, y se indagaba con escrupuloso cuidado si se celebraban lejanas justas³. Hablábase con entusiasmo de la guerra de Asia; y los paladines que en ella se hallaron, al referir los trabajos pasados y las batallas conseguidas, movían el interés más vivo y el ansia de imitarlos. La apacible quietud de la noche era turbada por obsequiosas músicas, amorosas aventuras y ruidosos encuentros, y más de un guerrero veíase obligado a empuñar la cruz de la espada cuando iba a estrechar entre las suyas la suave y mórbida mano que sacaba por la reja la compasiva doncella. Convertíase en escena sangrienta la que debiera ser de amor, y hallaba quizá muerto a un valiente, en donde se esperaba encontrar una prenda de dulce y merecida correspondencia. Dispuestos siempre a medir sus armas, todos los lugares eran, buenos, y razonables los tiempos si se trataba de adquirir nombre, de señalarse en una proeza, o de lograr el favor de una hermosa de alto renombre. En una palabra, el amor y la gloria eran las dos grandes

pasiones que agitaban a todos los grandes señores, respetable rango o conocida pujanza; entusiasmaban con singular viveza su genio; y hacían arder con violencia sus impávidos corazones.

Per quanto io miri, alma non veggo: il passo
Onde la s'esce della reggia, é ingombro
Di guardie; ma son lungi, udir non ponno.

A.

Desde más de una hora el clamoreo de las campanas traía alborotada a la aldea entera. Aunque había sólo tres, y dos de ellas de poco tamaño, pudiera creerse que legaban al menos a una docena a juzgarse por las personas que acudieron a la torre. El campanero, que cuidaba también de enterrar a los muertos; podía contar a la sazón con veinte ayudantes, que aunque todos muchachos, lucían su destreza y desplegaban sus fuerzas para hacer voltear las tres campanas con más prisa de lo que convenía a los intereses de la iglesia. Rotas ya las cuerdas a puro tirar de ellas, empujaban el yugo con la mano, y el pobre campanero no podía hacerse respetar de aquella bulliciosa turba, que entre clamoreos y gritos despreciaba sus voces y amenazas. Los que no podían tomar parte en la faena, asomados a los ventanales invitaban con gestos a otra cuadrilla que estaba en la plaza contemplando con gusto y envidia las apresuradas vueltas de las campanas. A cada instante se presentaban nuevos adalides, que llegando de refresco, daban más violento impulso al ruidoso bronce, y acrecían el mal humor del atrabiliario Tadeo. Salían las viejas a las ventanas colgando en ellas los tapetes de las mesas y los cubrecamas, mientras las jóvenes con los trajes más vistosos y relucientes que con el trabajo de todo el año habían adquirido, corrían a la calle para ocupar los bancos colocados en las puertas por los galantes mancebos. Oíase en un ángulo de la plaza el monótono ruido del tamboril y el alegre sonar de vocinglera dulzaina; y todo anunciaba un día de grande fiesta, y la salida de esperada procesión que iba a recorrer la aldea. Todos los ojos estaban fijos hacia la puerta de la parroquia, y algunos pequeños grupos de personas de los dos sexos y de todas edades puestos en pie en varios puntos de la plaza; constituían aquella porción de forasteros, que por no tener en el lugar casa amiga en que hospedarse, les era forzoso ver la función desde la calle, haciendo rostro a los recios empujes con que la multitud los magullaba. Uno que otro viejo regañón y venerado en el pueblo mandaba despejar el paso, y sacudía lindos bofetones y menudeados cañazos a los chiquillos que cruzaban corriendo por su lado, y más de una vez hacían bambolear sus mal seguros pasos. El traje de todos los concurrentes era el mismo, sin más diferencia que la que notamos siempre entre las escogidas galas de la juventud, y la sencillez y limpieza de la edad

madura; sólo algún mayor aseo y gusto en las hechuras indicaban la presencia de algún artesano en medio de la muchedumbre agricultora; por lo demás, ningún vestido se veía que denotase persona de rango diferente; sólo en el balcón de una casa, un sí es no es más alta y espaciosa, se columbraban hasta tres voluminosas matronas más prolijamente ataviadas, que cualesquiera sin temor de equivocarse reconociera a la legua por las esposas del médico, del boticario y del barbero.

Puso fin a tanta algazara la salida de la procesión que acababa de arreglarse en la iglesia. Precedíanla doce mancebos vestidos con caprichosos, y coloreados trajes, y formando una danza, cuyo objeto era imitar las batallas de los moros con los cristianos en los campos de Castilla, los cuales de tanto en tanto se paraban para recitar alguna trova, en cuya composición tenía fama de extremado un estudiante hija del lugar, y que a la sazón vino a la casa de los padres. Seguían la danza dos banderas ya muy anejas, que se contaba habían sido de los infieles; y detrás de ellas y formando dos hileras viéronse hasta catorce doncellas vestidas de blanco y con el pelo tendido, formando el cortejo de la imagen de la Madre de Dios colocada sobre los hombros de otras cuatro compañeras. Aunque en la aldea no había más sacerdotes que el cura y el hijo de Tadeo, al olor de la fiesta acudieron otros tres comarcanos, dos de los cuales, a fuer de buenos cantores, habían dirigido el coro durante la misa mayor. En la procesión, dos de los curas vecinos en clase de asistentes llevaban el Gremial, y servían de compañeros al del pueblo, que colocado en el centro tenía en sus manos una venerable reliquia de la patrona Santa Eulalia; el hijo de Tadeo procuraba mantener el arreglo de la procesión, y el otro cura servía de guía a los labradores que con sendas velas acompañaban la reliquia, e iban cantando el himno de dicha Virgen:

Virginis laudes canimus pudicae
Mille quae sertis redimita frontem.

El estudiante de que hemos hecho mención, el médico, el boticario y el barbero llevaban el palio, y nadie se hubiera creído más digno de contribuir tan de cerca a la religiosa ceremonia. Detrás de los sacerdotes veíanse dos criados ricamente vestidos y que alumbran con sendas hachas por orden del señor del lugar, cuyos achaques no le permitían asistir al acto pío como solía hacerlo todos los años. Ellos hubieran cerrado la procesión a no presentarse accidentalmente al salir de la iglesia un peregrino que se colocó detrás de todos, llevando en la una mano el bordón, y en la otra un ancho sombrero a propósito para guarecerle de los rayos de sol. Este personaje atraía sobre sí las miradas de todos los espectadores, y su figura reclamaba con justo título distinción semejante. Su alta talla y las buenas proporciones de su corporatura bastaran a presentarlo como un hermoso modelo de la especie humana, si la encorvada cabeza, casi enteramente calva, y la luenga y clara barba no mostraran a tiro de ballesta que habían desaparecido la robustez de sus miembros y la

fuerza de su marchita musculatura. Es cierto que las mangas del capotón le ocultaban enteramente las manos, y que sólo se le veía la mitad superior del rostro; mas el paso calmoso y poco firme, y su posición inclinada a la tierra hacían adivinar los estragos que en su atlético cuerpo debía de haber causado el transcurso de muchos años. Fijas sus miradas en el suelo e incapaz de distraerse, no eran bastantes a hacerle volver la cabeza las exclamaciones de las mujeres, ni la curiosidad de que era objeto. Recibía en el sombrero las limosnas que le daban sin haberlas pedido, y sólo una inclinación de cabeza denotaba que no eran indiferentes aquellas espontáneas larguezas. En vez de adornar con conchas la esclavina de su capotón, como lo vemos en nuestros días, sólo se notaban en ellas algunas crucecitas hechas de cedro cortado en el mismo Líbano. En los términos que hemos dicho, dio la procesión la vuelta acostumbrada por la aldea; y regresó a la iglesia en el mismo orden con que había salido media hora antes.

Los últimos rayos del sol de otoño herían el gallo que descollaba en la punta, de la torre, cuando finalmente cesó el ruido de las campanas y todos los lugareños se dirigían a sus casas para esperar la hora del baile a que el señor les convidaba en la plaza del castillo. Los cuatro eclesiásticos y el estudiante entraban en la casa del cura acompañados de éste, y el sacristán, corría los cerrojos en las puertas de la iglesia para marcharse a cenar con su familia. El peregrino, que salió el último, rogole que le dijese si por aquella noche le darían hospedaje en el castillo que descollaba en la vecina altura.

-¿Quién en el pueblo os lo negará al ver el traje que vestís? -habló el sacristán-; y mucho menos en el día en que habéis llegado; yo, desde luego, os ofrezco mi casa, en la que, si no opulencia, tendréis al menos cena de fiesta mayor, y cama en que reposar cómodamente.

-Os lo agradezco -contestó el peregrino-; pero me han dicho mucho bien del señor de aquesta aldea, y tengo deseos de conocerle.

-Nada más fácil; yo mismo os acompañaré si antes me permitís llegar a mi casa a advertirles que no les alarme mi tardanza.

Y sin esperar la respuesta cruzó la plaza, metiose en la primera calle y entró en su casa, y explicado el motivo que retardaría su vuelta, estuvo al lado del forastero en menos, de cinco minutos.

-A la verdad -siguió, continuando la conversación empezada y emprendiendo el camino hacia el castillo-; no os han engañado; es el señor algo regañón algunas veces, sobre todo si le atormentan las jaquecas que suelen menudearle como los trabajos al pobre, y se pone de un humor insufrible si se le habla de cierto acontecimiento muy ruidoso que de un mes a esta parte tiene aturdidias a todas las gentes de los pueblos circunvecinos; por los demás, tiene un carácter muy bueno, se complace en remediar todas las desgracias ajenas, y trata con dulzura y compasión a sus vasallos, cosa poco común en los señores de estos tiempos.

-Con estas noticias -razonó el forastero-, bien me parece que puedo esperar una acogida favorable.

-En cuanto a eso no hay duda -repuso el lugareño-; y aun casi os aseguraría que tendrá un gusto particular en alojaros.

-Pues qué -interrogó el romero-, ¿suele hacerlo con los peregrinos?

-Eso no pudiera yo deciros -satisfizo su guía-, porque vos sois el segundo

que veo en mi vida; pero como presumo, que venís de Jerusalén, y hace ocho años que marchó allá su hijo primogénito con el conde de Tolosa, Raimundo, y desde mucho tiempo nada ha sabido de él, desea el buen anciano recibir noticias; y si se las podéis dar y explicarle algo de las batallas y sufrimientos de los cristianos, vuestra morada en el castillo no será tan corta como la de los otros pobres viajeros que en él se albergan frecuentemente.

-Algo podré decirle de los cruzados -observó el peregrino-, pues en realidad vengo de Asia y seguí al ejército desde Constantinopla; pero ignoro si me será dado satisfacer mis deseos en orden a lo que más debe interesarle.

-Mirad, mirad -atajole el sacristán- cómo ya se encienden las hogueras que deben alumbrar la plaza del castillo. En él da el señor un baile a los jóvenes de la aldea y todo el pueblo concurrirá a esta diversión prometida hace ocho meses. ¿Veis aquella galería elevada que desde aquí parece estar sobre la puerta?

-Sí, y aun me parece que diviso en ella alguna persona.

-Ciertamente -continuó el sacristán-, éstos son los criados del castillo que arreglan algún cómodo asiento para su amo y algunas otras personas que en su compañía presidirán quizá la fiesta. Démonos prisa, pues la cosa va muy adelantada, y yo he de volver abajo para traer acá a mi familia. No es poca suerte el que hoy todo esté abierto, pues a ser otro día, fuerza nos era esperar que se hiciesen mil ceremonias, se bajaran puentes y se abrieran ferradas puertas para vernos en la plaza -en la cual estaban a la sazón los dos interlocutores.

-¡Santiago, Santiago! -gritó el guía.

Y a una de sus voces vino un antiguo criado del castillo, que no era la persona que menos se respetaba en la aldea. Expúsole el objeto de su venida, y le indicó al peregrino, que se había detenido al adelantarse el otro hacia Santiago. Éste, oída la relación, entrose en el castillo, mientras el sacristán se despedía del viajero diciéndole que estuviese seguro de ser admitidos y acompañado al aposento que se le destinara. Sólo el romero en el anchuroso patio y apoyado contra el robusto brocal de un pozo que había en el centro, registraba con curiosas y rápidas miradas la forma, el grandor y toda la planta del edificio. Elevábase éste a mucha altura, formando un perfecto y espaciosísimo cuadro rodeado de altas murallas en que se distinguían numerosas almenas, y defendido, además, por cuatro robustas torres que indicaban sus ángulos. Cual si no bastase haber construido la muralla entre dos anchos fosos que no tenían más paso que un estrecho puente levadizo, sobre el foso exterior había otro muro más bajo, pero capaz de resistir imprevisto y repentino choque de la parte de afuera. Como por sola ceremonia se veían a la sazón sobre él puente y en las torres algunos centinelas que ni molestaban con preguntas a los transeúntes ni impedían el paso a persona alguna. Su traje tosco y sus rostros curtidos por el sol y por las injurias de la inclemencia bastarán para atemorizar a la primera ojeada al que no tuviera costumbre de verlos; pero en la aldea a todos los conocían por sus nombres, y a nadie inspiraban más que cierto respeto indefinible, debido, sin duda, a la consideración del magnate a quien servían; así, vemos a los muchachos de la casa jugar con la mayor seguridad con los corpulentos mastines; sin más

prevención que la que naturalmente inspiran su aparente robustez y fuerzas, mientras el forastero se horroriza a su aspecto y tiembla por su vida. Observábalos el peregrino, y era a su vez objeto de las miradas de todos ellos. La luna iba muy cerca del astro del día, y en el instante en que hablamos sus tibios resplandores ya sólo herían las cúspides de las torres y almenas. No se hallaba de falta su luz en el patio, pues ardían en él bien provistas hogueras, cuyo efecto no era menos que el de las espléndidas luminarias de nuestros salones.

Salió Santiago, e hizo señal al forastero para que se acercara. Siguióle al momento, y fue introducido en una espaciosa sala, en cuyas paredes veíanse, colgadas con abundancia espadas, capacetes, escudos, lanzas, en una palabra, armas de ofensa y defensivas de todas clases, tamaños y metales, interpoladas con grandes cuadros cuya mayor parte eran retratos de los antepasados, y los demás representaban objetos piadosos. Nadie había en la pieza; y al entrar en ella Santiago indicó al peregrino que se sentara, mientras salía el señor del castillo. Aunque la noche era templada, ardía en un ángulo del salón anchurosa chimenea, cuyo reflejo unido al de dos lámparas pendientes del altísimo techo, era la única luz que alumbraba aquella espaciosa estancia. No descubría el forastero más que dos asientos cubiertos de terciopelo y fabricados con tanta comodidad que bien pudiera aguardarse sobre ellos la siguiente mañana. Lejos de atreverse a ocupar ninguno permaneció en pie cerca de la puerta, esperando que se presentara el anciano y noble señor del castillo y de la aldea.

Después de largo rato entró un criado llevando un escaño muy bajo y nada cómodo, y pocos pasos tras él se presentó el esperado personaje. Dos criados lo sostenían por los sobacos, y cuatro tremendos alanos iban dando a su alrededor mil saltos y ladridos que suspendieron de repente al divisar al huésped, a quien parecían dispuestos a arremeter furiosamente.

-¡Quietos! -gritó el amo; y al momento se colocaron tras él marchando con gravedad y sin perder de vista al nuevo morador de su casa-. Acercaos, peregrino -le dijo el anciano-; sentaos cerca o apartado del fuego-, según mejor os plazca, y decidme ante todo, si venís fatigado y si tenéis necesidad de descanso.

-No tal -dijo el romero-; he andado poco en este día, y no es todavía la hora que suelo entregarme al reposo.

-Entonces podéis venir a presenciar el baile, y después de él satisfaréis, sin duda, a las preguntas que yo os haga.

-Procuraré complaceros; y, en cuanto al baile, dispensadme, os ruego, de asistir a él, porque, a la verdad, es cosa poco análoga al traje que visto.

-Dejad de verle si no os gusta; el bueno de Santiago os dará conversación mientras yo no puedo hacerlo; y diciendo estas palabras volvió a salir para colocarse en el asiento desde donde debía presidir la danza de los aldeanos.

Su llegada se esperaba sólo para romperla; así fue que al presentarse sonaron a la vez los doce instrumentos que componían la orquesta, y empezaron a lucir la ligereza y soltura de miembros los alegres mancebos cogidos a sus respectivas parejas. No haremos la descripción del baile, porque no nos queda duda de que con distinta música y con compás más pesado o más vivo harían entonces los aldeanos a cortísima diferencia de

lo que vemos en nuestros días. Tal vez había en ellos más gracia o más soltura; pero a este defecto suple ahora el mayor gusto en el aire y en los grupos. La señorita del castillo se presentó a poco rato; y su vista dio nuevo ardor a todos los danzantes, a los cuales animaba su jovial sonrisa y su aprobación bulliciosa. Sin embargo, cansada muy presto de aquella algarabía, rogó a su padre que fuesen a la sala grande a oír la relación del peregrino, y a saber nuevas de su hermano Gualterio.

-Ya extrañaba yo -le dijo su padre- cómo no mostrabas tu impaciencia; pero vamos; pues esta vez también yo participo de ella; y apoyándose en su hija y en el mayordomo fue a acomodarse enfrente de la chimenea, y Casilda ocupó su lado en el otro asiento igual al de su padre.

Todos los criados salieron a una indicación del amo; sentose el peregrino, y los perros, después de haber gruñido en voz baja como para indicar su vigilancia, se tendieron de barriga en el suelo cerca del anciano, colocando el hocico sobre sus pies, según tenían de costumbre.

Romualdo era un setentón que no se doblaba todavía al peso de los años; aún no le tenían asaz marchito algunos achaques crónicos; entre los cuales aquejábanle, sobre todo, los dolores de reumatismo que solían atacarle las piernas. En su juventud se había dedicado a la profesión de las armas, y en más de una lid hizo morder la tierra al paladín enemigo. Conservaba con religioso cuidado las coronas que habían ceñido sus sienes en tres batallas de rivalidad feudal; y nunca dejó transcurrir un día sin clavar los ojos en el acero arrancado a un barón valiente que se atrevió a disputarle la mano de la madre de Casilda. Su carácter era sumamente bondadoso: amigo de derramar beneficios en todas partes, no le habían hecho arrepentir de su proceder las ingratitudes que frecuentemente, sacó de ellos. Indulgente con los dos hijos que le había dejado su esposa, que murió al darle a Casilda; perdonaba con facilidad sus travesuras, estimando en la una el vivo retrato de su madre, y viendo en el otro el mismo valor, y afición a las armas que constituyeran en otros días su carácter.

Al publicarse la Cruzada, no vaciló un momento a poner a su hijo en campaña, y armó treinta vasallos para que le siguiesen a Palestina. Desde entonces, solo en el castillo, ocupaban sus horas la lectura, el arpa de Casilda, y los paseos por sus dilatadas posesiones cuando sus males no le sitiaban en casa. Había transcurrido más de un año sin que nada supiera de Gualterio, y este accidente le traía bastante cuidadoso. Algún tiempo antes envióle el atrevido mozalbate tres espadas quitadas a otros tantos caballeros que había muerto en el sitio de Jerusalén al tiempo de escalar sus murallas; y aquel presente, consolándole de su ausencia, envanecía su paternal orgullo. Con ansia esperaba saber qué había sido de él en los últimos acontecimientos de la guerra, y la venida del peregrino creyó que pudiera traerle algún consuelo o una noticia cruel capaz de costarle la vida.

Casilda frisaba en los diecinueve años. Tenía poca talla, pero un cuerpo bien formado y lleno de gracia y de soltura disimulaba aquel pequeño defecto. Rubia y pintada, siempre su blanca tez con el carmín más puro, demostraba en el rostro la tranquilidad de su corazón, que se traslucía, además, en sus brillantes ojos azules y en la sonrisa que nunca huía de sus labios. Viva, joven y feliz, no despreciaba la menor ocasión de

divertirse, y sabía hacerlo con cualquier pretexto. Era la mujer más rica de la aldea por las circunstancias de su familia, y al mismo tiempo la más pobre por su carácter y su genio: jamás infeliz alguno se acercó a ella sin experimentar algún rasgo de su largueza, y todas las muchachas del pueblo tenían prendas que ella había llevado, y que les daba al verlas rotas y andrajosas. Con semejante índole era querida de todo el lugar y el ídolo de su padre, y si bien se tomaba la libertad de regañar, a todo el mundo, nadie la hacía caso, porque sus enfados eran como los fuegos fatuos que aparecen, brillan, no dañan, y expiran. Los pesares no tenían entrada en su alma: sólo se acordaba de haber tenido un verdadero disgusto que la hizo llorar algunas veces, y fue la muerte de la anciana Marta, antigua dueña, servidora ya de su madre. Como la buena señorita tenía sendos ribetes de supersticiosilla, más de cuatro noches la amedrentó su fantasía representándole a la vieja Marta como una aparición de allende, y en tales casos santiguábase mil veces y rezaba Padrenuestros a toda prisa para aplacar la airada fantasma de aquella a quien hizo rabiar veces sin cuento. La ausencia de Gualterio causábale a Casilda alguna pesadumbre; pero lo que de algún tiempo le daba ratos de malísimo humor era el ruidoso acontecimiento que, según el sacristán dijera al peregrino, traía muy alborotadas a las gentes del vecindario, haciendo menudear las jaquecas del señor de la aldea. Casilda mandaba a todas las personas del castillo, incluso a su mismo padre, quien se complacía en darle gusto y en prevenir todos sus deseos. Nunca había amado, ni a la sazón amaba tampoco; así su pecho tenía aún aquella dulce calma de la infancia, y su carácter no había sido alterado por la fatal pasión, que es el primer patrimonio de la juventud.

Sentada en el instante de que hablamos cerca de la chimenea, y examinando curiosamente y sin reserva al peregrino, escuchaba con atención la plática de este con Romualdo. Revolvía de cuando en cuando la lumbre, pisaba las manos de los perros, o jugaba con el bastón de su padre, aun que sin perder una palabra de cuantas se proferían.

El anciano fue el primero en romper el silencio, dirigiéndose a su huésped.

-¿Hace mucho tempo que habéis salido de Asia? -le dijo.

-Cuatro meses -contestó el peregrino.

-¿Salisteis de Europa con el ejército de los cruzados -continuó aquél- le habéis seguido siempre, llegasteis a Jerusalén, o cuándo fuisteis al Asia?

-Salí con el ejército, estuve con él, vi la Ciudad Santa, y vuelvo cuando ya se retira.

-¿Conocisteis a los principales jefes del ejército? -interrogó el señor-

¿Podéis darme noticias de Godofredo de Bullón, del conde de Cerdeña, del de Tolosa, del ínclito Vilamala, de Tancredo, de su amigo Boemundo, príncipe de Tarento, y de algunos otros?

-Y aun de todos puedo deciros -insistió el romero-; y no sólo de los personajes que vais nombrando, sino también de otros de menor cuantía.

-Dos solos me interesan vivamente -observó el padre de Casilda-; y, a la verdad, deseo saber de la suerte de ambos.

-Yo os la diré -persistió su interlocutor-, pues no duda que el uno de ellos será vuestro hijo Gualterio, llamado el Caballero del Ciervo, y el

otro vuestro vecino Arnaldo, por sobrenombre el Caballero Verde.

-Precisamente; pero, ¿cómo sabéis vos -añadió el anciano- que tengo yo un hijo, y que, además de la suerte de éste, puede llamar mi atención la del Caballero Verde?

-A los dos los conozco -expuso el huésped-; a los dos vi romper lanzas en la plaza de Antioquía, cuando por muerte de la hija del soldán de Rum y de Kerbogá, no pudo verificarse el desafío de éste con Tancredo; y puedo añadir que la victoria quedó a favor de vuestro hijo, desde cuya época estimase en más entre los cruzados catalanes la mezcla del blanco azul que corona el yelmo de vuestro hijo, que el color verde que brilla en el del caballero Arnaldo. Entereme entonces de quiénes eran; supe su patria y sus familias, y aun llegaron a mi noticia algunos pormenores que aclaraban cuál era la causa de mantenerse cierto espíritu de rivalidad entre los dos paladines.

-No es ésta la vez primera -replicó Romualdo- que mi hijo le ha vencido. No lejos de este sitio pudiera enseñaros un lugar en donde le hizo botar del caballo, pero yo le mandé jurar a su partida que se olvidaría de todos los resentimientos para consagrar exclusivamente su valor a la causa de Jesucristo y tengo la más grande pena al saber que ha faltado a su promesa; pero, ¿cuál era su suerte al salir vos de Asia? Decidlo sin titubear, y si debéis darme una noticia aciaga, creed que estoy preparado a oírla.

-Vivía -habló el huésped-, y aún casi os asegurara que ahora vive; al menos todas las apariencias están a favor de esto. Acabada la guerra, y quedando solo en Palestina los desdichados restos de los vencidos musulmanes, ningún caballero, a excepción de los que juraron morir en Asia, dejó de apresurar su marchó hacia la patria. Unos se embarcaron en los puertos de Siria para venir directamente a Europa; tomando otros por tierra la ruta de Constantinopla. De estos últimos fue Gualterio; y hace tres meses que le dejé en la capital del imperio griego, en donde le detenía la grave enfermedad de un paje árabe que le siguió desde Nicea. Arnaldo, embarcado en la escuadra genovesa que estaba anclada en el puerto de San Simón, debe de haber llegado a las costas de Francia, y aún le sobra tiempo para hallarse en Barcelona.

-¿Y por qué, pues, no ha enviado noticias tuyas mi hijo -observó el padre- por alguno de los caballeros que desde Constantinopla han llegado a la corte de los Berengueres?

-Quizá ha llegado él mismo -atajole el huésped-, y no querrá que otra le preceda en daros tan dulce nueva.

-Podrá ser así -discurrió Romualdo-, y casi vengo a creerlo; pero, decidme, ¿era temida su espada entre los sarracenos?

-Y aun entre los cruzados -exclamó el romero-; pocos se hubieran atrevido a medir sus fuerzas con el Caballero del Ciervo, y es imposible que no haya llegado hasta aquí la fama de sus hechos.

-Algo hemos sabido -habló el satisfecho padre-; pero yo deseo tener relaciones exactas, pormenores que me satisfagan, y noticias que ni en un ápice discrepen de la verdad.

-Ésas os daré yo tan circunstanciadas como podáis desearlas -siguió el desconocido-; pero la noche está muy adelantada, vuestra edad reclama el reposo, y si me lo permitís añadiré que mi relación pudiera en tal hora

seros pesada.

-El peregrino está en lo cierto -observó Casilda-. Mañana, en presencia del señor cura, que tanto quiere a Gualterio, podremos saber todas esas cosas, y es hora más propia que la presente; pues si una se duerme después de oír contar batallas y muertes, que no podrán faltaren historia semejante, se suena toda la noche esas tremendas escenas; y luego se muere una de miedo aun después de despierta.

-Bueno, bueno -interrumpiolo su padre-; quédese la relación para mañana, y aloja a nuestro huésped en la sala baja, donde no le molestarán los criados que madrugan.

-Yo os acompañaré a vuestra estancia y conduciré después a la suya al peregrino, si tiene la bondad de esperarme -dijo Casilda.

-Antes -respondió el desconocido- recibiré en ello una merced señalada. Y saludando a Romualdo que marchaba, por segunda vez se quedó solo en la misma pieza.

-No hay remedio -decía consigo mismo-: es indispensable revelar este misterio a la señorita, y descubrir terreno. El tiempo urge: si nosotros hemos llegado antes, según parece, el golpe es seguro; y cuando venga el exasperado caballero ya no podrá trastornar lo hecho. Todo depende de la actividad, y en este punto nadie me aventaja.

Los pasos de Casilda que resonaban dentro de la estancia no le dieron lugar a más discursos, y se levantó del asiento para ser conducido a la habitación que se le destinase, hacia la cual íbalos alumbrando un criado con una antorcha en la mano. Llegados a la estancia y mutuamente despedidos, aún permanecía indecisa Casilda, cual queriendo saber del romero alguna cosa.

No se le ocultó a éste la incertidumbre de la doncella; y como para su objeto le era forzoso hablarle a solas, le preguntó si tenía qué mandarle.

-Que mandaros nada tengo -satisfizo Casilda-; pero sí quisiera haceros una sola pregunta.

-A la cual satisfaré con gusto -dijo el huésped.

Y la joven mandó a Ramón que fuera a esperarla al pie de la escalera.

No le hubo de saber muy bien semejante orden al concienzudo criado, según la poca prisa que se dio en obedecerla; nada regular le parecía tal confianza, y aun allá para sus adentros jurara que si viviese, la buena Marta, no permitiera tal cosa.

Cuando calculó la hija de Romualdo que ya no podían ser oídos, dirigióse al forastero con las siguientes palabras:

-De vos deseo que me digáis, sin rodeos, si mi hermano vive o si ha muerto. Hablad la verdad; mi corazón está dispuesto para una amarga noticia.

-Vive -respondió el interlocutor-; está seguro y en Europa.

- ¿Pues por qué no se lo dijiste a mi padre? -insistió Casilda.

-Ante todo, señorita -repuso el desconocido-, ¿puedo yo hablaros con franqueza y revelares un secreto?

-Sí podéis -expresó la hermana de Gualterio-; y contad con mi reserva.

-De este modo -prosiguió el peregrino-, os diré, en primer lugar, que yo estoy muy distante de ser lo que parezca.

No bien hubo acabado de pronunciarlo cuando la doncella retrocedió dos

pasos, y estuvo a pique de dar un grito que hubiera trastornado todo el castillo, produciendo resultados de no poca importancia.

-No temáis -persistió el desconocido-; aseguradme que nadie nos oye; os daré noticias, que no deben seros sino muy gustosas. No receléis cosa alguna; mis palabras y mi conducta no desmentirán el traje que, al parecer, os inspira seguridad; antes bien, me tendréis mucho más sumiso a las órdenes vuestras, que debo obedecer ciegamente.

Más tranquila la joven y muerta de curiosidad, salió del cuarto, dio unos cuantos pasos en el corredor, echó la vista por una reja: que daba al patio, aplicó el oído hacia todos lados. Y vuelta al peregrino:

-Hablad con entera confianza -le dijo-; no veo a persona alguna, y las guardias que rodean el castillo están demasiado lejos para oír una siquiera de vuestras palabras.

Dejó el forastero el bordón; echó fuera la esclavina, despojose del capotón, arrancó la postiza barba, y levantó la especie de peluca que le cubría hasta las cejas, apareciendo un afiligranado mozalbete de veintidós años, de rostro aunque no hermoso, alegre y decorado con negros y espesos bucles. A primera vista descubriase en su cuerpo toda la soltura propia de sus pocos años, con cierta gracia, además, que no hubo de displacerle a la tímida doncella. Ante su persona se inclinó con respeto el galante mancebo, y le dijo estas palabras:

-Aquí tenéis, señorita, pronto a cumplir todos vuestros mandatos, a Ernesto de Otranto, paje que ha sido del famoso Tancredo; y que en el día tiene el honor de haber ascendido a escudero de su señor y hermano vuestro, el ínclito caballero Gualterio de Monsonís.

Algo resentida la hija de Romualdo al ver que el desconocido era un escudero, cuando ella esperó topar, por lo menos, con un hidalgo paladín, y recordando con disgusto lo obsequiosa que con él anduvo, tomó cierto aire de altanera superioridad, que no le era natural; y con el verdadero acento del orgullo ofendido:

-¿Cómo has osado -le dijo- detener en este sitio a una persona de mi clase, engañar con tu traje y tus palabras al señor de Monsonís, y admitir sin resistirlo los obsequios que por ningún título pueden competerte? Alza tu humillada cabeza, y responde cual debes a mis preguntas.

-Señora -contestó Ernesto, con tono dulce, y humilde-; he cumplido estrechamente los preceptos de mi señor, a pesar de lo que se resisten a mi corazón la falsedad y la superchería.

-¿Y cuándo ha podido dictarte esos preceptos -opuso Casilda-, en dónde, con qué objeto y de qué manera?

-De la misma con que los he cumplido -expresó el escudero-; con el objeto de que vos le auxiliéis en sus proyectos, me los dictó en el monte que conduce a la ermita de San Pedro, y la hora era a media mañana.

¿Y qué -interrogó, precipitada, la hija del castillo-: está Gualterio tan cerca de nosotros?

-En dicha ermita -satisfizo el joven-; y en ella espera la respuesta de la comisión con que para vos me ha mandado a esta casa.

-¿Y está solo en aquel lugar terrible? -interrumpió Casilda.

-Un caballero nunca está solo cuando atiene sus armas y su caballo -dijo Ernesto.

-¡Dios mío! -exclamó la joven-; apresúrate, pues, a explicar tu encargo,

que pudieras haber dicho desde luego, y ahorráramos tanto tiempo inútilmente perdido.

-Los deseos de mi señor -expuso Ernesto- son llevarse de su castillo a la noble señora Matilde de Sangumí en la próxima noche. Para ello es indispensable el auxilio de algunos de los guardias de vuestro padre; y me ha hecho venir desde la ermita con el objeto de que las enviéis, y para saber al mismo tiempo las nuevas que hay de esta tierra del caballero Arnaldo de Sangumí.

-Sólo al mismo Gualterio -respondió Casilda- pudiera yo contestar a tales preguntas, y además, ninguna cosa me justifica que tú seas, como dices, su escudero.

-Esta cadena -repuso Ernesto, sacando una de oro- bastará para aseguraros que él me envía, y que me es lícito saber la contestación que podéis dar a sus demandas.

-Repito -insistió con altivez la doncella- que sólo a mi hermano daré las explicaciones que tú te atreves a pedirme. Si es cierta tu calidad y tu mensaje, bien puedes mañana salir de este castillo con un pretexto cualquiera, y hacer que por la noche se presente el mismo Gualterio. Sólo él sabe el modo de penetrar sin ser visto; y yo le aguardaré hasta la medianoche en el aposento que él ocupaba. Si tus palabras son ciertas, mañana veré a mi hermano y aun soy capaz de olvidar mi clase para oír de tu boca que no te ofenden mis sospechas; pero si la falsedad ha salido de tus labios, sábetelo que nadie irritó jamás impunemente a la familia de Monsonís; y que su venganza te alcanzará doquier que te retires. Nuevas protestas iba a añadir el doncel para convencer a Casilda; pero ésta, al decir las últimas palabras, salió precipitada de la estancia, encerrándose en su cuarto, después de haber despedido al criado que aún la aguardaba al pie de la escalera.

-«Nada de lo que está pasando he dejado yo de preverlo -razonaba Ernesto ya solo-; nunca me figuré que esta niña me creyera por mi palabra, y aun temí que enseñándole la cadena del caballero me tomara por un traidor o un ladrón. He aquí un día perdido y todos los planes trastornados; y ahora, además, es preciso discurrir el medio de marchar mañana sin hacerme sospechoso al anciano Romualdo, que espera saber de mí nada menos que todos los sucesos de la Cruzada. ¿Y quién es capaz de dormir ni de descansar un instante en medio de estos contratiempos y dificultades? De manera bien distinta se ocupaba, entre tanto, la recelosa señorita del castillo. Cuanto más el desconocido se había empeñado en probar que verdaderamente era escudero de su hermano, tanto más lo había ella dudado. Y, en efecto, ¿no era raro que, después de un año que nada cierto se sabía del caballero; apareciese como por ensalmo en las mismas paredes del castillo, y más todavía, que no quisiera presentarse a su padre? Y si nada sabía de Matilde ni de Arnaldo, ¿qué cosa podía moverle a robarla de su casa? Y si ya no ignoraba los últimos acontecimientos, ¿cómo salir ahora con un proyecto tan inútil y descabellado? Cada vez se convencía más y más la temerosa virgen de que se encerraba allí algún misterio impenetrable para ella, pero bastante para hacerla temblar por su vida, por la de su padre y por la del hermano. Mil veces estuvo tentada de llamar a Santiago, hacer prender al romero, revelar a Romualdo lo sucedido, y desatar sus terribles dudas; sin embargo, el rostro del doncel estaba de acuerdo con

sus palabras; su voz tenía no sé qué de apacible y persuasivo que, contra las apariencias que lo condenaban, prevenía a su favor desde luego, y hubiérale sido doloroso causar alguna pesada desazón a aquel joven, si en realidad era inocente.

Gualterio, esperando ansioso el éxito de la embajada de su escudero, no sosegaba más que éste; había salido de la ermita, y se llegó al castillo, con la esperanza de traslucir algunos preparativos de la empresa que meditaba; mas el lúgubre y absoluto silencio que en él había, desesperaba su impaciencia, ya sobradamente, exasperada con la tardanza de Ernesto, que debía venir a encontrarle pasada la medianoche. Volvióse mohíno hacia la ermita; y las palabras del devoto que la habitaba no podían tranquilizar su espíritu ni calmar su impaciencia. Pero, ¿qué mucho si no lo habían descubierto sus intentos, y por lo mismo ignoraba aquel pío varón la clase de consuelos que pudieran convenirle?

En situación tan embarazosa pasaron los tres aquella noche, sin hacer más que vanos cálculos y desacertadas conjeturas.

Che la cagion ch'io vesto piastra o maglia,
Non é per guadagnar terre, ne argento,
Ma sol per farne beneficio altrui;
Tanto più a belle donne, como vui.

ARIOSTO.

Inútiles eran a la sazón los esfuerzos del padre Asberto y vanos todos los recursos de su elocuencia. Otras veces se había visto en lances en su concepto iguales al presente: a sus palabras procuraba darles alguna unción, hacerlas verdaderamente consoladoras y capaces de conmovier al hombre más obstinado, pero érale fuerza torcer la voluntad, lidiar contra el carácter y contra la inocencia vilmente calumniada, y el religioso nada sabía por entonces de todo esto. Víctima por su parte del engaño y de la perfidia, su objeto no era otro que convertir a una pecadora, hacerle amable y llevadera la expiación a que se la destinaba, llevar la conformidad a su exasperado corazón, y nada conseguía. Pero, ¿cómo pudiera adelantar cosa alguna si no se entendían, y casi pudiera decirse que no deseaban entenderse los dos interlocutores?

Empeñado el monje en reducir a una mujer, en su opinión extraviada; y esta mujer peleando por convencerle de su inocencia, difícil era que pudiesen coordinar sus razonamientos, acordar sus pareceres y venir a un resultado mismo.

-La reclusión en este lugar -decía el padre Asberto a la joven- conozco que debe seros molesta; cuando a la voluntad no dirige nuestras resoluciones, cuando se nos contraría la elección, y, como vos, nos vemos obligados a abrazar un partido que nos desplace, la pesadumbre, la

tristeza, acaso la desesperación, son indispensables. Mas, ¿quién en esta cuitada vida tiene facultad para obrar siempre según sus deseos? Si fuera posible que oyerais a todas las criaturas, ¡cuán reducido sería el número de aquellas que eligieron su actual destino! Forzadas unas por reveses de fortuna, arrastradas otras por la razón de estado, sacrificadas éstas a la injusta voluntad de quien las manda, y víctimas aquellas de la ambición, de la ingratitud, de la venganza o de otra pasión cualquiera, todas lloran su estado, quejándose de su suerte, y la conformidad descende raras veces hasta su alma. Vos os halláis en este caso; pero esa melancolía en que os obstináis, esa desrazonable altivez con que desoís mis consejos, creedme, hija mía, sólo sirven para exasperaros doblemente, sin mejorar vuestro estado. Tres meses os señalan para vivir en este sitio. Pues, bien, transigid con la suerte, haced por pasarlos con la tranquilidad posible, y sacaréis mejor partido de esta desgracia. Ofrecedle a Dios este padecimiento continuo, y semejante sacrificio será acepto al Padre de las misericordias, y bastará para expiar vuestros deslices.

-¿Será posible, oh padre -repuso con dulzura la joven-, que no salgáis de ese error con que han logrado fascinaros? ¿No podrán mis palabras convenceros de que soy inocente? No os engaño; aquí veis a una víctima de la ambición, y nada más; y vivid persuadido de que vos, si ya no os cubrís con el velo de la hipocresía, lo sois también de la falsedad más infame. Expliquémonos de una vez, si deseáis que, al fin, nos entendamos. Mi lenguaje será el de la verdad que he usado siempre, leeréis en él mis inclinaciones, mi carácter, mis deseos, todos los sentimientos que son capaces de moverme; pero no veréis lo que os han dicho. En silencio sufriría mi triste suerte si creyera que su término está señalado para de aquí a tres meses; pero también en esto han abusado tal vez de vuestra credulidad: este monasterio debe ser mi prisión perpetua; y semejante idea, la seguridad que tengo de que tal es el destino que me espera, trastorna mi alma y abaten absolutamente mis esfuerzos.

-A la persona que, como vos -dijo el monje-, está avezada a vivir en medio del bullicio y esplendor del mundo, servida por cien criados, en el seno de la opulencia, obsequiada de barones y magnates, mal deben parecerle, forzosamente, las paredes de una celda y las murallas de un monasterio; pero del mismo modo que vuestros ojos se acostumbrarán a ver siempre los propios objetos, así el corazón y la fantasía sabrán reducirse poco en poco al estrecho recinto de esta morada, se distraerán vuestras primeras ideas, y la conformidad y el arrepentimiento pueden traeros aún días de calma que en vano buscaríais entre los objetos que habéis perdido.

La figura del padre Asberto era repugnante al primer golpe de vista. No había en él otra cosa regular que la talla. Era delgado, pálido, y llevaba cubierta la cabeza con pelo ajeno, liso, caído por todos lados hasta por encima de la frente, y de color impropio de su edad que frisaba en los sesenta. Su cabeza inclinada al suelo, y su andar torcido y contoneado indicaban la falsedad y la hipocresía que siempre supo encubrir con exterioridades políticas y religiosas. Sus ojos bizcos despedían torcidas y malignas miradas que no era posible fijar con acierto el punto adonde iban dirigidas, teniendo de esta manera la doble manera de estudiar la fisonomía de todos, sin que nadie estuviera seguro de ser el objeto de sus investigaciones. Bajo el aparente velo de la probidad y de la rectitud,

jamás perdió medio de mortificar al que tenía la desgracia de necesitarle; y sí absolutamente no le era posible negarse a las ajenas demandas, retardaba el acceder a ellas por el solo placer de causar pesares y zozobras al que las considerase pendientes de su voluntad. Complacíase en el daño de los otros, y su mayor placer era el causarla. Con tan maquiavélicas arterías consiguiera ejercer algún prestigio en casi todos los individuos de su corporación, pudiendo contar siempre con una deferencia a su voto que le hacia más osado y exigente. Ufano de pertenecer a una familia de oscura nobleza, creíase con derecho a las humillaciones de los otros, y las exigía imperiosamente, no por sí, como solía decir él mismo, sino por la representación que tenía en el mundo. Ya en otro tiempo fueron conocidas sus perversas calidades y sufrió un largo destierro; mas perdonole la existencia una piedad mal entendida, y la mudanza de circunstancias y la caída de los que le habían quitado la máscara, lo trajo de nuevo a su patria, y le dio ocasión de vengar los ultrajes recibidos en las personas afectas al bando de sus contrarios. De todos éstos había formado un nominal catálogo, que pudiera servirle de norte para dirigir con acierto sus sangrientos tiros; y en el dorso de dicha lista leíanse los nombres de las víctimas en que ya se había cebado. Suspicious, malicioso, ávido de hallar siempre faltas que vituperar, aparentaba favorecer al mismo a quien cruelmente perseguía. Si Gualterio, que le detestaba desde mucho tiempo, hubiera tropezado con él fuera de la corte, o la igualdad de condiciones le permitiera retarlo a sangriento combate, estorbárale para siempre de emponzoñarse en sus semejantes. Durante la juventud había manejado las armas; mas los pocos años de Gualterio, el rencor que le profesaba y la razón que le asistía, prometíanle un seguro triunfo sobre la edad madura y la mal disfrazada cobardía del perverso monje. Conocíalo toda la ciudad por un hombre detestable, y el odio universal con que era mirado, lejos de arredrarle, aguzaba su malignidad y complacía su corazón, porque al causar algún daño estaba seguro de que la víctima era un enemigo suyo. Como más antiguo del monasterio, accidentalmente fue prelado algunas veces, y en todas ellas consiguió la memoria de estas circunstancias con algún rasgo de su aborrecible carácter. Al momento que se presentó a Matilde, inspirole todo el horror que la bondad y la inocencia sienten hacia el malvado; y se preparó a contestarle con el tesón y la entereza que distinguen a la persona vilmente calumniada. Hasta entonces sólo pudo contenerse; mas al oír las últimas palabras del monje encendiósele el rastro, creyó que él tenía parte en su persecución, e incapaz ya de frenar su justa ira: -Cesad de una vez -le interrumpió con voz sonora e imponente firmeza;- oiré vuestras palabras mientras sólo se dirijan a hacer más llevadera mi actual desgracia; pero en el instante en que la palabra arrepentimiento salga de vuestros labios, oiréis el lenguaje del honor ultrajado. Aquí recuerdo todavía quién soy; sé por qué motivo se me ha conducido a este sitio, y os añadiré también que ni vos ni mis perseguidores lograréis encerrarme en él para siempre. Mientras empuñe el cetro de Cataluña Ramón Berenguer Terceto, no desaparecerá la justicia de esta tierra; y mientras palpita bajo la cota de malla el intrépido corazón de Gualterio de Monsonís, no será jamás que muera víctima de la infamia Matilde de Sangumí. Sí; bien podéis clavar en vuestra mente mis palabras; aún tengo

amigos fuera de esta aborrecible morada; aún se blandirán más de dos lanzas en favor mío; y sólo un cobarde y oculto asesinato pudiera hacer triunfar a los ingratos y traidores que me oprimen.

Al oír el padre Asberto tal razonamiento, dijérase casi que temblaba y que en su interior se confesó vencido por el valor y decisión que al proferirlo manifestó la ilustre doncella. Conociendo ésta el efecto que había causado, y cuánto convenía no malograr un instante precioso, sin deponer su ceño ni moderar el alto tono de su voz penetrante, prosiguió dirigiendo la palabra y acercándose de cada vez más al aturdido religioso: -¿Qué habláis de arrepentimiento y de expiaciones? ¿Qué delitos han mancillado la pureza de mi corazón? ¿Qué manchas empañaron hasta ahora mi inocencia? Ante todo el mundo puedo yo alzar la frente y descubrir el rostro con orgullo; tuve un amor puro, es cierto, lo tengo todavía; lo alimento hoy más que nunca y con todo el fuego de mi pecho, porque él me ha de arrancar de entre tantos martirios: temblarán los cobardes a la vista del guerrero que ya en otro tiempo les cubrió de infamia; acrecerá su brazo la mengua que les causó antes de ahora; y libre la inocencia, no se vengará, porque no sabe hacerlo; pero triunfará a sus ojos, y ellos se ocultarán para que se olviden su humillación y su impotencia. Y al acabar estas palabras, cerró por dentro la puerta, dejando a la parte de afuera al padre Asberto que, asombrado y colérico al oírlas, se había retirado hasta salir de la celda.

-Ya no me cabe duda de que es culpada -decía consigo mismo, mientras cruzaba corredores para bajar al patio y salir del monasterio-. Ese lenguaje altanero la ha descubierto enteramente, y todos los esfuerzos que ha hecho a fin de probar su inocencia, sólo han servido para demostrarme que quizá es mayor su crimen de lo que me han contado. Confiesa que le ama todavía, en él funda toda su esperanza, y me convengo de que el noble señor de Sangumí, llevado del amor fraternal y con el objeto de no echar un negro borrón sobre el esplendor de su antigua e ilustrísima familia, ha ocultado otros deslices de más gravedad que el que ha llegado a mi noticia. El entero y perfecto conocimiento del mal es indispensable para aplicar oportuno y eficaz remedio; y conviene ante todo ver al caballero Arnaldo, contarle lo que acabo de oír, y saber de él cuanto ha dado lugar al encierro de su hermana.

Y, efectivamente, con estos deseos y con este objeto salió del monasterio, y marchó hacia la casa en que se hospedaba el caballero. Éste no se hallaba en ella; pero el monje, que quería hablarle a toda costa, resolvió esperarle a pie firme para disipar tantas dudas y tomar en él negocio dirección más certera. Dejémosle en el mismo sitio, y trasladémonos otra vez al castillo de Monsonís.

La bella donna che contato amavi
Subitamente s'è da noi partita.

PETRARCA.

Impaciente Romualdo por saber los acontecimientos de la Cruzada de boca de una persona que los había presenciado, abandonó el lecho con más prisa de lo que acostumbraba; hizo llamar a su hija y al peregrino, y juntos en la misma sala que la noche antecedente, preparóse para hacer mil preguntas y oír otras tantas contestaciones.

Casilda, incierta y deseando traslucir por el rostro del huésped sus internos combates, aguardaba con ansia ver el partido que abrazaría, mientras Ernesto iba a proponer lo que finalmente decidiera. Conociendo la inoportunidad de las dilaciones y que ante todo era preciso salir del apuro, se dirigió a Romualdo con estas palabras:

-La narración que esperáis oír de mí debe de ser larga y circunstanciada: tendré un verdadero placer en hacéroslo, pues también me cabe el interés más grande al recordar los hechos de los caballeros cristianos; pero yo calculaba que no querríais oírla tan temprano, y que pudiera cumplir la palabra que de visitarle esta mañana di, antes de mi venida al castillo, al cenobita que mora en la ermita de San Pedro. Bien sabéis que el santuario sólo dista media legua de este sitio, y yo os prometo estar de vuelta dentro de hora y media, si me permitís llegar a darle noticia del empeño que con vos tengo contraído desde anoche.

Poco le gustó a Romualdo esta intempestiva demanda; pero no desconociendo la razón en que se apoyaba, aunque con mal disimulado disgusto acordó su licencia. Entonces más que nunca sospechó Casilda del forastero, pues creía que realmente trataba de marcharse; mas no queriendo causar una desazón y susto a su padre, vio en tranquilidad la partida del disfrazado escudero.

En efecto, salió este a toda prisa, y antes de media hora estaba ya refiriendo a su amo los sucesos que le habían acontecido.

-Vuelve inmediatamente -le dijo Gualterio-: dile que esta noche estaré en el aposento que ocupé antes de mi marcha, y que acuda a aquel lugar si quiere abrazar a su hermano.

Y con esta contestación volvió el de Otranto a la casa de Monsonís.

Hallando la primera a Casilda, le refirió la respuesta del cruzado, con lo que pudo calmar algún tanto las zozobras de la señorita.

Salió Romualdo de su aposento, preparándose a escuchar al fingido romero, juntamente con Casilda, que lejos de dudar ya de cuanto el escudero la dijera, quiso oír sus palabras, saber los hechos del mozo, y la manera como había llegado hasta su casa tan sin noticias de todos. Varios inconvenientes se cruzaron para que no pudiera asistir a aquella reunión el cura que había sido invitado, y que en realidad profesaba un sincero cariño al joven Gualterio.

Ernesto refirió circunstanciadamente la reunión de todos los cruzados en Constantinopla, el juramento y pleito homenaje prestado por la mayor parte de ellos al emperador Alejo Comneno, y la resistencia que a semejante acto opusieron unos pocos caballeros, entre los cuales hallábase el heredero de Monsonís.

-¡Honor eterno a Tancredo, a mi hijo Gualterio y a los que supieron imitarlos! -exclamó con entusiasmo y casi levantándose del asiento el

anciano Romualdo- ¿Y quién obligaba a los cruzados a degradación semejante? A la cabeza de un ejército de seiscientos mil hombres, ¿qué podían temer del menguado poderío, ni de la astuta política del emperador griego? Él era quien debía humillarse ante las fuerzas de Occidente, y suscribir gustoso a la alianza que le proponían. Pero continuad, peregrino -añadió; calmando su súbito fuego-, y no extrañéis que me irrite esa conducta, pues aun que la supe a su tiempo, no puedo recordarla sin interna desazón y manifiesta pesadumbre.

Describió enseguida el romero el sitio de Nicea, la derrota del soldán de Rum, expuso las intestinas desavenencias entre los jefes de la Cruzada, las nuevas intrigas del emperador, y la entrada del ejército de los fieles en la capital de la Bitinia. Dijo de la paz que logró restablecer el legado Ademaro y la salida de todos los cristianos para ir en busca de Palestina. En este pasaje fue preciso interrumpir la relación para satisfacer a las innumerables preguntas de Romualdo, que quería saber los nombres de todos los capitanes, las fuerzas de cada división; deseaba tener noticias muy circunstanciadas del terreno, de las armas, del número y de la disposición de las tropas. De todo le daba minucioso conocimiento su huésped, quien prosiguió la historia pintándole la batalla de la Dorilea, la derrota del primer ejército de los fieles, la oportuna ayuda del segundo, y la victoria con que el cielo coronó finalmente las fatigas de sus campeones.

Dióle noticias de las fuerzas de los sarracenos, de su táctica, de su numerosa caballería; nombrole a los principales jefes, le hizo sus retratos; y tan detenida y agradablemente seguía la serie de los sucesos, que el buen anciano lo escuchaba rebotando de contento, y la atolondradilla Casilda más de una vez había olvidado todo lo sucedido la noche anterior con el escudero para arrimar hacia él su asiento y oírle más de cerca. Advertíalo todo el sagaz Ernesto, y se esmeraba cada vez más en sus exposiciones para llamar mejor la atención del padre y entretener a la hija. Movido con tales estímulos, explicó la marcha de los cruzados hasta llegar a la Frigia quemada, presentando en ella con exactitud y vivos colores el triste cuadro que ofrecía el campo de los fieles agobiados por el hambre, la sed y el ardor del abrasado clima en que se hallaban.

Derramaba lágrimas el tierno Romualdo y Casilda sentíase el corazón estrecho; y con la mayor ansia esperaba poder enjugar su llanto con el feliz hallazgo del agua y la abundancia de víveres. Efectivamente, consolose al ver socorrida la necesidad de tantos millares de hombres, y los siguió gustosa hasta penetrar con ellos en Antioquía.

Aquí el historiador, variando el tono de la voz, escogió otro lenguaje para ofrecer a los ojos de sus oyentes la risueña pintura de la abundancia, de la alegría y de los placeres. Nadie se acordaba, según él dijo, de los males pasadas ni se temían los venideros; gozábbase de lo presente con afán y con abuso; y nada se discurría para llevar a cabo la empresa hasta entonces sólo comenzada. Aplaudió Romualdo el entusiasmo religioso y guerrero de Tancredo, que como un espíritu de más alta categoría, sacudió la general pereza, abandonando la holganza y corriendo a buscar en Cilicia los peligros y la gloria.

-Mucho quiero yo a ese Tancredo -dijo Casilda-: su carácter me encanta,

tiene firmeza; valor y galantería; y sobre todo, no se deja arrastrar por el mal ejemplo de sus compañeros, ni pierde jamás de vista el objetivo que le hizo abandonar su patria.

-Decid también que era enamorado -añadió Ernesto-, y que pocos han querido como él quiso a la hija del soldán Rum. Otro día podré referiros su historia; vamos con él mientras recorre la Cilicia, en tanto que el ejército cristiano permanece en Antioquía entre la holganza y los deleites.

Y seguidamente refirió la conquista de Tarso y de Malmistra, la envidia que supo destilar su veneno en el corazón de Balduino, las extravagantes pretensiones de este joven, la batalla que sus soldados tuvieron con los de Tancredo, y, finalmente, la reconciliación entre los guerreros y entre las tropas que les seguían. Refirió la reunión de Tancredo con el resto del ejército de Antioquía, la marcha de todos los cruzados, su trabajoso paso por la montaña del Diablo, y cómo finalmente descubrieron la Siria. Detúvose aquí el romero para dar a sus oyentes una idea del país a que iba a introducirlos, de su riqueza, de su fertilidad, de los objetos piadosos que encerraba, y de las antiguas glorias que hacían célebre su territorio. Díjoles de la ciudad de Antioquía; explicó cuántos musulmanes la defendían y quién era su jefe; revisto asimismo el ejército de los fieles, y expuso con toda viveza las ventajas y desventajas que obraban a favor de cada partido, acabando por colocar a los cristianos sitiando a la capital de Siria.

Al llegar a este punto de su narración quiso dar a Casilda alguna noticia de los amores de Tancredo con la hija del soldán de Rum. Oyolo con gusto la curiosa joven; y aunque con alguna displicencia lo escuchaba también Romualdo; pero como a éste le interesaban más los hechos de la Cruzada y los de su hijo, a lo mejor hubo de interrumpir a su huésped.

- Disimulad, peregrino -le dijo-; también yo gusto de saber lo que de Tancredo vais refiriendo; pero bien quisiera que no olvidarais que tenía un hijo en la Cruzada y que sus cosas deben llamar precisamente mi atención más que las de otro cualquiera.

-Mi padre está en lo cierto -exclamó al momento Casilda-: hablad de Gualterio. Sí, contadnos todo lo que tenga relación con él; en otro momento satisfaceré mi curiosidad.

-Eso haré yo de muy buena gana -observó el forastero-; pero si hablé de Tancredo fue para obedecer a las insinuaciones de la señorita, y si antes de referir las hazañas y trabajos de vuestro hijo, sigo, oh noble Romualdo, la marcha de todo el ejército, es porque juzgo más regular daros primero una idea general del país, de los enemigos, de los cruzados, de las batallas, conquistas y padeceres, para después descender naturalmente a hechos particulares, cuya importancia pudierais estimar con dificultad sin los previos conocimientos que he creído indispensables.

Cogió Ernesto el hilo de su narración hablando de la indisciplina y excesos de los cruzados, de los choques de sus partidas con los árabes errantes que infestaban los alrededores de Antioquía; pintó enseguida el hambre y la peste del campamento, la desertión de las tropas, la del ermitaño Pedro, las penas impuestas a los díscolos, y la reforma que se hizo en las costumbres; representó con brillantes colores la embajada del soldán de Egipto; repitió las palabras con que en el consejo se rechazaron

sus ofertas, y la última resolución de los cristianos. Dio fin al sitio de Antioquía desplegando el plan de Boemundo y la traición de Firous; dijo la entrada de los cruzados, y tocó rápidamente las muertes y el destrozo de aquella noche fatal para los musulmanes.

No quiso pasar en silencio la llegada de Kergobá con el formidable ejército que sitió a los latinos en la ciudad después de tres días de poseerla, ni tampoco hizo gracia a sus oyentes de la batalla dada entre los dos bandos, ni el de la total derrota que sufrió el de los infieles.

Con la prisión de Tancredo, el asalto de Cesárea, su fuga debida al valor y estratagema de Licea, y la vuelta de ambos amantes a la ciudad, ocupó un buen rato la atención del señor de Monsonís y de su alegre hija.

Entretúvose enseguida con la prisión de Malek, sin omitir los incidentes del canje que se trataba entre los dos contrarios ejércitos; y, finalmente, expuso con verdadero tono de sorpresa y de disgusto la imprevista llegada a Antioquía de David y Kerbogá, con el objeto aquel de recobrar a su hijo, y de batirse éste con Tancredo. El casamiento de Licea, su muerte, la de Kerbogá y el dolor del héroe, bajo cuyas lecciones se doctrinaba en el ejercicio de las armas, hubieran sido sus últimas noticias, si Romualdo no le obligara a seguir la marcha de los campeones de la Cruz, no sólo hasta Jerusalén, sino hasta el instante en que dejó el Asia su hijo, por no ser necesaria su espada en la Tierra Santa. Mas como el de Otranto no gustaba mucho de detenerse minuciosamente en cosas en que por desgracia había sufrido más de un golpe y más de dos caídas, pasó con rapidez por todos los sucesos, y puso pronto a los cristianos en Jerusalén, con una prontitud que no esperaba el bueno de Romualdo.

Descrita en globo la batalla de Ascalona, dio luego fin a su historia hasta el punto en que, ganada Tolemaida, resolvió Gualterio de Monsonís volver a Europa. Aquella era la época en que el escudero entró al servicio del Caballero del Ciervo, gracias a la recomendación de Tancredo, quien había hecho voto de no salir jamás de Asia.

Ernesto maldecía en su interior la duración de su historia y el interés que tomaba en ella Romualdo, quien hubiera deseado más batallas, más choques, más embajadas y desafíos, y sobre todo más calma y minuciosidad en el cuentista; y Casilda trocara de buena gana las tres cuartas partes, de las batallas, por otros tantos lances como la sed de la Frigia, la llegada de David y Kerbogá a Antioquía, y antes de todo, para saber cuatro cosas de los amores de Tancredo; por entonces, sin embargo, no había esperanzas de poder llenar sus deseos.

El viejo Monsonís, para quien todo lo contado por el romero no eran sino preludios del hecho que más le interesaba, comenzó a interrogarle acerca de su hijo Gualterio. Aunque al oír tal demanda resolvió el peregrino resumir y hablar aprisa, no pudo escapar de contarle las acciones en que se había hallado, los cascos que abolló, las lanzas que le rompieron, y los paladines que había derribado. Sonriose el buen anciano oyendo las travesuras de su hijo; y cuando le contaba el romero algún hecho de importancia y de honra, envanecía, y en sus gestos y facciones creyérase que él mismo tuvo en el lance una parte activa.

Casilda no era indiferente a la relación, pues quería con ternura a su hermano, participaba del orgullo de su padre, y hacíale gracia la buena parla del mozalbete. Por fin se acabó el interrogatorio, y el señor,

satisfecho en un todo, regaló a Ernesto una cadena de oro, rogándole que por algún tiempo se hospedase en el castillo; mas el joven escudero, seguro de que dentro de pocas horas tomaría alguna resolución su señor Gualterio, admitió el ofrecimiento por solo aquel día, del cual a la sazón había corrido ya muy considerable parte.

El antiguo y dilatado castillo de Monsonís podía considerarse como un pequeño pueblo. Moraban en el mismo el padre, la señorita y su numerosa servidumbre; había aposentos en uno de sus ángulos, destinados a los veinte hombres que componían, como si dijéramos, la guardia de honor de Romualdo, de quienes ya vio alguno nuestro peregrino en la noche de su arribo; alojábanse en otro extremo gran número de colonos y dependientes de la casa, que aunque menos allegados a ella, gozaban del derecho de recogerse dentro de sus muros; y los cazadores, los pastores y todos los demás que accidentalmente llegaban allí a pasar la noche, podían contar siempre con un regular y cómodo asilo. En éstos y otros rasgos de generosidad y beneficencia distinguíase Monsonís de todos los señores de su clase, y con tales virtudes se había granjeado un prestigio que no pocas veces le proporcionaba señaladas ventajas y repetidas consideraciones. El castillo era naturalmente triste y lúgubre; sólo la multitud de gentes que de continuo hormigueaban por todas partes era capaz de rebajar la idea de melancolía que inspiraba su aspecto; mas cuando todo el mundo se había ya encerrado en su aposento, era, a la verdad, no sólo tétrico, sino imponente y pavoroso. Tal vez fuera preferible que sus inmensos corredores estuvieran absolutamente a oscuras, pues la moribunda lámpara que a medianoche ardía en ellos colgada del altísimo techo, sólo servía para entrever confusamente el horror de su aspecto y la tristeza de su soledad, y para trazar fugitivas y vacilantes sombras de cualquier objeto que cruzara por ellos.

Cuando la pusilánime Casilda se acordó de que debía atravesarlos casi todos a fin de ir al lugar de la cita con su hermano, y tuvo presente que éste penetraría hasta allí por un camino subterráneo que daba fuera de las murallas del castillo, comenzó a sentir un terror inexplicable, y no se creyó con bastante espíritu para arrostrar tan terrible arriesgada prueba. Por otra parte, Gualterio no quería que se supiese su venida, y, por lo mismo, era preciso dar ella sola aquel paseo tremendo, durante el cual temía quedarse muerta. Sólo el peregrino pudiera acompañarla; mas tampoco se atrevía a echar mano de este recurso por razones que no es necesario exponer, ni dejarán de adivinar los jóvenes de ambos sexos.

En esta incertidumbre no sé decir a qué se atuviera si nuestro escudero, avisado de antemano por su amo, no le hubiera ofrecido espontáneamente su compañía. Vaciló de nuevo Casilda, aceptó y rehusó la oferta más de dos veces; procuraba convencerse de que tendría valor para ir sola; conocía que se engañaba a sí misma; y, al fin, después de largos debates con su corazón, quiso ponerse a cubierto de un mal seguro arrojando un peligro que no lo era. Aplazáronse para la sala de la chimenea, y antes de media hora, después de vencidas todas las dificultades para evadirse de los criados, se presentó nuestra señorita en la sala en que el joven Ernesto, depuesto el traje de peregrino, la aguardaba. Encendió una antorcha que trajo Casilda, y siguiendo muy de cerca sus trémulos pasos, iba alumbrándola, mientras le hablaba de cosas indiferentes y bien ajenas del

lugar y circunstancias en que se veían.

Pudo distraerse la doncella; y fue reanimando su espíritu hasta el punto de afirmar sus pasos, que restallaban claramente en medio de la soledad y del silencio de la noche. En el momento en que puestos delante del aposento donde iban a introducirse, con la mohosa llave tentaba ya Casilda el agujero de la cerradura, resonó dentro del cuarto un ruido terrible e inmediato, retumbando con fragor estrepitoso por los ángulos de las bóvedas que tenían sobre la cabeza los dos nocturnos compañeros. Casilda, llena de espanto, dio un agudo grito, se volvió repentinamente para guarecerse tras del escudero, tropezando con el brazo de éste le hizo caer la antorcha; y hubieran quedado ambos en la oscuridad más profunda, sin un rayo de luz que por la cerradura salía de dentro del cuarto y acabó de horrorizar a Casilda. No las tenía todas consigo el joven Ernesto; mas conociendo lo apurado de las circunstancias, y por otra parte no faltó de valor, se acordó de que una hermosa estaba bajo su protección, y de que la hermosa era la hermana de su señor.

-No temáis -le dijo-: dadme la llave; tengo conmigo el puñal que cortó más de una vida, y voy a penetrar en la estancia.

-¡No, por todos los santos del cielo! -clamó, cogiendo su mano, la doncella-. Seguid sin abandonarme; quizá podré todavía atinar con el camino para volver al lugar del que salimos. ¡Dios mío! -gritó enseguida-: ¡Salvadme de este peligro, volved los ojos hacia mí, venid a mi socorro! Y mientras decía, tiraba reciamente del brazo del escudero, comunicándole el temblor de su cuerpo y el hielo de su mano. Descendíanle ardientes lágrimas por el rostro, y su frente bañada con sudor tan frío como su sangre, hubiera ofrecido con la luz el aspecto de la agonía. Iba a repetir Ernesto sus instancias, cuando entrambos oyeron que desde dentro del aposento pronunciaba una voz el nombre de Casilda, y el escudero conoció que era la de Gualterio.

Recibió, pues, la llave, abrió la puerta y los dos hermanos se precipitaron el uno a los brazos del otro. Al penetrar Gualterio en el aposento había soltado la trampa que tapaba el camino subterráneo por donde vino, y aquel descuido fue causa del estruendo que Casilda creyó le costaba la vida. La luz que vieron era de la linterna que alumbró al cruzado; mas como el súbito ruido trastornara de todo punto a su hermana, no le ocurrió la natural idea de que sólo él podía estar en aquel sitio. Segura entonces y protegida, se entregó al placer de ver de nuevo al compañero de su infancia y de abrazarle. No le negó el joven las demostraciones del puro y vivo cariño que le profesaba; y concedióle también un buen rato para que le manoseara, le reconociese por todas partes, y le hiciera aquella multitud de preguntas que todos hacemos en lances semejantes.

El mismo ejecutó otro tanto; y aun parecía que el hablar con la doncella y el recibir noticias de su padre le habían hecho olvidar el principal objeto de la cita. Tan cierto es que cuando más lleno de amor está el corazón de un joven sufre también sus distracciones, y se entrega con placer a aquellas dulces escenas de familia que sólo en sueño pueden hallarse.

Satisfechos por de pronto ambos hermanos, permanecieron de repente en silencio, y dirigiéndose miradas de inteligencia comprendía Casilda lo que

iba a preguntarle Gualterio, y entreveía éste en las facciones de su hermana algún siniestro amago de nueva desapacible. Quisiera que sin necesidad de preguntarle se explicara la doncella; y deseaba ésta que él lo exigiese, pues como sólo podía comunicarle novedades desagradables, no osaba hablar hasta verse precisada a ello. A buen seguro que si pudiera traerle noticias gratas, hubieran quedado cumplidos muy pronto los deseos del caballero.

-Háblame de ella al fin -dijo el mancebo-: ¿Me ama? ¿Me ha olvidado? ¿Teme la vuelta de su hermano? ¿Accederá a mis ansias? ¿Me considera ya digno de poseerla? Habla, Casilda; tu silencio es fatal. Habla de una vez. Soy hombre y nada me arredra. ¿Ha muerto acaso Matilde?

No -dijo al punto Casilda-: vive, te ama, te juzga digno de ella; pero tu tardanza ha puesto entre vosotros una barrera que no puede salvarse.

-Asalté los muros de Jerusalén; me arrojé en medio de cien mil infieles -contestó el guerrero empuñando la cruz de su espada-; y no hay cosa en el mundo que no sea capaz de ejecutar para conseguir su mano. Di. Ernesto es fiel y callado; habla sin reserva.

-Pues bien -repuso Casilda-: no te exasperes; y escucha. De un momento a otro esperábamos, hace cinco meses, tu vuelta, y temíamos la de Arnaldo; pero, desdichadamente para todos él vino primero, y desapareció Matilde el mismo día. Este acontecimiento se hizo público y aturdió a todas las aldeas vecinas, mucho más cuando Sangumí no se ausentó del castillo; pero al fin, por las investigaciones de nuestro padre y de otras personas, hace ya tres días que hemos sabido de tu querida fue encerrada, por disposición de su hermano, en el monasterio de Santa Cecilia, comprendido en el condado de Urgel.

-¿Y qué? -la interrumpió el cruzado, irguiendo su cabeza y encendiéndose en cólera-. ¿Crees tú que las paredes de todos los monasterios sean capaces de detenerme? Matilde es mía, ella quiere serlo; y yo la sacaré de ese encierro, como la sacaré de las entrañas de la tierra, si tal fuera preciso para unirme con ella. Sólo deseaba saber su actual morada; me bastan las noticias que me has dado y te juro que dentro de pocos días la verás en este castillo; tu hermano la traerá en sus brazos, tú la recibirás en los tuyos, y gozará años de paz, después de los repetidos pesares con que le plugo al cielo acrisolar sus virtudes.

Y al decir estas palabras, iba a emprender otra vez su viaje subterráneo, si Casilda, previendo todos los desastres que debían nacer de su resolución atropellada, no le hubiera detenido.

-¿Qué es lo que vas a hacer? -le dijo, llorando- Tu empresa me horroriza; con ella vas a irritar a Dios y a los hombres. ¡Ay de ti si intentas alguna violencia contra el sagrado lugar en que mora Matilde! ¡Detente por Dios, Gualterio! Elige por mediador a nuestro padre; muévante a compasión su ancianidad y sus dolencias: no quieras que le terminen la vida los disgustos que tu proyecto le prepara.

-¡Casilda, Casilda! -le contestó el del Ciervo- ¡Feliz tú que no has amado nunca; feliz tú, cuya paz no turbó hasta ahora la borrasca de las pasiones! En este instante, querida hermana mía, yo no veo más que a Matilde; ella es víctima de una injusta violencia; y yo, como su esposo y como caballero, tengo la obligación de correr a su socorro; sí, correré, la libraré de la esclavitud; y cuando ya nada tenga que temer, elegirá

ella misma su destino. Marcha a tu estancia; sírvate Ernesto de compañero hasta ella, y vuelva luego a mi lado para seguirme. En breve sabrás el resultado de mi tentativa; y, entre tanto, cubra estos sucesos el silencio más profundo.

Otra vez quiso detenerle Casilda; pero el amante le atajó la palabra, besando su mejilla y empujándola dulcemente afuera del aposento.

Acompañola el de Otranto, y sin escuchar los encargos que le hacía la señorita, tornó en un vuelo a donde le aguardaba el caballero, y saliendo con él del castillo marcharon juntos hacia la ermita de San Pedro.

Cuando la hija de Romualdo discurría seriamente acerca de los resultados que pudiera traer el proyecto de su hermano, afligíase en gran manera, y se entregaba al desconsuelo. El silencio que le era forzoso guardar por entonces amargaba la situación, pues ni podía auxiliar al intrépido mozo, ni oponer un estorbo a sus intentos, ni menos ir a la presencia de Romualdo sino llevando en los labios su natural alegría que a la sazón acababa de desvanecerse. ¡Feliz el hombre que en medio de sus desdichas tiene al menos el placer de llorar a solas, de clamar al cielo con libertad y sin testigos! ¡Feliz al menos quien sin rebozo deja traslucir en el semblante las señales de sus interiores sufrimientos!

Lasciala sola ancor finché piaugendo,
Si sfoghi alquanto: tu non sai qual nuova
Sciagura, il cor le opprima.

MAFFEI

-Es preciso que volváis allá, respetable padre -decía Arnaldo al hipócrita monje, después de oír la relación de la conferencia que tuvo con Matilde-: y debe ser ahora mismo, porque de otro modo esa infeliz joven acabará por desesperarse. Creyendo que me habíais entendido, fui breve en mis expresiones, y lo siento. ¿Qué otro delito pudiera cometer mi hermana? ¿Y os parece excusable en una doncella entablar relaciones con un joven caballero de la corte sin el consentimiento de la familia y cuando su mano estaba destinada a Gualterio de Monsonís? No sólo ha faltado a la fe que le juró mucho antes de nuestra partida, sino que, olvidando su jerarquía, sus deberes y sus promesas, ha dado entrada en mi castillo a ese afiligranado doncel, cuyo nombre no os es conocido.

-Hasta aquí nada nuevo decís -replicó el padre Asberto-: todas estas instrucciones me las disteis antes de marcharos, y con ellas fui a reconvenir a vuestra hermana y a insinuarla la suerte que le aguardaba; pero su desusada cólera y su atrevida lengua han cerrado mi boca, y ni aun esto he podido decirle. El otro medio que me habéis propuesto presenta más asequible vuestro proyecto: con él se hiere su amor propio, humíllase su orgullo, y su carácter, lejos de resistir este golpe, le hará renunciar

voluntariamente a Gualterio, quedando vencido de este modo uno de los principales inconvenientes. Esta vez no dudo conseguir mi objeto y poder llenar vuestros deseos contribuyendo al honor de tan ilustre familia; y dando esta muestra de cuanto le debo por los beneficios que tiene dispensados al monasterio.

-Por menguados los reputará vuestro agradecimiento -dijo Arnaldo- en comparación de los que os aguardan si podéis gloriaros de que sea obra vuestra el conducir a mi hermana por la senda del honor y de la virtud. Mas no perdáis esta obra de misericordia y dadme a besar, os ruego, vuestra mano.

-Dios os bendiga -dijo el padre Asberto, después de habérsela alargado-, toque el corazón de Matilde, y rasgue la venda que cubre sus ojos.

-Estoy dispuesta, padre, a escuchar cuanto queráis -dijo la señorita, al presentarse otra vez el monje-; y aun os ruego perdonéis el modo injusto con que os he tratado esta mañana, pues vos sólo cumplís una misión que os han encargado. Poco generoso es, por cierto, dirigir a vos las reconvenciones que sólo debiera sufrir el que os envía; mas antes que expongáis el objeto de esta segunda visita, oíd al menos dos palabras. Yo no he cometido el delito que me achacan; no he deshonrado mi clase, no falté a ninguno de los deberes de una doncella noble, y sólo soy la víctima infeliz de la ingratitud y de la ambición. Teniendo a la vista estos principios, hablad cuanto os plazca, seguro de que mi boca no se abrirá para interrumpiros.

-Así debe ser, hija mía -siguió muy satisfecho el religioso-; oídme: quizá mis palabras penetrarán en vuestra alma, y vuestros oídos no serán ya sordos. Os obstináis en negar vuestras culpas, y forzosamente renunciaría por ahora a la esperanza que me animaba de que suscribiríais al arrepentimiento si no estuviera ya en disposición de reconveniros con más exactitud y mejores datos que esta mañana. En este instante lo sé ya todo; el joven Gerardo de Roger es quien ha seducido vuestro corazón; y aunque juzgo que su triunfo no fue fácil, no por esto os creo menos culpable. Se le separará de la corte, no le veréis tal vez nunca más; y de esta manera, si no por vuestro interés mismo y por convencimiento, lo olvidaréis al menos por el ningún fruto que sacaríais de acordaros de su amor. Aquí vuestro corazón se convertirá a Dios; él os dará fortaleza y con mis consuelos espero que se borre de vuestra alma la imagen de un hombre, cuya cuna ni proceder le hacen digno de Matilde de Sangumí. ¿Nada tenéis que responderme?

-Sólo -dijo la joven- que cada vez os entiendo menos, pues ni conozco a Gerardo de Roger, ni comprendo de modo alguno vuestros enigmas; sin embargo, podéis dispensaros de disfrazarlos, pues estoy segura de que los nombres y los hechos que profiera vuestra boca han sido creados en la imaginación de quien me persigue a mí y os engaña a vos. Os añadiré también cuánto os importa guardaros de la espada de Gualterio de Monsonís, pues podrá saber que vos contribuís a mi desdicha, y difícilmente persona alguna de cuantas lo verifiquen quedaran libre de su venganza. Proseguid, y no haya miedo que os moleste con preguntas.

-Lo haré -continuó el monje-, mucho más cuando vuestras últimas palabras me han indicado el camino por donde debo dirigirme. Acabáis de hablar de Gualterio de Monsonís, y siento atosigar vuestro corazón con una nueva

para vos inesperada, pero que no debe sorprenderos, pues si no le habéis dado el ejemplo sois tan reprehensible como él mismo. Mientras le hubieseis mantenido la palabra que de la unión de ambos tenía recibida, era a la verdad muy justo que confiarais en él y contaseis un defensor contra quien os persiguiera; pero vuestros extravíos le autorizan para abandonaros, y los suyos le determinarán a ello con más prontitud, pudiendo cohonestar su proceder con vuestra inconstancia. Bien deberíais extrañar que, habiendo regresado de Tierra Santa todos los caballeros que han hecho la guerra en ella, sólo Gualterio de Monsonís no se presentase en su patria, sin embargo del tiempo transcurrido desde la llegada de vuestro hermano, en cuya compañía se marchó y sabíamos que volvía. Nada indica que estéis cuidadosa por saber su paradero; mas yo quiero decíroslo. Y explicaros la inesperada causa de su retardo. No es él, por desgracia, el único caballero a quien la fragilidad humana ha hecho olvidar el santo objeto que le movió a abandonar sus hogares; y que no pudo ver con indiferencia las hijas del mundo que los cruzados iban conquistando. Esta falta ha sido tan general, que pocas conciencias dejarán de sentirse, cargadas con esta opresora culpa. Sin embargo, vuestro Gualterio, más entusiasta, más constante o más enamorado, no ha sabido desprenderse con la facilidad que los otros de la joven que, o seductora o seducida, le sigue hace dos años; y le tenéis hoy en Constantinopla entregado a los deleznables placeres de la vida en brazos de una mahometana, distraído no sólo de vos, sino de su patria, de su padre, y quizá, quizá, hasta de su religión misma. Rodeado de todas las ilusiones del amor y de la lisonjera acogida que en la capital del Imperio griego se le ha dispensado, su exaltada imaginación se detiene sólo en lo presente, huyendo de recordar lo pasado y de volver los ojos hacia lo venidero. En medio de la riqueza, de los halagos y de un afecto criminal, de poco pudiera servirle el recuerdo de su triste patria, de la soledad de su castillo, y del reservado y candoroso amor de la que debía ser su compañera. Su alma fogosa no podía llenarse con estos objetos fríos y tranquilos: el movimiento, el ardor, las violentas pasiones de las beldades que conoció en aquel mundo han llenado su alma, y hecho desaparecer de ella todos los afectos anteriores. Tales son la distracción y las ocupaciones del que llamáis vuestro defensor.

-No es la verdad sacrosanta la que sale en este instante de tu boca -gritó, repentinamente, Matilde, dirigiéndose airada hacia el monje, cubierto su rostro de mortal palidez, y alzados los párpados superiores hasta tocar con la frente-: miente tu labio y miente quien te ha enviado. Tus seguridades no penetran en mi corazón, porque mi corazón conoce a Gualterio. ¿Qué prueba me darás de esas injurias? ¿Quién ha visto lo que refieres?

-Os la daré -dijo el monje, con hipócrita calma-: una carta de Gualterio a su padre bastará para convencer a vuestro ánimo, aunque en ella se cubra la verdadera causa de su permanencia en Constantinopla con un pretexto que nadie ha creído, ni vos misma creeréis tampoco cuando renazca la serenidad en ese turbado espíritu. Leed, y juzgad a Gualterio.

Cuando el hijo de Romualdo estuvo cerca del castillo de su padre había dirigido a éste una carta figurándola escrita en Constantinopla con el objeto de que, esparciéndose la noticia de que estaba allí, no tomara Arnaldo ninguna resolución en orden a su hermana, y pudiera él con más

seguridad presentarse súbitamente y hacerla su esposa. Por desgracia, el pergamino, en vez de ir a parar a las manos de Romualdo, cayó en poder de Arnaldo; y como quien sabía que Gualterio no estaba sino muy cerca de Barcelona, sospechó el verdadero motivo que le había inducido a mentir de esta manera, encerró a Matilde para precaver toda sorpresa, y puso el escrito en manos del padre Asberto, a fin de que hiciera de él provechoso uso para su objeto. Léanse en la carta las siguientes palabras: «Mi escudero Ernesto de Otranto podrá deciros de mi salud y de mi bienandanza. Yo mismo pensaba daros esta nueva y recibir vuestra paternal bendición; pero la enfermedad de un joven paje hijo de Nicea, y a quien por su fidelidad y respetuoso cariño profesa un verdadero afecto, me detendrá por algún tiempo en esta capital. Separado de su familia, de su patria y sin más amparo que el mío, no he tenido valor para dejarlo en esta tierra, ni él podía tampoco seguirme: Yo espero que se restablecerá pronto; mas, sin embargo, si así no fuere; no os dé pena mi tardanza.»

-Tenéis razón -dijo Matilde, después de leído este trozo de la carta y de haber reflexionado un momento-; la indisposición de un paje no era capaz de detener a un caballero como Monsonís lejos de su patria, su familia y de su querida, si lo fuera yo todavía. Tenéis razón -repitió con el acento del despecho, aunque con aparente calma-, él supo engañarme, y la herida que hoy ha penetrado en mi alma no se cicatrizará nunca, ni dejará de emponzoñar todos los instantes de mi vida. Tomad la carta; no quiero retener este testimonio de su ingratitud y de su inconstancia; soy hartamente infeliz en el seno de mi familia, y no necesito que acibaren más mi existencia las cosas y los recuerdos que pertenecen a otra. Decid a mi hermano cuán encarecidamente le ruego que me saque de este monasterio. Desaparecieron los motivos que le podían inducir a ocultarme; y en la corte, en el castillo que me vio nacer, o lejos de la patria si lo quiere, podré quizá acabar más tranquilamente mis días. Goce Gualterio toda clase de felicidades; en este mismo instante le perdono, pues a mí tocaba conocer que una ausencia tan larga debía hacerle olvidar por fuerza un amor que él reputó tal vez por mero afecto de la infancia. Sea dichoso en este o en otros climas, olvide enteramente a Matilde, y nunca jamás perturbe sus placeres una queja de mis labios.

Y al proferir las últimas palabras cayose en el taburete que tenía tras de sí, y prorrumpió en deshecho llanto. Conmoviose el duro corazón del monje; le prodigó los consuelos de la religión, y ya creía haberla tranquilizado, cuando la heredera de Sangumí, volviendo la cabeza hacia él, le dijo en tono desabrido:

-Id, padre Asberto; el oficio de consolador le pega muy mal a vuestro carácter y a vuestra lengua: no era posible escoger a otro hombre más dispuesto a traerme una nueva que debía hacerme desgraciada para siempre; mas no sois a propósito para confortar mi triste espíritu. Id en buena hora, y Dios os perdona como os perdona Matilde; lograd que salga yo de este encierro, y al menos el recuerdo de esta merced endulzar a algún tanto la horrible memoria que de otro modo debe quedarme de vos toda la vida. Salid, padre, salid de esta estancia -añadió con imperio-: vuestra misión está cumplida. Alzad la triunfante cabeza, y colocadme en el número de vuestras víctimas.

Bien quería el religioso disculparse con aquella desgraciada; pero no le

permitió hablar; y lanzándole una mirada llena de odio y de desprecio, salió ella de la habitación y fue a llorar en el seno de la compasiva abadesa, que más de una vez había enjugado ya sus lágrimas.

-Cumpliré mi palabra -decía Arnaldo a su enviado-: sabréis hasta dónde llega mi generosidad, y nunca me consideraré desquitado con vos. Por fin la habéis hecho conocer la razón, se ha desengañado, y por mi parte quiero también complacerla. Yo espero que no me abandonareis hasta dar cima a nuestra empresa, pues no es tampoco justo que Matilde, decidida ya a no dar la mano a Gualterio, renuncie por esto a todo otro matrimonio.

Muchísimos son los caballeros de la corte que tendrán a grande honor enlazarse con nuestra familia; y ya veis que son bien pocas las que se expondrían a perder en ello.

-¿Y quién no conoce -dijo el lisonjero monje- la antigüedad, la nobleza y los pingües bienes de vuestra casa, a cuya sucesión, según la fama pública, es llamada vuestra hermana?

-Os equivocáis -repuso inmediatamente el Caballero Verde- o, por mejor decir, no habéis hecho la distinción que es la base en que se fundan las disposiciones de mi madre. Si Matilde se hubiera casado con Gualterio, no hay duda alguna de que entraba en la universal herencia de mi casa; pero cesando esta condición, precisa y única, bien claro se echa de ver que no le corresponde semejante gracia. Ella lo sabe también; y yo mismo se lo he repetido mil veces, pues por ningún título tolerara yo que en lo más mínimo se faltase a la última voluntad de mi querida madre. Por esto, y debiendo Matilde elegir un esposo, fuera crueldad de parte mía no deferir a sus deseos: supuesto que ama a Gerardo de Roger, dele en buena hora su mano, y las riquezas mías suplirán en buena hora las que no puede traer ese joven honrado. Su nobleza, más bien olvidada que oscura, renacerá juntándose con la nuestra; y pues Matilde no ha podido ser esposa de Monsonís, viva al menos en compañía de un hombre que supo inspirar algún interés a su corazón. Él la quiere, es mi hermano de armas, y yo soy capaz de echar a un lado los escrúpulos que me quedaban, sólo para convencer al joven Monsonís de que la noticia de sus extravíos han llegado antes que él a Europa y de que todo su valor y sus riquezas no han sido bastantes para inclinar el corazón de mi hermana hacia un ingrato.

Podemos asegurar a nuestros lectores que esta píldora no la tragó el padre con la facilidad que creyera Arnaldo, ya porque era bien sabido el modo con que había tratado a su madre y las causas que ésta tuvo para ordenar su testamento, según vimos anteriormente, ya porque la generosidad que ahora fingía en pro de Roger chocaba directamente con todo lo que hasta entonces manifestara al religioso. Pero a la sazón no era cosa de replicar a Arnaldo, antes sí de ceder a cuanto dijera, ya que podía hacer mucho bien al monasterio.

-Perdonadme señor de Sangumí -díjole su interlocutor al momento-, si estaba yo en ese equivocado concepto, y no puedo menos de celebrar esta ocasión que me hace rectificarlo. Atendida, pues, la voluntad de vuestra madre, Matilde a mi parecer no será la sucesora de sus títulos y bienes porque el Caballero del Ciervo, por lo que se ve, ha ganado más en culpas que en indulgencias en la Tierra Santa; sin embargo, yo creo que vuestra hermana le ha de hacer ascos a cualquier caballero que pretenda por ahora ser su esposo. A pesar de su ingratitud e inconstancia; ama al señor de

Monsonís, y no le olvidara en dos días: me parece algo terca la señorita, y calculo que el trabajo empleado para convencerla de su infidelidad es muy poco, si se compara con el que ser a preciso para hacerla entrar en la segunda parte de ese vuestro plan, lleno de madurez y de prudencia.

-Mucha hemos de tener nosotros -expuso el Verde- para conseguir mi objeto, y desde luego- resuelvo retardar su ejecución algún tiempo; mas creo indispensable no olvidarlo, ni despreciar la ocasión favorable de darle a entender mis deseos absolutamente encaminados a su felicidad venidera. Vuestra sabiduría, oh padre, vuestra elocuencia, vuestra honradez, vuestra acreditada madurez, han de ocuparse en esto con ahínco. Se trata del honor de mi casa, de dar a Matilde un esposo que, sin mengua de ninguna de las dos partes, pueda convenirla, y se trata del bien de vuestro monasterio, al cual le quedará de Arnaldo de Sangumí una eterna memoria, capaz de probar que no ha sido ingrato a uno de sus individuos.

-Si se tratara -observó el monje- de mi interés, desde ahora os rogaría que suprimierais la última de las razones manifestadas; pero no me es posible desatender las ventajas de mi monasterio, y os confieso que vuestras promesas me llenan de consuelo. Bien notorias tenemos ya de las cristiana largueza de vuestros respetables padres, y sería una injuria suponer que su noble hijo ha de separarse de las huellas que le dejaron trazadas. Esto mismo me obliga más y más a no olvidar los verdaderos intereses de una casa y familia a la que tanto debemos, y justo es que contéis conmigo para cuanto pueda contribuir a tan laudables objetos.

-Estoy bien seguro de vuestra cooperación -contestó Arnaldo-; y os he dado una prueba de ello eligiéndoos para un asunto de tal importancia; así espero que cuanto antes os trasladéis a mi castillo para discernir de común acuerdo el modo de llevar a cabo mis planes.

Despidiéronse con mutuas demostraciones de amistad estos dos personajes, que recíprocamente se detestaban y hacían lo posible para engañarse.

-Sírrame cuando le necesito -decía el de Sangumí-; yo sé que es un hombre detestable que tiene mal corazón, y que no le guía más que el interés; pero mientras pueda serme útil, fuerza es sacar partido de esos mismos defectos. Lo tengo ya comprometido, lo he hecho odioso a mi hermana, lo será igualmente a Gualterio, y si me conviene lo perseguiré yo también en compañía de ambos, so pretexto de haber usado falsamente de mi nombre, si acaso dijo a Matilde que la desengañaba por encargo mío. A lo menos gozo con la idea de haberle engañado; conocerá algún día que los hay más ladinos que él; y si las cosas no anduvieran a mi gusto o supiese volver contra mí la pelota que le he arrojado, no es difícil deshacerse de su persona en la época en que vivimos.

Al mismo tiempo se encaminaba muy satisfecho hacia su monasterio el hipócrita religioso.

-Estos caballeros -discurría para sus adentros- se figuran que todos los hombres están bajo las órdenes suyas. Por de pronto, ya sabe Matilde que no fui más que un enviado de su hermano, y creo muy oportuno dar noticia de cuanto pasa al anciano Romualdo de Monsonís para que me vaya poniendo en buen lugar con el atolondrado de su hijo. Estos jóvenes son terribles y más los que vienen de Asia, en donde han estado siete años mandando a su gusto, y disponiendo de las vidas ajenas a fuer de conquistadores. Sin embargo, no sé a punto fijo lo que hay de cierto en todas estas cosas.

Ello puede ser que la señorita de Sangumí haya contraído relaciones amorosas con el mozalbete de quien me ha hablado Arnaldo, porque al fin la niña ya tiene sus veinte años y un querido ausente no es gran dique para el tierno corazón de una joven; y no hay dificultad en creer que Gualterio, lejos de despreciar el tiempo en sus andanzas, haya enamorado no a una sino a cien mahometanas. Esto ni más ni menos puede haber sucedido; pero no es imposible que todo ello no pase de un embuste forjado por el tal Arnaldo con el objeto de trastornar el casamiento de su hermana y alzarse con todos los bienes de la casa. Al anciano Romualdo no puedo hablarle ni una palabra de las calaveradas de su hijo, porque si luego resultasen calumniosas, no saldría yo muy bien librado de semejantes enredos; en lo que no hay obstáculo es en insinuarle los amores de Matilde, suponiendo no haber llegado a mi noticia con mucha reserva, y que no llevo más objeto que ponerle al corriente de lo que pasa, para que, como interesado en cuanto pertenece a su hijo, averigüe, inquiera, y tenga al fin exacto conocimiento de este enmarañado negocio.

Con tales ideas, y formado ya su diabólico plan, sólo pensó el padre Asberto en trasladarse al castillo de Monsonís, pasando antes por el monasterio a fin de dar cuenta de su persona, pedir nueva licencia al prelado, y disponerse con más calma, meditación y espacio a llevar a cabo sus intrigas. Más impaciente Arnaldo habíase dirigido el mismo día al monasterio de Santa Cecilia; pero con mengua del prestigio que le daban su alcurnia y sus riquezas, y a pesar de que su fina política descendió a los ruegos, no pudo conseguir que la respetable abadesa le dejara ver a su hermana.

-Respetad su dolor, noble caballero -decía la compasiva señora-, Matilde está verdaderamente afligida, y necesita un desahogo de algún tiempo para con menos alteración detenerse a contemplar el cambio de su suerte. Las noticias que en vuestro nombre le trajo el padre Asberto han causado profunda herida en su pecho, y a la verdad que si conociera mejor el mundo o escuchara mis consejos, no le daría seguramente tanta importancia, pues tengo por falso lo del caballero de Monsonís que se ha contado en estos días. Es un joven muy noble, muy cristiano, y si ha padecido algún extravío, él arreglará su conciencia, y se acordará de sus promesas. Cada palabra de la monja arrancaba una secreta maldición a Arnaldo; pero disimulando su disgusto, contestó con serenidad:

-¡Ojalá fuese así!, respetable señora; pero he sido testigo de su conducta, y os aseguro que aun cuando arrepentido de veras, volviera con pretensiones a la mano de Matilde; opondría yo toda la resistencia imaginable, pues amo demasiado a esa joven para dejarla a merced de un hombre cuyos defectos me obliga a callar la caridad cristiana.

-Hacéis bien -le interrumpió la abadesa-; y este silencio tiene doble mérito, porque se trata de un hombre a quien no os une la amistad que tuvisteis en vuestros primeros años. Ha habido al menos entre ambos algunas escenas que no indican mucho cariño, siendo un indicio de ello el hecho de haberos venido vos dejándolo a él en Constantinopla.

-En cuanto a nuestra amistad, señora -repuso Arnaldo-, creed que media la misma de siempre; sólo la emulación de las armas, el deseo de la gloria habrá presentado tal vez las apariencias de alguna rivalidad entre los dos; pero en el fondo somos amigos y nos queremos y en orden a haberle

dejado en Constantinopla, su posición no le permitía seguirme, ni era justo que tardase yo más en dar la vuelta a mi patria.

-¿Y vos pensáis -preguntó la abadesa- llevaros a Matilde y disponer de su mano antes de esperar la venida de Gualterio, o antes al menos de saber lo que resuelva para más adelante?

-¿Y pensáis vos -preguntó a su vez el de Sangumí- que estoy yo en el caso de hacer que dependa la suerte de Matilde de la voluntad de Monsonís? Hay en la corte mil jóvenes caballeros, nobles, ricos, incapaces de cederle en valor a ese paladín enamorado, que aspirarán a la mano de mi hermana, y si ella lo quisiera, la disputarán a muerte en campo libre.

-No permita Dios que tal suceda -exclamó la buena religiosa-; no quiera el cielo que nadie se mate por casarse con esa señorita, y en cuanto a ella me parece que tampoco lo desea. Por lo demás, no puedo yo dudar que Matilde es digna de enlazarse con las primeras familias de Cataluña; sólo quisiera, señor, que no precipitaseis este paso, y que ante todo explorarais la voluntad de esa joven.

-Lejos de mí -protestó el Verde-, nadie la obligará; y aun para tratar formalmente de negocio de tanta importancia, estoy resuelto a esperar una insinuación de su parte, tan lejos de conducirme precipitadamente. La campana llamó a las monjas a sus piadosos ejercicios, y puso fin a este razonamiento del que no quedó satisfecho ninguno de los dos interlocutores. Traslucía la abadesa todo lo que realmente se maquinaba, y no era difícil para Arnaldo conocer que se entreveían sus secretos y sus intrigas, preparándose una resistencia que no había temido. Sin embargo, inspirábanle confianza su poder y sus riquezas, y más que todo, el despotismo y la tiranía con que resolvió vencer la obstinación de la heredera.

Vedendo quivi comparir repente
L'insolite arme, sbigottir'costoro.

TASSO.

En la ermita de San Pedro aguardan a Gualterio dos pajes, uno de los cuales es asiático y está a su servicio desde poco tiempo antes que emprendiera el viaje de vuelta a Europa. El sarraceno se halla en la tierna edad de dieciocho años, y su color que pudiera ser menos prieto, no rebaja la perfección de sus facciones, ni la belleza de su rostro. Vestido con lujo, y contristado al parecer por algún pesar interno, tomárasele por el mismo Ganímedes arrojado de la mesa de los dioses, o por el huérfano de Saara perdido en el mundo, o por el paje de Citera,

lamentándose de la ausencia de la extraviada diosa. La seductora idea que de él se forma al verle, está en abierta contradicción con su carácter, cuyas bases son la audacia, la crueldad y el orgullo. En medio de estos vicios, ama en extremo a Monsonís, y en las empresas de grandes riesgos siempre el caballero ha contado con su compañía, prefiriéndola a la de sus restantes servidores. Para lo que medita no era fácil hallar otra más a propósito, pues los objetos de la religión cristiana y los edificios destinados a su culto no sólo no le imponen respeto, sino que los mira con horror y desprecio como acérrimo sectario de Mahoma: así es que si abandona alguna vez el turbante para arreglar su vestido al de los otros pajes, en todo lo demás es tan musulmán como antes de salir de su patria. -¡Ismael! -le dice Gualterio al llegar a la ermita-; apareja los caballos, y junto con Ernesto y Gerardo prepárate a seguirme. -Oír es obedecer -contestó el paje-; y ayudado por sus compañeros pone en ejecución las órdenes de su señor.

Esperando éste que todo esté dispuesto para la marcha, da, entre tanto, precipitados paseos por delante de la ermita, y se ocupa en calcular el modo que más airoso podrá sacarle del proyecto, para cuya ejecución ha venido a este lugar solitario.

Si la oscuridad de la noche no ocultara a Gualterio, viérase en él a un joven de veintinueve años, de grande estatura y frente alta y despejada, siendo en todo lo demás tan conforme con su hermana Casilda, que bien se conocía a tiro de ballesta que debían el ser a una misma madre. Sus formas eran mayores y más abultados sus músculos, cual convenía a su gallarda talla; pero el color blanco, el cabello rubio, los ojos azules y brillantes, y la sonrisa de los labios eran los mismos que se observaban en el agraciado rostro de la hija de Romualdo. En el asalto de Jerusalén había rozado su mejilla derecha la punta de una saeta, cuya herida si bien fue poco considerable, dejó impresa debajo del ojo una estrecha cicatriz que no debía borrarse en toda la vida. La fuerza era uno de los dones con que la naturaleza le había favorecido; pero lejos de tener por ello un carácter orgulloso e insultante, portábase con todo el mundo como si no pudiera contar con aquel poderoso recurso, que en su tiempo decidía las más veces de la suerte de los hombres, y les procuraba duradera fama y universal respeto. Amable hasta con sus mismos criados, era generalmente querido, y con facilidad se le perdonaban los repentinos accesos de cólera que le encendían tal cual vez por causa liviana, en gracia de la prontitud con que eran disipados y del cariño con que trataba a la misma persona contra quien los dirigiera. Por lo demás, su carácter era bueno, aunque terco, y lo más notable de él fue siempre la infatigable constancia con que trabajaba para el logro del objeto que una vez se había propuesto. En tales casos nada le arredraba, y no contento con olvidar los peligros, se disponía a arrojarle en medio de ellos aun cuando supiera que debiesen costarle la vida. La intemperie, las vigiliias, las privaciones de toda clase y las fatigas, no causaban más impresión en su físico que molestia a su ánimo; y después de haber salido rota quizá la armadura, se le vio tomar un caballo descansado, y fatigarlo a puro correr por entre peñascos y precipicios. La noche del mismo día en que los cristianos entraron en Jerusalén, herido en el rostro y en el pecho y después de pelear todo el día, no quiso tomar alimento ni descanso hasta que hubo pasado más de una

hora probando el temple y la fuerza de cimitarras y espadas cogidas entre los despojos de los vencidos. Con harta dificultad dejose al fin catar la herida y desarmarse para dormir cómodamente. Dentro de aquella armazón robusta y dura palpitaba, sin embargo, un corazón tierno, amoroso hasta el entusiasmo, ardiente como un volcán, y susceptible de todas las impresiones dulces. La ausencia no había apagado ni una chispa del cariño que profesaba a Matilde, y al volver a Europa era con respecto a esto el mismo hombre que de ella se marchara. Conocía muy bien a Arnaldo, sabía de cuánto era capaz su ambicioso pecho, y por lo mismo al oír a Casilda, encendióse su sangre y juró vengarse y arrancar de su encierro a la heredera de Sangumí, aun cuando debiese morir en el empeño. Para lograrlo discurría a la sazón de que vamos hablando los medios de que era preciso echar mano.

Apenas había dado orden a Ismael para que ensillase los caballos, cuando llamándole a sí, le comunicó parte del proyecto. Nada respondió el musulmán; no hizo objeción alguna, ni aun con gestos dio señal de aprobar o de reprochar las ideas de su amo. Cuando éste quiso saber cómo opinaba el paje, breve en todos sus razonamientos, se contentó con decirle:

-Oír es obedecer, mi vida es de mi señor, y su voluntad el camino que debe recorrer este servidor suyo.

Bastole al caballero esta respuesta; le mandó retirarse indicándole que llamaría cuando fuera la hora de la partida, y siguió su paseo por delante de la ermita.

Ernesto de Otranto era muy querido de Monsonís, el depositario de los secretos de su corazón y de todos sus proyectos. Era valiente y estaba pronto a las órdenes de Gualterio; pero no tenía aquel arrojo ciego de Ismael, que ni inquiría las causas de los mandatos que se le daban ni calculaba sus resultados. El de Otranto era un compañero dispuesto a exponer la vida para defender la de su amigo, que se lanza a un riesgo cuyo resultado es incierto; Ismael era un perro de presa que al momento de ver al enemigo se precipita sobre él enseñándole todas sus armas, sin calcular, sin temer, sin esperar cosa alguna. Ernesto era un servidor, Ismael un esclavo. Las confianzas que el del Ciervo hacia al segundo no despertaban los celos del primero, porque, prescindiendo de que no los hay de mayor a menor, entendíasele que los secretos de que se hacía parte eran de carácter más noble. Con él se pensaba, se discutía, se tomaba tal vez consejo, cuando a Ismael sólo se le mandaba. Gerardo lo veía todo, sin envidiar a los otros dos; conocía su posición, y era feliz en ella; no obstante, gracias a sus buenas puntas de bellaco, divertíase quizá a costa del asiático, disputando con él por cosas que las más de las veces valían bien poco la pena de añascarse.

-¿Qué novedad tenemos Ismael? -le preguntó al entrar de nuevo en la ermita.

-Ninguna -satisfizo el árabe.

- Pues yo rastreo que ha de haberlas -observó Gerardo-; tu conferencia con el caballero así lo indica, pues ya sabemos que el amo nunca habla en balde.

-Tú al menos lo crees así -repuso el mozo con picaresca sonrisa.

-Y creo bien -siguió el otro-; mas si es cosa de secreto, guárdalo, enhorabuena, pues yo no trato de sacarte las palabras del buche. He

preguntado para saber y nada más: ya te harás cargo de que tomaría mal siniestro si quisiera averiguar las cosas del señor de Monsonís.

-Tú no eres curioso -repuso Ismael-; sólo preguntas para saber.

-Cierto -insistió el cristiano-; pero los hombres como tú también afectan muchas veces secretos que no se les confían, así, como si dijéramos para darse alguna importancia.

Ya centelleaban los ojos del irritante paje, y a través de su cutis culumbrábase el color encendido de la ira.

-Si no te place -respondió a su interlocutor-, ya sabes lo que te toca; o calla, o arma tu brazo.

-¡Bravo, bravo! -atajole éste-: orgulloso y valiente, tienes dos bellas circunstancias para cuando estés armado caballero.

-Ahora mismo puedo hacer uso de entrambas -exclamó el hijo de Agar-, mucho más habiéndomelas con un igual mío.

-¡Igual tuyo! -exclamó Gerardo-: ¿Te olvidas acaso de que eres un perro descreído, un judío, un hereje y un demonio en carne humana?

Púsose de por medio Ernesto, y no hubiera quizá logrado calmar tan pronto la contienda a no venir en su auxilio la voz de Gualterio que impuso repentino silencio a todos.

-¡Los caballos! -gritó el de Monsonís-

Y en menos de dos minutos estuvieron los tres servidores fuera de la ermita con los cuatro bridones de la rienda.

-¡Ernesto! Ven a mi lado -continuó después de montar en el suyo-; y vosotros seguid y sírvaos de advertencia que no quiero más ruido que el de las pisadas.

Ordenáronse como acabada de mandárseles, y emprendieron la ruta que sólo sabía el hermano de Casilda.

Al pie de una colina y en el valle por donde se deslizan las aguas del río Cavo, a una legua del lugar de Castellbó, muy cerca de Pallarols, y en el territorio conocido con el nombre de Casovall, descollaba a principios del siglo XII el monasterio de monjas de Santa Cecilia. Debíase su fundación al piadoso Edifredo, quien después de haber vivido entre el estrépito de las armas a fines del siglo VII, en que sólo resonaba por Cataluña el clarín de las batallas, quiso retirarse a más pacífica vida, y combatir con la oración y la penitencia al enemigo de nuestras almas. Talado el espeso bosque y desmontadas las tierras del espacio que eligiera para su nueva morada, edificó en compañía de algunos otros varones aquella casa de devoción y de recogimiento. Grande fue la importancia que en breve espacio adquiriera el monasterio, pues las larguezas de algunos magnates y las piadosas ofrendas con que le acudieron los catalanes, habían puesto a los monjes en el caso de tener pingües bienes, mozos, esclavos y aun por vasallos a pueblos enteros. Las señaladas mercedes que el rey Carlos Magno concedió a los ruegos del abad Edifredo (de que se ve una exacta relación en las patentes reales dadas en la villa de Tortuaria a los 25 de agosto del tercer año de su reinado), bastan para concebir una exacta idea de la consideración que disfrutaba. La rígida y monástica disciplina observada desde sus principios en el monasterio, fue relajándose de poco en poco, hasta que la infame simonía, extendida desde la mitad del siglo XI por el principado, perdió de todo punto la santidad y buenas costumbres de los monjes, cual en otras casas de religiosos sucedía. El insigne conde de

Urgel, Armengol de Gerb, tan grande protector de la religión como inflexible contrario de la impiedad y del vicio, no pudo tolerar tales demasías, fáciles, además, de arraigarse en todo el territorio de su condado. Con el objeto, pues, de curar radicalmente estos males, que iban ya envejeciendo, llamó al obispo Amat, legado del Papa, suplicándole que se sirviera hacer las oportunas mejoras, de modo que no fueran más ejemplo de escándalo aquellas casas que debían darlo de la piedad y de las virtudes. Sus ruegos fueron escuchados; y venido a la ciudad de Urgel, empezó a entender desde luego en la reforma de los monasterios de San Saturnino, San Andrés y S. Lorenzo, y en particular del de Santa Cecilia. Como fuese éste el que más estragadísimo estaba y conviniera también en el condado una mansión donde pudieran recogerse las damas y señoras principales, extinguióse el oficio de abad y el de los otros monjes, convirtiendo la casa en monasterio de monjas del mismo orden de San Benito. A los ruegos de Armengol y de su esposa Lucía, concedió la venerable Eliarda, abadesa de San Pedro de las Puellas de Barcelona, algunas reliquias al de Santa Cecilia, en cuya compensación dispusieron los condes que aquel retiro de vírgenes quedase sujeto a la referida prelada. En 23 de julio de 1079 se verificó la traslación solemne, con asistencia de los condes y de otros muy principales caballeros, levantándose de todo un auto e instrumento público que minuciosamente explica el hecho y los antecedentes. Después de no pocos años aconteció (según tradición de los habitantes del país, conservada hasta nuestros días) el quedar una sola monja, por cuyo motivo, extinguiéndose la casa, se aplicaron sus rentas y bienes a la colegiata de Castellbó⁴, y perdióse para siempre aquel antiguo y célebre monasterio, del que sólo nos quedan solitarios y venerables restos. Asaz lejos todavía de este último y lastimoso estado, hallábase abundante en riquezas y gozaba de singular reputación en la época a que nos referimos. El país árido y montañoso sobre que fuera edificado, no permitía jardines ni anchurosas calles que desde mucha distancia pudieran dar al romero ventajosa idea del convento; mas la fama de sus crecidas rentas, de la nobleza de las señoras que buscaban en él un baluarte contra los peligros del mundo, y la rigidez de costumbres restablecida con la ausencia de los monjes, inspiraban cierta veneración y respeto, que tenía a las religiosas al abrigo de todo insulto y hasta al de la maledicencia. La aspereza de su situación hacía, además, muy poco frecuentado; y, por lo mismo, la soledad y el silencio que en él perfectamente moraban detenían cualquier malvada intento, forzando a recogerse al espíritu más distraído. Una alta tapia, que partiendo desde dos de los cuatro ángulos del edificio iban a formar un espacioso cuadrilongo con una de sus fachadas laterales, indicaba el grandor del huerto, cultivado con esmero por el viejo Damián, cuya casita estaba incluida en el recinto y que era el único hombre que observase de cerca la ejemplar piedad de aquellas vírgenes.

A la humilde habitación del hortelano llegó nuestro caballero a los tres días de salir de su castillo, y a tiempo que había más de dos horas que desapareciera el sol del horizonte. Si el anciano labrador no hubiera estado en antecedentes, vanamente habría propuesto el del Ciervo los más ventajosos partidos; pero gracias a su curiosidad, no le cogió de sorpresa la visita de Monsonís, se puso de su parte a breve rato, y con tan

inesperado auxilio se disponía el joven a llevar a cabo su arriesgada empresa. La noche era calurosa y serena, y brillaba con todo su resplandor el astro de la melancolía. Sus plateados rayos daban de lleno en las aguas del grande estanque que se veía en el centro de la huerta, haciendo algunas veces el suave movimiento de las aguas que desapareciera la imagen de las estrellas, reflejadas, otras, en lo más profundo de su seno. El aire no combatía las hojas de los árboles, de modo que reinara un absoluto silencio si el agorero graznido de una corneja, perpetua moradora de la torre de la iglesia, no se hiciera oír desde muy lejos anunciando al parecer borrascas o fatales acontecimientos. El cielo, sin embargo, no justificaba sus vaticinios, por más que coincidiese con ellos el incómodo graznido de las numerosas ranas que saltaron fuera del agua en aquella hora de seguridad y de reposo. El lento y breve toque de una campana advirtió entonces a las monjas que debían juntarse en el coro para dirigir al cielo la última preza de aquel día. Desde el lugar en que estaba escondido el caballero, oíase claramente el ruido de las puertas que cada religiosa iba entornando, y a encontrarse abiertas las ventanas pudiera divisar el débil resplandor de la linterna que alumbraba sus pasos al cruzar los corredores.

-¿Distinguís la voz de la señora -preguntó el hortelano- entre las que el eco trae a este sitio?

-No por cierto -dijo Gualterio-; el confuso murmullo que aquí llega no me permite hacer tal diferencia, mucho más cuando debe haber sufrido notable mudanza desde que no la oigo. Juzgo que éste es el momento propicio, recuerdo bien tus instrucciones, y te aseguro que no me perderé en ese laberinto de galerías. Supuesto que desde el coro van al refectorio, yo aguardaré en la sala inmediata a éste, y cuando pasen por el corredor de abajo, desde lejos les haré oír mi voz, y desvaneceré su temor indicándoles el motivo de mi venida.

-Por Dios, señor -replicó Damián-, que procuréis no asustarlas; la madre abadesa es mujer de mucho valor, y a ella debéis dirigiros, o a la señora, que conociéndoos al instante, podrá tranquilizar a las otras.

-No temas -le aseguró el del Ciervo-; ni trato de asustar ni de hacer traición a tu confianza: recibirás de mí mayor recompensa de la que ahora me han permitido las circunstancias, y la misma Matilde será contigo generosa por haber contribuido a sacarla de la fatal situación en que se halla, según dices tú mismo.

-No hay duda -observó el rústico-: en todos sus paseos por la huerta ha dado indicios de su pesar, y ya os he dicho su repetido encargo de que si casualmente pasase por la aldea inmediata un caballero de vuestra figura con un ciervo pintado en el escudo, le manifestase la violencia que en este lugar sufre y le sirviera para el logro de sus proyectos. Os conocí al veros, y sois, sin duda, el que ella aguarda, y no el otro caballero que con mucha frecuencia viene por acá, acompañado tal vez por el padre Asberto. Hace algún tiempo que la señora nada me habla de vos, y aun han pasado bastantes días sin verla; pero como la semana ha estado lluviosa en extremo, tampoco me admira que no haya venido a esparcirse por la huerta.

-Dices bien -razonó Monsonís-; las circunstancias no han auxiliado sus deseos; de todos modos, yo soy el cabal de quien te hablaba: así puedes estar seguro de mi secreto, de mi generosidad para contigo, y de la

palabra y fe de caballero que te he dado de no entrar aquí sino con el objeto de saber por qué está en el monasterio Matilde, quién la ha traído, y cuánta precisamente tenga relación con su suerte. Ve a prevenir a los criados que estén dispuestos como les he mandado; y vuelve al momento a este sitio a esperar mi salida; que retardaré lo menos posible.

Marchose el hortelano, y Gualterio, penetrando con bastante trabajo por la ventana que aquel le indicara, se encontró en la parte interior del locutorio. Si las monjas no hubieran estado en el coro, el ruido que hizo su armadura bastara a empavorecerlas a todas; pero su devoción era demasiado fervorosa, harto fuertes sus voces, y mucha la distancia para que advirtieran cosa alguna. Sin embargo, el guerrero se mantuvo un rato quieto y aun agachado para observar si su introducción había sido notada; mas convencido de que no ocurría novedad alguna, emprendió el camino explicado por Damián, dirigiéndose hacia la sala inmediata al refectorio. Cerca estaba de ella cuando cruzó a poca distancia suya una monja con un cesto lleno de panes, que indicaba debían servir para la cena de la comunidad. Por fortuna suya iba siguiendo con la voz el salmodio del coro, si bien no podemos asegurar que repitiera las mismas palabras, pues las religiosas de la clase a que pertenecía no suelen ni tienen obligación de saberlas. Al divisarla, detúvose repentinamente Monsonís, y sin ser visto, luego que hubo pasado siguió su ruta hasta llegar a la pieza donde resolviera colocarse. Alumbrábala una lámpara sostenida por un aro de hierro clavado en la pared, y su quieta llama permitía distinguir con bastante claridad los objetos. Un gran cuadro colgado encima de la puerta fijó las miradas de Gualterio, y no le fue difícil conocer que representaba el asalto de Jerusalén por los guerreros de la Cruzada. Por grande que fuese su sorpresa al tropezar con aquella imagen, mayores eran sin duda la atención y el placer con que la miraba: parecía reconocer en los paladines pintados a todos los compañeros de sus fatigas, y en particular a Raimundo, conde de Tolosa, cuando seguido de los suyos corría adentro de la ciudad en la puerta de San Esteban, que acababa de romper a hachazos el pío Tancredo: veía a este jefe, cubierto de sangre y rota la armadura, penetrar por entre las filas de los musulmanes, blandir intrépido su espada, y ofrecer el ejemplo del valor y del arrojo; y más de una lágrima se asomó a sus párpados al recordar aquel día, y a los amigos que en el asalto perecieron.

-¡Oh tú, quien quiera que seas -decía entre sí mismo-, el que has eternizado nuestros trofeos! Yo te doy gracias por tu esmero en transmitirlos a la posteridad, y más ardientes te las rindo todavía porque quizá los ojos de Matilde se han clavado más de una vez en tu obra, y ha creído divisar entre los cruzados a su Gualterio. Sí, allí estaba yo con mis hermanos de armas, allí combatía, y la memoria de mi amada daba fuerzas a mi brazo, y entusiasmo a mi corazón; ella me conducía a la gloria, y derramaba gustoso mi sangre por la causa de la religión, y para hacerme digno de su mano; allí se vieron los valientes; allí se conoció el esfuerzo de los catalanes y su serenidad en el combate; yo los veo todavía; sí, he aquí a Guillermo de Queralt escalando la muralla sin que pueda detenerle la lluvia de piedras ni la tempestad de las flechas; no desconozco a Gerardo Ribelles, que deja caer el puente sobre la muralla, y se dispone a atravesarlo cuando todavía está colgante. ¡Oh tú, bravo

Requeséns que yaces tendido en el foso! Yo te perdono las calumnias que alguna vez me levantaste; sí, te perdono de corazón. ¡Generoso Moncada!, has sido fielmente retratado, pues no caíste del caballo hasta que tu brazo no podía menearse por falta de sangre; recuerdo tus últimas palabras y entregaré a tu padre la espada que me encomendaste a todos os tengo presentes; allí, acá, sí, a todos os veo y os conozco y os hablo todavía. ¡Íncultos compañeros! -exclamó ardiendo de entusiasmo y sin acordarse del lugar en que estaba-; toda la cristiandad ha agradecido vuestros trabajos, y si algunos habéis muerto, será eterna vuestra fama, y pasará a vuestros hijos la gloria que adquiristeis; no más yacerá...

Una punta de la capa mató la luz al levantar los brazos; repentinamente cesó el canto de las monjas, y el caballero, vuelto a su acuerdo, arrimose a un ángulo de la pieza, esperando el momento preciso de descubrirse. En efecto, pareció a breve rato la respetable abadesa al frente de las súbditas; y su absoluto silencio, su paso grave y la seguridad con que las veía marchar hacia el refectorio, forzáronle mal de su grado a mantenerse oculto.

Y no sólo se contuvo, sino que deliberó un instante si llevaría a cabo su resolución, o si era más prudente retirarse otra vez sin dar aquel fatal susto a las piadosas vírgenes; pero se trataba de Matilde, de la felicidad de toda su vida, y el temor de las religiosas sólo podía ser instantáneo, porque al punto declarararía su objeto. No extrañó no ver a su amada, pues ya Damián le había instruido de que no más se juntaba con la comunidad que para los actos de devoción. Resuelto, pues, a salir de una vez de tan penoso estado, detúvose un poco para dar tiempo a que comenzase la cena; apenas resonaba la voz de la novicia que leía de pie en el centro de la pieza, cuando, abriendo súbitamente la entornada puerta, cubierto con la armadura y con el yelmo se presentó en medio del refectorio. Imposible nos será explicar el efecto que su aparición produjo en todas las religiosas, y es fácil, además, que cualquiera se forme de ello una justa idea. Un grito general retumbó por las bóvedas de todo el monasterio, y los infinitos alaridos que siguieron no dejaban un instante de silencio. La joven lectora soltó el manuscrito de las manos, y fue corriendo y temblorosa hacia la testera de la mesa que ocupaba la superiora, a cuyo alrededor estaban cosidas las restantes hermanas. Vinieron al suelo muchos de los utensilios de las mesas, apagáronse algunas luces; veíase a una monja alzando las manos al cielo, acurrucábanse otras debajo de los asientos, cubríanse aquella el rostro con el velo, santiguábase esta sospechando que se hubiera presentado el mismo demonio en figura de caballero; y todas rogaban fervorosamente a Dios que de tal conflicto las sacara.

Gualterio, para quien el miedo era cosa desconocida, no pudo jamás figurarse causarles tanto espanto su presencia; y entonces se arrepintió de veras de haber dado aquel paso. A fin de asegurarlas tomaba mil actitudes suplicantes, dirigíales mil excusas y protestas; rogábales que se tranquilizasen y le escucharan; mas, aunque procuraba dulcificar su varonil voz, nunca se había oído cosa semejante en aquel lugar; y las monjas interpretaron sus palabras por amenazas. No sabiendo ya que hacerse, retrocedió hasta la misma puerta, puso la espada en el suelo con el menor ruido posible, y descubrió enteramente su cabeza, colocando el

yelmo sobre un banco. Los rubios cabellos descendieron por su rostro y espalda, dio a su fisonomía el aire más pacífico que supo, juntó sus manos en acto suplicante, y tantas demostraciones lograron en fin, sosegar un poco e imponer silencio, a las atemorizadas religiosas.

Iba a aprovecharlo Monsonís para calmarlas, cuando la abadesa, que luego sospechó quién pudiera ser, y por lo mismo le fue fácil recobrar su valor y serenidad naturales, alzándose del asiento dirigió estas palabras:

-Ante todo, caballero, espero que me digáis quién sois, cómo os introdujisteis en este lugar, y con qué objeto habéis cometido tan execrable delito.

-Nada temáis, señora -repuso con sosiego el del Ciervo-: soy Gualterio de Monsonís; mi objeto es ver a Matilde de Sangumí, y ya podéis calcular que he penetrado aquí furtivamente. Me confieso culpable; pero si vos, respetable señora, me conocéis y os servís deponer el temor y escucharme a solas, sabréis las causas que he tenido para obrar de este modo y os parecerá más excusable.

-Realmente os conozco, señor de Monsonís -dijo la prelada-: vuestro rostro revela vuestra familia, y esta es una razón para que admire más semejante comportamiento. De un caballero cristiano mal podía temerse este atentado; y mucho menos de quien viene de conquistar los Santos Lugares, tan extraña falta de respeto hacia los que sirven de asilo a las vírgenes consagradas a la devoción y a la penitencia. No sé que podéis decirme que sea capaz de justificaros; sin embargo, quiero oírlos, y aún me atreveré a señalar el camino que es forzoso adoptéis para expiar vuestra culpa. Cubrid otra vez el rostro, tomad la espada y seguidme.

Las religiosas, que habían vuelto a ocupar sus asientos, al oír la determinación de la superiora, trataron de resistirla, y levantándose todas a un tiempo se interpusieron entre ella y el caballero.

-No temáis, hermanas -les dijo con el tono de la seguridad-; conozco cuál es el objeto que trae acá al señor de Monsonís, y espero que se retirará tranquilamente: Venid al locutorio, y a vuestra vista podremos los dos hablar en secreto. Salieron todas; y precedidas por la abadesa y por Gualterio, se encaminaron al lugar indicado por la primera. Nuestros lectores podrán figurarse el chocante aspecto que presentaba nuestro paladín colocado al frente de dieciocho monjas. Con el yelmo en la mano, excedía en más de un palmo a todas ellas; y el crujido que a cada paso daba su armadura era tan extraño en aquel lugar, que hasta las bóvedas de los corredores se resistían a repetirlo, sin embargo, de resonar en ellas los pasos de las vírgenes, y el débil ruido que podían causar en el edificio. Depuesto ya el temor, caminaban tranquilas, y aun le iban perdonando a Gualterio el terrible espanto que las causara, en gracia de los trabajos que habría padecido en la conquista de la Tierra Santa. Mirábanle ya con algún respeto y aun con cierta envidia piadosa; y si dio alguna de ellas en la verdadera causa de su venida a aquel sitio, procuró desechar con prisa semejante idea, como sobradamente mundana, y ajena de su carácter y estado.

En un rincón del locutorio sentáronse los dos personajes, y el séquito restante se fue acomodando a calculada distancia para ver sin escuchar cosa alguna.

-Señor caballero -dijo la abadesa-: si mal no he comprendido vuestras

palabras, el deseo de saber de Matilde de Sangumí os trae a esta casa.

-Precisamente, señora, éste es mi único objeto. Me consta que a pesar suyo está encerrada en este monasterio; y yo, su futuro esposo, vengo a reclamarla y resuelto a conducirla conmigo, si ella lo quiere.

-Tengo noticia -interrumpió la respetable monja- de las relaciones que median entre los dos, y os dispense de una explicación que no corresponde ni a este lugar ni a mi carácter; pero en orden a la señora, debo deciros sin rodeos que hace dos días la sacó su hermano de este monasterio para llevarla a Barcelona. Por lo mismo, podéis retiraros y buscar a un sacerdote que os imponga la debida penitencia en expiación de vuestra falta.

Nada en el mundo había causado en Gualterio de Monsonís la impresión que produjeron en su ánimo las palabras que acababa de escuchar. Quedose inmóvil, respiraba apenas; tenía los ojos fijos en el suelo, y su voz quedó suspensa entre el alma y la boca, como el blando arroyo detiene su curso en el momento en que le toca el hielo de fría noche. La abadesa tuvo compasión de él, y con afectuoso lenguaje procuraba darle valor, y disponerlo a oír otra nueva que a su entender debiera causarle aún mayor quebranto.

-Tenéis razón, señora -dijo al fin Gualterio-: es forzoso consolarme; siento el trastorno que he causado a vos y a vuestras hermanas; y os pido me perdonéis y roguéis a Dios que me perdone; corro en pos de Matilde, y más quiero tener que arrancarla de las manos de Arnaldo que de este santo asilo.

Y se alzó al momento, encaminándose a la ventana por donde había entrado.

-Deteneos -dijo la superiora-: oídme un instante, no sea que otra imprudencia libre la desgracia de Matilde. Yo la amo con el mayor cariño; sé cuáles eran sus deseos; tengo noticias de los empeños que os ligaban y me consta por qué razón la han sacado del encierro en que la tenían contra la voluntad: vos sólo podéis aclarar la misteriosa conducta de su hermano, pero es indispensable que seáis ingenuo. Por encargo de Arnaldo se ha indicado a su hermana que durante la guerra de Asia habíais olvidado vuestras promesas, y estabais muy poco dispuesto a cumplirlas. Una carta escrita por vos a vuestro padre ha contribuido a que Matilde lo creyera, y a que, ofreciendo obedecer a Arnaldo, fuese sacada de este convento y llevada a Barcelona con el objeto de unirla a un principal caballero de la corte.

-¿Y queréis que me detenga? -exclamó, furioso, Gualterio.

-Os lo ruego todavía -repuso con calma la abadesa-; por vuestro interés y por el de Matilde os lo ruego encarecidamente; de una palabra vuestra depende la dicha de ambos.

-Decid, decid, señora -repetía Gualterio-. ¿Qué queréis saber?

-Solamente -contestole- si es cierto lo que de vos se ha contado a Matilde: vuestra fe de caballero me basta para dar crédito a cuanto queráis decirme.

-Pues fe de caballero os doy -dijo Monsonís- de que han mentado y han engañado a Matilde, y de que sólo el deseo de cumplir la que a ella tenía dada, fue capaz de hacerme abandonar los Santos Lugares, para cuya libertad he derramado mi sangre.

-Dios os lo recompense -exclamó la abadesa-. Os creo, Gualterio; me son

notorias las intrigas de Sangumí y el objeto que lleva en ellas, y vos y Matilde sois dignos de mejor suerte de la que se os prepara. Salid de este monasterio, esperad la mañana en otro sitio, y acudid al locutorio a las nueve de ella, si queréis salvar a vuestra esposa.

-¿Pero cómo es posible -insistió el del Ciervo- que pierda el tiempo en estos lugares mientras ella es conducida a donde debe jurar olvidarme para siempre?

-Me intereso en vuestra felicidad -repitió la buena madre-: Creedme, señor caballero; aguardad hasta mañana; no urge el tiempo como pensáis, y espero convenceros de ello si seguís mis consejos.

A su pesar, hubo de salir Monsonís por la puerta que abrió la abadesa misma, aunque, si hemos de decir la verdad, juró vengarse de ella, si llegaba a ser víctima de su condescendencia. Volvió a la casita del hortelano, y las religiosas, ya seguras, entraron también en sus aposentos a convalecer del pasado espanto. No fue tranquilo el sueño de todas, pues la impresión que habían sufrido sus ánimos bastó para reproducir imágenes desagradables que turbaron el reposo de no pocas.

La misma impaciencia que sufrió Gualterio mientras transcurrieron las horas que faltaban para acudir al lugar de la cita, mortificó lo restante de la noche a la madre abadesa, cuya previsión le hacía presagiar resultados bien fatales. Enterada del poder y de la riqueza de las dos familias de Monsonís y de Sangumí, con noticias positivas del violento carácter y del acreditado valor de Arnoldo y de Gualterio, no dudaba ya del vivo cariño que éste profesaba a Matilde, por más que le quedasen celos acerca de la conducta que tuvo en Asia. Espantábala este cúmulo de circunstancias, mucho más previendo, que, al fin, había de acarrear infinitos sinsabores a la infeliz joven, inocente causa de tan imprevistos azares.

Antes de la hora señalada, habló en el locutorio con el caballero del Ciervo, a quien después de haberle dado algunas instrucciones importantes, entregó una carta para el padre Asberto, personaje que ya conocen nuestros lectores, cuyo corazón nunca sondeara a fondo la sencilla y confiada monja.

-En vuestro castillo encontraréis al padre; haced lo que él os prevenga, pues aquel santo varón no puede indicaros cosa alguna que no sea para vuestro mayor bien.

No convenía Gualterio con la superiora, pues en su concepto sólo podía el religioso indicarle su mayor bien, si le daba consejos y medios de impedir la unión de Matilde con otro caballero, consiguiendo que fuera su esposa. A pesar de la vehemente ansia de verla y de que su corazón le insinuaba que marchase a Barcelona, no pudo resistir el ansia de abrazar a su padre, y el recelo de que por otro conducto supiese su llegada antes de presentárselo, lo cual se deja discurrir cuan grave pesar debiera haber causado al cuidadoso anciano. Gualterio, como buen hijo, no trató de desechar de sí esta idea, no obstante de temer muy mucho que aquella dilación pudiese perjudicar los intereses de su amor; pero el castillo estaba cerca de la capital, y desde él no sería difícil proporcionarse las noticias que a sus intentos conviniera.

Emprendió, pues, la ruta con poquísima tranquilidad de ánimo, que más y más le iba faltando en el camino, pues no dudó de que al llegar a oídos

del conde Pedro Ansúrez; abuelo y tutor del de Urgel, que a la sazón se hallaba en Castilla su introducción en el monasterio, no dejaría de reputarla por un delito, y de hacer sabedor de ello, a fuer de gobernador de los estados de su pupilo, al príncipe de los catalanes.

Mientras con tales pensamientos seguía velozmente su viaje, el padre Asberto corrió al castillo de Monsonís, y previno a Romualdo, con el objeto que no ha mucho indicamos, le reveló todo lo acaecido y los sucesivos planes de Arnaldo en orden a su hermana. El encierro de ésta en Santa Cecilia había trastornado de todo punto al señor de Monsonís, y las nuevas que le trajo el monje, lejos de calmarle, acrecentaron su pesadumbre, y trajeron zozobras terribles a su corazón. Desesperábale la ausencia de su hijo, pues bien sabía que sólo él era capaz de estorbar aquella infame intriga, cuyo éxito, siendo cuál esperaba el caballero Verde, debía exasperar a Gualterio, y destruir para siempre la tranquilidad de su familia.

En tales circunstancias determinó dar cuenta de todo al conde de Barcelona y a algunos amigos de la corte para lograr que don Ramón Berenguer pusiera invencible estorbo a los inicuos planes de Arnaldo. Gozaba el señor de Monsonís de grande valimiento entre los magnates; sus servicios habían sido de mucha cuantía; y Berenguer III recordaba lo que hizo Romualdo en favor de su padre, sin olvidar cuánto podía esperarse de su poder y riquezas. Habíale ya distinguido con frecuencia en la corte y fuera de ella; más de una vez fue su huésped en el castillo, y hallábase seguramente dispuesto a complacer al respetable anciano que con tanta justicia acudía a su autoridad para poner un freno a la ambición y a la tiranía.

El padre Asberto, bien enterado de los proyectos del de Sangumí y de las resoluciones de Matilde, juzgó que no era posible que aquél los llevase a efecto con la celeridad que Romualdo temía; y así le aconsejó que aguardase algunos días para ver el giro que irían tomando los negocios. En tal disposición estaban las cosas cuando el afligido padre salió de repente de todos los cuidados con la llegada de Gualterio.

Este dichoso accidente, lejos de causar el mismo efecto en el monje, hízole comprender que no sería tan fácil convencer al hijo como lo fue al padre; mas la carta de la abadesa de Santa Cecilia calmó algún tanto sus temores; conociendo que por entonces era más acertado y provechoso atenerse al partido de la razón y de la justicia, resolvió de buena fe declararse a favor de la familia de Monsonís, auxiliarla con todos los medios imaginables, y abandonar al caballero Verde a sí mismo, sacando ventaja de las confianzas que aún pudiera arrancarle. Gualterio, resuelto a seguir sus consejos, convino en quedarse en el castillo mientras el malvado religioso iba a Barcelona a escudriñar y a inquirir para vender después al mismo a quien prometiera amistad y auxilio.

Llegada bien pronto a oídos del conde Ansúrez la nueva del clandestino y violento asalto del monasterio de Santa Cecilia verificado por Gualterio, dirigió quejas en nombre de su nieto Armengol al poderoso Berenguer, rogándole que impusiera al osado mozo la severa pena que su irreligiosidad merecía. Terrible sensación causole al conde el desusado atrevimiento de Monsonís; y determinó castigarlo ya por lo que en sí era, ya por las relaciones que mediaban entre el tutor del conde de Urgel y con este

mismo; y ya para probarle el interés con que le hacía mirar sus cosas la alianza recientemente hecha entre ambos con el objeto que más adelante veremos.

Toda la corte supo el escandaloso suceso; y cuando llegó a la capital el padre Asberto, el nombre de Gualterio iba de boca en boca con admiración y horror de los buenos. Aunque allá en su corazón daba poquísima importancia al acontecimiento, fingió un pasmo y terror que aventajaba por sí solo al de la corte entera. Resuelta, más que nunca, a seguir la suerte de la casa de Monsonís; creyó que se le presentaba ocasión de demostrar su ingenio y de hacer valer su importancia, tomando sobre sí el arduo empeño de sacar a Gualterio airoso de aquel apuro. No se le ocultaban las recompensas que podía esperar de semejante triunfo; y halagado por mil lisonjeras esperanzas, puso manos a la obra desde el mismo día, haciendo que Arnaldo llevase al castillo a Matilde, y que se suspendiera por entonces la ejecución de sus planes, ya que la casualidad ofrecía un medio inesperado de alcanzar sin violencia el fin apetecido.

Crédulo el caballero, restituyose con su hermana a Sangumí, a esperar la llegada del monje, de cuya cuenta corría trazarle la senda por donde dirigiera sus pasos. Algunos dio el religioso al punto mismo, no poco favorables a Gualterio; y satisfecho de sus primeras intrigas, corrió otra vez a la casa de Monsonís, callando oportunamente las fatales nuevas que en orden al hijo corrían en la capital, pero no la vuelta de Arnaldo y de Matilde al castillo ni el poco fruto que de aquel viaje sacara el primero. Llamando aparte a Gualterio, revelole las noticias que de su pasada conducta había dado Arnaldo; y le convenció de que una entrevista con Matilde era el primer golpe que debía dar en pro de sus intereses.

Esperaba conducir la cosa de manera que en el mismo día en que Monsonís se hallara en el castillo de su amada, llegasen a él los emisarios del conde de Barcelona, mandándole presentarse en la corte para dar cuenta de su conducta en Santa Cecilia. De este modo hacía triunfar por un momento al de Sangumí y le arrancaba una recompensa; mientras que aquel aparato, ruidoso e imponente, daba más subido precio al buen éxito que creía lograr después de las cosas del hermano de Casilda.

Urdida, esta infame trama volvió a Barcelona, dijo el lugar en donde se hallaría Gualterio a los ocho días; vio a Sangumí, le hizo prometer que desde luego se trasladaría solo a la corte para estar a la mira de los sucesos; presentose otra vez al joven amante, indicándole el momento favorable para encontrar a Matilde sola en el castillo; y de nuevo marchó a la capital a concertar planes, mover resortes y prevenir el feliz resultado de la acusación hecha por el conde Pedro Ansúrez.

Se stata foste voi nel colle Ideo
Tra le Dive che Pari a mirar ebbe,
Venere gita lieta non sarebbe
Del pregio per cui Troja arse e cadeo.

PIETRO BEMBO.

Casilda, a quien nada le ocultaba Gualterio, interpuso su mediación con el padre de ambos a fin de que diera permiso al joven para salir del castillo la mañana del día en que a su entender había indicado el padre Asberto. Resistíase Romualdo, so pretexto de que debía contarle una por una las batallas en que se hallara, las heridas recibidas, los trabajos y victorias de los cruzados, y en una palabra, todo lo que los caballeros cristianos habían hecho desde que salieron de su patria, hasta el momento en que el mozo dejó el Asia. Parecíale, además, una obligación de éste presentarse ante todo al conde don Ramón Berenguer, a ofrecer su persona para combatir en la lid que contra los moros se preparaba, y a manifestar su reconocimiento por la protección que en su ausencia dispensó la corte a su padre.

Los dos hermanos encontraron mil especiosos pretextos; y, finalmente, Romualdo dejó vencer su resistencia, y con su bendición despidió al hijo para que fuera a ejecutar los consejos del padre Asberto. Creídos todos por la palabra de éste de que Arnaldo se hallaba en Barcelona, no encargó Casilda a Gualterio la moderación ni el comedimiento que para tratar con aquel hubiera necesitado; y el hermano por su parte iba de seguro del buen éxito de su viaje, sin atinar ni uno ni otro en que aquel no era el día, establecido por el monje.

Con tales esperanzas salió el del Ciervo de su castillo sin más compañía que Ismael, cuya creencia religiosa hizo que no le mirara con buen ojo el piadoso Romualdo. No podía llevar con gusto que su hijo trajera a semejante hombre en calidad de paje, y causábale no poca repugnancia tenerlo en casa y verlo honrado con la confianza del paladín. Creyendo traslucir en esto alguna relajación de las costumbres del mozo, resolvió obligarle a que le despidiera después de dar fin a los negocios de mayor bulto que por entonces, absorbían la atención de todos.

Disipados por el sol los vapores de la madrugada, hería a los dos jóvenes en su viaje hacia la casa de Matilde el aire sutil y fresco del mes de diciembre, que helaba el rostro de Ismael, a quien, nacido y criado en un país ardiente, érale fuerza toda su imperturbabilidad para no plañirse de frío, cosa tan ajena de la plácida temperatura de su patria. Callaba, no obstante, porque naturalmente era taciturno y sufrido, y más que todo, porque traía a su memoria la paciencia y el silencio con que viera soportar a Gualterio el sol abrasador de la Frigia y Palestina. El paso de los caballos era levantado y poca la distancia del uno al otro castillo, así fue que, transcurridas apenas dos horas desde su salida del de Romualdo, se apeaban ya en el de Sangumí.

El padre Asberto había dado con anticipación las órdenes convenientes; y los criados, lejos de poner obstáculos a la entrada de Gualterio, le indicaron el lugar en que encontraría a la señorita. Dejados los corceles en el patio y al cuidado de Ismael, embocó el anheloso amante la escalera y atravesando galerías y salones puso finalmente los pies en la estancia inmediata a la que ocupaba su querida. Antes de penetrar en ella, detúvose un instante; y por la abertura de la mal entornada puerta oía y

contemplaba embelesado a la heredera de Sangumí.

La estatura de esta joven no era alta, si bien estaba todavía más lejos de tocar en el extremo opuesto: dijérase al mirarla en pie que era la suya la verdadera talla de la mujer. La ligereza y la gracia eran calidades tan precisas en su figura, que sin ellas fuera Matilde un árbol sin ramas, un corazón sin afectos, un alma sin ideas. Doblábase su talle como la débil y tierna caña de las márgenes del lago, y la flexibilidad de todos sus miembros presentaba movimientos y giros superiores, al parecer, a todas las facultades. A la sazón producía bello contraste con la blanquísima garganta y tersa espalda su vestido de seda amarillo y guarnecido de ricas pieles, añadiéndole nueva gracia al tonelete de la misma tela y con iguales adornos que cubría la mitad superior de aquel ropaje. Las anchas y cortas mangas dejaban libres los brazos, que, cubiertos con finísimo terciopelo azul, movíanse ora con delicadeza, ora con fuerza, a merced de los sentimientos que la agitaban. Dos veces ceñía su talle un recio cordón de seda blanca y azul, que después de formar un flojo nudo por delante, colgaba en dos cabos hasta el extremo del vestido; rematando en igual número de grandes borlas, ordinario juguete del pajecillo que solía sentarse en el almohadón de los pies de su señora. El único ornato del negro y lustroso cabello que con rizadas madejas descendía por los costados de la cabeza, era una sencilla cadena de oro, pues cualquier otro no pudiera hacer más que rebajar su natural belleza; y no sé decir si hubiera sido más hermosa sin el recio collar de perlas que daba tres vueltas a su cuello, uniéndose por delante en airosa lazada. El rostro de la doncella no presentaba el aspecto de la robustez; al contrario, blanco como la flor del lirio, quizá se teñía a veces de rosa para expresar una sonrisa celestial y apacible como el deseo de la inocencia; pero comúnmente vagaba en él una sombra de tristeza, indicada por la seductora palidez que aumentaba el fuego de sus divinos ojos. En su semblante lindo, delgado y lleno de hechizos, distinguíase en particular el albor de los dientes, y el vivo carmín de sus virginales labios. Al ver a Matilde era forzoso concebir en la mente la idea de la dulzura, del cariño, de la amabilidad, de todos aquellos afectos tiernos que son la más inmediata emanación de los cielos; y sentía el alma una irresistible tendencia hacia aquel lánguido y precioso objeto que parecía formado por el Hacedor supremo con el designio de que inspirase el amor. A pesar de su apariencia suave y tranquila, traslucíanse ciertos indicios de un noble orgullo y majestad imponente, que ordenaban el respeto y tenían a raya al atrevimiento. Por otra parte, hervíale la sangre en las venas, exaltábase con vehemencia su espíritu; palpataba su corazón con toda la fuerza de las pasiones, y poseía el secreto de inspirarlas. Amaba con delirio, y en los instantes de un cariñoso transporte, hubiera sido capaz de olvidar los cielos y la tierra para ocuparse sólo de su objeto.

Dentro pur foco, e fuor càndida neve⁵.

Reputárasela, al primer golpe de vista, por una criatura melancólica, apática, incapaz de conmoverse; mas quien la hubiese observado durante mucho tiempo, fácilmente conociera hasta dónde podían conducirla los

violentos arrebatos de su imaginación y las vivas sensaciones de su pecho; sucedía con ella lo que el manso arroyo que corrió todo el año muellemente por angosto lecho, lamiendo las hierbas que lo decoran; y que de golpe, por causa lejana y que no hemos visto, sale de su cauce, brama estrepitoso, y arrebatada cuanto encuentra al paso, aturdiendo más sus estragos por la ninguna razón que había de presumirlos. El arpa entre sus manos blancas y suaves a la par del plumón del cisne, creyérase ser el instrumento de la divinidad; y si abría la linda boca para expresar las sensaciones de su alma, percibíase el armonioso canto de los ángeles, y se trasladaba la imaginación del oyente a una morada, si no ya la de los cielos, otra al menos muy distante de la terrena. Su voz, ora brillante y aguda como sus pensamientos, ora débil y dulce al igual de su aspecto, ora tierna al par de su corazón; conservaba siempre el metal encantador y sonoro que le granjeó sublime fama e inmortal prestigio. Ya fuese que, imitadora servil de la leída música, sujetara a ella sus acentos; ya que adornase sus frases con repentinas variaciones; ya que en atrevida glosa o en inesperado trino se lanzara osada y repetidas veces desde el punto más grave a la entonación aguda; ya que vacilante diera al final de sus cantares gracioso y desconocido giro, siempre sorprendían la agilidad, las modulaciones y los infinitos registros de su dulcísima garganta. La cólera de los celos, el fuego de la guerra, la ternura del amor, la dulzura de la paz, todo en su boca se expresaba con propiedad; con entusiasmo, todo era amable, todo nuevo, todo arrebatado y rendía los corazones. Si es cierto que las criaturas nacen todas con precisa disposición para alguna cosa, el cielo había criado a la divina Matilde para que expresara con el canto las pasiones todas de los Mortales.

Con tal delicadeza
de oído la crió naturaleza,
y alma le dio tan dócil e inclinada
a sentir de la música el encanto⁶.

Víctima desde su infancia de un amor constante y puro, y del trato cruel de su irascible hermano, creyó que la partida de éste al Asia pudiera traerle días placenteros; mas la ausencia de la persona querida acibaró aquellos años de paz que se había prometido. Sumida siempre en el dolor, y afectada por las téticas ideas que inspiraba la soledad del castillo, habíase hecho la tristeza el estado habitual de Matilde; pero era tan interesante, tan irresistible el embeleso de su melancolía, que bulliciosa y alegre a la par de Casilda, habría inspirado menos amor, menos cariño. ¡Dichoso quien fuera dueño de esa criatura celestial! Sentada a la sazón en rico taburete azul inmediato a la reja que daba al patio del castillo, hacía por inclinar el cuerpo al lado izquierdo para huir de un rayo de sol que penetraba por entre los hierros. Los dulces sonidos del arpa acompañaban su cantar, que era un famoso romance⁷, tipo de cuantos salían entonces de boca de los trovadores.

Resuelto Gualterio a sacar provecho de aquellos momentos, y no perdiendo de vista que en situación semejante podía ser sorprendido, abrió repentinamente la puerta, lleno de amoroso fuego, y se puso en medio de la sala, alzando la visera del rostro. Volviendo el suyo Matilde, reconoció a Gualterio, levantándose del asiento, y dejada el arpa se adelantó hacia él con paso tan vacilante que desmentía la firmeza y serenidad que procuraba aparentar en sus facciones.

-Detente -le dijo-, y antes de hablar una palabra, considera los riesgos que corres en esta casa, y las desgracias que tu presencia pueden traernos a entrambos.

-He aquí la razón -contestó el joven acercándose a ella- porque debemos entrambos abandonarla; ven Matilde, sigue los pasos de tu amante; yo te llevaré a donde los dos no tengamos más que temer de persona alguna; éste es el objeto de mi venida, y no creo que deba poner en duda la decisión tuya.

-Bien pudieras dejar de presentarte -interrumpió la de Sangumí-, si a ello te ha movido la causa que dices, y aun deberías haber recordado antes de hablar en tales términos, que ni tú puedes llevarme, ni puedo yo seguirte. ¿Discurres, acaso, conducirme al país de donde has venido? ¿Deseas, quizá, que sea testigo de los extravíos de tu juventud, de tus quebrantadas promesas? Si en tus viajes por Asia conociste alguna belleza capaz de abandonar su casa para entregarse a merced de un caballero sin más garantías que su confianza; al volver a Cataluña era un deber tuyo recordar las costumbres que en ella reinan, que respetan todas las doncellas honestas y que, particularmente, debe venerar Matilde de Sangumí. Retírate; mi hermano puede sorprenderte, y bien sabes los peligros que en ello correría tu vida y la seguridad mía.

A no estar Gualterio enterado por medio del padre Asberto de que Arnaldo denigró su conducta observada en Asia, el recibimiento de la virgen hubiera pasmado; pero fue allá con estos antecedentes y para reconciliarse con ella; y por lo mismo, esperó siempre quejas, lamentos y resistencias. Así, afectando toda la novedad y admiración que pudo:

-Si no te viera tan cerca -le dijo-, si por algún medio pudiese creer que mis sentidos me engañan, juzgaría que no eres tú la que me habla en este instante. Pero te veo, te conozco; mi corazón palpita de amor; el brillo de tus divinos ojos penetra en mi alma; y en el aire que aquí respiro percibo el dulce ambiente de tu existencia; no me queda duda: eres tú misma. La reconvención que me diriges en confusas palabras, la desprecio; no por ser tuya, sino porque es hija de la maldad y de la perfidia.

Cualquiera que haya tratado de fascinar tu espíritu con este nuevo error, el que de tal modo ha querido turbar nuestra concordia y la dulce y antigua correspondencia de nuestros corazones, quien quiera que sea, ha mentido como un villano, y se lo haré bueno en donde y ante quien le plazca.

-Aquí mismo y ante Matilde -atajole el caballero Verde, que repentinamente se presentó en la estancia-. Yo lo he dicho, y yo lo sostendré; y ora sea por esta causa, ora porque te has introducido clandestinamente en mi castillo, ora porque has de presentarte ante el conde de Barcelona a dar cuenta de tu conducta, debes entregarte mi prisionero o ser víctima de tu resistencia.

La doncella, apoyada contra la reja, esperaba ver el resultado de aquel lance con el sobresalto que puede juzgarse, bien que no dejara de inspirarle confianza el ver a su hermano sin armas, y que no le seguía ninguno de los criados del castillo. Con la vista indicaba a Gualterio que tuviera comedimiento en sus palabras, a fin de no provocar la ira de Arnaldo, hacia cuyo rostro no se atrevía a dirigir los ojos.

-Te veo -dijo Gualterio-, estás en tu casa; y no te temo porque nunca he temido a nadie, y mucho menos a ti, como ya por experiencia lo sabes. Ésta es una ocasión feliz de probar cuál de los dos es el que tiembla; solos estamos, ve por la espada, y acabemos aquí el desafío que empezamos en Antioquía.

-Por el odio que te profeso -contestó Arnaldo- discurre tú mismo el gusto con que admitiría el ofrecimiento; pero eres un reo a quien persigue el príncipe de los catalanes y cuya cabeza está ya amenazada por la espada de la justicia; eres un mal caballero, un ladrón nocturno, un impío a quien nada detiene para lograr sus desvaríos; y nunca mi espada se ha teñido con la sangre de hombre alguno que estuviera mancillado con tachas tan deshonorosas.

-Reporta tu lengua -gritó colérico Gualterio-, si no quieres que justifique esos dicitos rompiéndote la cabeza contra el suelo de esta estancia. Si te ciega la cólera, si mi presencia en esta casa temes que sea bastante a desconcertar tus inicuos planes con respecto a Matilde, no te valgas, pues mi cólera es muy corta y la ira mueve pronto mis manos. En semejante escena gemía y suplicaba la joven, interponiéndose entre los dos coléricos jóvenes; mas Arnaldo, cogiéndola por el brazo, con recio manotón la tiró contra uno de los taburetes. Todo lo olvidó en aquel punto el amante; rechinó los dientes, y arremetiendo a su contrario asentó tan terrible puñada en la cabeza, que Arnaldo, después de bambolearse un momento, vino al suelo absolutamente desvanecido. Satisfecho el de Monsonís y observando aquel favorable instante, corrió precipitado hacia su querida; y arrebatándola en sus robustos brazos la llevó de aquel lugar, y en el caballo la condujo al castillo de su padre, enteramente privada de movimiento.

Casilda, prodigándole todos los socorros imaginables, pudo, al fin, tranquilizarla y prometerle cuantos consuelos podía esperar de su amistad sincera. Vuelta en sí Matilde, recordó al punto todo lo sucedido; y no le fue difícil adivinar cómo se hallaba en brazos de su compañera de la infancia. Trastornada, sin embargo, con el temor, la agitación y el viaje que hizo sin advertirlo, su débil y atenuada naturaleza sentía un abatimiento terrible; y ante todo necesitaba de reposo, si en tales circunstancias era posible tenerlo; por esto Casilda, afectuosa, tierna, activa y dispuesta a complacer cual siempre, la condujo a su habitación, y logró que conciliara un sueño tranquilo que, restaurando sus fuerzas, ajustase las extraviadas ideas de su mente.

Dejándola al cuidado de una doncella, fuese para Gualterio con el fin de saber todos los pormenores de aquel suceso, que ella juzgaba mucho más sencillo de lo que realmente había sido. Romualdo se estaba muy ajeno de las novedades de su casa; y así los dos hermanos pudieron con toda seguridad discurrir los medios de salir con bien de aquel enmarañado negocio. Era probable que Arnaldo se presentase luego a reclamar la joven;

y así dio su amante las disposiciones necesarias para que no se le permitiera la entrada: los dos hermanos, sin temer ya cosa alguna, trasladados a la sala que describimos al principio de esta obra, hablaron, pensaron, discurrieron y aun disputaron muy a su sabor como unas dos horas, a lo menos. Cuando la señorita supo cuál se portó el del Ciervo, no las tuvo todas consigo, porque receló algún engaño del monje, supuesto que Gualterio tropezó con Arnaldo en su castillo cuando, según las promesas del padre Asberto, debía hallarse en Barcelona: nunca se le ocurrió a la bulliciosa doncella, y menos al mozo, que padecieron la equivocación de un día. A no cruzarse esta inadvertencia, todo hubiera salido a pedir de boca; mas no respondiendo a tiempo esta rueda al impulso que recibió del monje; su prematuro movimiento hubo de trastornar el regular curso de las otras, y la máquina entera se resintió de la falta de exactitud de una de las partes. Nuestros jóvenes, creyendo haber seguido en un todo los consejos del religioso, y visto su mal resultado, maldecían al intrigante que urdió toda la tela; y por esta vez le maldijeron bien injustamente, y le pagaban muy mal los desvelos y el trabajo que se había tomado para dejarlo todo oportunamente dispuesto.

-¿Y cómo nos conducimos ahora? -expuso Casilda, cuando ya su hermano acabó la relación de los anteriores acontecimientos- ¿Qué piensas hacer de Matilde?

-Lo que otro cualquiera en lugar mío -satisfizo el joven-: desengañarla, sacarla del error en que está en arden a mi conducta, jurarla que la amo como siempre y hacerla mi esposa. ¿Qué otra cosa quieres, ni que más hay que hacer aun cuando quisiera echar por otro camino?

-Todo ello está bien pensado -opinó Casilda- y mejor dicho; mas su pronta ejecución no sé yo si será tan expedita como crees. Ante, todo, hemos de contar con nuestro buen padre, hacerle una relación de lo ocurrido en el castillo de Sangumí; decirle que está aquí Matilde, exponerle tu proyecto, y oír su dictamen que, o yo me engaño mucho, o no será tan lisonjero como tú desearías.

-¿Y por qué no? -observó el amante-: ¿acaso no está enterado de todo, no conoce las infames miras de Arnaldo, la opresión que sufre mi querida, y la celeridad con que debemos asir la bella ocasión que se presenta? ¿No ha bendecido mil veces nuestro amor; no da a mi amada el nombre de hija; no prometió a su madre, en los últimos momentos de su vida, que nos uniría cuando yo fuera digno de su mano? ¿Y no me reputa ya merecedor de tanta dicha?

-En nada de cuanto has hablado -razonó Casilda- encuentro yo dificultad alguna; pero sí la tengo, y muy grande, en que padre quiera apoyar el logro de los deseos de todos en un rapto, pues esto es finalmente lo que tú has hecho en el castillo.

-Poco a poco, hermana -interrumpió Gualterio-: rapto le llamarías con razón si yo me hubiera llevado a la joven a pesar suyo y atropellando por todo; pero estoy seguro de que Matilde aprobará mi conducta, y en este caso concurre la voluntad suya, y ya no hay rapto; convén, pues, conmigo en que no das a este suceso su nombre verdadero.

-Yo no entiendo de sutilezas ni de palabras -observó la hija de Romualdo-: lo cierto es que tú has sacado a la heredera de Sangumí de su casa sin previo consentimiento suyo; y los antecedentes son tu entrada clandestina,

tu desafío, y el tender a su hermano, quizá malherido; en todo lo cual yo veo una cosa que no me gusta, un proceder nada laudable; llámale violencia, raptó o como mejor te parezca.

-Pero Casilda -insistió el cruzado-; tú no quieres hacerte cargo...

-Deja, deja -atajole ella-: deja que lo sepa padre, y verás cómo le da un nombre poco agradable, y cómo estará muy lejos de aprobarlo. Nosotros no adelantaremos nada, porque nuestra opinión no ha de decidirlo; ello es preciso que padre lo sepa, lo apruebe, o a lo menos lo tolere y permita luego que pases tú adelante en eso de casarte. Hasta aquí convenimos entrambos; y lo más prudente será que cuando haya descansado Matilde, vaya yo a prevenirla para que reciba tu visita, y que después, mientras tú procuras desengañarla, haga yo írselo contando a padre, y sacarle su aprobación. Creo que por esta vez cumplirás mejor tu comisión que yo la mía; y a fe que no sé cuál de las dos es de mayor importancia.

Al decir estas palabras marchose Casilda sin escuchar las nuevas razones con que su hermano quería probarle no haber hecho nada más allá de la esfera natural de las cosas, ni que fuese digno de reprobación. Dentro de poco veremos si el escrupuloso Romualdo fue del dictamen de su hijo.

-El modo de presentarte, el tono con que me saludaste y estas calurosas demostraciones -decía el señor de Monsonís a la doncella-, me indican que traes alguna solicitud de cuyo buen éxito no estás segura.

Efectivamente, había entrado la niña con cierto ademán gracioso en extremo, mostrábase tierna, hacía mil preguntas dirigidas a demostrar interés por su padre; pero todo con una oficiosidad que no se le escapó al buen viejo, no porque Casilda no fuese cariñosa y atenta siempre, sino que esta vez echó mano de cuatro zalamerías reservadas para casos semejantes, y que el padre reputaba por presagios de alguna demanda.

-Es cierto, querido padre mío -contestó la hija-: traigo no una sino muchas solicitudes; y aún añadiré, que creo mi viaje perdido, pues no accederéis vos a ellas. Es tanto lo que pienso pedir que no bastará vuestra mucha bondad para otorgarlo.

-Pues, en este caso -observó oportunamente el anciano-, pudieras omitir la diligencia.

-De ningún modo -opuso Casilda-; si bien sospecho que mis deseos no serán cumplidos, quiero que vos los sepáis, ya que toda la vida os enseñé mi corazón.

-Yo me guardaré muy bien -observó Romualdo- de averiguar si esa proposición es cierta con la generalidad con que la has sentado; pero conviniendo en ello, estoy esperando tu solicitud para saber esas gracias tan extraordinarias que no he de concederte.

-Al decir las -expuso la joven- os parecerán de poca monta, mas al resultado me atengo. Sólo os pido que perdonéis a mi hermano.

-¿A tu hermano? -preguntó el padre- ¿Pues en qué ha faltado?

-¿Pero le perdonáis? -insistió ella.

-¿Qué es lo que ha hecho? -repitió Monsonís.

-Mucho y nada -satisfizo la hija-: fue al castillo de Sangumí, y se ha traído a Matilde.

-¿De grado o a la fuerza? -interrogó de repente el señor.

-No se sabe.

-¿Cómo no se sabe?

-Porque la cogió desmayada, y en tal estado ha venido hasta aquí; y por lo mismo no es posible asegurar si ella lo hubiera o no consentido estando de acuerdo.

-¡Casilda! -dijo su padre con tono severo- Explica esos enredos pronto, con claridad, y sin rodeos.

Este imperioso lenguaje turbó un poco a la doncella, pero tomando una actitud respetuosa, con voz humilde expuso menudamente todo lo acaecido; y acabó su narración alzando una mirada tierna y suplicante al anciano.

Entrevió éste en el rostro de su hija las facciones de la difunta madre; enternecióse su pecho, y hasta hizo un movimiento para abrazarla; pero se contuvo al discurrir que la cosa era más seria de lo que parecía; y después de un momento de silencio, dijo con entereza:

-Perdono a Gualterio con tal que ahora mismo acompañe a su castillo a la señorita de Sangumí.

-¡Padre mío! -exclamó Casilda, echándose en brazos del anciano.

Y éste, no pudiendo resistir a aquella demostración de cariño, besó su frente, la estrechó con ternura en sus brazos, y llorando de placer:

-¿Qué quieres, hija mía? -le preguntó- ¿Qué quieres?

-Nada, nada -contestó ella, que veía aquella disposición favorable a sus intentos-: nada quiero; he conseguido la mitad de lo que deseaba, y voy a llevarle vuestra contestación a Gualterio.

Y al punto dio la vuelta, y con afectada prisa iba a salir de la estancia, en cuya puerta estaba su hermano oyéndolo todo y dispuesto a entrar cuando fuese ocasión oportuna. Romualdo hizo llegar otra vez a su hija, y quiso saber de ella lo demás que no se atrevió a pedirle. Conociendo lo precioso de aquel tiempo y que mientras duraran las lágrimas del padre sería su corazón más flexible, suplicole que revocase la orden de restituir a Matilde a su castillo, disponiendo, por el contrario, su unión con el cruzado. Semejante demanda túvola por muy intempestiva el anciano; y se disponía a negarse redondamente a ella, cuando el mozo se dio prisa a detener las palabras asomadas ya a los labios del padre, entrando en la sala, echándose a sus pies, y pidiéndole su bendición.

-Yo te bendigo -dijo Romualdo-; pero al instante has de obedecer mis órdenes.

Casilda imitó a su hermano, y gemían ambos para enternecerle, y el mancebo, además, sin alzar las rodillas del suelo exclamaba con entusiasmo:

-¡Padre mío! Vos me disteis palabra de hacerme feliz; vos se lo prometisteis a la madre de Matilde a quien llamáis vuestra hija; y vos conocéis el malvado corazón de Arnaldo; él la sacrificará a su ambición; y no esperéis que vuestro hijo sobreviva al desconsuelo de perderla. Me mandasteis que me hiciera digno de su mano; pues bien ¿no lo soy todavía? ¿No os he enviado las espadas que arranqué a los infieles muertos por mi brazo? ¿No derramé mi sangre, esta sangre que ha salido de vuestras venas, en defensa de la religión, para obedeceros, para conservar el lustre de nuestra familia, imitando vuestro ejemplo? ¿No he sufrido el hambre y la sed, y el calor, y la lluvia, y las enfermedades y todos los males de la vida, sin quejarme, para que me considerarais acreedor a la unión de la que vuestra voluntad misma me destinaba? ¿No estuve ocho años sin ver el respetable rostro de mi padre, sin besar su mano, sin recibir su bendición

santa? ¿Qué más he de hacer, padre mío? Mandadme, decídmelo: mi sangre, mi vida son vuestras, disponed de vuestro hijo.

-Obedéceme, pues -dijo Romualdo con voz balbuciente y derramando copioso llanto-: obedéceme, Gualterio, ¡será bendecido el que obedezca siempre a su padre!

-Obedecerá, obedecerá -razonó entonces Casilda- no lo dudéis, obedecerá; sólo siente que no le concedáis un día para consolar a Matilde, para jurarle que la ama, para vencer su enojo si está irritada, para prometerla su protección. Suspended la orden, padre mío; dilatadla hasta mañana, os lo ruego por mi madre, de quien os queda en mí una imperfecta imagen; por mi madre que tanto anhelaba la felicidad de sus hijos.

-Basta, basta, queridos hijos míos -exclamó Romualdo-, alzáos, venid a mis brazos, vosotros seréis mi consuelo; vosotros me obedeceréis siempre. Idos, idos, necesito estar solo; me habéis conmovido vivamente, dejadme llorar; tú, Casilda, vuelve dentro de un rato, y tú hijo mío, habla con Matilde, tranquilízala, y dile que mañana antes de volver a su castillo, quiero hablarle. Tú no conoces toda la imprudencia del paso que has dado; a mí toca remediarlo yendo mañana, si es que puedo, a entregar esa joven al señor de Sangumí.

Salieron apenas de la estancia, cuando Casilda, satisfecha de su obra, dijo a Gualterio:

-Ya lo ves; me he portado lindamente, y he cumplido mi encargo.

-Sí -contestó el mozo-; pero debes convenir en que mi aparición le ha dado la última mano. ¡Cómo nos ama nuestro padre! Es muy bueno, mucho; y por lo mismo será preciso obedecerle. ¡Pero tener que dejar a Matilde mañana! ¡Tan pronto!

-Eso allá lo veremos -dijo Casilda.

-¿Cómo allá lo veremos? -preguntó, pasmado, el del Ciervo-; yo he prometido obedecer y lo haré.

-No trato yo de que resistas a la voluntad de nuestro padre -expuso la hermana-; todo lo contrario; soy de dictamen que debes obtemperarla; pero, sin embargo, te repito que allá lo veremos. Tú serás un grande hombre para dar tajos y reveses, al menos así lo dicen; pero de materias como las que tratamos, es preciso confesar que entiendes poquísimos o nada. Conseguida la demora de un día, ¿no te parece oportuno llamar al señor cura, hacerle sabedor de todo lo ocurrido, rogarle, conjurarle que disipe este nublado, y se interese con padre para arreglar las cosas por medio de un parlamentario, sin necesidad de que Matilde salga de aquí hasta saber la disposición del enemigo?

-¡Mujer, mujer! -interrumpió Gualterio-: tú pareces el capitán de un ejército, según las operaciones que vas disponiendo; mas ello es que tu plan me gusta, y ahora mismo voy a mandar a Ramón para que manifieste nuestros deseos al señor cura.

-Yo misma le daré el encargo -atajole la señorita-, pues tú lo echarías a perder tal vez con una sola palabra.

En efecto, vino Ramón, recibió instrucciones y marchó a ejecutarlas. Como este negocio al parecer estaba ya concluido, a puros ruegos de Gualterio iba Casilda a disponer a la de Sangumí para que recibiera a su hermano, cuando se le ocurrió que éste no le había contado lo de su expedición a Santa Cecilia. Las distracciones que por lo común padecía, y los sucesos

ocurridos, no le dejaron acordarse de semejante cosa; y el joven por su parte estaba tan distante de referirla espontáneamente, que cuantas veces su hermana abría la boca, creyendo ser interrogado, temblaba de verse en el caso de satisfacer su curiosidad; mas por entonces no hubo remedio. Casilda volvió atrás exigiéndole de todo una minuciosa explicación, que hubo de dar el amante, si bien fue rebajando cuanto pudiera sonarle mal a la niña, y cargando la mano en la humildad de su presentación, en la prontitud con que se tranquilizaron las monjas, en el buen carácter de la respetable abadesa, y en todo lo que contribuyera a poner el hecho de buen aspecto; no obstante, con franqueza, diremos que la hija de Romualdo, lejos de dejarse seducir, tuvo grandísimo y muy fundado temor de las resultas, y aseguró tremendas desazones para su padre, pesadumbres de cuantía para sí, y no pocos sufrimientos para el atrevido galán que tan a deshora turbó el silencio, y quebrantó la clausura de un monasterio de vírgenes. Sus propósitos no fueron despreciados por Gualterio, en quien causó una impresión el vaticinio de Casilda que cuantos discursos hizo durante el viaje en orden a aquel suceso.

Por entonces convinieron los dos en guardar silencio; y la doncella fue a preparar a Matilde, mientras el hermano departía con el cura acerca del modo como podría reducirse al señor de Monsonís. Deseábalo de veras el buen sacerdote; pero no le pareció tan asequible la empresa como juzgaba el caballero. Fiado, no obstante, en su elocuencia y en la justicia que a su modo de ver asistía al hijo, presentose al padre, en el punto de avisar Casilda a Gualterio para que fuera a verse con su querida. Ya estaba en la puerta de la estancia, cuando las voces del cura que alborotaban todo el castillo le llamaron al aposento de su padre, a quien sus añejas dolencias y la agitación que su ánimo había padecido en aquel día, tenían en un estado imponente: perdido el conocimiento, y casi pudiera decirse en un acceso de delirio, buscaba a sus hijos, llamábalos por sus nombres, y les rogaba que no le dejaran. Los criados todos, Santiago, el cura, Casilda, Gualterio; el escudero y los pajes de éste, los colonos y cuantas personas en la casa había, rodeaban el lecho del doliente, bañándolo con su llanto: por orden del hijo retiráronse todos menos la señorita y el cura; y Romualdo al volver en sí tuvo el consuelo de mirar alrededor de su cama a los dos jóvenes que eran el objeto de su solicitud aun entre los ensueños de su enajenación mental.

Por más que Gualterio amase, era harto crítico el estado de su padre para alejarse de él un instante. Calmose el buen anciano, concilió un sueño tranquilo, y al despertar, a la mañana siguiente, vio todavía a sus hijos cerca de sí, y tuvo un placer que cabe sólo en el corazón de un padre. Aliviado notablemente en sus males les obligó a que fuesen a descansar; y sus repetidas instancias no se atrevieron a resistirlas los dos jóvenes. Gualterio pensó aprovechar el poco tiempo que le quedaba, pues el cura no pudo decir ni una palabra a Romualdo de los negocios de su hijo: por lo mismo, no había otro recurso que devolver a Matilde a su castillo. Lleno, pues, de amor, y considerando venida la hora, corrió ligero al aposento de su amada. Ésta acudiera también durante la noche a la estancia de Romualdo; pero cuando éste hubo recobrado el conocimiento, la hizo retirar, insinuándole que al día siguiente le hablaría de sus asuntos con Gualterio. No se atrevió el joven a decirle una palabra en situación

semejante; pero si su querida observara solamente sus ojos, no le fuera difícil comprender lo que en su alma pasaba; mas la señorita se creía ofendida, y ni una sola vez dirigió la vista hacia aquél que con tanta ansiedad lo anhelaba. Preparada de antemano por Casilda, no manifestó sorpresa al presentársele su amante, antes por el contrario le indicó que se sentara, disponiéndose por su parte a oír todo cuanto quisiese decirle. A la verdad le creía infiel y perjuro: pero ¡cuán grato fuera a su corazón que Gualterio se justificase y apareciera a su vista como ella esperó encontrarle pocos días antes! La afabilidad y propicia disposición de la joven dieron no pocas esperanzas a nuestro héroe, cuyas circunstancias y el íntimo convencimiento de su inocencia le auguraban un completo triunfo. Sentose con aire tranquilo, y mirando con ternura a su amiga le dijo: -No creía, mi querida Matilde, que llegase el caso de presentarme a tus ojos con la apariencia de un perjuro, y precisado a justificarme, sin saber todavía si será bastante mi recto proceder a conseguirlo. Después de una ausencia de ocho años, cuando venía hacia la patria creyendo hallar abiertos para recibirme los brazos de mi padre, de mi hermana, y de la que debía ser mi esposa, veo desvanecidas mis esperanzas con respecto a ti sola; y ya puedes discurrir el doloroso pesar que esto me causa. Tú siempre fuiste buena, Matilde, siempre sencilla, candorosa; tu rostro se ha variado sólo para embellecerse; pero en sus facciones reconozco todavía los mismos rasgos que en otro tiempo indicaban aquellas hermosas prendas de tu corazón; por lo mismo, tú eres buena, sencilla y candorosa cual entonces. Tú no has sospechado la mentira, porque jamás tuvo entrada en tu alma; no has conocido el engaño que nunca usaste, y aun creíste quizá que el transcurso de tantos años podría variar las circunstancias, y disminuir el encono de tu perseguidor. Así la maldad logró fascinar tu espíritu, la calumnia se ha introducido en tu corazón, abriendo en él una herida, que si no logran cicatrizar mis palabras, debe causar la desgracia de entrambos. Háblame, pues, con la sencilla franqueza que solías; dime qué delitos son éstos que me echan en cara; y sabiendo la acusación, podré, no lo dudes, podré desvanecerla, y aparecer a tus ojos como deseaba que me vieras.

Este lenguaje no dejó dudas a Matilde de que Gualterio se había preparado oportunamente para presentarse a ella; y a serle posible hubiera juzgado que traía arreglada una historieta a propósito para quedar justificado; mas no pudo creerle capaz de engañarla; y esperó oír la verdad de todo lo que hizo en Asia. No obstante, advertida de que había de rechazar a un hombre dispuesto de antemano, pensó ser breve, prudente y reservada. -Lo mismo que tú deseabas -le dijo- creí yo que sucedería a tu llegada. Pensaba abrazarte cual debía hacerlo con el amigo de mi infancia, con el hombre que mi madre y la elección propia me destinaron para esposo; y me disponía a verificarlo, cuando la presencia de Arnaldo, a quien esperaba que precedieras, me colmó de pesar y de temores. Presentose como se había marchado, iracundo, altanero, ambicioso y ufano de que tu conducta justificase su oposición a nuestro enlace. Encerrome en el monasterio de Santa Cecilia, y en él supe tus extravíos; te perdoné, corno debía; juré no estorbar jamás tu felicidad; y en recompensa bien pudieras, al menos, haberme dejado tranquila en casa, ya que había conseguido calmar a mi hermano hasta el punto de prometerme paz para lo sucesivo.

-¿Y tú creíste -le preguntó Gualterio -que realmente hubiera olvidado mis promesas, que ya no te amase, que un instante sólo fuera capaz de desear otra cosa que poseerte? Te lo juro, Matilde mía, y tú sabes si miento; sola tú puedes ser la querida de mi corazón; tú sola ser mi esposa. Estoy inocente; la perfidia de tu hermano forjó las calumnias que debían finalmente lograr su objeto.

-Yo sé que en otro tiempo no mentías citando hablabas con Matilde -observó ésta-; mas hoy, también te lo juro, Gualterio, hoy no sé si puedo creerte. Asegúrame que tu pecho no se ha mudado; pruébame que ninguna mujer del país de donde vienes cautivó tu corazón; y el mío te amará cual te amó hasta recibir tan amargas nuevas. ¿Por qué te detenías en Constantinopla? ¿De qué paje le hablabas desde allá a tu padre? ¿Por qué en tu presencia sostuvo Arnaldo lo que de su orden vino a contarme el padre Asberto? -¿El padre Asberto?- exclamó Gualterio- ¿El monje que ya en nuestra infancia era mirado con horror por tus padres?, ¿ése ha sido el emisario de tu hermano? ¡Oh Matilde! ¿Y semejante elección no bastó a convencerte de que Sangumí sólo podía hacer uso de la perfidia? Esta sola circunstancia me justifica; pero no quiero que ella te baste; en la corte delante del conde de Barcelona, emplazaré a tu hermano; allí se presentarán los caballeros que han sido en Asia nuestros hermanos de armas; ellos han visto todas mis acciones, y con tantos testigos de mi inocencia la ciudad entera sabrá quién es Gualterio de Monsonís. Sabrá el conde las disposiciones de tu madre; sabrá los inicuos planes de Arnaldo; y su inalterable justicia pondrá término a tantos pesares. Y si, descubierta la calumnia; triunfa tu amigo ¿podrá esperar que Matilde abra sus brazos, le reciba en ellos, e imprima en su frente el ósculo de la concordia?

-¡Ay de mí! -contestó la virgen-: Supongo que eres inocente, que me amas, que me quisiste siempre, entonces...; iba a seguir la oración comenzada, pero la contuvo el ruido de gentes y armas que oyó en la sala inmediata. El del Ciervo se fue por la puerta y apenas llegado a ella, vio a tres guerreros que le intimaron y dieron a leer la orden del conde D. Ramón Berenguer III para que inmediatamente se pusiera en camino con ellos, y se le presentase en Barcelona. Gualterio leyó con serenidad el mandato; y conociendo que toda pregunta sería inútil, explicó a Matilde la novedad que ocurría, rogole que se tranquilizase, dobló una rodilla para besar con entusiasmo su mano; y al frente de los tres guerreros, con paso firme salió de la estancia sin volver el rostro hacia su amante, que de pie en medio de ella, y extendiendo los brazos hacia la puerta: -¡Dios mío! -exclamaba en aquel instante-: ¿qué será de Matilde?

Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo
por quien se vieron rotas y vencidas
las escuadras de Agar, que el dogma siguen
del fermentado esposo de Cadiga.

MORATÍN.

Arnoldo de Sangumí, que temió dejar sola a su hermana sabiendo cuán inmediato estaba el de Monsonís lejos de atemperarse en esta parte a las instrucciones del padre Asberto, no marchó a Barcelona, sino que, rabioso de lo acaecido con Gualterio en el día anterior, iba a salir para trasladarse al castillo de su contrario con el fin de vengar la recibida ofensa, cuando se ofrecieron a su vista los tres guerreros que se dirigían a la casa de Romualdo; sospechando el objeto de la comisión, mantúvose de atalaya; y a pocas horas vio por sus propios ojos cómo nuestro joven y sus conductores enderezaban el viaje para la residencia de los condes. Entonces mismo tomó el caballo, y adelantándose a la comitiva por distinta ruta, entró en Barcelona cuando los otros distaban todavía gran trecho de sus murallas; fuese a encontrar al padre Asberto, contole lo que viera; y a persuasión del monje, esperó tranquilo el resultado de aquel acontecimiento.

Aunque sólo tres se presentaron en la sala, seis eran, no obstante, los hombres que escoltaban a Gualterio, entre quienes no le fue posible distinguir al jefe, pues el traje era uno mismo, y no se guardaban mutuamente las consideraciones que pudieran indicar en uno u otro señalada primacía. Ismael, que sin rastrear una palabra de semejante suceso, seguía la cabalgadura con no poca pesadumbre, comprendió, al bajar su amo del castillo, que mal de su agrado se marchaba, y, por tanto, empuñando la daga en un momento favorable, le preguntó en árabe si era preciso atravesar con la punta el corazón de alguno de los guerreros.

-Sigue como servidor pasivo -le había contestado Monsonís.

Y estas palabras no sólo le hicieron tener a raya sus naturales ímpetus, sino que ya no se curó de penetrar el objeto de aquella gente, de aquel aparato y de aquel viaje.

A su pesar, no obstante, iba recorriendo la conducta observada por su amo desde que entraron en Europa; y por fuerza hubo de tropezarse con el monasterio de Santa Cecilia, pues bien se le alcanzaba que no debía ser cosa recibida entre los cristianos introducirse en la vivienda de mujeres solas y reclusas. Ayudábale a discurrir de esta suerte el recuerdo de que en su país la habitación de las personas del sexo bello se cerraba hasta a los varones de la misma familia, cuanto más a los otros que no podían ir a ella con fin laudable. Fijo, pues, en esta última idea, no sancionó la osada tentativa de su señor, sin que por esto se sintiera menos dispuesto a deshacerse de los guardas a la indicación más pequeña.

Entre tanto, calculaba Gualterio el resultado que pudiera tener aquel negocio; y sus discursos, a la verdad, no eran bastantes a tranquilizarle. Calmado de pronto su amoroso entusiasmo, y lejos ya de Matilde, miraba la cosa en su verdadero punto de vista y sin pretender alucinarse: conocía toda la gravedad de su falta; y, sabiendo de antemano la justiciera rigidez del conde de Barcelona, por más que los planes del padre Asberto le hubieran lisonjeado un momento, la sorpresa de Arnaldo tan opuesta a las promesas del monje, demostraba que los cálculos de éste no tenían toda

la exactitud que juzgó en sus principios; parecíale que de industria hubiera tratado de engañarle; y esta idea que hirió vivamente su imaginación, y el deber en parte al religioso el mal recibimiento y las sospechas de Matilde, le hicieron concebir tan rencorosa ira, que podía ser fatal al intrigante. Como amén de todo esto, fue interrumpido, cuando aún necesitaba de un instante para justificarse y convencer de su inocencia a la heredera, temía, con justa razón, que las reiteradas falsedades del hermano dieran al través con su comenzado trabajo; que la duración de su ausencia, cuyo motivo se ocultaría a su querida, la forzara a ceder al rigor del ambicioso Arnaldo; y que quedase así destruida para siempre la felicidad de entrambos.

En medio de tan tristes reflexiones seguía presuroso su viaje, y plañíase asaz fundadamente de su suerte, que después de ocho años de trabajos le había preparado tan imprevisto golpe, y puéstole en situación de donde no sería fácil salir para buen camino. Con el objeto de descubrir terreno, y entrever con más datos el destino que le aguardaba, creyó prudente arriesgar alguna demanda a sus conductores. Dirigibles, pues, la palabra en estos términos:

-Si no está prohibido el hablarme, compañeros de viaje, y podéis satisfacer mi natural curiosidad, quisiera me dijerais qué cosa ha dado motivo a la orden con que don Ramón Berenguer me llama a la Corte.

-Nada más sencillo -respondió uno de ellos-: podemos hablar con vos, y aun estamos ordenados para deciros que la razón de ordenaros parecer ante el venerable conde es una queja de Pedro Ansúrez, abuelo y tutor del de Urgel, sobre cierto asalto nocturno ejecutado por vos en el monasterio de Santa Cecilia.

-Razón justa y causa cierta -habló Gualterio-; no tengo reparo en confesar mi falta, y asimismo se lo diré a mi soberano, cuando tenga el honor de ser presentado en su palacio; y, sin embargo, el conde podía creer que un caballero de mis circunstancias no necesitaba que la fuerza armada le obligase a cumplir con los preceptos de su príncipe, pues voluntariamente pareciera yo al momento ante su presencia.

-No dudaba de ello quien nos envía -opuso el mismo guerrero-; y nuestro objeto no es conducirnos a la fuerza, sino escoltaros para que no seáis ofendido en el camino. No carecéis de enemigos, y por lo mismo es voluntad del conde que en un viaje hecho por su orden no pueda en modo alguno aconteceros la menor desgracia,

-Agradezco -razonó el caballero- la solicitud del señor de los catalanes: pero pudiera quejarme de esta medida que más redundaba en agravio mío que en otra cosa. Bien debe constarle al conde que en otras partes he viajado en donde los riesgos eran seguros; y, sin embargo, he vuelto a mi patria, sin faltarme ningún miembro de los que llevé de ella; mas si así lo ha dispuesto, sea enhorabuena; vayamos juntos porque, al fin y al cabo, todos llevamos la misma ruta, y es igual ir con mi paje o en compañía de seis valientes. Ismael -añadió hablando en árabe con el asiático- ¿Qué te parece de todo esto?

-Vuestro servidor -dijo el mozo- os ve tranquilo, y por lo mismo nada teme.

-Haces bien -siguió el cruzado-: tú siempre arreglas los movimientos de tu corazón por los de mi rostro; y si sigues esta conducta, bien puedes

fijarte en el gesto que pongo ahora, pues venga lo que viniere, no pienso alterar mis facciones en mucho tiempo.

-Así sea -contestó Ismael-: vuestro servidor se complacerá en ella; pero, ¿me será lícito haceros una pregunta?

-Y cuantas quieras -habló el del Ciervo-; y aun desearía que fuesen muchas, pues en algo hemos de ocupar el tiempo.

-Pluguírame el saber -continuó el paje- la razón de dejaros llevar por seis hombres contra vuestro gusto, cuando en mi patria no dudabais echaros sobre un centenar aun antes de inquirir lo que os querían.

-No voy contra mi gusto, Ismael, pues si tal fuese te hubiera encargado que me dices cuenta de uno o dos mientras me entendía yo con los cuatro o cinco restantes. ¿Te parece si saliéramos airosos de semejante empeño?

-A una señal vuestra cumpliré la parte que juzguéis corresponderme -satisfizo el hijo del desierto.

Y mientras decía, sus dedos tentaban ya el mango del puñal asomado entre el calzón y la faja, indicando al mismo tiempo, con rápidas vueltas de ojos, los dos guerreros que serían, en caso necesario, sus primeras víctimas.

- Por ahora -dijo Monsonís-; no has de tomarte ese trabajo; sigamos nuestro camino, pues escrito estaría, según tú dices, que al llegar a mi patria habían de acontecer todos estos contra tiempos.

-Sí, escrito estaba -exclamó enfáticamente el sarraceno-; y escrito está cuanto ha, de suceder a vos y a vuestro servidor y a todos los vivientes. En estos y otros razonamientos, ora con el asiático, ora con sus conductores, fue entreteniendo el viaje nuestro paladín hasta llegar a Barcelona.

De ella había salido el conde; y mientras esperaba en el palacio su vuelta, presentose el padre Asberto, con el objeto de augurarle un feliz éxito en sus cosas.

-Padre -le dijo Gualterio, después de haberle escuchado-: os aconsejo buenamente que salgáis de mi vista, pues si llegase a olvidarme de vuestro carácter y del lugar en que estamos, acabaríais tal vez entre mis manos la detestable vida que hace mucho debiera haber cortado la cuchilla de un verdugo.

El sitio no era a propósito para altercados, y el monje, seguro por otra parte de que Gualterio cumpliría su palabra si despreciaba el consejo, se retiró del palacio, maldiciendo los pasos dados ya a favor del orgulloso mozalbete.

Hacia mitad de la tarde, el confuso sonar de trompetas indicó que estaba cerca el conde de Barcelona. En efecto, presentose luego con aquel aire de dignidad y de triunfo que le distinguía, con aquel gesto afable que daba valor a quien solicitaba sus mercedes y con aquel rostro apacible y risueño, que era indicio de la popularidad de su carácter. No era un hombre hermoso; pero la gracia de su fisonomía, la vivacidad de los ojos y la sonrisa de los labios, hacían sumamente agradable su figura. Vestido a la sazón con un sencillo traje de caza, refrenaba con atrevida destreza un caprichoso y alborotado corcel, que ufano al parecer con la carga; hacía continuo alarde de su pujanza y de su brío, no obstante de que el conde, sin dar al parecer grande importancia a sus ligeros y arriesgados juegos, hacía conocer con mañoso disimulo que no iba descuidado. Llevaba la

cabeza descubierta, y sus largos cabellos flotantes a merced del aire, que hacía más violento la rapidez de su carrera. Seguía escogido cortejo de magnates, y tras ellos vistosa y elegante cabalgata de escuderos, pajes y soldados, que servían a su persona y a las de sus más allegados cortesanos. Brincando ligera entre los caballos, aturdí con reiterados ladridos la numerosa tropa de perros de todas castas que acompañaran a la caza al príncipe y a su comitiva.

Resonaban por las calles las vivas aclamaciones de los catalanes por la vuelta de don Ramón; y aplaudíase su singular garbo, su extremada habilidad en regir el argénteo freno; y la gracia con que iba correspondiendo a la festiva algazara. A otros menos diestros hubiérale sido difícil desmontar sin riesgo, porque el bullicioso potro no quería en manera alguna reposarse; mas el conde, sin advertir siquiera su inquietud obstinada, echó pie a tierra antes que los pajes tuviesen lugar de coger las riendas.

Gualterio, desde lo alto de la escalera, veía con gusto aquella escena; y diera cualquier cosa para acreditar entre tantos caballeros su antigua fama de jinete.

Llegado apenas Berenguer al sitio en que le esperaba el hermano de Casilda, inclinose éste respetuosamente, y le dijo en tono humilde, pero decoroso y noble, al mismo tiempo:

-¡Señor! Gualterio de Monsonís tiene el honor de presentarse a vos, en justo obediencia del recibido mandato.

-Yo te saludo, caballero del Ciervo -le contestó el conde; y volviéndose a sus cortesanos:- Éste es -continuó- el hijo de mi amigo Romualdo de Monsonís, el joven Gualterio, cuyo brazo ha acreditado su valor así en las batallas a campo abierto contra los infieles de Asia, como defendiendo los muros de Antioquía, y asaltando los de Jerusalén. Sígueme Monsonís, pues aunque no me acompañaste en la diversión, no por esto dejarás de disfrutar de los resultados: generalmente, come más caza el que ha muerto menos; y estoy seguro de que entre los oyentes hay quien puede justificar mi proposición.

Y al decir esto se fue entrando por el palacio, hasta su estancia, seguido de cuatro pajes.

Los demás caballeros, y entre ellos nuestro héroe, aguardaban en la sala inmediata que se presentara otra vez el conde, haciendo relación, en voz baja, de los lances de la cacería, del infatigable correr del príncipe y de la sobrada confianza con que se arrojaba al peligro. Sentole bien a Gualterio el recibimiento de don Ramón Berenguer; y no podía combinarlo con la terminante orden que le mandaba presentársele al momento.

Solía el conde admitir a la mesa a todos sus compañeros de caza; y esta vez aumentó el del Ciervo el número de los convidados. Reinaba en tales reuniones toda la franqueza compatible con el carácter del príncipe y el respeto de súbdito, el cual nunca era olvidado a pesar de la festiva alegría a que daban lugar las apacibles chanzas del magnate. Acordándose luego de haberse sentado a la mesa de lo que dijo a Monsonís poco antes, llamó la atención de los convidados con estas razones.

-Caballeros, yo senté no hace mucho una proposición que de pronto me pareció arriesgada; mas la senté por reputarla cierta, y esperaba que alguno me ayudase a sostenerla; pero como nadie ha salido en mi auxilio,

será forzoso manifestar la razón en que la fundo. ¿Opinas tú, Godofredo de Giralt -preguntó dirigiéndose a un caballero de mediana edad, de regular talla, de faz rolliza y apelmazada, y de robusta corporatura- si tendré alguna bastante sólida en qué apoyarme?

-Ya, ya, señor conde -contestó Giralt algo picado-; cuando hablasteis allá fuera ya me figuré que se dirigía a mí la estocada; pero ya sabéis señor, que temiendo meter la hoz en mies ajena, no suelo responder si la pregunta no es directa. Ahora que tiene ya este carácter, puedo contestar la certeza de la proposición, diciendo que yo no soy quien come mejor que caza; y añadiré que en otro tiempo cazaba mejor que comía, siendo en parte causa de este cambio vuestro reiterado empeño de que coma y no cace.

-¿Y reputas -insistió Berenguer- por inoportuno mi empeño?

-Ninguna de las cosas de mi señor -observó Godofredo- puede a mí parecerme inoportuna; mas con su permiso deseo que cuando se hable de mi buen apetito se apunten también las causas que lo han excitado. Con esta añadidura, ni el venerable conde dirá cosa que no sea muy cierta, ni yo pasaré plaza de comedor tan a secas como se pretende.

-Muy enhorabuena -continuó don Ramón-; tendremos presente esta exacta advertencia para cuando venga el caso; y no será hoy, a no cambiar las cosas, pues hasta ahora no te vemos comer con el exceso que notamos otras veces.

-Todo lo contrario -repuso el súbdito algo amoscado-: sepa el señor conde que como poquísimo, gracias al ejercicio sobradamente activo de este día.

-¿Serás tú acaso -interrogó el príncipe- el caballero que nos han dicho haber andado largo rato a pie porque se le escapó el bridón después de haberlo desmontado a su pesar y de un modo poco agradable?

-No, señor -contestó repentinamente Giralt-; no soy yo, ni jamás lo ha conseguido ningún caballo, sin embargo de haberlo no pocos intentado; y ya sabéis que sólo a una persona cedo en eso de regir las riendas de un corcel.

-¿Qué te parece del desafío, Gualterio de Monsonís?- dijo el conde, dirigiéndose al huésped.

-Estoy cierto -satisfizo éste- de que el caballero Giralt encontrará un competidor; y si quiere olvidar por un momento su clase, podría presentarle otro.

-¿Y quiénes son? -exigió, con altanería, Giralt.

-El uno soy yo -dijo Gualterio- y el segundo un paje mío que está abajo en la plaza.

-Os admito a vos -dijo Godofredo- y también al paje; vamos al momento. Y alzándose del asiento se fue para Gualterio que se disponía a seguirle.

-¿Qué es esto? -exclamó, con voz imperiosa, el conde-: ¿olvidasteis, caballero del Ciervo, que estáis aquí de nuestra orden, y que sin otra orden, nuestra también, no podéis moveros de este sitio?

-Señor -dijo, deteniéndose, el joven-: perdonadme, os suplico, pues con la seguridad de salir con victoria me ponía en el caso de presentarme al momento con este nuevo lauro.

-La obediencia a tu príncipe -gritó don Ramón- es el más noble con que puedes decorar tu frente. Sentaos caballeros -añadió, viendo que algunos se habían alzado-; ésta interrupción y este tono sólo se dirigen a Gualterio de Monsonís, y él sabe bien la causa.

-Si es preciso que la esponga -platicó éste-, como se le ha indicado no ha mucho al caballero Giralt en orden a las razones en que se apoyaba la proposición sentada por el señor conde, lo haré al momento.

No pudo menos de reírse Berenguer al oír este oportuno y picaresco recuerdo de la voracidad de Giralt; hizo una señal a éste para que no contestara como iba a hacerlo; y volviéndose a Monsonís:

-Este negocio -le dijo- lo hemos de ventilar a solas y hoy mismo. Este incidente pareció haber turbado la alegría del convite; y por lo mismo reanudola el humor festivo del príncipe, dirigiéndose alternativamente a unos y otros con graciosas chanzas, a las que solía acomodar ingenioso giro, cuando según su dictamen pudieran agriar a alguno, o dar margen a indebidas llanezas. Levantose al fin de la mesa, y despidió a los convidados, mandando a Gualterio de Monsonís que estuviese dispuesto para cuando de su orden se le llamara.

En el trato del conde había visto éste repentinas mudanzas, extremada franqueza, gravedad oportuna, momentos de afable amistad, y otros de rigidez inesperada; y de todo ello dedujo que era hombre capaz de conservar su puesto, de divertirse hasta el punto en que temía degradarse, y que por ningún estilo toleraría a quien abusase de sus condescendencias. Así resolvió ser muy cuerdo en la conferencia que le aguardaba, bien que sin perder un dedo de terreno ni ceder de su carácter, aun cuando debiera costarle la vida. Dio disposiciones para alojar a Ismael y acomodar a los caballos; y volvióse a la sala del banquete, esperando ser llamado.

... Cuerdo respeta
su reposo y el tuyo, y no imprudente
salgas al paso a pesadumbres nuevas.

CIENFUEGOS.

Alzábase soberbia en aquel siglo la ciudad de Balaguer, edificada en el campo de Almata y próxima al río Segre, cuyas copiosas y limpias aguas, derramándose por dilatado territorio, esparcían la frondosidad y la abundancia. Célebre ya en los tiempos de la antigua Roma, el transcurso de más de mil años, lejos de hacer en ella la triste metamorfosis que entre otras, hábale dado mayor extensión, más hermosura y grande importancia. Descollaba en un extremo de ella el magnífico y espaciosísimo castillo y palacio, residencia del conde Armengol de Urgel, su soberano, que la ganó por fuerza de armas a los infieles, a fines del siglo anterior, cuando ya tenía el sobrenombre de Aldabas por haber arrancado con sus propias manos las de las puertas de Córdoba, a pesar de la resistencia de los moros. Algunos de los potentados que le ayudaron en la conquista habían establecido también en ella su morada; y en las calles, plazas y mansiones de aquellos magnates notábase más de un remedo de la opulencia y las

riquezas que se ostentaran por doquiera en la corte de los Berengueres. Murió el anciano conde en el año 1092 dejando a su hijo, otro conde Armengol de Mollerusa, que era a la sazón un niño y estaba en Castilla bajo la tutela, como antes dijimos, de su abuelo materno, Pedro Ansúrez. Habitaban los moros en Balaguer; porque la piedad del conquistador no quiso quitarles la vida, ni arrancarlos de sus hogares, contento con exigirles los censos, parias y tributos concertados, consiguiendo de esta manera que no le faltaran pobladores a la ciudad, ni brazos a su campiña. Alentados los moros con la menor edad y ausencia del conde niño, y viendo las cosas gobernadas por manos extrañas, pues el tutor seguía al pupilo lejos de la patria, alzaronse contra los cristianos y contra su señor natural, negándole las parias y vasallaje que le debían, y resistiéndose a reconocer y dar obediencia al noble Ansúrez. En tal conflicto, los catalanes de Balaguer y de su territorio acudieron al ilustre tutor, quien lejos de mirar con indiferencia tan escandaloso desacato, reunióse con ellos y juró vengar el ultraje que acababa de recibir su poderoso nieto. Conociendo no ser bastantes para contrarrestar a los moros de Balaguer y de su comarca los esfuerzos de los súbditos que imploraban su autoridad, procuróse y consiguió la alianza del rey de Aragón, de Pamplona y de Navarra, a quien hizo ventajosísimos pactos para que le ayudara a sujetarlos. Estas diligencias, sin embargo, no produjeron el efecto que de ellas esperaba el conde Ansúrez, porque carecía aquel rey de las tropas necesarias para llevar a cabo la nueva conquista. Conocida por el tutor de Armengol la falta de recursos de don Alonso, y considerando, además, que la ciudad de Balaguer era fortaleza muy respetable, tanto por sus medios de defensa, como por los abundantes y fáciles socorros que podía recibir de los moros de Lérida, Tortosa y Zaragoza, entendió que la reunión de numerosa hueste y la prontitud de la ejecución eran, quizá, los únicos medios de recobrar la corte de los condes de Urgel, reduciendo a la obediencia a los ingratos vencidos.

En tales circunstancias, y sabiendo cuántas eran por entonces las fuerzas del conde de Barcelona don Ramón Berenguer, resolvió acudir al mismo, a fin de que supliese el menguado poderío del rey de Aragón. Admitió gustoso el de Barcelona la demanda de Ansúrez; y convino en los conciertos que le propuso el abuelo de Armengol, iguales a los ofrecidos anteriormente a don Alfonso y cuyas ventajas correspondían a la importancia del objeto, y a los fastos y sacrificios para la empresa indispensables. La cesión de varios castillos y de una parte de la ciudad hecha a favor de nuestro conde, era justa recompensa del trabajo y dispendios que empleara en la conquista; pues guisada cosa parecía que reportara razonable provecho quien sintiera crecido daño.

Los preparativos de esta guerra ocupaban a Berenguer III y a la corte toda en la época en que, llamado por el príncipe, se presentó en ella Gualterio de Monsonís a dar razón de la conducta observada en el monasterio de Santa Cecilia. Sabíalo el mozo, y por ello le era doblemente sensible el castigo que se le impusiera, pues le privaba de barajarse en un negocio hecho de molde para acreditar con cuánta justicia se ponderaba el ardor bélico y la constancia desplegados por él mismo en Asia; mucho más, teniendo la ventaja de combatir contra igual clase de enemigos, y de poder emplear los medios con que reportó señaladas victorias en la Tierra Santa. Alimentaba,

sin embargo, la esperanza de conciliarlo todo, pues si la pena debía de ser algún duradero encierro, pensó solicitar del conde la licencia de juntarse con los combatientes, dejando para después de hecha la conquista el cumplimiento del castigo.

A la sazón, paseábase por la sala en que lo dejamos no ha mucho, bien ajeno a la verdad de todo lo que hemos dicho, y ocupado exclusivamente en la memoria de Matilde, y de la fatalidad que interrumpió su coloquio en el instante de mayor interés. No dudaba de que hubiera logrado convencerla; mas la inoportuna orden del conde habíale robado aquella favorable ocasión, que tal vez muy tarde o nunca volviera. Un paje de Berenguer atajó sus reflexiones, llevándole la orden de presentarse al príncipe. El traje de este era entonces bien distinto del que antes le viera Gualterio. Rico ahora, magnífico, adecuado a la clase de tan alto personaje, no hacía, sin embargo, notable mudanza en su rostro; a lo menos Monsonís creyó entrever en él la misma mezcla de rigidez e indulgencia, de franqueza y de gravedad que le chocara desde un principio; afirmose, por tanto, en la resolución de ser cuerdo; sin, empero, sufrir cosa alguna que pudiera menguar su reputación o su jerarquía. Al entrar Gualterio en la estancia, saludole afectuosamente el soberano, aunque sin indicarle que se sentara; y el joven contestó al saludo con aire de desembarazo y de deferencia, de seguridad y de respeto, o mejor diremos como debiera hacerlo un valiente en sus circunstancias. El príncipe rompió el silencio:

-¿Eres tú -le preguntó- Gualterio de Monsonís, conocido por el Caballero del Ciervo?

-Sí, señor -satisfizo éste.

-¿Es cierto que te has introducido, de noche y furtivamente, en el monasterio de religiosas de Santa Cecilia, en el condado de Urgel?

-Es cierto.

-¿Y sabes la expiación que reclama semejante atentado?

-La ignoro.

-¿Y si fuese la muerte?

-La sufriría.

-¿Y sufrirás cualquiera otra?

-Como no redunde en mengua de mi religión, de mi honor, de mi familia, ni de Matilde de Sangumí, estoy pronto a cumplirla, cualquiera que ella sea.

-¿Y con qué objeto fuiste al monasterio de Santa Cecilia?

-Para ver a Matilde, saber si estaba allí de grado o por fuerza, y llevarla conmigo, en el segundo caso.

-¿Y con qué derecho? -interrogó, con imperioso acento, el conde.

-Con el de esposo -contestó Gualterio.

-Tú no lo eres todavía -repuso don Ramón-, y lo prueba la violencia que usaste, pues no necesitabas de ese medio si tuvieras sobre ella el dominio que esa calidad atribuye. Tú violaste el asilo de las vírgenes consagradas a Dios; lo violaste con el objeto de cometer un rapto, tú atentaste a los derechos de Arnaldo de Sangumí, bajo cuya custodia está su hermana Matilde; tú pretendes hacerla tu esposa contra la voluntad de aquel caballero; y nunca será, mientras me llame yo conde de Barcelona, que nadie se atreva a tanto. Dame, pues, cuenta de tu conducta, de los motivos que la guiaron, de la razón en que pretendes apoyar tan escandalosos

desacatos; y mide y pesa tus palabras, pues será ejemplar el castigo si no logras justificarte.

El rostro de Berenguer era severo, traslucíase en sus facciones cierto gesto de mal cubierto enojo capaz de arredrar a otro que hubiera tenido menos valor y menos razones para sincerarse que el del Ciervo. Alcanzósele a éste el serio carácter que el interrogatorio tomaba; y, por lo mismo, conociendo que sólo una completa demostración de su inocencia podía desvanecer el ceño del príncipe, resolvió no callar cosa alguna de cuantas pudieran conducirlo a buen resultado. Expuso las antiguas relaciones de su familia con la de Sangumí; el afecto que naciera entre él y la joven Matilde desde la edad más tierna; la aprobación obtenida de los padres de ambos; la irregular conducta de Arnaldo con respecto a su madre; la última disposición de ésta; los esfuerzos hechos desde entonces por el hermano de su querida para distraer al uno del otro; el concierto concluido entre los dos mozos al marchar a Asia; el encierro de Matilde, a fin de impedir que Gualterio la viese a su retorno; las injurias con que ante ella le había calumniado Arnaldo; las intrigas del padre Asberto; la sorpresa en el castillo de Sangumí y su resultado; y la conducción de la heredera a la casa de su padre. Ni una sola vez le interrumpió el conde, si bien por sus gestos y movimientos dedujo el cruzado la sensación producida por cada uno de los accidentes que refería.

Oído el fin de la historia, alzóse el magnate, y acercándose a Gualterio:

-¿No habéis faltado a la verdad -le preguntó- en cosa ni en circunstancia alguna de las que acabáis de explicarme?

-Si otro que no fuera el venerable conde de Barcelona -respondió, con aire sobrado altanero el joven, me dirigiera esta pregunta-, contestárale yo con la punta de la espada.

-Y con la punta de la espada -gritó súbitamente el magnate- te hiciera yo arrepentir de esa intempestiva jactancia si fueras un igual mío.

-Los dos somos caballeros -exclamó Monsonís.

-¿Quién te armó tal? -interrogó el conde.

-Vuestro tío y tutor don Berenguer Ramón -satisfizo el guerrero.

-No puedes tú teñir la espada en la sangre de su sobrino y pupilo -observó el príncipe-, ni me es a mí lícito quitar la vida a quien mi tío y tutor confirió la orden. Tu desmedida altivez hubiera podido hacerme olvidar mi clase y mi carácter; pero agradece a ese lazo que nos une -le añadió en voz baja- el que no reprima tu descortés y desusada insolencia.

Reconoció Gualterio su falta de respeto y la generosidad del caballero soberano; e inclinando la vista al suelo y en actitud más comedida, esperaba en silencio la resolución de Berenguer. Satisfecho éste de la humilde postura del caballero, y arrepentido, además, de haberse dejado llevar un momento de su ardor juvenil, quedose también en silencio, y en tal estado permanecieron ambos un corto espacio. Gualterio, sin embargo, creyó no haber hecho bastante, y desvanecido ya el primer arrebató de ira excitado por la pregunta del conde, y movido de su bello carácter, acercósele otra vez; y con la mayor sumisión y respeto le dijo:

-Perdonad, señor, si un momento...

-¿Que te perdone? -atajole el soberano-. ¿Qué tenemos nosotros que ver con que dos caballeros se hayan disputado?: Yo creo que ni el conde de Barcelona, ni Gualterio de Monsonís han tomado parte en sus desavenencias.

Comprendió el hermano de Casilda todo el valor de estas palabras; y con el silencio supo indicar cuanto las admiraba. Ambos interlocutores tomaron su primera posición; y permanecieron callados.

-No son las tuyas -dijo don Ramón a breve rato- las primeras noticias que me han llegado del maligno carácter y dolosas intrigas de Arnaldo de Sangumí: yo interpondré mi autoridad para trastornarlas; sin embargo, por grande que sea la razón que te asiste, no basta a sincerar tu conducta ni me es dado no castigarte. El conde de Urgel es el ofendido, y a mí toca reparar la falta con un servicio en pro del mismo que sea capaz de dejarle satisfecho. Dentro de tres días partirás con el ejército que va en su auxilio para sujetar a los moros de Balaguer; y mientras llega la hora, no debes salir de la torre del vizconde en que te encerrarán de mi orden. Entrarás en el cuerpo de los paladines aventureros que han querido tomar parte en esta pugna; mas si no te acomoda tal partido, no le faltan a mi autoridad otros medios de convencerte de que ni la clase ni los lauros, pondrán jamás a nadie a cubierto de mi justicia.

-Señor -contestó Gualterio-: casi pudiera quejarme de la excesiva piedad con que se me trata, pues la pena impuesta estímola por galardón, no por castigo; mas supuesto que así lo ordenáis, no será en vano que haya peleado ocho años contra los infieles, ni dejaré desairada la inapreciable gracia recibida hoy de vuestro magnánimo pecho.

-Las pruebas que des de tu valor en esta campaña me indicarán hasta qué punto he de interesarme en tus negocios, y dictar mis mandatos a fin de que Matilde de Sangumí sea tu esposa. De mi cuenta corre dar conocimiento a tu padre de mi resolución y de las causas que la motivan; por lo mismo, no dirás de ti a persona alguna; y sólo se te permitirá en la torre la compañía de tu paje.

De tal modo separáronse los dos jóvenes, harto satisfechos el uno del otro; y Gualterio, acompañado de Ismael, se presentó en la torre del vizconde, en donde había ya anticipada disposición de alojarlos. Viendo el asiático que los encerraban, sintió oprimírsele el corazón; y después de haber reconocido con la vista su nueva morada, mantúvose en pie en un rincón de ella, cruelmente acongojado. Nacido en el desierto, y libre toda su vida, por huir de la esclavitud que le amenazaba en su patria pasó al servicio de Gualterio; y el verse preso cuando más libertad esperaba, trastornó de tal modo sus ideas, que estuvo a pique de derramar copioso llanto y de proferir amargas quejas; pero su amo callaba, y el servidor era incapaz de interrumpir su silencio.

Gualterio, por el contrario, habiendo sacado de aquel negocio un partido que no esperó en manera alguna, bendecía la generosidad del conde, y el momento en que resolvió introducirse en Santa Cecilia. Tan sólo causaba alguna inquietud en su pecho la prohibición de dar noticias suyas mientras estuviese en la torre del vizconde, pues la infeliz Matilde ignoraría su paradero hasta que Romualdo quisiese hacerla sabedora de las nuevas que Berenguer se encargó de escribirle. Sin embargo, consolábase fácilmente de este pesar, porque en breve saldría de su encierro para correr a las armas; oíríase su nombre entre los ya ilustres de otros caballeros que debían marchar a la conquista; y Matilde sabría, al menos por la fama pública, su situación, sus andanzas, y quizá también sus proezas. Pensaba,

además, llevar consigo a Ernesto de Otranto y a Gerardo, encargando a Ismael cuando fuese a llamarles una arriesgada misión para el castillo de Sangumí. Con este arreglo de cosas acabó de tranquilizarle, y de creer que sus asuntos iban encaminados a mejor fin de lo que pudiera prometerse en la mañana de aquel mismo día.

No se le ocultó a nuestro caballero el quebranto del asiático, cuyo gesto macilento y mal oculto coraje revelaban las desagradables ideas de su menté.

-¿Qué es eso, Ismael? -le dijo- Parécete triste en demasía, y que por esta vez no arreglas los movimientos de tu corazón por los de mi rostro.

-A la verdad, señor -respondió melancólicamente el mozo- que después de nuestra llegada a Europa dijérase que nos persigue algún genio maléfico. Sorprendidos acá, expuestos allá, presos por los caminos; y, por último, encerrados en un castillo, sin saber, al menos por mi parte, la suerte que nos aguarda.

-¿Y piensas acaso -interrogó Gualterio- que no podamos burlarnos de la suerte?

-Señor -satisfizo el paje-, yo nada pienso, pues confieso que el estar encerrado entre cuatro paredes ha embotado todas las facultades de mi alma; en campo libre nada me arredra; pero al verme encarcelado no sirvo para cosa alguna.

-¿Y qué se hicieron tu conformidad y sufrimientos?- insistió el hermano de Casilda:- escrito estaba que perderías la libertad, y, por lo mismo, no debe sorprenderte esta desgracia.

-No me sorprende -observó el árabe- ni me acobarda; pero me anonada más que la ira de Mahoma.

-Sospecho que si te oyeran tus paisanos habían de llamarte blasfemo.

-Y contestárales yo que no sé lo que me hablo, lo que pienso, ni lo que deseo.

-Consuélate, buen Ismael, no estaremos aquí muchos días; y lo mejor de todo es que al salir vamos a ponernos en marcha para la guerra.

-¿Al Asia? -interrogó al punto el mahometano.

-No, no; aquí mismo, y no lejos de Barcelona: volveremos a nuestros anteriores trabajos; y me alegro, porque ya iba durando mucho esta holganza a que no puedo acostumbrarme.

Brillaron como los rayos los ojillos del sarraceno al saber que se trataba de guerra; y como se disipa la niebla de su patria al primer rayo de sol de la mañana, así se desvanecieron las arrugas de su frente y la sombría palidez de su semblante.

-Esto ya es otra cosa -exclamó alegre-. Para lograr un bien justo es sufrir algunos males, y si el resultado de este encierro ha de ser una guerra, lo tengo por más llevadero que la libertad con paz eterna.

Tal era el carácter cruel del mozalbete; todo cuanto olier a matanza, a destrucción, a desdichas, satisfacía las ansias de su alma, y halagaba las inclinaciones de su corazón. Criado entre las hordas de los árabes errantes, dados al pillaje y al asesinato, salió un excelente discípulo de tan infernal escuela; el amor y la lealtad a toda prueba hacía su amo eran las únicas virtudes que poseía; todos los demás movimientos de su pecho, todos sus deseos, todas sus obras, procedían de vicios y de inclinaciones a cual más perversa. Gualterio lo conocía perfectamente; pero como no era

capaz de separarse en el más pequeño ápice de sus mandatos, la previsión y cautela del amo tenían a raya las fatales disposiciones del paje. Contento éste con las oídas noticias, esperó ansioso el día de salir de la torre, sin que hasta entonces profiriera su boca queja alguna, ni se observase en él la menor señal de impaciencia.

Venido el tercer día fue puesto en libertad Gualterio; y al pie de la torre, en la misma plaza del palacio de los condes, encontró, no sólo sus caballos, sino a Ernesto de Otranto y a Gerardo, a quienes hizo venir Romualdo, al noticiársele la determinación tomada con respecto a su hijo por don Ramón Berenguer.

Tal previsión y afán de complacerle no le gustó seguramente al caballero, pues de este modo se le quitaba el plausible recurso que hubiera tenido para enviar a Ismael al castillo de Sangumí. Antes de coger el caballo, quiso presentarse al príncipe, quien le recibió como a un amigo, manifestándole el disgusto de su padre al saber la arriesgada travesura del mozo, si bien ahora quedaba tranquilo, esperando que en la próxima guerra lavaría aquí la tacha impresa entonces sobre su conducta. Enviábale el buen anciano a su paje y al escudero con ellos la bendición paternal; y Casilda también le remitía tres hermosas plumas para nuevo adorno de su yelmo. Nada habló el conde de Matilde; mas el del Ciervo, incapaz de sosiego mientras no supiera, noticias de ella, iba a arriesgar alguna pregunta dirigida a este objeto, cuando Berenguer, comprendiendo su intento, le salió al paso con una severa mirada:

-Tu conducta en esta guerra -le dijo- me indicará hasta qué punto eres digno en mi consideración en favor tuyo y de la hija de Sangumí. Hasta entonces debo considerarte como quien espía una falta muy grave con un castigo leve, generosamente impuesto por su soberano.

No tuvo Gualterio valor para replicar al magnate; y aguardó en silencio sus órdenes.

-No saldrás de palacio -continuó- hasta la madrugada de mañana: entonces, junto con los aventureros que en este lugar deben reunirse, seguirás el camino del anciano Vilamala, jefe de vuestra hueste. Creo que en la compañía habrá algunos amigos tuyos, pues más de dos de tus hermanos de armas de Asia han venido a ofrecerse para combatir contra los moros. No hay necesidad de decirles que tu ida es forzosa; basta que tu príncipe lo sepa. Si alguno te hablase quizá dula andanza de Santa Cecilia, bien puedes contestarle que el conde de Barcelona no la ignora, y la perdona.

-Todo va de bien en mejor -decía para consigo Gualterio-; dentro de un par de días sabrá Matilde que yo formo parte de los valientes destinados a escarmentar a esos perros de Balaguer; y dejará de estar incierta en orden a mi fortuna. Empuñemos la espada y creámonos de nuevo trasladados al Asia, y lejos de mis padres y de Matilde y de todo lo que de cerca me pertenece. He aquí otra vez a mi escudero y a mis pajes y mi caballo de batalla y todo lo que me acompañó a la Tierra Santa; y tampoco faltarán, según dice el conde, algunos de los camaradas que conmigo, combatieron. Mi padre está ya tranquilo, me envía, su bendición y me perdona; Casilda gusta de que su hermano alcance glorioso renombre; ella consolará a Matilde como lo hizo antes de ahora; le asegurará que la amo, que jamás dejé de quererla, y que sólo su amor y su mano pueden hacer mi ventura. Esta guerra repútolá más bien por una diversión que otra cosa; y así,

dentro de un mes estoy de vuelta en mi castillo; el conde toma a Matilde bajo su protección, acaba de cerciorarse de cuanto le he dicho, y su autoridad la hace mi esposa.

En tales reflexiones pasó nuestro caballero la mayor parte de la noche, y el sueño que vino a confundirse con ellas hacia la madrugada, fue bien presto turbado por el sonar de bélicos instrumentos, y por el bullicio de personas y caballos que se hallaban ya reunidos en la plaza. Dejó el lecho Gualterio; y asomose a una ventana a ver a sus nuevos compañeros de armas. La infantería saliera de Barcelona dos días antes, y a la sazón sólo se presentó en aquel sitio la gente de a caballo, que estaba dividida en dos cuerpos. Componíase el primero de unos doscientos hombres al sueldo del conde, que permanecían montados porque el príncipe estaba ya en la sala de armas dispuesto a partir con ellos.

Constaba el segundo de unos setenta caballeros, nobles todos y conocidos ya por sus anteriores hechos, que se mantenían a sus propias expensas, y acudieran en parte de otros pueblos sujetos a Berenguer, sin más motivo que coadyuvar a las intenciones de éste, y adquirir nueva fama en la oportuna ocasión que para ello se había presentado: dábaseles el nombre de aventureros. Regía brioso corcel a su frente el respetable anciano Vilamala, cabeza de una dilatada, noble y rica familia, cuyas pasadas hazañas le habían ganado universal prestigio e ilustre nombradía. A su lado iba el primogénito, amigo íntimo de Gualterio, y que con éste y con su padre hizo toda la guerra de Asia. Llegados ambos a Barcelona pocos meses antes, no dudaron volver a la fatiga de las armas apenas se presentó favorable coyuntura. En su escuadrón podían contarse como unos veinte caballeros de los que sufrieron el sol de Palestina; y a la verdad no era difícil conocerlos entre los otros, ya fuese por el color atezado que adquirieran en ella, ya por la cruz del pecho, ya por cierto continente más marcial que se les notaba a la legua, ya finalmente por una soltura que al primer golpe de vista los distinguiera de los demás, sin que pudiese fijarse la causa.

La vista de aquella hueste conmovió vivamente al del Ciervo desde el primer instante; mas al divisar a sus antiguos camaradas, y en particular a su querido Vilamala, corrió presuroso hacia la plaza; y trepando por entre los caballos abrazole con cariño, besó su rostro más de diez veces, y aun derramaron una lágrima ambos amigos, pues, desde la toma de Naplusa, en que Vilamala se había separado del grande ejército de los cruzados para recorrer el valle de Genezaret, nada había sabido el uno del otro, y entrambos estaban respectivamente cuidadosos de su suerte.

-¡Henos aquí reunidos otra vez! -exclamó Gualterio-; y reunidos para hacer la guerra a los infieles, aunque en distinto campo.

-¿Pues qué -le preguntó su amigo-, vienes tú con nosotros? ¿Has querido también tomar parte en esta escaramuza?

Semejante demanda desconcertó un poco al de Monsonís, pues aunque gustoso hubiera ido a aquella guerra, sin embargo, hacíalo por mandato de su soberano y como en castigo de grave falta.

-Voy, sí -satisfizo a su amigo-; voy en tu misma tropa, como aventurero; pero en mejor sazón te explicaré el motivo que acá me conduce.

Atropelladamente se contaron ambos lo que de ellos había sido desde la entrada en Naplusa, hablose de los posteriores lances de armas, del viaje

a Europa, de su llegada a Barcelona; díjose de Matilde y de Arnaldo; se pronunció el nombre de Cecilia, futura esposa de Vilamala, y aun el de cierta joven asiática que trajo algo distraído a uno de los dos; y mucho más se hubiera dicho, preguntado y satisfecho, si el repentino tocar de los instrumentos no anunciara la salida del señor de los catalanes. Montó Gualterio a caballo, colocándose el último de los aventureros, tras los cuales velase numerosa comitiva de escuderos y de pajes. En medio de aquel bélico estruendo y de las aclamaciones de un inmenso gentío, presentose el conde de Barcelona, armado de pies a cabeza y oprimiendo el lomo de un poderoso caballo de batalla; que siete años atrás bebiera por la primera vez en las aguas del caudaloso Guadalquivir. Dio el conde tres rápidas vueltas alrededor de todos los caballeros; saludó afectuosamente a sus jefes, correspondiendo también a los vivas del pueblo; y puesto a la cabeza de su gente, desenvainó la espada, y salió de la plaza y de la ciudad, seguido de sus guerreros. Enderezaron el camino hacia el condado de Urgel⁹, concertado ya de antemano con el conde Pedro Ansúrez el punto de reunión de sus tropas con las que condujera Berenguer, para desde allí dirigirse juntos a la conquista de la ciudad objeto de la empresa. Continuaba Gualterio en el mismo sitio que espontáneamente eligiera, con la esperanza de que su valor le abriría la senda para acercarse más al anciano Vilamala, a quien no dudaba que el conde había revelado parte de sus secretos. Los tres servidores seguían a su amo; y a cada paso se aumentaba el placer de Ismael, porque a cada paso se iban acercando al teatro de las batallas.

Ah! se per me nel core
Qualche tenero affetto avesti mai,
Placa il tuo sdegno, e rasserena i rai.

METASTASIO.

-Ambrosio te acompañará, Rogerio mío; sólo has de ver a la señorita, haciéndote sordo a las preguntas de los criados. Nadie puede negarte el paso, y si no la encuentras en su estancia, el bueno de Santiago te conducirá a ella; déjate de correr por el camino, no sea que acontezca alguna desgracia; Ambrosio ha de guiar el caballo; tus fuerzas, hijo mío, no bastan todavía a gobernarlo. Entrega este pergamino a Casilda, y oye la contestación que te diere, apréndela de memoria, dísela a Ambrosio, y de ésta manera él te ayudará a recordarla.

-No tengáis cuidado, señora -respondió el niño a Matilde-; correremos poco, y al momento estoy de vuelta con la contestación: yo os la recitaré del modo mismo que la reciba de la señorita. Consolaos, señora, el mensaje tendrá buen resultado; y entonces ya no lloraréis más.

-Sí, sí, hijo mío, no debo llorar; ve, ve, vuelve cuanto antes; mas

procura, sobre todo, librarte de cualquier tropiezo.

Y diciendo estas palabras pasaba la mano por el rostro del pajecillo decorado con negros y lustrosos rizos.

Hijo el muchacho de una mujer que fuera en otro tiempo dueña en el castillo de Sangumí, entró en él a la edad de cuatro años para pasar con el tiempo y en clase de paje al servicio de la madre de Matilde. La prematura muerte de aquella hubiera sido la orden de despedida de Rogerio, a no encargar muy particularmente a su hija que no le abandonase nunca, ni le obligara a salir de la casa. La compasiva y buena Matilde cumplió con singular gusto los deseos de su madre; y quedose Rogerio en el castillo, si no como un verdadero paje, pues las costumbres del siglo no le permitían tenerlos a una señorita, al menos haciendo las veces de tal y aun llevando el nombre, que recibiera antes de la muerte de la señora de Sangumí. Rayaba a la sazón de que vamos hablando en los trece años, si bien nadie se los echara al verle: sencillo, ingenuo, hermoso, callado y más quieto de lo que prometía su infancia, era el niño mimado de la casa, pues aun cuando Arnaldo odiase en él una memoria de su madre, quería entrañablemente la señorita, de quien dependía en un todo. Sentía sólo que iba acabándose el tiempo de ser tan dichoso, pues dentro de muy pocos años fuérale indispensable separarse de Matilde para servir a algún caballero, sufriendo las duras y largas pruebas consideradas como requisito necesario para acreditar la aptitud de recibir a su vez la orden.

Enviábalo entonces la heredera al castillo de Monsonís a saber por Casilda el destino de Gualterio, ya que apenas salido éste de su casa, Romualdo condujo a la suya a la hermana de Arnaldo, en cumplimiento de su promesa; y volvió al castillo a esperar las noticias que el conde de Barcelona le diera de la prisión y suerte de su hijo. Sus esperanzas no se frustraron, pues Berenguer le dio de todo exacta cuenta, y Monsonís, perdonando los extravíos del mozo en gracia de su valor y de la empresa en que iba a tomar parte, le envió su bendición y a los servidores venidos con él de la Tierra Santa. El pobre anciano, no obstante, quedó vivamente afligido por la falta de Gualterio a quien deseaba tener a su lado, ya por el gusto de verle cerca después de tan larga ausencia, ya por saber sus hechos en Asia, y arreglar finalmente con Arnaldo el enlace de los dos amantes. Trastornole de todo punto el imprevisto accidente que le participaba el conde; y a la triste Casilda érale forzoso olvidar sus propios quebrantos, a fin de atender con preferencia al consuelo de su infeliz padre.

Cumpliendo la orden de su señora bajó Rogerio al patio del castillo en donde le aguardaba Ambrosio; y ambos a caballo y pasando ya el puente levadizo, emprendían su viaje, cuando se les apareció súbitamente el caballero Verde.

-¿Adónde vais? -interrogó con gesto altivo e iracundo tono.

-Yo voy -contestó el niño- a cumplir un mensaje de mi señora; y Ambrosio viene a acompañarme por su mandato, con el fin de que ningún daño me suceda.

-Mis criados no han de cuidarte a ti -repuso Arnaldo- ni tú debes salir del castillo sin orden mía; volved inmediatamente adentro; y tú, villano

-siguió, encarándose con Ambrosio-, marcha a tus quehaceres y déjate de tomar parte en los mimos de la señorita hacia ese mocoso; si no deseas que te abra la cabeza o te plante una argolla.

El pobre vasallo volvió al instante las riendas; pero el atrevido doncel, sin curarse de obedecer a Sangumí, espoleó el caballo para tomar el camino de Monsonís. Pero tenía que habérselas con Arnaldo, quien irritado de semejante temeridad, corrió tras él, y cogiéndole por un brazo lo tiró desde el caballo al suelo sin causarle, afortunadamente, grave daño.

Alzose Rogerio lloroso, corriendo a guarecerse a la estancia de Matilde. -¿Qué tienes, hijo mío? -le dijo ésta, acariciándole-. ¿De dónde vienes tan cubierto de polvo? ¡Ah!, sin duda has echado a correr, contra lo que te previne, y el caballo te ha tirado. No llores, hijo, no llores; ven siéntate aquí en la almohada.

Mas el inconsolable paje contó, entre sollozos, la sorpresa de Arnaldo, y el modo con que le tratara.

-¡Qué barbaridad! -pensó la joven consigo misma-, ¡cuán cruel me parece maltratar de tal modo a un inocente niño!

Indícale este sencillo hecho la disposición de su hermano, quien quizá sólo castigara a Rogerio por llevar un encargo suyo, y auguró de tal lance bien tristes sucesos.

Efectivamente, no se equivocaba. Arnaldo hizo en Barcelona cuanto puede imaginarse, a fin de perder a Gualterio, o alcanzar al menos que fuese encerrado por largo tiempo, con el objeto de reducir mientras tanto a su hermana, burlando al enamorado mozo; pero la tentativa a su entender más oportuna fue precisamente la que trastornó todos los planes hasta entonces bien ejecutados. Persuadido de cuán preferible es siempre hablar por sí mismo que hacer este encargo a un tercero, presentose al conde, afeando la conducta de Monsonís, y consiguiendo casi un severo castigo. Esta oficiosidad mal solapada hízole discurrir al soberano; y al volver de la caza, durante la cual le hablara Arnaldo, había llamado a tres magnates de toda su confianza para tomar noticias de este hombre, y traslucir cuál podría ser el motivo que le indujera a solicitud semejante. Bien ajeno estaba el del Ciervo de creer al príncipe en un consejo del cual dependía su suerte, cuando, después de la comida, aguardaba a ser llamado. Las circunstancias y hecho que supo entonces el conde justificaron las concebidas sospechas; y así pensó ser indulgente con el culpable, y aun tomar una parte activa en sus cosas cuando el cumplimiento de la expiación que pensaba ordenarle le hiciera digno de ser protegido. Este resultado, triunfo verdadero para el hermano de Casilda, exasperó de todo punto a Sangumí; y fijo en sus primeras determinaciones resolvió definitivamente disponer de la mano de Matilde a su antojo, mientras durase la ausencia del confiado amante. El mozo Gerardo de Roger, de quien le habló a aquella joven el padre Asberto en el monasterio de Santa Cecilia, no era un personaje fingido, sino un caballero de Barcelona de calidades tanto o más perversas que Arnaldo. Roger había vuelto de Asia, en donde hizo la guerra con Sangumí, luego de lograda la conquista de Jerusalén. Ciertas rivalidades y piques en el asedio de aquella ciudad despertaron en su pecho odio perpetuo contra Gualterio; y a fuer de amigo del Verde, y poseyendo un corazón del mismo temple, no reparó en decirle de este rencor y de las causas que lo motivaron. Este joven reputolo Arnaldo hecho de molde para sus planes; le ofreció rica dote y la mano de Matilde, y Roger con el solo objeto de burlar a Gualterio, juró ser hermano de Arnaldo, ora disputando la posesión de la doncella a todo trance, ora valiéndose del

primero y más fácil medio que se ofreciera. Vuelto Sangumí a Cataluña le hubo de recordar Roger su promesa; y por más que aquel desease cumplirla, no les fuera tan aseguible salir airosos con su proyecto, si la atolondrada resolución del caballero del Ciervo de sacar a Matilde del monasterio, y de los acontecimientos que fueron su consecuencia no dejaran el campo libre a los avenidos mozos.

El fin de Arnaldo al indicar al padre Asberto que le hablara a Matilde de Gerardo como de una persona querida de antemano, era el irle acostumbrando a aquella idea, y hacer cundir la nueva de estos amores para que al venir Gualterio supiera la infidelidad de su amada, y la abandonase. Quiso preparar las cosas de manera que Matilde creyese las distracciones del cruzado en Asia, y éste las de su futura esposa en Europa. Para dar el último golpe a este plan infame llegaban juntos al castillo, en el momento en que de él salía el paje con Ambrosio.

Al presentarse Arnaldo a su hermana con aire solícito y cariñoso, sorprendiéndola mientras acariciaba al lloroso Rogerio, y le dijo con toda la ternura que en él cabía:

-Perdona, querida hermana, si he castigado a ese niño, pues no parece regular que me falte impunemente a la obediencia. Tú eres demasiado buena y dejas atreverte a todos; esas condescendencias harán orgulloso a Rogerio, a quien alguna vez a ti misma te perderá el respeto.

Y luego, volviéndose al paje:

-Si aspiras a ser un día caballero -le dijo-, no debes llorar por una caída de caballo; éste será tu más pequeño tropiezo en los combates.

-Es muy niño, hermano mío -observó Matilde-. Criado cerca de mí siempre, le traté con dulzura, y más que la caída le afligen, sin duda, tus palabras; déjale llorar, pues a su edad la naturaleza exige este desahogo.

-Tú lo deseas -repuso con dulzura Sangumí-, y nada quiero replicarte; mándale que se retire, pues me trae aquí un negocio de grande importancia.

Apenas a la orden de su señora hubo salido el paje, cuando Sangumí, sentándose al lado de ella, le cogió amorosamente la mano.

-Tu hermano ha tenido el gusto de prevenir tus deseos -hablóla-. Sospecho que enviabas a Rogerio a saber de Gualterio; y yo, conociendo cuánto importa a tu felicidad su suerte, te traigo cuantas nuevas puedan interesarte. Monsonís ha sido condenado a un encierro de seis años en la torre del vizconde; y al influjo y a los ruegos de muchos amigos es deudor de la indulgencia con que le ha tratado el soberano. Gloriome de no haber hecho mérito de tu rapto y conducción a su castillo, cuyo atentado conocí que debiera exasperar al príncipe, y traer mayores males sobre tu infiel amante. Estos accidentes, y la violencia usada contigo en esta misma sala te habrán convencido de que se ha hecho indigno de enlazarse con nuestra familia, cuyas glorias quedarían contaminadas con su admisión en ella. Tú misma eres testigo de los excesos de ese joven, y viste hasta qué punto ha justificado la mala fama que le precedía. La escandalosa profanación del monasterio de Santa Cecilia, su furtiva entrada en esta casa, el modo poco decoroso con que en ella se condujo, y, finalmente, tu rapto, son, Matilde mía, no juveniles deslices, no perdonables faltas, sino delitos contra la religión, contra las buenas costumbres y contra los derechos de un dueño.

No lo desconoce Gualterio; pero, ¿creyeras tú que en la misma corte, en la mesa en la cual le dio un lugar la nobleza y generosidad del conde, tuvo valor para insultar y aun desafiar al respetable Godofredo de Giralt, irritando con semejante proceder al mismo soberano en el acto de admitirle entre amigos? No lo dudes; Gualterio cree hallarse todavía en Asia, en donde su carácter impetuoso y altanero ha dejado señales que no se borrarán nunca. La misma joven a quien amaba con ternura ha sufrido graves pesadumbres por sus arrebatos; y cuando estaba ya dispuesta a convertirse a nuestra religión por amor suyo, la dejó abandonada, maldita de los suyos, en una tierra extraña, cercada de cuantos riesgos corren la juventud y la hermosura privadas de todo auxilio. ¡Tanto pudieron en ese hombre las relajadas costumbres de oriente, y los fatales y harto numerosos ejemplos de algunos de sus camaradas! Yo hiciera agravio a tu bello corazón y recto juicio si llegase a dudar que olvidando a ese desleal y malvado, atenderás a tus verdaderos intereses y a los de tu familia; para evitar algún lance funesto creí oportuno colocarte en Santa Cecilia; llamaste crueldad a mi previsión; mas por fortuna te desengañaste, y por medio del padre Asberto me pediste salir del monasterio. Tus deseos se vieron pronto cumplidos; y desde entonces acá las acciones de Gualterio te han probado la justicia de mi resolución, y la certeza de las noticias que te hice dar de su conducta en Asia. La autoridad del conde, lejos de ver con indiferencia tanto desacato, hermanando su natural indulgencia con el rigor indispensable, ha castigado a Monsonís con el encierro. Compadezcámoslo, hermana; fue nuestro compañero en los juegos de la infancia, amigo y hermano de armas mío, y el esposo que te destinó una madre querida; pero ya que con su conducta ha roto el ingrato tantas y tan dulces vínculos, no nos ensangrentemos contra él, y muévanos a lástima la cruel pesadumbre de su anciano y venerable padre, y de la inocente y candorosa Casilda. Después de maduras reflexiones sobre todo lo dicho -continuó Arnaldo, con más afectuoso tono-, teniendo a la vista tu clase, las riquezas de nuestra familia y la edad tuya, creo llegado el caso de darte un esposo digno de ti y de nuestra casa; un esposo capaz de conocer el precioso bien que traslado a sus manos, de estimarlo en su valor real y de tratarlo con la consideración y delicadeza debidas a mi bella y amable hermana. Este esposo no ha sido elegido en un día. Amigo mío también desde la infancia, hermano de armas, noble, rico, bello y estimable, reúne a estas prendas aquella bondad de corazón, aquel afectuoso cariño, aquella igualdad y mansedumbre de carácter indispensables en quien aspire a tu enlace. Idolatra de las bellas calidades que en ti conoció casi desde la cuna, sintiéndose dispuesto a alimentar la esperanza de poderse un día llamar tuyo, si los empeños que te unían a Monsonís no pusieran freno a su lengua y férreo dique a las ansias de su pecho. Las distracciones de Gualterio en Asia, de que fue testigo, reanimaron su muerta confianza, y le dieron valor para dirigirse a mí implorando mi mediación para si tu electo esposo no se hacía más digno de la suerte que le estuvo destinada. Así lo acreditan los hechos. Gualterio relajado en oriente y criminal en su patria, ha incurrido en la desgracia del príncipe, y en el desprecio de los demás súbditos; su nombre, borrado de entre los caballeros, mancillada su conducta con un borrón indeleble, mal pudiera prometerse en castigo de

sus locuras la preciosa mano de una doncella, cuyas prendas la hacen digna de unirse a un soberano. En este concepto, al destinarte por esposa del joven caballero Gerardo de Roger, no temo oposición por tu parte, ni pudieras con justo título manifestarla.

El discreto lector que haya sabido por un momento convertirse en la heredera, adivinará con facilidad los varios efectos excitados en su ánimo por la estudiada arenga del hermano. Veíanse en ella hechos tan ciertos como dolorosos para el corazón de Matilde; mas, ¿podría convencerse de que Gualterio la hubiese olvidado? ¿Y tenía pruebas para estar segura de su amor? Todo lo contrario; lo sucedido desde su llegada a Europa era público; y lo de Asia había motivos para sospechar que no carecía de certeza. ¡Si el amante hubiera podido justificarse, aun cuando sólo fuera a medias, la enamorada joven, harto dispuesta a creerle, dejárase seducir por sus palabras! Mas la fatal casualidad, viniendo a interrumpir su coloquio en el más crítico momento, dejola en la incertidumbre suscitada por la última conversación con el padre Asberto.

Mientras el anterior discurso de Arnaldo, todo esto habíalo su hermana recordado no una sola vez, sin perder, no obstante, ninguna de las reflexiones adoptadas por aquel para convencerla. Su candor y la dificultad de persuadirse de la infamia y de la vileza de los demás, la hicieron creer algunos momentos que Sangumí le hablaba el lenguaje de la verdad y del amor fraternal; mas el recuerdo de la conducta observada con ella en otro tiempo, trastornaba la inclinación primera. Combatía reciamente su corazón, su memoria, su credulidad y su amor; dudaba de todo más la idea de enlazarse con otro hombre, ni por asomo la había jamás concebido: o dar la mano a Gualterio, o encerrarse para siempre en el monasterio de Santa Cecilia, era la alternativa entre la cual debía escoger, descartando con horror cualquiera término medio entre estas dos extremos. De la misma manera se lo manifestó a su hermano con la dulzura natural de su carácter, y que constituía uno de sus principales embelesos. Nada de esto esperaba ni quería Sangumí; y como quien resolviera definitivamente casar a Matilde con Roger, cuanto se apartase de este fin irritábale del mismo modo, pues su hermana no podría pronunciar los solemnes votos en el claustro antes de saber la verdadera suerte del caballero del Ciervo.

La contestación de la joven encendió su enojo; e incapaz de representar por más tiempo papel tan ajeno de su índole; convirtiose otra vez en Arnaldo, y alzándose furioso exclamó con voz terrible y exasperado acento:

-¿Hasta cuándo será que tú, mujer débil y fascinada, te opongas a mis resoluciones? Cien mil sarracenos no pudieron detenerme, ¿y piensas tú salir con victoria de una lid conmigo? Aquí mismo, en este instante has de renunciar a Gualterio y al monasterio, y prometerme dar tu mano al caballero que con sobrada razón la solicitada.

A sus gritos penetró en la estancia Roger; y su rostro y su aire petulante y atrevido acabaron de despavorir a la desgraciada joven. Quiso, no obstante, probar si le sería repugnante a Gerardo tomar una esposa que le detestaba y cuyo pecho gemía por otro enlace; y dejando a un lado las palabras de dulzura y de persuasión cuya importunidad conocía, tuvo valor para dirigirse alternativamente a los dos mozos, con estas palabras:

-Ni tú puedes disponer de mi mano a tu antojo, ni puedo yo dársela a ese caballero. Mí edad, mis circunstancias y el ningún derecho que sobre mí tienes, me dejan libre para disponer de mí según me plazca. Ese caballero, además, no puede ser mi esposo, pues yo amo al joven Monsonís; he jurado unirme con él o morir en el claustro; le di mi corazón, le amaré toda la vida, y a la sola vista de ese amigo tuyo, conozco cuánto me es imposible sentir jamás hacia él afecto alguno capaz de contentarle.

Roger permaneció inmutable a esta clara manifestación del odio que inspiraba a Matilde; y como no sabía contestarla, dejolo a cargo de Arnaldo, quien, ardiendo en ira, cogió la muñeca de su hermana, y apretándola cruelmente:

-Serás su esposa -le decía- a pesar tuyo y de todo el mundo, serás su esposa. Acércate. Roger, trae acá tu mano; estrecha la de mi hermana. Y mientras lo decía las juntaba una a otra, magullando entre los dedos de la férrea manopla aquel mórbido y tierno brazo cárdeno por la opresión, y ensangrentado al mismo tiempo.

Matilde, no pudiendo resistir el atroz tormento que sofocaba su existencia, deshecha en llanto y con voz débil y bastante a conmover al más encrudecido ánimo, exclamaba:

-Por todos los santos del cielo, hermano mío, por nuestra madre, ten piedad de esta infeliz, calma tu furor si alguna vez pudiste amarme, y suelta esta mano si no quieres verme expirar a tus plantas.

-Jamás, jamás, obstinada mujer; júrame ser esposa de Gerardo, o no te suelto aún cuando tu mano quedara separada de tu brazo.

-Pues nunca lo juraré -gritó Matilde desesperada-. Rompe mi brazo y acaba mi vida, mas no esperes triunfar de mi constancia; ceba en mí tu crueldad infame; despedázame si quieres, y al morir juraré amor eterno a Gualterio de Monsonís.

Y acabando estas palabras sucumbió a la agitación y al dolor, y cayó desfallecida sobre un taburete.

Arnaldo fuera de sí y echando fuego por los ojos arrancó la espada de la vaina, y habría atravesado sin remedio el pecho de su hermana, si Roger no contuviera su brazo.

-Detente -le dijo- si la matas no conseguimos nuestro objeto; déjala que viva, y algún día se acabará su constancia.

Herido por esa reflexión atroz aunque oportuna, volvió Arnaldo la espada a su lugar, enjugó con el vestido de Matilde las manoplas teñidas en la sangre que brotaba del magullado brazo de aquella desdichada, y salió con Roger, enviando a Elena para que la socorriera. Aquella interesante y desventurada joven, sin fuerzas ni sentidos, habíase caído al suelo desde el asiento en que primero estuvo tendida, y sufría entonces una espantosa convulsión capaz de dar fin en pocos instantes a su apesurada y delicadísima existencia. Todos los socorros eran en vano; y yacía sobre su lecho rodeada de los criados, que la adoraban, y próxima a acabar para siempre sus tormentos.

Confusione e paura insieme miste
Mi pinsero un tal si fuor della bocca,
Al quale intender fur'mestir le viste.

DANTE ALIGHIERI.

Decidido el padre Asberto a favor de la familia de Monsonís, había trabajado no poco en obsequio de Gualterio, empeñando a algunos de los señores que rodeaban al conde; y verdaderamente no perdió los pasos. En medio de sus detestables cualidades, descubríase en él cierto fondo de talento y perspicacia, estimado en mucho por todos aquellos que no habían sufrido de sus infames intrigas. Sus muchas relaciones, su destreza en insinuarse, y aun el recelo que inspiraba su carácter fueron bastantes para que dos de los cortesanos protegieran a su recomendado, y lograron aplacar el enojo del conde hasta el punto de moverle a tratar con benignidad al delincuente caballero. Contento con los resultados de su trabajo, corriera el monje a anunciar tan faustas nuevas a Monsonís cuando éste debía presentarse al soberano; mas el recibimiento del joven, irritado por haber sido emisario de Arnaldo para con Matilde, exasperole de manera que a ser posible tomara muy más ardiente empeño para que Berenguer castigase ejemplarmente al hermano de Casilda; no era ya tiempo de esto, y no más lo fue de jurar en medio de su enojo vengarse de la ingratitud del mancebo haciendo causa común con el caballero Verde. No bien esté salió de la estancia dejando a Matilde en el lastimoso estado que vimos no ha mucho, presentósele el monje a ofrecerle sus servicios, y a plañirse con él de la benignidad del conde de Barcelona. Acogióle Sangumí con la afabilidad de costumbre, y esta vez estuvo aún más expresivo por conocer cuánto podría auxiliarle en sus intentos.

-Bien lo veis, padre -le dijo el caballero-: los delitos contra la religión no son castigados con severidad, ni inspiran el horror que hasta ahora despertaban.

-Es cierto -contestó el padre Asberto-: Dios está cansado de nuestras impiedades, y yo me quejaría con vos a no recordar que los príncipes son su imagen en la tierra, y que de hemos respetar y obedecer sus mandatos sin inquirir sus causas. La indulgencia del conde tendrá sus justas razones, y yo quiero creerlo así, ya porque éste es mi deber, ya también porque es bastante conocida la justiciera rigidez de Berenguer III. De todos modos, Gualterio no puede por ahora servir de estorbo a vuestros planes; y os ha de sobrar tiempo de llevarlos a cabo antes que lo tenga Monsonís de poner fin a la empresa a do concurre.

-Ésta es mi confianza -continuó Arnaldo-; y para cumplirla siempre he contado con vuestros auxilios.

Enseguida le explicó lo acaecido con Matilde, su resolución de enlazarla con Gerardo de Roger, y los medios discurridos para lograrlo. Con espacio y madurez estuvo reflexionando el monje todo cuanto le dijera el Verde, y después de varias preguntas que hizo, y de no pocas dudas que propuso,

acabó por aprobar los intentos del caballero.

-Sí, sí -continuó en tono de seguridad-, es indispensable llevarlo todo a cabo; cácese Matilde con ese señor Roger, y Gualterio pierda absolutamente la esperanza de burlar nuestras bien combinadas intrigas, si como decís Gerardo es capaz de plegarse a las circunstancias, admitiendo por esposa a vuestra hermana, aun cuando ella le aborrezca.

-Su amor le es indiferente -satisfizo Sangumí-: Roger sólo tiene ambición de riquezas, y yo le he prometido satisfacerla y cumpliré mi palabra en el momento en que pueda llamarse hermano mío.

-De este modo la cosa es hecha -repuso el monje-: Matilde se ha mostrado inflexible en vuestro primer ataque, titubeará en el segundo, y no sabrá resistir al tercero, como os conduzcáis con ella más dulcemente. Su carácter es firme, orgulloso, y está, además, muy prevenida contra vos; las persuasiones conseguirán reducirla, no las amenazas y los tratamientos duros. Es indispensable no que la arredréis, sino que la convenzáis; hacedla creer la infidelidad de su querido, persuadidla de que el objeto de su enlace con Roger es vengarla de su desleal amante; y entonces, no lo dudéis, se vendrá a nuestro partido.

-De ningún modo -replicó Sangumí-: lo que puedo obtener a la fuerza no quiero deberlo a los ruegos: se doblará a mi voluntad, lograré amedrentarla de modo que sólo pueda escoger entre la muerte o el obediencia a mis mandatos.

Postrada yacía la heredera del castillo habiendo logrado volver en sí después de muchas horas de convulsión y de enajenamiento, para recordar la fatal escena con su hermano. Rendida al dolor y al cansancio, creyérasela exánime en el lecho si los interrumpidos suspiros, único desahogo de su corazón, no revelaran que aún no había perecido. Arnaldo se presentó en su morada: a pesar de no conocerle la joven, merced a la debilidad de su vista, la firmeza y ruido de sus pasos no la dejaron dudar que no más el infame hermano era capaz de respetar tan poco sus dolencias.

-Si vienes -le dijo cuando estuvo ya inmediato al lecho- a presenciar los últimos padecimientos de mi alma, siéntate, calla y déjame al menos expirar tranquilamente.

-Tú has querido -contestó el caballero- que yo fuese cruel contigo, no me crees, esperas todavía a Gualterio; detestas el esposo elegido por mí, por ser yo quien te lo presenta, y sólo muriendo puedes librarte de hacer mi voluntad. Elige entre estos dos extremos; pero sábette que aun en el lecho do estás postrada puedo vengar el enojo de mi alma; mientras existes eres todavía una víctima que me es dado sacrificar para calmarme.

-Déjame, pues, morir -dijo Matilde, llorando-. ¿No ves mis lágrimas, mis dolores, el infeliz estado en que me has puesto? ¿Y qué más quieres ya de tu hermana?

-Yo no deseo tu muerte -le interrumpió Sangumí-; no, no la deseo. Al contrario, con el oro comprara tu vida, si posible fuera; mas quiero, y lo quiero absolutamente, que me jures renunciar a Monsonís, y unirme al esposo a quien prometí tu mano: esto sólo exijo, y si pronuncias una palabra para manifestarte obstinada, tiembla, Matilde; aún vives, aún puedo atormentar tu existencia.

-¡Dios mío! -exclamó la virgen- Aceptad este doloroso sacrificio: te lo juro -continuó, dirigiéndose a su hermano y como murmurando confusamente

las palabras que profería-. Si no muero en este lecho, seré la esposa del hombre a quien has resuelto entregarme.

Y el interior combate de aquel instante la redujo otra vez a un absoluto estado de insensibilidad, que se cambió bien presto en un acceso de delirio, y en convulsión tan terrible cual la primera.

Logrose calmar sus dolores, y volverle la sensibilidad; mas los remedios y los consuelos de la anciana Elena, y sobre todo la esperanza siempre alimentada en su pecho de poder quizá un día conjurar la horrible tempestad que le amenazaba, mejoraron en parte su salud y sosegaron no poco sus quebrantos.

Arnaldo, contento con haberle arrancado su promesa, y cierto de que, según las medidas tomadas, no podría recibir Matilde noticia alguna de Gualterio, lejos de ser exigente y precipitado, esperaba con extraña tranquilidad el restablecimiento de su hermana.

Discurría esta desdichada por el castillo cual sombra errante y de siniestro agüero, sin hablar palabra, sin proferir una queja, y con indiferencia tal que al parecer rayaba en demencia; pero nada de esto había. Sus potencias estaban fatigadas; participaron de la suma languidez de su cuerpo, y Matilde sólo gozaba la mitad de la existencia correspondiente a su edad y a su temperamento.

Sin exigir Arnaldo, ni verificarse la esperanza de su hermana, pasáronse algunos días, hasta amanecer aquél en que la infeliz se creyera renacida para la dicha. El pajecillo Rogerio la advirtió que un mendigo se obstinaba de todos modos en hablarla; y Matilde, a cuya generosidad acudían incesantemente los desgraciados; no puso reparo en escuchar la solicitud del pordiosero. Elena estaba en su compañía cuando presentándose el pobre diose a conocer por Ernesto de Otranto. Habíalo visto Matilde cuando estuvo en el castillo de Monsonís, y al mirarle ahora tembló todo su cuerpo, y se agitó vivamente su alma temiendo lo que podría ser aquel mensaje. Pocas palabras del escudero diéronle a conocer todas las falsedades e infamias de su hermano, y le hicieron columbrar la luz de una aurora venturosa para ella.

Enterola Ernesto de la actual situación del caballero, de cómo le había dejado dos días antes en Acrimons, en donde se hallaba el cuartel general del conde de Barcelona y del conde Pedro Ansúrez; para desde allí dirigirse a Balaguer con las tropas que en Camarasa, Collfret, Corbins y Linyola esperaban el instante de acudir a sujetar a los rebeldes moros de la comarca; ponderó la ejemplar conducta de Gualterio en Asia, las amistosas promesas hechas por Berenguer III de intervenir en sus negocios con la heredera y la firme resolución de Monsonís de valerse de su poderosa influencia cuando, restaurada Balaguer, pudiera con justo título reclamar la protección del venerable magnate.

Íbase reanimando el desfallecido rostro de Matilde mientras oía tales nuevas; su atosigado pecho respiraba con vigor nuevo; brillaba en su alma la esperanza, y su existencia toda sentía el fuerte influjo de tan consoladoras palabras.

-Vuelvo finalmente a existir -exclamó con entusiasmo-. Gualterio me ama, el conde de Barcelona me protege, y no será en vano que me haya tendido su mano amiga para librarme de la crueldad de quien debiera ser mi protector primero. Pero, ¡ah! -siguió después de un instante de silencio-, la

resolución de Gualterio y la bienhechora justicia de Berenguer podrían llegar harto tarde. En mi situación actual no me es posible predecir cuál será mi suerte; tu embajada, oh buen escudero, conmueve demasiado mi alma para no traslucírseme en el rostro el contento de que está llena; y Arnaldo, atribuyendo esta propicia mudanza a mejoría de mi salud quebrantada, acelerará el enlace con Roger; y yo, incapaz de resistir a su violencia y de faltar a mi juramento, cederé sin remedio, y los esfuerzos de tu amo no podrán en modo alguno arrancarme a la desdicha.

-Nada temáis, señora -razonó el de Otranto al saber por menor cuanto pasaba-. Nada temáis; yo vuelo al campo de los cristianos, y apenas oiga el conde vuestra situación terrible no le ha de negar al caballero del Ciervo el permiso de correr a salvaros.

-¡Pueda el cielo dirigir tus pasos y los suyos -exclamó la noble heredera-; y quiera, finalmente, alejar de mi cabeza la horrorosa tormenta de que está amagada! Vuela, compasivo joven; cuéntale a tu señor mis desdichas; dile el amor mío; mas si te pregunta de Matilde, no se la pintes cual la estás viendo, desfallecida, exánime, moribunda y como sombra errante y desdichada. Este retrato le desconsolaría; descríbela cual él la desea, no como una joven robusta y alegre; mas sí dispuesta a gozar de las dichas todas, o a morir sin quejarse en caso de tenerla el cielo destinada para sucumbir a los pesares.

Al mirar a Matilde mientras tales palabras profería, juzgárasela una visión celeste descendida acá abajo para ablandar la dureza de los hombres. Su tez mórbida y cubierta del irresistible encanto de una palidez seductora, hiciera temer que en aquel instante iba a abandonar la tierra, si la ardiente expresión de sus divinos ojos, y los agitados movimientos con que al razonar expresaba la fuerza de sus palabras, no demostrasen que dentro de aquel frágil cuerpo latía un corazón lleno de fuego, y moraba un alma enérgica y dispuesta a delirar con la fiebre de las pasiones. El joven escudero Ernesto se sintió como inspirado por un destello de sobrenatural influencia, e irguiendo su graciosa cabeza.

-Si yo no perezco -exclamó con prontitud y fuego- antes de llegar a donde mi señor aguarda, tantos males tendrán remedio, y serán vengados los padeceres que lograron marchitar vuestra hermosura celestial.

Y sin atender a lo que Matilde pudiera decirle, salió apresuradamente del castillo, para volver al sitio do el del Ciervo le esperaba.

La doncella de Sangumí no se había equivocado. Cual después de deshecha borrasca aparece más brillante y sereno el azul de los cielos, así la súbita alegría reanimó sus marchitas facciones; y a la mañana siguiente Arnaldo creyó menguados sus quebrantos y venido el tiempo de verificar el enlace con el guerrero que lo había solicitado. Una oposición abierta bastaba en tales momentos a trastornar el plan de Matilde. Por tanto, a las vivas instancias de su hermano alegó sólo plausibles razones capaces de dilatar algunos días la decisión de su suerte. Tan débiles motivos fueran insuficientes a recabar la condescendencia del inexorable Arnaldo, si, resuelto a no dar un paso sin el beneplácito del monje, no consultara con éste lo hacedero. Harto crítica era de suyo la posición de la joven, y sobrado conocía el religioso cuánto importaba no exasperarla, para dejar de conocer la oportunidad de una razonable diferencia: el rigor, la fuerza y la intempestiva prisa podrían irritar de nuevo a la doncella, dando al

través con toda la obra cuando ya sólo le faltaba la última mano. Tales fueron las relaciones con que hizo venir al caballero Verde en conocimiento de sus verdaderos intereses, y logró refrenar su extemporánea impaciencia.

El golpe que iba a darse era decisivo, llamaba sobre cuantos tuvieran intervención en él la misma ira de Gualterio, y aún podía temerse la del conde Berenguer, según la protección que al mozo dispensaba. Las riquezas y el poder de la familia de Monsonís excedían, en gran cuantía, a las de Sangumí; y bien notorio le era al padre Asberto que saliendo con bien el del Ciervo de la conquista de Balaguer, todo el valor y prepotencia del Verde no bastaran a ponerle a cubierto del tremendo enojo de su contrario. Barajado ya en los negocios de entrambas familias; decidido unas veces a proteger exclusivamente a la una, y resuelto poco después a identificarse con los intereses y miras de la otra, bien se le alcanzaba cuantas desazones y quebrantos pudiera temer de su veleidad indiscreta. Nunca, sin embargo, mirara las cosas tan en su verdadera faz como el presente, en que uniendo por su mano a la heredera de Sangumí con Gerardo de Roger, oponía invencible obstáculo a la futura dicha de Gualterio. Incierto de si aún pudiera serle útil separarse otra vez de Arnaldo, lejos de resolver definitivamente, contentose con aconsejar la suspensión del curso de los negocios, por si acaso durante ellos variaba su aspecto algún nuevo acontecimiento.

Roger, aunque fuese el más interesado, se mantenía pasivo espectador de tantas intrigas, sin atizar al hermano, ni exigir para con éste la intervención del padre Asberto. Sin amor, sin ningún afecto tierno que hostigara su pecho, la posesión de Matilde no era el ansia primera de su alma; y viéndola contrastada por tantos inconvenientes, acrecíase su incertidumbre, degenerando en helada indiferencia. Movido sólo por el interés de las riquezas, fiábase en esta parte de las promesas del Verde, y en la palabra arrancada a la virgen, esperando con tranquilidad el curso ordinario de las cosas, sin amoscarse con nadie, ni manifestarse impaciente.

Después de varias conferencias y debates fijó irrevocablemente Sangumí el enlace de la heredera para seis días después del en que habló con la joven el de Otranto. Tal determinación acreció el dolor de aquella desventurada, a quien eran notorias las dificultades con que tropezaría Gualterio para llegar al castillo a tiempo de oponer insuperable resistencia a su sacrificio.

En medio de tantos y tan raros sucesos como habían venido sobre las dos vecinas familias, la prometida esposa del cruzado era sin duda la que más sufría por todos ellos. Aun cuando la buena y tierna Casilda ignorase a punto fijo los padeceres y la crítica situación de su amiga, y no llegaran a su noticia los confusos rumores esparcidos por la vecina aldea, hiciérala concebir siniestras sospechas lo que acababa de sucederle. La solícita y cariñosa joven presentose tres distintos días en el castillo de Sangumí para averiguar la certeza de las fatales hablillas, y otras tantas le fue cerrada la puerta de una casa que en mejores días reputara como suya.

Sus dos primeras tentativas se habían verificado sin previo conocimiento de Romualdo; pero la segunda repulsa hirió su natural orgullo, y quiso

desahogarse dando cuenta de las dos a su padre. Sencillo fuera para el anciano caballero traslucir en semejante conducta las órdenes de Sangumí que preveyera la solicitud de Casilda; mas, no obstante, quiso probar si su autoridad y carácter serían en tales circunstancias respetados. Mandó a su hija que, acompañada de brillante séquito, se presentase por tercera vez en la casa de su amiga, anunciándose como enviada de su padre. Este recurso no surtió los efectos que Romualdo esperaba, pues la joven fue despedida esta vez como las anteriores, y si cabe con menos miramiento. Irritóle al anciano este proceder descomedido, y pensó fiar la venganza de tal ultraje al valor del paladín ausente. A éste había dado cuenta su hermana de lo que se hablaba en orden a los sucesos de la familia de Sangumí, y de la ofensa por ella y por su padre recibida del caballero Verde indicándole cuánto le convenía alcanzar licencia del conde para venir a deslindar por sí mismo tan enmarañados sucesos. Tal era el estado de las personas halladas entonces en los castillos de Sangumí y de Monsonís; mientras Gualterio; distante de ellos y lejos de sospechar lo que pasaba; atendía sólo a acreditar con las armas la reputación adquirida en Palestina.

Vuela en el aire la cortada malla;
y de sangre caliente y espumosa
tantos arroyos en el foso entraban
que los cuerpos en ella ya nadaban.

ERCILLA.

En las llanuras cercanas a la villa de Acrimons, hoy Agramunt, a orillas del riachuelo conocido con el nombre de Ribera de Sió, camparon a los tres días de su salida de Barcelona todos los guerreros que, en compañía del conde y ya de antes, partieron a la expedición de Balaguer. El ejército de Pedro Ansúrez, compuesto en la mayor parte de fieles vasallos de su nieto, aguardaba en aquel punto desde la anterior noche la llegada del prometido refuerzo, con harto temor de ser atacado por los moros antes que con él lograra reunirse Berenguer III. La poca actividad había ciertamente dado a la rebelión formidable e imponente aspecto: considerables socorros venidos de la otra parte del Ebro aumentaron en gran manera el poder de los sublevados moros; quienes no ya metidos en la ciudad, sino derramados por los pueblos y territorios comarcanos, amenazaban a los catalanes con una guerra más cruenta de lo que al principio se temiera. Acrecía su arrogancia, y hacíales esperar propicios resultados de un alzamiento el carácter intrépido y guerrero de Abil-Zara.

La caprichosa suerte hizo nacer a este joven de padres mercaderes, cuyas riquezas permitían al hijo representar el papel de caballero, en vez del de hombre humilde, según era propio de la extracción a que pertenecía.

Merced a la holganza y a la libertad absoluta en que creciera, desplegaron sin restricción alguna las belicosas inclinaciones de su ánimo; y a la edad de dieciocho años reputábasele ya por un guerrero. Acreditó en parte este dictado en la conquista de Balaguer por el conde Armengol de Urgel, a fines del siglo XI, pues si bien hubo de sucumbir su partido a las fuerzas del magnate cristiano, no fue sin adquirir Abil-Zara brillante gloria, y dejar indeleble recuerdo entre los de su secta. Perdonóle el conquistador la vida, y le cedió generoso sus riquezas; mas este proceder magnánimo, lejos de atraer a su bando al indómito mozo, le hizo creerse humillado y jurar que tornaría a su vez satisfactoria venganza. La autoridad del padre pudo enfrenar los deseos de su corazón irascible; mas acaecida apenas su muerte, juzgó Abil que era llegado el día de arrancar la cadena al sujeto pueblo, y cumplir su juramento. Sólo una cabeza necesitaban los inquietos musulmanes, en cuyo pecho ardía el deseo de la libertad; y reputaron a Zara digno de aquel puesto. Seguro el joven de que nadie era capaz de contrastarle la primacía, sin conectar de antemano plan alguno ni procurarse secuaces, se presentó en la plaza de Balaguer el día 2 de enero de 1106, cubierto con las mismas armas con que defendiera la ciudad algunos años antes; y dio el grito de rebelión contra su señor natural, el joven conde de Urgel. Numeroso tropel de infieles circuyó al instante al osado caudillo, retumbó por la ciudad el grito sedicioso, empuñáronse las armas con sagaz diligencia escondidas, y aquel acto fue la señal de una guerra abierta que hiciera derramar abundosa sangre.

Por un proceder bien ajeno de su verdadero carácter, Abil permitió salir ileso de la ciudad y de su comarca al gobernador cristiano que en nombre del conde y con misión de Pedro Ansúrez regía sus estados; pues el moro, a quien no faltaba sagacidad y previsión, quería dar a su alzamiento el carácter de una guerra justa, y hecha con cuanta nobleza pudiera un soberano. Cundiera el grito de alarma por los ángulos del condado; y si bien no respondieron a él todos los pueblos, bastó no obstante para amilanar a los cristianos, y disponer a sus contrarios a tomar las armas en la primera ocasión favorable:

El puñal de la venganza brillaba día y noche en las inquietas manos de Zara y de los suyos; y de él fueron víctimas todos los catalanes que en la ciudad habían favorecido los intereses del conde; así estaba aún distante el fin de enero, cuando apenas le quedaba enemigo alguno dentro de las murallas. La infatigable constancia del joven Abil y su acreditada actividad superaban todos los obstáculos, y vencían la natural indolencia de sus prosélitos. Fortificada Balaguer y esparcidas fuera de ella tropas bastantes a resistir el violento ataque que de los cristianos esperaba, discurría en su mente los demás recursos necesarios a su arriesgada empresa. Mientras los soldados de Berenguer iban entrando por el condado de Urgel, les traía la voz pública nuevas cada vez más alarmantes; y al llegar al campamento de Acrimons la prevención y el miedo habían dado tal bulto a la facción moruna, que el mismo conde temió no quedar sobrado airoso en el empeño.

El jefe de la morisma, a cuyos manejos se debían en gran parte los fatales rumores que a los cristianos les llegaban, quiso acreditar su certeza en cuanto se presentara el ejército de los condes. Bien convencido de cuán

principal circunstancia es para un guerrero ser activo, y de que el tomar la ofensiva da claro indicio de valor y prepotencia, salió de Balaguer a la cabeza de dos mil moros, con ánimo de atacar el campamento de los contrarios. Aún no se habían distribuido éstos por las tierras de la Ribera de Sió, en donde pensaron aguardar la siguiente mañana para introducirse en Acrimons, cuando el intrépido Abil aguardaba en la villa que la luz se disipara, a fin de ensayar su tentativa primera. La serenidad de la próxima noche no satisfizo los deseos del caudillo a quien infundió grave recelo la llegada de Berenguer, enemigo por entonces no esperado; mas resuelto ya a pugnar con los cristianos, él solo hubiera penetrado en el campamento, ufano de vender su vida a costa de la muerte de algunos contrarios. Declinara el sol hacia el ocaso enrojando las blanquecinas nubes del horizonte, cuyo equívoco color se reflejaba en las azoteas de las casas y en la cumbre de la loma, cuando el adalid de la libertad se presentó en la plaza, y exhortó a los suyos con breves razones.

-Amigos -les dijo-: la esclavitud ató los pies, las manos y los cuellos de nuestros padres: la maldita raza de los cristianos creyó atar así bien los nuestros; pero mal me conocía, y mal os conocía a vosotros. Hartas revoluciones dio la luna sobre nuestras cabezas viéndonos llevar el nombre de esclavos. Alá ha tocado los pechos de los verdaderos creyentes, ha encendido en ellos el fuego de la libertad, y no brillarán en vano los puñales en las diestras de los fieles. Yo el primero alcé el grito en pro de nuestras libertades; yo el primero empuñé las armas; y también seré yo el primero que penetre entre las filas de los opresores: o moriré en ellas, o viviré libre cual había nacido. Quien quiera pisar otra vez con seguridad la tierra dominada por nuestros padres y desde donde vimos nosotros la estrella primera, sígame cuando se haya anunciado la última oración de este día en la puerta que conduce a las cristianas tiendas, allí encontrará a Zara resuelto a conducirlo a la gloria o a la muerte. La rápida mirada del entusiasta moro recorrió en un punto todos los ángulos de la plaza, indicando el fuego de su alma y la destreza con que trataba de escudriñar la disposición de los suyos. Un grito universal hubiera sido la respuesta a su discurso, si previéndolo el sagaz joven no lo contuviera con llamar al silencio en imperioso tono.

-No es éste -dijo- el tiempo de las aclamaciones; podréis vitorearme cuando, a la madrugada, me veáis entrar montado en el caballo de Pedro Ansúrez, y llevando en la mano la sangrienta y lívida cabeza del conde de Barcelona.

A la hora concertada, armados los moros y encendidos en coraje, volaron al punto en que los esperaba Abil en la disposición misma con que se presentó en la plaza. Abrióse la puerta, y todos a una se precipitaron hacia los márgenes del Sió, con la furia con que desciende al valle desde la cumbre el desprendido peñasco. Si las tropas del conde de Barcelona no llegaran por suerte aquel mismo día, era poco el ejército de Ansúrez a resistir el ímpetu de la arrebatada morisca; mas harto oportunamente juzgó su capitán que el refuerzo de Berenguer podía inutilizar el proyecto. Cien catalanes fueron víctimas de los infieles antes de llegar el grito de alarma al campamento de Vilamala; pero doscientos moros pagaron a manos del escuadrón de éste la intempestiva osadía que allí los condujera.

Acostumbrados algunos de los aventureros a pelear en Asia contra las numerosas tropas del soldán de Rum, del bárbaro Kergobá y del emir de Jerusalén, por liviana empresa reputaron desbaratar al inexperto Abil. No conocía éste a sus enemigos; y malogrado su valor y coraje, avergonzado y vencido, se refugió otra vez en Agramunt, cuando apenas hacía dos horas que amenazaba desde su plaza a la cristiandad entera.

Hasta la puerta le siguieron cincuenta aventureros, y, por consejo de Monsonís, la derribaron entonces mismo, y hubieran penetrado en la ciudad si las órdenes del prudente conde no les hiciera desistir de su temeraria empresa; y no bastó la orden primera (pues bien se le alcanzaba a Gualterio, que tanto menos tiempo esperaba separado de su amada, cuanto más breve fuera la guerra), sino que hubo necesidad de repetirla en término de no ser posible la resistencia.

Las murallas de la ciudad de Balaguer eran, en concepto de Abil, su único seguro: así dando nuevo aliento a los moros, abandonó en la misma noche a Agramunt, para recorrer todos los pueblos sublevados, atizando el fuego de la rebelión y prometiendo en todas partes éxito venturoso. Dos días enteros anduvo de uno a otro extremo de sus precarios dominios, y reuniendo gran copia de hombres, armas y provisiones, encerrose con todo en la capital, desde cuyas torres esperaba triunfar de los cristianos guerreros. Prodigó sus riquezas, hizo comunes depósitos de comestibles, nivelando a los ricos con los indigentes; y él mismo daba el más severo ejemplo de una perfecta igualdad en los trabajos y dispendios. Puesto a la cabeza de la revolución, y calculando por lo mismo proscrita su cabeza, era el primer interesado en sostener las pretensiones de los moros; y bien conocía que sólo con el valor era dable mantener en el pecho de los suyos el inspirado entusiasmo. Recorría su memoria; estudiaba con atención los rostros de todos los partidarios; escudriñaba diestramente sus ánimos, e inquiría noticias de sus hechos para hallar entre tantos, dos solos, dignos de disputarle con las armas en la mano la estimada primacía.

El objeto de semejante diligencia no era otro que ofrecer a los cristianos un combate singular entre tres caballeros de cada bando, fiando a su resultado la futura suerte de los moros. Contábase él como uno de los lidiadores; y finalmente, después de investigaciones exquisitas, pudo escoger dos compañeros, a quienes creyó capaces de salir al palenque sin mengua de la media luna. Y no se atuvo a este partido porque se amoldase a su carácter ni a sus deseos, sino porque, sabido la llegada del conde de Barcelona, parecióle tan desesperada su empresa, como segura la reputara al tomarla a su cargo, en la creencia de tener a Ansúrez por su único enemigo.

Sabedor, por otra parte, de cuanto la generosidad y la nobleza podían alcanzar de Berenguer, mientras era inexorable con la infamia y la perfidia, quiso, a su vez, afectar aquellas virtudes, con el fin de conseguir honrosa composición, o perecer dejando en pos de sí fama más ilustre.

Abil-Abuk y Selí-Aken fueron los dos guerreros elegidos para combatir a su lado contra los tres cristianos que Berenguer escogiera. A la verdad, la nombradía de valor con que se señalaba a los mozos reconocía un origen poco satisfactorio. Algunas muertes perpetradas en el calor de disputas, entre las rabias de los celos o en traidoras venganzas, habían inspirado

hacia ellos aquel temeroso respeto, común en el vulgo hacia los malvados que afectando desprecio por las leyes y por los hombres, tiemblan la infatigable persecución de aquéllas, y el bien entendido valor de éstos. Pesábale no poco verse precisado a echar mano de tales compañeros; pero no era dable trocarlos con otros más dignos, porque no los había. Enteroles del proyecto; y satisfecho en parte de su decisión y ofrecimientos, sólo esperaba la llegada del enemigo para ponerles en estado de acreditar con las obras la empeñada palabra. El carácter activo del conde y de los suyos no dio lugar de impacientarse al revoltoso caudillo, pues a los dos días de haber acampado los cristianos en las llanuras de Agramunt, partieron hacia Balaguer, sin que los enemigos turbaran su rápida marcha.

A la mitad de ella, cerca del pueblo de Mongay, do creían pasar la noche, presentose a Gualterio uno de los hombres armados que para su defensa tenía Romualdo en Monsonís, entregándole la carta en la cual Casilda le refería lo sucedido en el castillo de Sangumí desde su salida para Barcelona. La relación de la doncella no era bastante para dar al caballero una verdadera idea del peligro que rodeaba a su amada; mas sí para que auguras e desagradables contratiempos. Privado entonces de separarse del ejército para volar al auxilio de Matilde, nada le pareció tan oportuno como enviar a Sangumí al joven Ernesto de Otranto, por cuyo medio adquirirla circunstanciadas nuevas de lo que allí pasaba. Ya hemos visto el sagaz proceder del escudero, y sabemos los acontecimientos que iba a referirle a su amo cuando se apartó de Matilde.

Mientras el joven emisario se dirigía a desempeñar la comisión de Gualterio, siguió éste con los catalanes su comenzada marcha para Balaguer, a cuyas inmediaciones se iban reconcentrando las tropas de ambos condes para abatir de un solo golpe el orgullo de las facciones.

Temeroso Zara de que la actividad de los coligados cristianos no le dejaría poner en ejecución su proyecto, a los tres días de haberse acampado aquellos bajo los muros de la ciudad, envió a Selí-Akem, proponiendo el desafío con tres guerreros cristianos, bajo las condiciones de antemano calculadas. La absoluta libertad de los moros y la franca posesión del territorio que en el condado ocupaban, debían ser el premio de la victoria; y la vuelta al vasallaje anterior a la revolución, el castigo del vencimiento.

La sorpresa causada por semejante propuesta en Berenguer y en los suyos, mientras les hizo concebir del mozo Abil más ventajosa idea de la que hasta entonces tenían, exasperó el ánimo de los soldados, poco dispuestos a perdonar a un revoltoso tan desusado alarde. Hemos de confesar, sin embargo, que Monsonís de buena gana diera por ello gracias al moro, pues no podía presentarse medio de acabar la guerra con más presteza. Esperó, desde luego, ser uno de los combatientes; y aun pensaba elegir a los dos camaradas, que ya se dejaba entender los buscaría entre los cruzados vueltos con él de Palestina.

Más prudentes y previsores los dos condes, no estaban tan preparados a acceder a los deseos de los mozos sus guerreros, porque bien calculaban cuán arriesgado era fiar a la suerte de un momento la decisión de cosa tan importante. Los pareceres expuestos en el consejo celebrado con este motivo, discreparon más de lo que convenía al feliz éxito de la empresa; y trajeron acaso animosidades funestas, a no saber el anciano Vilamala

calmar con madura destreza a los exasperados mancebos, exponiendo así bien a la vista de los capitanes cuán absoluta confianza podía tenerse en el valor de los cristianos, y cuán eterna mengua resultaría a su partido de no admitir el ofrecimiento de Zara.

Gualterio, avergonzado de su actual posición, no osaba levantar la voz por respeto al conde; y sentía abrasársele la sangre y arder su pecho en vivas ansias de presentarse en mitad de la tienda del consejo a echar en cara al príncipe de los catalanes la poca importancia que a su valor le daba. Este cargo, no obstante, fuera bien injusto, pues Berenguer conocía todo el mérito de sus guerreros; constábale que se hallaban en el ejército algunas lanzas cuyo ímpetu era irresistible; mas no era imposible encontrar entre los moros tres hombres capaces de habérselas con sus tres mejores paladines. Los cruzados podían, sin duda, disputar la primicia a cuantos campaban en las llanuras de Balaguer, y a cuantos moros en esta ciudad había; mas su valor no se desplegó en Barcelona, y el poder de sus armas sólo por relaciones se estimaba.

Creíanse ellos injuriados con que el soberano no prometiera más de su pujanza, de modo que el venerable conde vacilaba con motivo, mientras ellos lo tenían para quejarse de su desconfianza. El prudente Vilamala expuso las razones en pro de una y otra parte; y convencido el magnate, asintió finalmente a la propuesta.

Mucho más se enardecieron los ánimos al tratarse de elegir a los tres campeones. Atropelladamente, alegaron los cruzados los títulos con que aspiraban a la primacía; y con no menos calor expusieron las suyas los guerreros, cuyas armas; arrojando a los moros del campo de Tarragona, libraron gran parte de la alta Cataluña. Esta segunda e intempestiva riza irritó al soberano, quien alzóse del asiento para imponer silencio, demostrando en la voz y en el ceño el desagrado que tales demasías le causaban. Manifestó que era suyo exclusivamente el derecho de escoger a los tres sostenedores de la catalana honra; y pronunció enseguida los nombres de Vilamala el joven, de Ambrosio de Canet, y de Bernardo de Ribelles, entre los cuales los dos primeros llegaron pocos días antes de Asia. Al verse Gualterio postergado hizo un ademán tan violento, y dieron tan recio crujido sus armas, que hubo de llamar la atención del conde hasta el punto de volver hacia él los ojos, y decirle:

-Las empresas de la importancia de ésta deben confiarse a hombres que empuñan las armas espontáneamente, no por castigo.

-Tenéis razón -contestó el del Ciervo-; sólo debo lidiar como simple soldado.

Y al proferir estas palabras, el recuerdo de su actual situación y la idea de no serle posible volar al socorro de Matilde, arrancaron de sus ojos una lágrima de ira que ocultó bajo la visera, saliéndose de la tienda lleno de coraje y de vergüenza.

Ni lugar tuvo de hacer discursos, pues llegado apenas al campamento recibió orden de presentarse al conde, a la cual fue preciso obedecer a pesar de su corazón.

Procuraba calmarse durante el camino, pues harto dispuesto se conocía a contestar al magnate en términos poco respetuosos.

-¿Qué me querrá, discurría, después de haberme llenado de oprobio delante de mis compañeros? Si juzga tranquilizar mi espíritu con ofrecimientos y

promesas, mal conoce mi carácter y peor todavía cuán poco estimo la indulgencia que conmigo ha usado no encerrándose en un castillo en vez de hacerme venir acá para ser objeto de irrisión en el ejército. En su mismo palacio le desafíe por una descortesía, y si hoy vuelve a insultarme no será extraño que a uno de los dos o quizá a entrambos nos cueste la vida este razonamiento.

Y con tales relaciones iba acercándose a la presencia del soberano.

-Siéntate -le dijo don Ramón, que le aguardaba solo en la tienda-: en el consejo te hablé como príncipe, y acá te llamo para consultarte como amigo. Si la reconvencción que ha poco te dirigió el conde de Barcelona delante de los magnates y caballeros pudo irritarte contra él, allá lo ventilareis los dos en un tiempo más oportuno; ahora te habla Ramón Berenguer, y no es ésta, bien lo sabes, la vez primera que nos dirigimos mutuamente la palabra a guisa de simples caballeros.

A la verdad, no atinaba el mozo adónde podía encaminarse este agradable exordio; por lo mismo, sosegando algún tanto su espíritu, se mantuvo silencioso.

-Por ahora -le dijo el conde- no hay tragedia alguna entre los moros y nosotros, y hasta la vuelta a Balaguer del emisario Selí-Akem, con nuestra respuesta, no veo razón alguna para suspender las hostilidades. Estoy casi seguro de que nuestros enemigos han olvidado algunas de las precauciones indispensables para su seguridad, pues creyéndonos exclusivamente ocupados en su desafío, poco recelarán en este instante de nuestras armas.

Selí-Akem debe permanecer en el campamento hasta mañana, y quisiera yo tener esta noche la suerte de un asalto, a estar cierto de que en nuestro campo hubiera un soldado capaz de comprometerse a clavar nuestra bandera en los muros de Balaguer.

-Ése soy yo -exclamó Gualterio.

-Si tal hicieres -atajole repentinamente el conde-, tú serás libre, desde mañana, de ir con un escuadrón de mis guerreros al castillo de Sangumí, de arrancar a Matilde del poder de su hermano, de traerla a mi lado, y de unirte con ella bajo el amparo de mi autoridad suprema.

-Pues yo os juro, venerable conde, si como tal me habéis hablado -contestó el mancebo- que el pendón de los catalanes tremolará esta noche en la muralla, y que antes de cumplirse el quinto día será Matilde mi esposa, si no muero en el lance, o alguna herida no me deja inútil para llenar mi empeño.

-Recibo tu juramento -repuso el magnate-: tú tienes ya mi palabra, y doite, además, mi mano en señal de amistad y benevolencia.

Besósele con respeto el caballero, y aun pidióle perdón del enojo manifestado cuando no oyó su nombre entre los combatientes.

-Para cosa más arriesgada te guardaba -dijo el soberano-; y si tú consigues llevarla a efecto, no tendrá ya lugar el desafío de los moros, ni tus compañeros reportarán la gloria de que te creíste defraudado; cercana está la noche y es tiempo de prepararte a la empresa.

Dióle enseguida las instrucciones necesarias; y salió Monsonís, rebotando de alegría y con pensamientos bien distintos de los que poco antes le atormentaban.

Tratábase de un negocio de grave riesgo; Ismael debía acompañar a su amo, y aunque Gerardo no se quedase en el campamento, al mahometano tocaba

seguir de más cerca las pisadas del cruzado. A otro de su secta no hubiera sido fácil llevarle a hacer la guerra a los moros; mas el paje no conocía otros amigos ni hermanos que a Gualterio de Monsonís. Vendido absolutamente a éste, sentíase siempre dispuesto a abrazar su partido, y a quitar la vida a quien sostuviera el contrario.

-¡Ismael! -le dijo al entrar en la tienda- Corro, con un corto número de los nuestros, a escalar los muros de Balaguer; y tú has de venir el primero tras de mí, así quienquiera que se oponga a mi objeto, ha de ser nuestra víctima. Si te conoces con valor para seguirme y cortar la cabeza, si es preciso, a cuantos moros se presenten, empuña una espada, y prepara mis armas.

-Los enemigos de mi señor lo son míos -contestó el agareno-, y sólo quisiera rogarle me dispensara llevar otra arma que el puñal; cuanto más de cerca se da el golpe, tanto más seguro es el acierto. La armadura de mi señor está dispuesta, y en cuanto a caballo, no lo juzgo necesario.

-Discurres bien -observó el del Ciervo-; el feliz éxito de esta expedición depende en gran parte del silencio, y el relinchar de un potro bastara a malograrlo. Calla, pues, y vendrás cuando te lo mande.

Dobló el joven su cuerpo, y sentado a la puerta de la tienda, esperaba con admirable tranquilidad el momento del peligro. Concebía cuán osado era el objeto de su amo, y cuán fácilmente podía costar la vida a todos sus compañeros; mas, por su lado, esperaba tener las manos muy listas, y dar cuenta de algunos moros como llegara sólo a asomarse a la muralla.

Reconoció con calma el puñal pendiente de su cinto; y satisfecho del estado en que lo tenía, envainolo sin apretarlo mucho, y gozando ya con la esperanza de verlo chorreando humeante sangre.

Todo el ejército estaba sobre las armas sin atinar nadie la causa de semejante medida. Los principales jefes, reunidos en la tienda de Berenguer por orden de éste nada sabían por donde pudiera traslucirse el golpe decidido. Con conversaciones indiferentes entretúvolos el conde muy largo espacio, hasta presentarse Gualterio, cubierto con todas sus armas; a recibir de sus manos el estandarte de los catalanes. Pocas palabras bastaron para enterar a todos del asalto que iba a emprenderse, y conociendo la importancia de aquella tentativa, cada uno pensaba contribuir gustoso a su éxito favorable.

La noche no era clara, ni podía dársele tampoco el nombre de oscura. La luna estaba muy lejos de parecer en el horizonte; pero las estrellas despedían aquella inquieta y equívoca vislumbre que, lejos de ser bastante a distinguir con claridad los objetos, sirve muchas veces para confundirlos, y aun para presentar, como si dijéramos, sombras de los que realmente no existen. El viento que reinaba ya desde tres días a aquella parte, era muy propicio para los catalanes; su frialdad debía persuadir a los moros el retiro, y aun convidar a los centinelas a guarecerse en la parte interior de la muralla; su terrible violencia producía mil ruidos fáciles de equivocarse con el de hombres y animales que en realidad no le causarían; sólo, pues, un rumor bien claro y distinto era capaz de alarmar a los infieles, y Gualterio pensaba hacer tan poco que quedara confundido con el de los árboles, aun cuando soplase no más un muelle cefirillo. El joven Vilamala, Canet, Ribelles y el portador del desafío de Zara, estaban estrechamente custodiados por orden del conde, pues de otro modo difícil

fuera retener a los primeros en el campamento, e impedir que el cuarto trasluciera los intentos de los catalanes.

Veinticuatro aventureros escogió Monsonís para que le acompañaran, once de los cuales se hallaron en el asalto de Cesárea, y diecisiete en el de Jerusalén; tales gentes tomaban el escalamiento de las murallas de Balaguer como escaramuza liviana y pasajera en parangón con los ejecutados en Asia. A la hora designada, el del Ciervo se puso en marcha con los suyos, mientras a poca distancia iban acercándose a Balaguer las dos terceras partes del ejército.

La muralla debía escalar por el lado de la torre que descansaba sobre una de las puertas de la ciudad, y el primer objeto de los guerreros después de conseguirlo, era, abriendo dicha puerta, proporcionar entrada a las tropas reunidas a la parte de fuera. Armados de segures y provistos con cuatro escalas, seguían a su jefe los camaradas escogidos por el hijo de Romualdo; a su lado y por orden, iba Ismael llevando el estandarte, y teniendo empuñado en la diestra el mango de su daga.

Sin que los moros diesen indicio de alarma, llegaron al pie del muro, pues aun cuando crujieran las armas de tal cual soldado, el recio soplar del aire no permitía que semejante ruido se sintiera.

-Dame acá el estandarte -dijo Gualterio al sarraceno, viendo arrimadas a la pared las cuatro escalas-. Sígueme seis hombres por ésta, y vosotros, Caselles, Borrell y Requeséns, podéis trepar por las otras; importa mucho que nos presentemos arriba todos juntos; no olvidéis mis instrucciones, pues si en un ápice nos separamos de ellas, nuestra perdición es cierta. Todo esto fue dicho precipitadamente y voz apenas oída de los que debían ejecutarlo. Colocados cada uno en su lugar, comenzaron a subir muy despacio y mirando hacia arriba, pues bien pudiera acontecer que habiendo los moros sentido alguna cosa, aguardaran el momento de llegar los cristianos al alcance de sus armas. A todos precedía Gualterio, con la espada en la boca, y el estandarte vuelto hacia abajo y cogido con la izquierda por el regatón del asta, a fin de no hacerle asomar antes que por encima de la muralla. Sin otro tropiezo alguno se verificó el escalamiento, y como al estar ya sobre el espesor del muro no se veía absolutamente a nadie, arrancando Monsonís con silencio y calma la bandera de los moros, clavó en el mismo sitio la del conde.

La facilidad con que consiguieron su objeto agradóles tan poco a los mozalbetes, que se miraban unos a otros, corridos casi por haber andado con tantas precauciones. Desearan ellos tropezar al instante con los contrarios, tener sobre el grosor del muro cruda reyerta, arrojar a algunos de ellos al foso, y sustituir a viva fuerza su pendón al de Mahoma; pero no habiendo acaecido nada de todo esto; dirigieron con entera confianza hacia la puerta, principal objeto de aquella empresa; esto, sin embargo, era ya cosa muy distinta. El vacío del arco que la formaba fuera convertido en lo que en nuestros días llamaríamos cuerpo de guardia; y apiñados allí debajo dormían a la sazón más de cincuenta moros, y entre ellos Abil-Zara. Gualterio, pues, dirigía sus pasos hacia aquel punto, cuando el centinela, creyendo percibir entre los silbidos del viento un equívoco ruido, salió de la torrecita do se guareciera; y vistos por él los cristianos, dio el grito de alarma bastante a malograr el golpe, si Ismael, que ligero como una gacela se escurrió por debajo del

brazo de su amo a tiempo de alzar éste la espada, no hubiera clavado el puñal en la garganta del moro, ahogando su voz cuando sólo había pronunciado medía palabra. Prudente creyeron los catalanes aguardar en silencio el resultado del mal proferido grito del vigilante; mas notando que todo permanecía tranquilo, se metieron de repente bajo el arco con las segures levantadas y con ánimo de derribar la puerta.

Interrumpiera Abil-Zara su leve sueño poco antes del arribo de los cristianos; por lo mismo tuvo lugar de oír la sofocada voz del centinela, y su perspicacia sospechó cuanto pasaba. Con el mayor silencio desveló a los suyos, y retirados todos a lo más interior del arco, dejaron que los aventureros anduvieran la mitad de él sin tropezar con cosa alguna.

Llegaban ya tan cerca unos de otros, que por fuerza sintieran mutuamente su respiración a no producir las ráfagas del aire tan recio estruendo. Las segures de los cristianos estaban en alto para descargar el primer golpe, cuando los más delanteros dieron con las armas de los contrarios.

Horroroso grito se levantó de las dos partes, y retumbando por la estrecha bóveda, llegó a oídos de los campeones apiñados a la parte de afuera, y derramó la alarma por la ciudad toda.

Combatíase ya con encarnizamiento, y se daban los golpes absolutamente a tuestas, sin que por esto dejasen de caer maltrechos los soldados de ambos lados. La posición de los catalanes era crítica, pues iban ya llegando moros de la ciudad, y metidos entre dos contrarios su muerte fuera inevitable.

-¡A la puerta! -gritó Gualterio-. ¡Es fuerza abrirla si queremos salvarnos!

Y sus palabras fueron la señal de un crudo ataque do quedaron arrollados los infieles.

Saltaban las astillas de la puerta con terrible furia, mientras algunos soldados aflojaban ya las cadenas que por la parte inferior sostenían el puente levadizo. Cayó éste con horrendo estrépito, oyéndose al punto el precipitado golpeteo de los de afuera, que con el auxilio de los aventureros lograron en breve abrir la puerta.

Protegidos los camaradas de Gualterio, presentaron el rostro al enemigo; y las mismas segures que destrozaron la madera, abrían los cráneos de los audaces moros, a quienes ni arredraba la muchedumbre, ni hacía perder un palmo de terreno el obstinado empeño de los adversarios. Cruel y sangrienta pugna se trabó bajo el arco, y aunque se dieran en vago algunos golpes, la mayor parte ponía término a la vida del desdichado sobre el que se descargaba. Aturdíanse mutuamente con denuestos y amenazas; y la estrepitosa voz de Abil-Zara, sobresaliendo en medio del alboroto, del crujir de los aceros y del recio soplar del viento, indicaba que no les sería fácil a los cristianos lograr su objeto.

El primer intento del caudillo era cerrar la puerta; mas esto se presentaba inasequible, pues el tropel de guerreros tenía como clavadas sus dos mitades a las dos paredes laterales. Con vencido de la imposibilidad de ejecutarlo, y temiendo que algún furioso vaivén del ejército de los condes arrollase finalmente a los suyos, e inutilizara todos los refuerzos, creyó conseguir mejor partido alzando el puente levadizo. La empresa era ardua en extremo, pues el peso de más de cuarenta cristianos sobre él colocados, oponía grande resistencia al empeño de los

moros, quienes sufriendo el choque de los combatientes no podían tirar con seguridad las férreas cadenas con que era preciso levantarlo. Ya más de dos veces lo arrancaron de su asiento, pero los catalanes colgándose de él por la parte exterior hacíanlo caer nuevamente, y fatigaban la constancia de los Zaras.

Berenguer, abierto paso entre los suyos, hizo marchar con dirección a la puerta alguna caballería cuyo ímpetu les era imposible resistir a los sitiados; pero de este ardid provino cabalmente el malogro de la empresa. A fin de ceder camino a los potros hubieron los infantes de retirarse del puente, y no bien lo ejecutaron cuando notada la falta de peso por los infieles, alzaron el puente hasta tal elevación, que cuantos sobre él estaban vinieron a la parte interior del arco sobre los cadáveres de ambos partidos allí yacentes. Observándolo algunos de los cristianos de afuera, tuvieron tiempo de cogerse a él para detener la ascensión repentina; más los infelices fueron también arrebatados, y rotas sus muñecas entre el borde del puente y la pared del muro do quedó encajado, cayeron unos al foso dejando arriba los magullados dedos, y los otros colgados de las dos o de una mano traspasaban con horribles alaridos el corazón de sus compañeros. Monsonís, por fortuna, reparó el ascenso del puente, y tuvo lugar a echarse con precipitación al foso, único medio para salvar su vida: el leal Gerardo pereció con los de adentro; mas no así el asiático, que cosido a su amo se había tirado tras él, y llegó aún antes a la parte opuesta, contento con la certeza de haber acabado la vida de más de uno de los infieles.

En vano desde abajo insultaban a los moros asomados a la muralla, los atrevidos catalanes ansiosos de ver nuevamente libre la entrada; pues aquéllos, satisfechos con haberlos arrojado de su ciudad, les respondían tirando al foso los cadáveres de los muertos camaradas, y de otros no todavía fenecidos. Desde el torreón, cortaron los brazos de los infelices que colgaban del puente, cosa digna de agradecerseles, si lo hicieron movidos de piedad, pues la caída acabó la existencia de aquellos desdichados y su intolerable martirio.

Forzoso hubo de serles a los cristianos retirarse, aunque Gualterio no quiso verificarlo sin llevar consigo el estandarte de los revoltosos dejado por sus compañeros al pie del muro. Despreciando el riesgo, y gracias a la oscuridad y al bullicio de unos y otros, pudo entregarlo allí mismo al conde, y logró hacerle distinguir con el débil resplandor de las estrellas el recibido de sus manos, que reemplazaba todavía al de Mahoma. -Cumpliste tu palabra -le dijo Berenguer-, y hoy mismo cumpliré yo la mía. Volvamos al campamento, y apenas amanezca partirás al castillo de Sangumí con el prometido auxilio.

Enderezaron los cristianos su camino hacia las tiendas poco satisfechos, en verdad, de la jornada, y convencidos de cuánto se equivocaban en orden a la facilidad de aquella conquista. Disponíase el del Ciervo a reposar las restantes horas de la noche, cuando la llegada de Ernesto, que le contó minuciosamente la peligrosa situación de Matilde, trastornó todos sus planes, obligándole a correr entonces mismo al soberano para tomar su beneplácito, y partir al castillo de su amada. Otorgóselo don Ramón; y escogidos diez aventureros amigos, se dirigió hacia los montes del Vallés con ellos, con el de Otranto y con el asiático paje.

Tomo II

Insonuere cavae gemitumque dedere cavernae.

VIRGILIO.

El viento reinante en Balaguer y en su contorno era un ligero soplo respecto del huracán verdaderamente espantoso que, arrebatando los árboles, las chozas y las casas aisladas en los campos, parecía dispuesto a arrancar de sus quicios las montañas mismas en las inmediaciones de Barcelona, en el Vallés, y sobre todo hacia las alturas de Olot y su comarca. Retemblaba la humilde morada del pobre, colono, y los castillos de los señores no podían reputarse seguros sobre sus profundos y robustos cimientos. La naturaleza entera gemía en revolución completa; la ira de los cielos amagaba muy de cerca a las criaturas; y todo hacía temer el próximo fin de las obras del que todo lo hizo. Los hombres, no esperando ya nada de sus semejantes ni de sí mismos, acudían a Dios y clamaban por la intercesión de los santos; cada casa era un templo desde donde noche y día se dirigían al Padre omnipotente fervorosas plegarias. Bastábale apenas al justo la rectitud de su conciencia y la esperanza en el Señor; y aun el malvado, despreciador de la justicia humana, y de la eterna, abjuraba en su corazón los pasados extravíos, reclamando, contrito, un destello de aquella misericordia nunca agotada por los delitos del hombre. Las personas guarecidas en la morada de la divinidad, si no más seguras, considerábanse, al menos, mejor dispuestas a plegarse a la voluntad suprema.

En medio de tan horroroso trastorno y del pasmo universal de los mortales, sólo tres hombres parecían olvidar la vida eterna para entretenerse todavía en los intereses de acá abajo. El padre Asberto, Arnaldo de Sangumí y Gerardo de Roger afectaban menospreciar todo aquel aparato de la cólera celeste; pero su interior no estaba más tranquilo que el de los restantes moradores de la casa: sin embargo, resueltos a disimular el espanto, y con el solo objeto de manifestarse de temple superior al común de los vivientes, discrepaban tanto en orden a la causa de su sosiego aparente, cuanto eran diversos el carácter de los tres, su posición y sus ideas. El monje, cuya exterior virtud y pureza eran iguales a la desmoralización y perversidad de su alma, mostrábase gustosamente sumiso al querer del cielo y confiado en la rectitud de su corazón; Arnaldo, tan impío en la realidad como en la apariencia, afectaba dar poco valor al casual trastorno de la naturaleza; y Roger, menos sensible que los otros,

fingíase incomodado de aquella horrorosa borrasca, por interrumpirle el sueño y las diversiones. Cuando la naturaleza parece moribunda; las criaturas sienten casi la última agonía; el color negro de imponente nube entristece al alma, y el estrépito de los vientos y de la tormenta empavorece el espíritu y le conduce a pesar suyo. Así, los tres malvados temblaban y mutuamente se lo conocían; mas, vencidos por su infame orgullo, ocupábanse del matrimonio de Matilde, tratando de acelerarlo, ya que ninguna otra cosa les distraía del principal objeto de su liga. Otras personas, expuestas a todo el furor de la revuelta naturaleza, reclaman nuestros cuidados. En efecto, Monsonís, Ernesto e Ismael, en compañía de los otros guerreros, iban encontrando de paso en paso mayores dificultades y más recios peligros; en cada población les conjuraban los habitantes para que se detuvieran; hacíanles ver las tremendas señales de la duradera tormenta; y a pesar de la serenidad y del valor de todos, el salir de las aldeas no era sin visible disgusto. A no conocer el del Ciervo tan a fondo el corazón de Arnaldo, hubiérase detenido, apenas marchó del campamento de Balaguer; pero sabía su terquedad; y, por lo mismo, no dudaba que aun viniéndose abajo el firmamento, casara él a Matilde en el instante aplazado. Sus camaradas no eran indiferentes a la ira del cielo; mas, incapaces de abandonar a su amigo, corrieron con él a una muerte cierta; y las reflexiones del joven aprovechaban tan sólo a reiterar el juramento de correr todos la fortuna misma. Desde su infancia sintiera Ismael en el desierto los terribles efectos del huracán; más de una vez se vio en riesgo próximo de quedar para siempre bajo los montes de arena trasladados a considerable distancia por una ráfaga tempestuosa; pero nunca pudo su imaginación concebir una aproximada idea del presente trastorno. Oraba en silencio y pedía la intercesión de Mahoma, mientras Gualterio y los suyos imploraban el auxilio del Padre todopoderoso. Si se mezclaba tal vez el recuerdo de Matilde entre las preces del amante, el laudable objeto de su viaje esperaba que inclinaría a Dios a perdonar aquella distracción, hija de la humana flaqueza.

Era pasada la media noche, y el del Ciervo con los suyos se hallaba a ocho leguas del castillo de Sangumí, a cubierto de la tormenta dentro de una ermita que, edificada en la pendiente de alta loma, tenía en esta un seguro resguardo contra la furia de los vendavales. Arreciaran éstos más y más hacia la caída de la tarde, y a pesar de querer el joven seguir su ruta, no fue posible que obedecieran los caballos, horrorizados, dijérase, casi por incógnita causa. Hubo, pues, de cederse a la necesidad, aguardando que la luz del día les guiara para emprender de nuevo la marcha. Entre los bramidos del viento apenas podía oírse las voces del ermitaño y de un monje allí hospedado, que salmodiaban para implorar la misericordia del Señor.

Los caballeros repetían las últimas palabras, y las preces de todos llegaban a Dios a cuya mansión iban dirigidas. Sintiose, de repente, un subterráneo estrépito sin ser posible atinar la causa; mas el súbito temblar de la ermita no dejó duda de que la existencia de sus moradores estaba amenazada por un terremoto. Mas aquel esfuerzo pareció desahogar a la naturaleza; y si bien la tempestad que lo siguiera podía llamarse imponente, reputárala por calma quien hubiera visto la de los días anteriores.

-Es fuerza continuar el viaje -dijo Gualterio-. El terror de los caballos presagiaba el temblor de tierra ya desvanecido; y ahora de poco en poco se restablecerá la calma.

-No lo creas, hijo mío -contestó el monje refugiado en la ermita-. No se reunieron tantas causas para producir mezquina efecto; este sosiego aparente es sólo el presagio de una reacción más espantosa, e ¡infeliz quien dentro de pocas horas se encuentre en descampado! Tengo por más prudente bajarnos a la bóveda que hay bajo esta ermita, y desde ella podremos salir al campo aun cuándo esta morada se convierta en ruinas.

-Y lo mismo opino yo -dijo el ermitaño-, pues sin duda otro riesgo más terrible nos amaga.

-Y yo seguiría vuestros consejos -contestó el caballero- a no llamarme a otra parte un asunto de que depende la felicidad de toda mi vida y la de otra persona a quien amo con cuanto amor cabe en mi pecho.

-¿Pudiera yo preguntaros sin incurrir en la nota de curioso -habló el monje- cuál es, no el objeto, sino el término de vuestro viaje?

-Mis acciones -contestó el mancebo- llevan la aprobación del conde de Barcelona; y más todavía, la de mi propia conciencia; por esto no tengo reparo en complaceros: voy al castillo de Sangumí, con el objeto de impedir que Arnaldo obligue a su hermana Matilde a dar a Gerardo de Roger la mano de esposa que juró entregarme a mí solo: quiere verificar el matrimonio aceleradamente, temiendo mi presencia; y si bien dentro del pecho alimento halagüeñas esperanzas, no os ocultaré, sin embargo, cuánto tiemblo al considerar que puedo llegar tarde.

-¿Al castillo de Sangumí? -exclamó el monje, apenas hubo dicho Gualterio.

-Al castillo de Sangumí, padre -insistió éste-; y no creo haber errado el camino, viniendo como vengo de las inmediaciones de Balaguer.

-Al contrario -siguió el religioso-: lleváis el más recto; mas, ¿sabéis vos el nombre del sacerdote cuya mano va a unir para siempre a esas dos personas, y podéis decirme si le consta la violencia hecha a una de ellas?

-¡Ojalá no lo supiera! El sacerdote ha contribuido a esa misma violencia; es el principal móvil de la intriga, y los unirá con un placer malvado, sin sentir su conciencia remordimientos.

-¿Su nombre? -le preguntó el monje, con precipitación y alzándose del asiento.

-El padre Asberto de...

-Basta -gritó el huésped-: corramos, oh joven, corramos al castillo; vos queréis la felicidad vuestra y la de Matilde; y yo vuelo a impedir que ese mal sacerdote aumente el número de sus crímenes.

-¿De aquí saldréis vos, padre mío, a tales horas y en medio de esa borrasca?

-Y te llevaré por caminos que no conoces, y antes de media mañana estaremos en el castillo, si no es la voluntad de Dios acabar antes nuestra vida.

-¡A caballo, amigos míos! -exclamó Gualterio.

-No -le opuso el monje-, hemos de ir los dos solos; para acompañarme, tú bastas, y para impedir el enlace basto yo solo. Nada receles; temblará el padre Asberto a mi presencia, y le darán la muerte antes que resista a mis mandatos. Tus camaradas pueden seguir el camino regular, pues nada importa

que lleguen unas horas después de nosotros.

-Pero, padre -insistió Monsonís-, vos no conocéis quién es Arnaldo y de cuánto es capaz su corazón malvado: moriremos a manos de su gente aun cuando consigamos la entrada en el castillo.

-¡Joven! -exclamó el religioso-: quédate si temes, yo parto; y te repito que basto yo solo para trastornar esa unión violenta; las puertas de Sangumí se abrirán a mi vista; temblará Arnaldo; respirará Matilde, y será feliz Gualterio mientras su irresolución no cause una fatal demora.

- Os sigo -dijo Monsonís-: no sé quién sois, ni lo que podéis; pero vos estáis enterado de mis secretos, conocéis a mi amada; y me arrojó lleno de confianza en vuestros brazos. Ernesto os guiará al castillo -dijo, volviéndose a los guerreros-; y tú, también, Ismael, ven conmigo si estás resuelto a morir.

-El servidor no quiere saber el peligro que corre cuando va en compañía de su señor -dijo el ismaelita.

Y cogió las riendas del bridón de su amo para sacarlo fuera.

El monje cabalgó uno de los corceles de la comitiva, y puestos en los suyos el cruzado y su paje, siguieron al incógnito que debía servirles de guía. A poco rato marcharon los demás soldados, si bien por camino muy diverso del que llevaban los delanteros.

El respetable padre Armando era el personaje a quien Monsonís encontró en la ermita. Austero y rígido observador de las reglas monásticas de su orden, lleno de madurez, de sabiduría y de prudencia, lloraba en silencio los extravíos de algunos de sus hermanos, y singularmente los del padre Asberto. La refinada hipocresía de éste consiguiera hasta entonces alucinar a sus preladados, cuyo poco celo fue gran parte para que el monje, abandonando el camino de la virtud, se mezclara en los asuntos mundanos de un modo poco honroso y muy ajeno de su clase. Atribuíansele crímenes horrendos, era considerado cual tea de la discordia entre algunos magnates, y como el móvil principal de varios delitos que manchaban la honra de más de un caballero.

Cuando don Ramón Berenguer quiso enterarse de las disensiones de Arnaldo con Gualterio, mientras éste se hallaba en la torre del vizconde, hubo de tropezar sin remedio con las intrigas del religioso, y saber por menor su conducta y calidades; y a fuer de hombre en extremo celoso del decoro religioso y del buen ejemplo que deben dar sus ministros, se apresuró a poner en conocimiento del abad cuantas noticias acababa de adquirir del padre Asberto. Por su orden debía dicho superior meter mano en el negocio, y presentarse con el culpable para castigar sus demasías, y hacer escrupulosa indagación de sus pasados excesos. La conocida virtud de Armando lo había elevado poco tiempo antes a la dignidad de abad; y se sentía muy dispuesto a reformar a los monjes relajados, reprimiendo con mano fuerte al que era el oprobio de su monasterio. Las noticias y el precepto del conde acrecentaron su celo; y en combinación con el soberano habían preparado las cosas de manera que el abad llegase al castillo de Sangumí a poca diferencia cuando lo verificara Monsonís con los suyos. Llevaba Armando órdenes del príncipe para que Gualterio le auxiliase con la fuerza a sujetar al monje en caso de resistirse Arnaldo a soltarlo; y así no fue extraño presentarse en un punto mismo los que de tan distinto modo iban a ejecutar las órdenes del Soberano de Barcelona.

Aturdíale a Gualterio el ardimiento del padre Armando, cuya edad, que pasaba de los cincuenta, prometía menos valor y seguridad en aquella situación llena de riesgos. Salidos apenas de la ermita; el hermano de Casilda quiso saber quién era su compañero, y qué objeto le llevaba al castillo de Arnaldo con tanta prisa; y además le hizo otras mil preguntas conducentes a la aclaración de aquel misterio. Contentose el monje con asegurarle que la felicidad de Matilde era una de las principales causas de su viaje; dióle a conocer su vieja amistad con Romualdo y con la madre de la heredera, y finalmente, para más tranquilizar al mozo, asegúrole que de siete años a aquella parte era el director espiritual de esta última. Semejante carácter bastábale a Gualterio para profesarle amor y respeto; y así, no molestándole ya con otras demandas, siguióle en los escabrosos atajos por donde le guiaba con la seguridad de que el confesor de su amada podía querer sólo su ventura.

Sentíase inclinado hacia aquel anciano; y esta especie de paternidad espiritual, adquirida sobre la virgen, asegurábale al monje la absoluta deferencia y protección del caballero.

Ismael, sin comprender una palabra de la plática, seguía pegado a su amo, viendo de cada vez con horror nuevo la espantosa tempestad que lejos de ceder iba progresivamente en aumento. Ernesto de Otranto guiaba a la otra comitiva hacia el castillo de Sangumí por más trillada ruta, y con ansia casi igual a la del caballero del Ciervo.

Los recios pesares que atosigaban el corazón de Matilde, y el horror con que veía acercarse el momento fijado para sacrificar la felicidad de su vida toda, teníanla en un estado inexplicable aun para ella misma. El peligro era inminente, y desvanecía la esperanza concebida con las promesas de Ernesto; no llegaba a sus umbrales el respetable padre Armando, sin embargo, de las repetidas veces que reclamó sus cosuelos, y, entre tanto, iban creciendo las prisas del hermano y la grosería característica de su futuro esposo. El monje sólo tardaba, en su concepto, por ignorar la situación desesperada, y en su ausencia volvía la triste doncella el afligido rostro al cielo, pidiéndole los mismos consejos, las mismas consolaciones que esperó del director de su espíritu. El castillo de Sangumí presentaba entonces el aspecto de un pueblo: todas las personas que por cualquier motivo se consideraban sus dependientes, acudieron con sus familiares y amigos a buscar un refugio que no les ofrecían sus menguadas y endebles habitaciones; la inagotable generosidad y compasión de la heredera animaban su acogimiento; y a ella pedían hospedaje, aun cuando morase allí mismo el orgulloso Arnaldo.

Como tierna madre acogíalos la ilustre virgen, y la reunión de tantas gentes a quienes protegió toda la vida, traía algún lenitivo a su desconsuelo. En otras circunstancias habíala llenado de horror un huracán o un terremoto; mas ahora veía tantas calamidades con más serenidad que otro alguno. Augurábanle, al parecer, su fin cercano, y en las circunstancias actuales, ¿qué cosa pudiera apeteer como la muerte? La falta del confesor la puso reciamente acongojada; pero su conciencia no mancillada con culpa grave, su corazón libre de remordimientos, y la dulce idea de la misericordia divina, reanimaban su esperanza y la sostenían en su abatimiento.

El primer rayo de luz del día señalado para el matrimonio sorprendió a

Matilde en la capilla del castillo puesta de rodillas en el mismo lugar do en horas más felices abriera su corazón a los ojos del padre Armando. Sus brazos teníalos extendidos hacia el altar, y su imaginación, atravesando la azulada bóveda del firmamento, descubría en las regiones celestiales el brillante trono del Hacedor supremo: su pecho ardiendo en amor divino, no moraba acá abajo; la rosa del candor y de la inocencia ocultó la habitual palidez de sus mejillas; y en sus oídos cerrados a la tempestad, resonaba dulcemente la armonía de ignorado concierto. Matilde era una criatura de la tierra; mas separada de ella por el espíritu, ofrecía la imagen de la contemplación más fervorosa.

Inmóvil habría permanecido de tal suerte en el celestial arrobamiento que la tenía embargada, si el batir de una cercana puerta conmovida por el ímpetu del huracán no la hiciera tornar en sí recordándole su situación verdadera.

Volvió los ojos oscurecidos con el celaje del llanto hacia la entrada de la capilla; mas no viendo penetrar a nadie en aquella estancia solitaria, recobró su posición primera; y agitada por sobrenatural entusiasmo, exclamó, con lastimoso y penetrante acento:

-¡Oh Dios eterno! Ve aquí a tus plantas a una infeliz mujer que reclama tu piedad y la omnipotente protección de tu brazo: ningún recurso le queda ya en el mundo fuera de tus inmensas bondades: úsalas conmigo, sé mi amparo y mi guía, y mi salvador y mi seguro refugio; entra en mi corazón, consuela sus quebrantos, endulza sus amarguras; Tú que criaste la felicidad, aparta de mi cabeza la desdicha; ve los desastres que me amenazan, mírame abandonada de todos, sola en el universo, sin consuelo, sin defensa ni asilo. Ni una mirada de compasión se convierte hacia mí, ni una mano se alarga para alzarme de estas angustias tiéndeme, oh Dios mío, la tuya que todo lo puede; arrebátame a tantos tormentos; líbrame de la persecución de los malvados, Dios de bondad y de misericordia; extiende, extiende, tu divina mano, llévame contigo, llévame a donde no me haga temblar la iniquidad de los hombres; tú que eres el Dios justo, sálvame de tantos martirios -y diciendo estas palabras caminaba de rodillas hacia el altar, y abría sus dedos como para asir la mano que deseaba se le tendiera-. Socórreme -proseguía-: calma mi dolor, y ten compasión de mi desventura; la inocencia implora tu auxilio, no vuelvas de mí tus ojos de piedad y de consuelo. Yo he obedecido tus mandatos, yo procuré seguir el camino de la virtud, y tu ministro ha perdonado en nombre tuyo los extravíos de mi corazón: ábreme; pues, tu seno, recíbeme en él, acoge mi espíritu: hoy, ahora mismo, deseo acabar mi existencia; termínala, pues, antes que llegue el día en que mi corazón te ofenda, úneme a Ti, arrebátame a tu morada; y más y más iba juntándose al ara, y enajenada, llena de entusiasmo, abrasándose en amor celeste, poseída de mental deliquio, tendía su mano para coger la diestra de la imagen del Redentor que sobre el altar había. Y llegaba ya muy cerca de verificarlo, y el absoluto trastorno de su espíritu iba, sin duda, a poner término a sus días, cuando la caída de una almena de las que descollaban en una torre del castillo causó formidable estruendo, hizo bambolear la próxima capilla, y llamó otra vez a su fría razón a la delirante virgen. Retirose del altar con mal seguro paso, e hincada otra vez en el sitio que ocupara al principio, con la resignación de un alma cristiana, sólo pidió fortaleza a Dios para el tremendo lance

ya cercano. La dolorosa memoria de su difunta madre vino a mezclarse con su interior plegaria; y le hizo exclamar nuevamente, entre llorosos gemidos:

-¡Oh tierna madre mía! Vos, que desde el cielo veis el desastroso estado de vuestra hija querida, sed mi intercesora para con el Dios que os recibió en su seno: rogadle que me dé valor para cumplir mi juramento: sí, yo he prometido renunciar al esposo que vos me habíais destinado; lo juré cuando me vi próxima al sepulcro. Yo lo cumpliré, madre mía; puse a Dios por testigo de mi promesa, y no puedo faltar a ella. Sólo pido resignación; rogadle a Dios, oh madre, que sostenga mi vacilante espíritu, me ayude a consumir mi sacrificio, ponga su mano sobre mi corazón en el momento terrible, y me deje morir antes que los malvados logren consumir su triunfo.

El espantoso estruendo del huracán embravecido aterrorizó de pronto a la devota virgen, y suspendió sus preces. Cercana estaba la hora que debía decidir su suerte, y recordándolo horrorizada, después de dirigir sus ojos a la imagen del Redentor pidiendo en silencio su socorro, marchó de allí para aguardar en su estancia el momento de ser conducida al ara donde había de inmolearse. Elena, trastornada con la tempestad, no estaba dispuesta a consolar a su señora, y el corazón de ésta sentíase demasiado lleno de ideas celestiales para que la conmovieran las palabras de los hombres. Sentada en un ángulo de la sala, y ajena de cuanto tuviera relación con el mundo, esperaba con calma aparente la venida de su hermano.

El recuerdo de Gualterio mezclábase de tanto en tanto a sus pías meditaciones; y entonces movíase en el asiento como si la agitación del cuerpo pudiera ayudarla a sacudir las involuntarias distracciones del alma. Todo era silencio alrededor de la virgen, todo era soledad, y sólo el estruendo de la naturaleza sostenía la idea de la existencia. Ni ella misma se habría dicho que la disfrutase después de breve rato de permanecer en aquel sitio: fija la vista en el suelo, quieta, inmóvil, pálida como una visión de infausto agüero, ni sus sentidos, ni las facultades de su alma estaban ocupadas en cosa alguna.

A la terrible agitación pasada sucedió el pasmo, la estupidez y una insensibilidad absoluta; ya nada, al parecer, era capaz de restituirla a la movilidad ni al sentimiento. Sin embargo, el leve rumor de la primera pisada de su hermano, cual herida de chispa eléctrica, volvió instantáneamente a ser la infeliz Matilde, oprimida bajo el peso de indecibles quebrantos. Reconoció su situación sin perder la conformidad; corrió un súbito temblor por todos sus miembros, sin sentirse aterrada; y como por un acto espontáneo de la naturaleza, púsose en pie mirando cara a cara a su tirano. Tomárase al verlos a entrambos, a Arnaldo por la víctima, y a su hermana por la orgullosa mujer próxima a triunfar de su espanto.

Pálido y tembloroso el caballero, admiraba su irresolución tanto como la serenidad de Matilde. Ésta era entonces la vencedora; y a conocer, menos inocente y sencilla; toda la ventaja de su momentánea prepotencia, quizá lograra contener a Sangumí algunos momentos y salvarse para siempre; fiel, empero, a su palabra, sentíase resuelta a inclinar el cuello bajo la cuchilla del sacrificio. Su silencio reanimó al incierto mozo, y le hizo

recordar sus intereses, su orgullo y el objeto de su venida.

-Ha llegado la hora de cumplir tu juramento -le dijo-; y advierte que no quiero excusas ni dilaciones; antes de un cuarto de hora serás esposa de Roger, o tu existencia habrá acabado.

-Acaso sucederán ambas cosas -contestó la virgen-; y para entrambas estoy preparada. Partamos.

Y precediendo a Arnaldo, con paso firme se dirigió a la capilla.

Otro aparato, otra pompa y otros festejos debían ostentarse en las bodas de la heredera de la antigua y opulenta casa de Sangumí. El casamiento de su madre, el de su abuela y aun de otros más antiguos, pasaron como un fausto día de eterno recuerdo de los padres a los hijos. Reunión de caballeros, músicas y bailes, danzas para el pueblo, opíparos banquetes y magníficos regalos solemnizaron siempre el acto en que los predecesores habían fijado su futura suerte. La virgen, cubierta de ricas galas, brillante, alegre a la par que modesta, aplaudida, aclamada por un numeroso concurso, arrebatando las miradas de los señores, y deslumbrando a los vasallos; tal se presentara hasta entonces la que aspiró a llamarse señora del castillo y de sus riquezas.

El enlace de Matilde con Gualterio de Monsonís, sabido de todos desde muchos años, hizo esperar un día memorable. La esplendidez que distinguiera a la casa del caballero, la opulencia de ambas familias, su parentesco y relaciones con todos los magnates de la corte, eran poderosos motivos para concebir aquella esperanza. Creyose más de una vez que honraría la boda con su presencia el mismo conde de Barcelona; y entonces ya se deja entender el lujo y la ostentación que con tal motivo se desplegarían. La largueza y la conocida bondad del corazón de Matilde debían mostrarse en tal tiempo con publicidad desusada no eran pocos los caballeros que lo aguardaban para oír las angélicas y ponderadas dulzuras de su garganta, y contemplar con embeleso la gracia y ligereza de su leve planta en la danza. Ninguna diversión, ningún placer debía echarse de menos con tal motivo; y la misma virgen, en medio de las ilusiones de felicidad concebida en otros días, creyérase rodeada de todo aquel aparato solemne; oía los aplausos a su voz y a sus cantares, y repetía su corazón los vítores, las galantes enhorabuenas de los cortesés paladines; y la imagen de Gualterio, vestido con rico traje, sobrepujando en estatura a todos los amigos y concurrentes, ensalzado y aplaudido y lleno de gozo y de placeres, venía a contemplar el lisonjero cuadro de tan celestial ventura.

Y ahora, Matilde, en medio de la tempestad, disipadas las ilusiones todas, en el momento en que la naturaleza estaba próxima a dar el último suspiro, era conducida por un hermano cruel al altar de la tétrica capilla, do le aguardaba un hombre aborrecible y odiado con toda el alma, un malvado religioso dispuesto a unirlos para siempre, y dos aldeanos a quienes nunca hasta entonces viera. Al llegar la virgen a la capilla pasó como un relámpago por su entendimiento la idea de la felicidad y regocijo con que un tiempo creyó ser guiada a aquel sitio mismo; y al reconocer con rápida vista la escena presente, hubo de derramar una lágrima, acaso la más acerba que ha bañado jamás el rostro de mortal alguno. Se detuvo repentinamente en el centro de la iglesia; y por última vez volvió los ojos hacia su hermano con una celestial sonrisa, que bastara a conmovier a

los cielos y a la tierra, si la tierra y los cielos tuvieran sentimiento; mas Arnaldo a quien le sobraba tiempo para recobrar toda bárbara entereza, le apretó la mano y la condujo hasta el altar, a viva fuerza.

-Suéltame -le dijo Matilde-; juré ser esposa de ese caballero, y Dios me da valor para llevar a cabo mi juramento.

Y adelantó tres pasos, hasta colocarse al pie del ara.

Un instante decide de la suerte de los mortales, y sólo un instante fue necesario para fijar la de Matilde. Pronunció el sí fatal, con clara voz y faz serena; mas apenas lo hubo proferido, cuando súbitamente, cual si fuera un cadáver, quedó tendida a los pies del indigno ministro cuyas palabras echaron el sello a su desventura. En el momento de consumarse aquel acceso de barbarie, dijérase que un espíritu vengador de la inocencia había herido de muerte a cuantos estaban en la capilla. Ninguno hizo el menor movimiento por sostener a la desdichada; ninguno alzó los ojos; ninguno dijo una palabra. Arnaldo fue el primero que salió de aquel pasmo, pues a breve rato hubo de mirar a su hermana, y un destello de piedad y de lástima le forzó a interesarse por sus males. Penetrado de la cruel tiranía con ella usada, quiso, si no remediar el mal, pues no era tiempo, socorrer al menos a la infeliz, reducida a un estupor casi absoluto. Confuso, arrepentido y sin atinar a cosa alguna, se dirigió a la puerta de la capilla, para pedir auxilios y trasladar a su víctima a otra parte; mas en el instante de hallarse bajo el arco, y cuando tenía ya el pie sobre el umbral de la puerta, oyose un horrísono trueno, batieron con estrépito todas las puertas y ventanas del castillo, retumbaron las concavidades de la tierra; las cavernas dieron un profundo gemido; dieciséis leguas de distancia, abriose un anchuroso cráter en el Mont-Sacopa, alzáronse a enorme elevación las ardientes materias que mugían en su insondable seno; derruyose todo un costado del castillo de Sangumí; se desplomó la mitad de la capilla, sepultando al orgulloso caballero, y aparecieron a la otra parte de las ruinas, envueltos en polvo y mostrando sus rostros la palidez de la muerte, Gualterio de Monsonís y el padre Armando. Alzose de repente la horrorizada Matilde, se volvió hacia la puerta, vieron sus ojos al director de su conciencia y al desdichado amante; y cubriendo la faz con ambas manos, vino a caerse sobre las ruinas que servían de tumba al cadáver de su hermano. Los dos colonos testigos del matrimonio, el padre Asberto y Gerardo de Roger quedaron pasmados en el mismo sitio que antes ocupaban; las arrugas de su frente, sus enarcadas cejas y sus bocas entreabiertas bastaron para indicar el terror de sus almas y la pérdida total de sus sentidos. Gualterio y el monje permanecían clavados sus pies en el suelo, esperando el momento de hundirse sobre ellos la bóveda del corredor que bamboleaba todavía al impulso del duradero terremoto. Desde lo más alto de los cielos volvió Dios los ojos hacia aquel punto del universo, y quiso conservar la vida de los hombres, para que oyeran la voz del arrepentimiento los unos, y los otros fueran quizá un día más felices.

Lléname de dolor; corta piadoso
mi vida de una vez, y no cien muertes

me des en congojosa incertidumbre.

CIENFUEGOS.

Desde los encumbrados picachos donde reposan las combatidas nubes, lánzase deshecha en torrentes la cándida nieve, engrosándose en cada salto; y revolviendo la tierra que sirve de base a las montañas, desciende con estrépito hasta la llanura, juntándose en estrecho cauce, vuela, se precipita lleno de furioso coraje, y brama y aturde, y arranca todo entero el dique en que encerrársela, quiso; arrebatándolo consigo, confundiéndolo entre sus oleadas, tala y anega el país por do atraviesa, hasta tomar la extensión que su orgullo necesita; calla entonces, deslízase majestuosamente, y sigue en silencio su dilatado y pomposo curso. No de otro modo se restableció la calma de la naturaleza una vez diera su espantoso bramido estremeciendo la tierra, arruinando la morada de los hombres, y abriendo el anchuroso cráter¹⁰ por donde intentara, al parecer, vomitar su infernal saña. Sosegose el viento, y transcurridas apenas dos horas desde los últimos sucesos, los habitantes de Cataluña gozaban la vista de un sol, pálido, sí y amortecido, mas despejado y brillante en contraposición de la horrenda oscuridad que lo tuvo oculto en los días anteriores; salieron de los lugares de refugio los amedrentados mortales para respirar de nuevo el aire muelle y aromoso de una atmósfera descargada. No había quien no deplorara alguna desgracia irreparable, ora la ruina de su humilde albergue, ora la destrucción de sus propiedades, ora la pérdida de la esperanza de más de un año. Entonábase el Te Deum en las iglesias, y el padre Armando rendía gracias a Dios, salmodiando en la capilla del castillo el hermoso cántico de Débora.

Mientras la virgen de Sangumí, recogida en el lecho, iba tranquilizando la pasada agitación de su espíritu; veíanse, cual dos seres sin alma, cerca de la cabecera, las jóvenes Monsonís y Roger. El padre Asbesto; en pie a las indicaciones de su abad, en un rincón de la estancia, esperaba temblando el momento en que se hiciera averiguación de su conducta; mas por entonces el ánimo del padre Armando, dedicado todo entero a Dios, lejos de dirigir la más leve pregunta a su súbdito, ni sabía siquiera que tan próximo lo tuviese.

Roger vio con horror el aciago fin del caballero Verde: y aquel castigo del cielo fue bastante a despertar en él más humanos sentimientos, haciéndole compadecer a Matilde, y arrepentirse de lo que con dificultad pudiera tener remedio. Temiera el instante de una explicación con Gualterio a conservar en el alma su natural dureza; mas ahora sentíase dispuesto a hacer cuanto de él se exigiera, y a contribuir con todas sus fuerzas y valimiento a anular un matrimonio celebrado bajo tan fatales auspicios. Los dos aldeanos desaparecieron con ánimo de ocultarse a los ojos del amante, venido tan a deshora a la capilla. Vuelta en sí la heredera, miró con disimulo a las personas de su alrededor; y conociendo el trastorno y las desgracias que podía ocasionar una palabra suya

dirigida a cualquiera de los dos mozos, esperaba, como sumida en profundo sueño, el instante de quedarse sola con uno de ellos para conducirse según dictaran las circunstancias y los consejos del confesor, quien por entonces era su principal sostenimiento.

Gualterio, entrando en la capilla un instante después de efectuarse el enlace, creyó venir a tiempo de estorbarlo, y malgrado sus deseos, conteníase de atravesar a Gerardo, o de sacarlo al menos del lado de su querida, por deferencia a los males de ésta y a la devoción del padre Armando. Quería el del Ciervo que el monje rompiera aquel general silencio. El pajecillo Rogerio, sentado a los pies de la cama de su señora, inocente, sencillo, incapaz de calcular el efecto de los recientes sucesos, y contento por haberse desvanecido la ira del cielo, callaba también, ya por contemplación a los quebrantos de la heredera ya por respeto a las personas que ley rodeaban. Ismael, clavado en la puerta de la estancia, y con los brazos sobre el pecho; tenía los ojos fijos en el rostro de su amo, esperando una señal para interpretar sus mandatos. Tuvo fin el cántico del padre Armando, y lo tuvieron otras oraciones cuyo objeto era pedir a Dios el acierto para componer tan graves negocios; el himeneo podía estar ya verificado; y calculando los desastres, que habían de ser funesto e inmediato resultado de una aceleración afirmativa en presencia de los dos rivales, hizo retirarse a Monsonís mientras él inquiría hasta qué punto se llevaron a efecto los planes del difunto caballero. A pesar de la repugnancia del mozo a separarse de su amada, convino con la voluntad del monje, como quien había suscrito ciegamente a sus disposiciones. Ismael salió con su amo, y bajaron al patio a dar el uno y recibir el otro las órdenes necesarias para remediar las desgracias del castillo.

Libre Matilde de la presencia de Gualterio, por cuya tranquilidad se traslucía cuán lejos estaba de conocer su situación verdadera, dio libre suelta a las lágrimas, y estrechó la mano de su director, clavando en él los ojos para pedir algún consuelo, y alejar la vista de Gerardo y del padre Asberto.

-Y bien, hija mía, ¿por qué lloras? -le preguntó el padre Armando-. Desvaneciose la tempestad, y si bien la situación de tu hermano es peligrosa, los remedios, no obstante...

-No queráis alucinarme, padre mío -interrumpió la doliente-; murió Arnaldo, lo sé; pero es esto lo que más intensamente aflige mi corazón. Fue un tirano para conmigo, vos lo sabéis; mas sin embargo, lloraré su muerte, acaecida por desgracia en tal instante, que bien parece le castigó el cielo por haber sido autor de la infelicidad de su hermana.

-¿Qué pronuncias, hija mía? -interrogó el abad con precipitación.

-¿Lo ignoráis? -repuso la virgen- Yo os creía enterado ya de este horroroso secreto. Ved ahí a mi esposo -continuó señalando a Gerardo-; y allá -dijo mirando al padre Asberto-, quien, a pesar de mi llanto y resistencia, nos ha unido pocos momentos antes de entrar vos en el castillo.

Al oír tales palabras cubrió el religioso su rostro con ambas manos, y su espíritu hubo de horrorizarse al considerar las desastrosas consecuencias de que semejante enlace iba a ser fecundo origen. El padre Asberto estremeciose de pies a cabeza con aquel temblor propio del malvado cuyo

crimen se ha descubierto; y Gerardo de Roger, fijo en el mismo sitio, no hizo el menor movimiento, porque con fría indiferencia y estupidez estaba pronto a escuchar las reconvenções del monje, y las amargas quejas de la víctima sacrificada en sus altares.

El religioso rompió el silencio; después de largo rato de serias reflexiones. Quisiera componerlo todo; deseaba alejar a Gualterio; no creía conseguirlo sin que le acompañara Matilde; y hacía difícil arrancar a Gerardo el consentimiento para la marcha de su esposa. Lo más urgente era entonces explorar el ánimo de Roger; y a ello volvió su atención el venerable sacerdote.

-¿Es posible -le dijo- que un caballero de vuestra edad y de vuestra nobleza haya usado de la violencia para hacerse dueño de una doncella, y más siendo esta doncella la ilustre heredera de Sangumí?

El culpado nada respondía; y un inteligente fisonomista hubiera columbrado en su rostro la vergüenza unida con la confusión y el arrepentimiento.

-Por lo mismo -continuó el anciano, dirigiéndole la palabra-, ¿y no sabías que un matrimonio contraído de esta manera carece de la circunstancia indispensable del mutuo consentimiento? ¿No calculasteis que elevando Matilde de Sangumí sus quejas al soberano de los catalanes sería escuchada y socorrida con la inalterable justicia fija siempre en el corazón del conde? ¿No os constaban sus promesas hechas a Gualterio, la voluntad de los padres de ambos, su antigua correspondencia? ¿Y no temisteis la justa venganza de un rival indignamente ultrajado? ¿No fue bastante a conmoveros el aspecto candoroso de esa virgen, sus ruegos, sus virtudes y su lloro?...

Y el paladín continuaba en silencio, y dando algunos indicios del combate que se trababa en su alma.

-¡Joven imprudente! -prosiguió el abad, con ardor nuevo-: no quiero reputaros por un malvado; complázcome todavía en esperar algo de vuestra reflexión, y aun pudiera no consideraros como el principal delincuente.

-¡No!; no lo fui -exclamó Roger; herido en la cuerda que deseaba hiciesen vibrar dentro de su pecho-: no padre; hacedme al menos esta justicia; no estoy libre de culpa, pero al menos, si, al menos, no me creáis vos ni Matilde el autor de sus desgracias. A pesar de mi amor hacia la heredera de Sangumí, nunca atentara a los derechos de Gualterio de Monsonís a no presentármelos Arnaldo como irreflexiva determinación de la infancia; a no haber allanado él mismo el escabroso camino que debíamos de correr para venir a este punto, si no creyera yo que Gualterio, condenado a sufrir seis años de cárcel, infamado, proscrito, envilecido, era el objeto despreciable para todo el mundo, indigno de aspirar a la mano de tan ilustre virgen, y próximo a ser para ella un hombre aborrecible.

-Vos tratáis de engañaros a vos mismo, caballero -le interrumpió la doncella-, y de alucinar a ese respetable sacerdote: lejos de mí daros el nombre de primer culpado, no; este título le cuadraba a mi hermano, pero vos os hicisteis su cómplice; vos tomasteis una parte muy activa en sus planes; fuisteis testigo de la primera violencia usada conmigo, y la mirasteis pacíficamente; me visteis jurar amor eterno a Gualterio y callasteis; mantuvisteis vuestro empeño después de haberos declarado mi eterno aborrecimiento; presenciasteis el terrible instante en que mi hermano resolvió triunfar de mi entereza; a vuestra vista se hicieron en

mi brazo las crueles señales del furor de Arnaldo, y no tomasteis mi defensa, como debierais, por sólo el carácter de caballero; hirió vuestra vista la sangre que brotaba de mis heridas, mis lamentos fueron a vuestro oído; vuestros ojos se fijaron en las lágrimas de los míos, y, sin embargo, vuestro corazón no tomó parte en los tormentos del desvalido. Parecía una doncella frágil, temblorosa, impiamente maltratada; y vuestro corazón no sintió hacia mí interés alguno; ni amor, ni la nobleza de que habláis ahora, fueron bastantes a haberos mostrar amante y caballero. Detuvisteis la espada de mi opresor próxima a cortar mi vida; pero vuestro objeto fue impedir que yo muriera antes de acceder a vuestros deseos, y aún, recordadlo, os ruego, aún tuvisteis valor para manifestarlo en mi presencia. ¿Qué más puedo esperar de vos sino la consumación de mi desdicha? No seré causa de nuevos males: la vida de Gualterio o la vuestra tendrá un fin aciago en el instante de conoceros aquel por esposo mío; pero estad tranquilo: mi labio no lo proferirá nunca. Si os arrepentís de vuestra conducta, si todavía es susceptible vuestro corazón de algún afecto tierno, volved los ojos hacia esta desdichada, miradme, contemplad a vuestra esposa, y ved si os queda valor aún para atormentarla. Penetrad en mi pecho, conoced todos sus pesares, sus angustias; despedazado, oprimido, palpitante, sólo necesita un leve golpe para dar un postrer latido; sea vuestra mano quien lo vibre, libradle al menos de los otros sufrimientos inseparables de la breve existencia que le resta.

-No será -contestó Gerardo-; ni mi boca ni mis acciones os afligirán en adelante. Vedme aquí pidiéndoos perdón de mis errores, de mi conducta pasada; vedme aquí jurando contribuir a vuestra dicha por cuantos medios estén en mi mano; yo no os amaba, lo confieso; mas al saber vuestros padeceres, al mirar vuestro llanto, ¿quién podrá no adoraros? Pues bien convertiré este cariño en favor vuestro: mandadme, disponed de mí; lejos de considerarme vuestro esposo, permitidme ser al menos vuestro caballero, y mis obras estarán sujetas a los mandatos de Matilde. Pueda borrar con mis afanes la cruel impresión que os he causado, y sea al fin un instrumento de vuestras dichas como lo fui de vuestra desventura. Y el caballero, de rodillas al pie del lecho, inspiraba el interés más vivo; y la joven al mirarlo, hubo de llorar; y el padre Armando de enternecerse.

-Dios premiará vuestras laudables intenciones, noble joven -le dijo, abrazándole-; trabajemos juntos en la felicidad de esta inocente; vos no pudierais esperar amor de su corazón ni tranquilidad en el vuestro. Cededla, pues, a su legítimo esposo; marchemos a Barcelona; hablaré con el soberano, dirigiré los pasos de todos, y quizá se olviden vuestros desaciertos, y os considere como un amigo esta misma mujer a quien habéis sacrificado. Idos solo; Matilde bajo mi custodia y la de Gualterio irá a la corte; destinarala el conde al lugar que le plazca; y si un día, por la intercesión del príncipe, deja de ser vuestra esposa, entonces podrá amaros, y aun concederos un lugar en el pecho de la reina su primer amigo.

-Sí, sí, señor caballero -exclamó la virgen, expresando una celestial sonrisa, con los ojos todavía humedecidos-; después de mi esposo a vos amaré como a mi protector, pues será obra vuestra mi ventura. El cielo os ha inspirado lástima, vedme aquí próxima a expirar de dolor; pero vuestras palabras me alientan, mi existencia renace, y aun todavía me atrevo a

concebir la esperanza de momentos más felices. Sed vos mi amparo; socorred a la inocencia oprimida; Dios perdonará vuestros errores, y Matilde os amará con la ternura de una hermana.

La joven se había ido incorporando en el lecho, mientras se esforzaba para decir sus sentimientos; pero al fin, vencida por la debilidad, tendiose de nuevo, mirando con aire suplicante a Gerardo y al religioso.

-Tranquilízate -le dijo éste-; Dios ha movido el corazón de este caballero, y no en vano habrá jurado contribuir a tu dicha: cálmate pues, reposa mientras nosotros disponemos cuanto debe conducirnos al fin apetecido.

-Sí, sí; padre; yo me sosegaré -exclamó la virgen-; yo reposaré tranquila; mi felicidad está en las manos de ambos, y no pesa el verla colocada en ellas.

-Ante todo, importa -dijo el abad a Roger- que Gualterio ignore vuestro matrimonio, pues de otra manera inútiles serían nuestras promesas y trabajos; la muerte de uno de vosotros fuera el resultado de un inevitable combate. Partid a Barcelona; yo, lejos de abandonar a la heredera, me trasladaré con Gualterio y ella a la capital cuando su salud lo permita. Iremos hacia Balaguer en busca del conde, quien aprobará vuestras rectas intenciones, ayudándonos su protección y auxilio a llevarlas a cabo. Apenas esté Monsonís conmigo, tomad el caballo y salid; éste es el medio más prudente en tales circunstancias, y tal vez el único capaz de salvarnos.

El caballero estaba corrido, pesaroso, verdaderamente lleno de angustia, roíale el corazón la memoria de lo pasado; mas no le agradaba tampoco dejar a Matilde con su amante: juró hacer quebrantar el nudo que los unía, y su alma no se hallaba enteramente satisfecha de generosidad tan grande. Sin embargo, no hubiera medido las armas con Gualterio sino en estrecho lance; y escudado con las disposiciones del padre Armando, no era en su concepto una cobardía huir del riesgo. Prometiendo, pues, ceñirse a cuanto se le mandaba, se separó del abad para aguardar el instante favorable a su partido.

Ernesto de Otranto y los guerreros salidos de Balaguer con el hermano de Casilda habían llegado a las inmediaciones del castillo de Sangumí; mas las ruinas que desde lejos veían no convidaban a introducirse en un edificio, próximo, según las apariencias, a desplomarse totalmente. La orden llevada por Ismael de parte de su amo les decidió a presentarse en el patio, en donde se enteraron de las desgracias sucedidas.

A breve rato, el abad razonaba con Gualterio; y Roger; poniendo en ejecución los preceptos recibidos, emprendió su marcha a Barcelona. El estado de este joven era verdaderamente extraordinario; y en pocos momentos había sufrido una mudanza superior a la previsión humana. Esta mudanza era todavía más terrible en cuanto se comunicó a su alma contra todo lo que él pudiera nunca haber imaginado: la ambición y el interés le movieron a pedir la mano de Matilde; la ambición y el interés sofocaron los débiles destellos de lástima que inspiraban los quebrantos de la virgen; aquellas dos pasiones le hicieron enlazarse con la joven, a despecho de todos los sentimientos humanos; y cuando estaba próximo a gozar de su triunfo, las lágrimas de la doncella, causando viva conmoción en su pecho, trastornaron sus propósitos. Por un cambio extravagante, y

que prueba las anomalías del corazón del hombre, no pudo interesarle la virgen al implorar su socorro contra las tiránicas violencias del hermano; y ahora, cuando ya nada podía contrastar sus deseos, amó repentinamente a la heredera; y en el mismo instante sus lágrimas, sus ruegos le forzaron a renunciar a su posesión, con tanto ardor anhelada. Hostigado por aquel fuego, renunció a todo; y quisiera no haber renunciado y deseaba sacrificarse por su esposa, y no podía concebir con tranquilidad la idea de que otro la poseyera, sin hallar tampoco medio de transigir tantos intereses, tantas contrariedades, tantos sentimientos.

Mil veces quiso volver las riendas del corcel para disputar con las armas la mano de Matilde; mil veces siguió su camino con una conformidad para él mismo incomprensible; y otras tantas estuvo tentado de restituirse a su casa sin tomar parte en pro ni en contra en los negocios de la virgen.

Complacíase estimando insuperables las dificultades que se opondrían a los deseos de la hermana de Arnaldo; y a lo mejor se le presentaba con los colores más halagüeños la felicidad de aquella inocente criatura, y repetía en su corazón las bendiciones con que su linda boca agradecería los beneficios nacidos de su proceder generoso. No podrían decirse los sufrimientos del desconsolado mancebo en el corto trecho de su ruta, y lejos de recobrar la tranquilidad pisando los umbrales de su casa, allí más y más le agitaron los mismos pensamientos. Entregado a ellos, esperó en Barcelona la llegada de su rival, de su esposa y del abad Armando.

-Vuestra misión está cumplida -decía éste-. Sólo hemos de aguardar que la salud de Matilde permita hacer el viaje, y entonces es fuerza partir a Barcelona.

-Mas, ¿por qué no he de casarme aquí mismo? -interrumpió Gualterio-. Vos podéis unirnos, y yo vuelvo a Balaguer a dar cuenta al príncipe de cuanto ha sucedido.

-Es imposible -insistió el padre Armando-. Don Ramón os prestó su auxilio para que arrancaseis, a la heredera de este castillo, la llevaréis a donde él se encuentra; y os prometió unirnos allí, bajo el amparo de su autoridad suprema.

-Es positivo -contestaba el caballero-; pero el conde habló en la suposición de oponerse Arnaldo a nuestro enlace, y no ser factible verificarlo sino a su vista; mas ahora aquel no existe, y no debe esperarse más tiempo, pues cesa la razón porque Berenguer dispuso las cosas de esta manera.

-Las órdenes de los soberanos -repuso el abad- no admiten interpretaciones; y vos debéis ceñiros estrechamente a ellas. Además, cuando todavía suenan en este castillo las últimas palabras del difunto caballero, ¿estimáis cosa razonable celebrar una boda entre vos y su hermana? ¿Qué necesidad hay de manifestar a todo el mundo que la muerte de Arnaldo no es llorada por nadie? ¿Por qué se han de hacer notorios los desagradables secretos de esta familia? ¿Y por qué vuestra boda no ha de ser pública, magnífica, solemne, y cual corresponde a las dos casas? ¿Seríais capaz de alejaros de esta tierra sin dar noticias de voz a vuestro padre, sin recibir su santa bendición, sin abrazar a Casilda, sin rogarle que venga a sostener a su amiga, a consolar sus padeceres, a contribuir a su salud?

-Tenéis razón, padre mío -contestó Monsonís-: he de visitar a mi padre; he

de oír de nuevo su consentimiento y traer a mi hermana; mas antes he de ver a Matilde, y castigar en ese mal caballero Roger los tormentos padecidos por mi esposa.

-No queráis aumentar el número de las desgracias -opuso el padre Armando-; Dios ha castigado a Arnaldo, y sólo el conde de Barcelona tiene derecho de imponer una pena al joven cuyas demasías contribuyeron a los males de Matilde. Vos debéis cumplir vuestro destino; y no os es lícito emprender cosa alguna hasta expiar el tiempo o verificarse la condición con que os es fuerza comprar la gracia del soberano. Ni vos querréis matar a Roger como lo hiciera un asesino, ni él venderá su vida tan barata que estéis seguro de salir ileso del combate; y yo no puedo calcular los resultados del enojo de Berenguer si traspasarais los límites de su licencia. En orden a ver a Matilde, ya sabéis que vive; que yo me quedo a su lado; y bien os consta cuanto pudiera agravar su situación un coloquio con su amante. Moderaos, Gualterio amigo; id a recibir la bendición de vuestro padre; haced que venga Casilda, y en breve partiremos para Barcelona, y dejada en ella y en donde os plazca la heredera, es preciso correr a dar noticia al conde de cuanto hemos obrado. Dejad a mi cargo todo este negocio; yo sé cuáles son las intenciones del príncipe, y mi sola guía es el tierno cariño que profeso a esta joven, y el interés vuestro.

Harto sensatos eran los discursos del monje para oponerse el del Ciervo; y aunque le fuera muy doloroso separarse de su querida sin hablarle, hubo de suscribir a esta condición amarga, y tomar el camino de la casa de su padre, con tanto más motivo cuando no sabía si los desastres de todo aquel territorio pudieron haber alcanzado el castillo de Monsonís; partió, pues, con Ernesto, dejando a Ismael con encargo de avisarle cualquiera novedad que allí ocurriera.

El padre Asberto al ver ejecutarse todas estas operaciones, cuyo resultado había de ser dejarlo sólo con su superior, temía más y más el instante de ser requerido para darle e trecha cuenta de su conducta. No le hizo esperar mucho el abad, pues el mismo día en que emprendieron los dos caballeros las distintas rutas que hemos visto, le llamó a uno de los aposentos de la casa de Matilde. No se traslucían en su semblante el ceño ni el enojo; al contrario, indicaba serle muy molesta la conferencia, y más bien se le creyera dispuesto a compadecer y a perdonar los extravíos del súbdito, que a ordenarle severo castigo.

En disposición bien diversa se presentó el hipócrita monje. Cubierto de mortal palidez, girando con espanto sus torcidos ojos y con la cabeza inclinada al suelo, bastaba verle para considerarlo coma un delincuente, cuyo descubierto crimen iba a ser castigado por un prelado severo.

Detúvose en la puerta de la estancia sin alzar la vista hacia su juez, ni hacer el menor movimiento capaz de indicar que existía.

-Sentaos, padre -le dijo el abad-, y responded sincera y brevemente a mis preguntas. ¿Qué objeto os trajo a este castillo?

-El deseo de salvar el alma de Matilde de Sangumí.

-¿Y quién os encargó misión semejante?

-Rogome que lo hiciera el caballero Arnaldo.

-Vos solicitasteis mi beneplácito para visitar a vuestros parientes, ¿cómo os encuentro, pues, en este lugar tan distinto del otro a que debíais encaminaros?

-En Barcelona hallé a Arnaldo; me pidió que viniese a su castillo; y tratándose de la salvación de un alma, no vacilé un punto en cambiar mi ruta.

-Me son conocidas todas vuestras intrigas; sé, uno por uno, todos vuestros pasos; las conversaciones que habéis tenido, las personas con quienes os rozasteis, los planes que concebisteis, los consejos que de vos se recibieron, y hasta vuestras ideas que son notorias, porque las obras las ponen de manifiesto. Mi espíritu se estremece al reflexionar lo que habéis hecho en este día; y mi entendimiento puede apenas concebir la enormidad de vuestro delito. ¿Conocéis, padre Asberto, toda la importancia de los sucesos que deben ser su necesario resultado? ¿Podéis reflexionarlos un momento sin horrorizaros, sin quedar confundido, y abominar vuestro crimen; confesarlo, volver a Dios vuestro corazón, y derramar lágrimas de sangre implorando su misericordia? Vos abusasteis indignamente del augusto carácter del sacerdocio; habéis entrado en el templo del Señor con la conciencia cargada de un enorme crimen; habéis visto las lágrimas, el dolor, los esfuerzos de Matilde; conocíais su inocencia, sí, la conocíais cual su mismo hermano; erais testigo de la crueldad con que era arrebatada al lugar del sacrificio; y no habéis alzado vuestro brazo amenazando con la venganza divina al injusto y tirano caballero que abusaba de la debilidad y del estado de su hermana. En lugar de tender la mano al caído para que se levantara; en vez de ensalzar al humilde, os habéis conjurado contra él; armasteis un lazo en que diera el último tropiezo; y despreciando la cólera del cielo, en medio del horroroso estruendo con que el Señor amenazaba a los malvados, vos mismo no dudasteis en bendecir, en nombre de ese mismo Dios, a quien estabais ultrajando, una unión forzada, un lazo violento y cruel que debía traer desventuras sin término sobre la víctima inocente.

Detúvose al llegar aquí el abad; recorrió en un punto todos los horribles sucesos que podían ser efecto de aquel matrimonio; y se apoderó de su alma un terror espantoso, que bien se traslucía en las arrugas de su frente, en la contracción del rostro, y en su extraviada vista. El padre Asberto nada contestaba; desde que el abad empezó a reconvenirle, había fijado sus ojos en el suelo; y aguardaba todavía la misma postura, efecto, no de humildad ni de remordimiento, sino de desazón con que oía las reprensiones del prelado. Maldecía el momento de su entrada en el castillo, no porque se arrepintiera de lo hecho, sino porque la venida del abad le auguraba desagradables castigos y la subitánea muerte de su protector grandes quebrantos en premio del trabajo empleado en su obsequio. Gualterio había desaparecido, y por entonces podía contar con un enemigo menos; así, resuelto a sufrir cuanto al abad le pluguiera decirle, callaba, ya porque nada era capaz de contestarle, ya porque, guardando un constante silencio, se acabaría más pronto el interrogatorio comenzado:

-No sé -dijo el padre Armando- si os causan sensación mis reconvenciones; debieran causárosla; pero no me es dado penetrar en vuestra alma, ni comprender sus afectos. Si al presente no calculáis cuántos daños habéis acarreado, lo haréis dentro de pocos días; y confío también que Dios tocará vuestro corazón, concediándoos su gracia para que reconozcáis vuestras faltas, las confeséis y os sintáis arrepentido. Si tal hicierais, la infinita misericordia del Señor podrá alcanzaros; y si vuestra vida ha

sido poco ejemplar hasta ahora, compensen al menos sus últimos años lo perdido en los ya pasados. Los graves sucesos de este castillo, y la mucha prudencia y meditación que exige el buscarles remedio, ocupan sobradamente mi espíritu para poder dedicarme, según debo, a convencerlos, y a lograr la abjuración de vuestros errores; mas será mi primer cuidado cuando el soberano me conceda volver al monasterio. Id vos allí al momento; y, encerrado en vuestra estancia, preparaos a la oración y a la penitencia con que debéis implorar la misericordia del cielo. Marchad, padre, marchad luego a nuestra santa casa; en ella se os recibirá sin prevención alguna. Nada refiráis de lo acontecido; y a mi vuelta procuraré conducirlos, con la ayuda de Dios y de nuestro santo fundador, por la única senda que a vuestra salvación le queda.

Bendíjole el prelado, y le acompañó hasta la puerta del castillo, desde donde mandole nuevamente dirigir sus pasos al monasterio. Allí se encaminó el malvado lleno de confusión y de temores, aguardando con no pequeña zozobra la llegada del austero Armando.

Ileso salió de la tempestad el castillo de Monsonís. Romualdo la contempló con aquel temor natural en el hombre, reas con la resignación y la conformidad del justo. Casilda, pusilánime de suyo, y a quien afectaban en gran manera los pequeños accidentes, cual sucede a todas las personas de su temperamento, había pasado los tres días más fatales de su vida. Al arribo de Gualterio todavía estaba el castillo lleno de gentes, pues acudieron a aquel robusto edificio a buscar un asilo que no ofrecían las casas de la aldea. Casi todos los vecinos rodeaban al caritativo Romualdo y a su hija; todos juntos habían alzado las manos al cielo, y la tormenta perdonó al territorio entero. No dejaron de acaecer desgracias; mas eran de poco momento comparadas con las de otras partes. La presencia del hijo alarmó al cuidadoso anciano; mas sabido el motivo de la visita, abrazole tiernamente, y sus lágrimas bañaron el rostro del amoroso mancebo. Contó los trastornos del castillo de su amada, la muerte de Arnaldo, los planes del abad y las disposiciones tomadas para mostrar al conde con cuánta escrupulosidad se obedecieron sus mandatos.

Todo la aprobó Romualdo; y hubo de abrazar nuevamente a su hijo elogiando la bizarría de que dio clara muestra en la empresa de Balaguer. No fue Casilda del mismo dictamen; pues reputó la cosa por sobrado arriesgada, y a don Ramón por muy exigente. Tampoco convino en que Matilde y Gualterio se dirigieran al instante a Barcelona, pues, a su entender, lo primero era casarse; y en todo caso, para no irritar al soberano, ocultar el matrimonio hasta conseguir su permiso. Temía la doncella que se cruzara algún inconveniente capaz de trastornar otra vez la ventura de los jóvenes, y parecíale más acertado asegurar el partido. De su dictamen fuéramos nosotros a ignorar los sucesos de Sangumí; mas ella que nada sabía, lisonjeábase de convencer al padre Armando para que uniera a los jóvenes antes de marchar a la capital. Reíase Romualdo del atolondramiento de su hija; y al fin le impuso silencio, haciéndole entender con cariñosas palabras el desacierto de sus planes.

No hubo dificultad por parte del anciano en que Casilda se trasladase al lado de Matilde, para consolarla y prestarle oportuno auxilio; mas exigió, como condición indispensable, la presencia de Gualterio para compensar la falta de la doncella. En efecto, fue a Sangumí, y como no había secreto

alguno entre las dos señoritas, no transcurriera una hora de su llegada cuando estaba ya en todos los pormenores de lo sucedido, y confundía sus lágrimas con las de la heredera. Consolábanse con el abad, cuya prudencia y recto juicio las infundía una confianza que no desvaneció el monje, pues bien se le alcanzaba cuanto podía contribuir al restablecimiento de la hermana de Arnaldo.

Ismael, taciturno y sagaz observador de cuanto pasaba en el castillo, no podía adivinar la causa de tantas lágrimas, de tantas reservas; y, sobre todo, traía inquieto la ausencia de su amo, obra, en su concepto, del padre Armando. Varias veces oyeron al del Ciervo hablar en mal sentido del padre Asberto; y su precipitada huida le indicó que no deseaba encontrarse mano a mano con Gualterio. Roger se había marchado solo, camino de Barcelona; Monsonís no parecía, y la hermana se presentó sin ir acompañada del mismo. Todos estos accidentes, para él inconciliables, no le hacían concebir lo que allí estaba pasando; mas eran bastantes para indicarle que se trataba de alejar a su señor, amén de ocultarle algún asunto importante. Su religión y su traje eran poderosos obstáculos para sacar fruto de sus pesquisas: todos los criados del castillo le miraban con prevención; y sólo el favor de su amo era capaz de ponerle a cubierto de las burlas y picantes sarcasmos de los servidores de Sangumí. No obstante, resolvió no perder un ápice de los sucesos; y tomar el caballo hacia Monsonís en el instante de ver alguna cosa contraria a la voluntad del cruzado.

Desvaneciéronse sus recelos a los seis días viéndole parecer de nuevo. En efecto; Matilde ansiaba salir de aquel angustioso estado; y el mejor medio era, sin duda, partir para Barcelona, y separarse de su amante, dejando a la prudencia y dirección del confesor las operaciones sucesivas. No ya restablecida de sus padeceres, cuyas señales impresas en su delicadísima constitución nunca jamás se borraron, pero sí en estado de hacer el corto viaje hasta la capital, quiso verificarlo con Gualterio. Casilda volvió al lado de su padre; Ernesto y los caballeros salidos de Balaguer con Monsonís, volvieron al ejército del conde; y la heredera, acompañada de su amante, del abad y de Ismael, dirigióse a la ciudad, a buscar grato refugio contra tantos y tan terribles azares.

Fora della corazza il lato praneo
E di venire al cor trova la strada

ARIOSTO.

Al contemplar a Ismael en la puerta del monasterio de San Pedro de las Puellas, dijérase que le habían clavado en aquel sitio. Sus brazos estaban en cruz sobre el pecho, sus ojos clavados en el suelo, y la mano derecha se le escurría bajo el mango de la daga colocada en el cinto. Sin mover

absolutamente la cabeza, dirigía sus miradas de reojo hacia el patio del monasterio, por donde esperaba ver salir a su amo. El último soplo de la brisa de aquel día agitaba de tanto en tanto el chal, arrollado en su cuello; y aunque tal vez la punta le azotara el rostro, a semejante incomodidad no quería darle importancia. Seguro de que los dos caballos arrendados a una reja no podían soltarse, oíales patear y rebullirse con la mayor indiferencia. Los habitantes de la ciudad que, concluido el trabajo, íbanse a sus casas, dirigían una mirada al sarraceno, registrando su traje, y exclamando acaso: «¡Un moro!»; y diciendo cuánto les chocaba verle cabalmente en la puerta de un convento de monjas.

De sobrado interés era el negocio que Ismael revolvía en su cabeza para observar entonces cosa alguna. Al partir Gualterio de casa a fin de visitar a Matilde, colocada por de pronto en el monasterio de San Pedro, le dio orden de estar allí con los caballos cuando anocheciera; mas el paje, resuelto a comunicarle las noticias adquiridas el día mismo, no supo aguardar el momento de la cita, y marchó tras del cruzado. A la sazón había hora y media que esperaba, conservando la misma postura, y consumido de impaciencia. Al indicar el toque de la campana el instante de cerrarse las puertas del virginal retiro, separose el del Ciervo de su querida el ruido de la armadura, restallando en el patio, hizo salir de su inmovilidad a Ismael; y corrió ligero hacia los caballos, a fin de presentar las riendas a su señor.

-Salgamos de Barcelona -exclamó éste-: necesito respirar el aire libre antes de meterme en mi habitación a discurrir con el padre Armando.

-Si al servidor -observó el paje- le fuera lícito platicar ingenuamente con su amo, le diría que a otra cosa mejor pudiera dedicarse esta noche.

-Habla cuanto quieras -repuso el cruzado-, pues quizá alguna de tus ocurrencias me aproveche. ¿Cómo juzgas que pudiera emplear mejor la noche?

-Haciendo todas las diligencias necesarias para encontrarnos con el caballero Gerardo de Roger, y matándole en el mismo instante del encuentro.

-Ése es el modo con que a ti te place deslindar todos los negocios; espero dar ese golpe; mas todavía no es tiempo.

-Si lo matarais allá en Asia, no hubiera estorbado ahora vuestros proyectos.

-No alcanzo qué razón te hostiga para hablar en tales términos contra aquel caballero. ¿Recibiste acaso algún agravio de su parte?

-Si así fuera, lejos de mí encargaros a vos la venganza; pues si bien las costumbres de esta tierra me vedan poner las manos en hombre de su clase, allá en la mía no se conocen diferencias; y en la ciudad, en el desierto y doquiera puede un discípulo de Mahoma tomar satisfacción de un ultraje, sin atender a la calidad de la persona de quien lo recibe; mas vos sois un igual suyo, y por lo mismo os es dado vengaros.

-Tú me encubres algo; y ya sabes cuánto me disgustan los enigmas y vuestro embrollado lenguaje, entre cuyas frases es imposible columbrar el sentido de vuestros discursos.

-El servidor lo echará a un lado acomodándose al de su señor, para decirle que, cuando el terremoto arruinó la mitad del castillo de Sangumí, el padre Asberto acababa de casar a Gerardo de Roger con la señora, en la

misma capilla donde todavía los hallasteis.

Gualterio paró de repente el caballo, al oír tales palabras; retuvo el aliento, abrió los ojos para mirar de hito en hito a Ismael; y en aquella actitud dijérase que los movimientos de su cuerpo y las sensaciones de su espíritu habían quedado absolutamente suspendidas. El agareno, sospechando que su amo dudaba, exclamó en tono firme y desusado:

-La verdad sale de mis labios, señor. El padre Asberto los ha unido para siempre: quitad la vida a vuestro rival, y la de ese viejo será víctima de mi mano; y mientras decía arrancó el puñal de la vaina, agitábalo en la diestra, y con la izquierda volvía las riendas del caballo, indicando al del Ciervo con la cabeza y los ojos que al punto se encaminaran a la ciudad para ejecutar su amenaza.

El ardor del paje tornó en su acuerdo al caballero; quien, derecho sobre los estribos, y empuñando la cruz de la espada, gritó, lleno de coraje:

-Sí; de mi mano morirá.

Y sin hablar más palabra, con la rapidez de su furor volaron a la casa de Vilamala.

El espíritu de espionaje, innato en el hijo del desierto, y su ardiente deseo de ser útil al paladín, excitáronle a no perder la menor coyuntura a fin de penetrar los misterios que entreviera en el castillo. El pajecillo de Matilde, si bien no asistió al matrimonio de su señora, estuvo perennemente en su estancia mientras con su acuerdo trazó el padre Armando los planes ya referidos. El traje de Ismael era suficiente para llamar la atención del niño y aproximarle al sarraceno: no se le ocultó a éste la poca reserva que con Rogerio se tenía, ni cuán fácil era obtener alguna explicación de su poca edad e inexperiencia. Su deseo fue satisfecho, pues el pajecillo a trueque de manosear al forastero, de reconocer su vestidura y de ir con él a caballo, revelárale el más importante secreto.

El interés por las cosas de Monsonís supo diestramente el mahometano hacerlo entender a la buena Elena, en términos que, no ya inquiriendo, sino afectando estar en todos los pormenores, confirmole la anciana servidora de Matilde cuanto le sonsacó al paje. Calculaba por lo mismo que al llegar a Barcelona ventilarían el negocio Gualterio y Roger con las armas en la mano, creyendo a su amo sabedor de todo; mas como luego de entrados en la ciudad observó la conducción de Matilde al monasterio de San Pedro, la falta de Roger, y en especial las disposiciones de Monsonís para dirigirse a Balaguer, su índole furiosa y vengativa no podía transigir con la calma del hijo de Romualdo.

Por de pronto, si el padre Asberto se hubiera presentado a su vista, tomárase él la libertad de darle el pago de sus maldades, y no sé decir si, en caso de encontrarse con Roger, se habría contenido. Su carácter indómito y feroz le presentaba la muerte de un hombre como materia muy liviana, mientras era para él inconcebible el verse ultrajado impunemente. Con el objeto de entender por qué el guerrero observaba tan diversa conducta, le dirigió la palabra al salir del monasterio; y como de sus contestaciones dedujo que nada sabía, no vaciló un instante en referírsele todo, tanto más gustoso cuanto comprendió ser la tranquila paz de su mano efecto solamente de ignorar el verdadero estado de sus negocios. Lleno de contento por ver al cruzado dispuesto a ejecutar la venganza que él reputaba por el más lisonjero placer del alma, llegó a la casa de Vilamala

harto más satisfecho que de ella saliera dos horas antes.

Desde el campamento de Balaguer envió el conde don Ramón al joven Ernesto de Vilamala a Barcelona, con orden de que al llegar a ella Gualterio lo condujera al ejército. Ignoraba Berenguer si se había efectuado el enlace de Matilde con Gerardo; mas sabiendo de antemano los proyectos de Arnaldo, la permanencia de Roger y del padre Asberto en el castillo de Sangumí, y como quien conociera todos los contratiempos capaces de retardar el viaje de Monsonís, recelaba con fundamento que pudiera llegar tarde. Estimaba la prudencia y el talento del abad bastantes a contener los primeros arrebatos del amante, a lograr separarlo de Roger, y a conducir a Matilde a Barcelona; pero bien se de traslucían los riesgos de la concurrencia de ambos mozos a la capital, y la actividad con que era preciso volver a Gualterio al ejército, antes de darle tiempo para vengarse del esposo de su amada; si ya Roger había adquirido este título. La amistad de Vilamala con Monsonís le indujo a encargarle esta misión, cuyo desempeño prometió el joven con la exactitud y presteza que los deseos del soberano reclamaban.

Desde el día anterior esperaba en Barcelona cuando llegó Gualterio, y como al otro fue acompañada Matilde, y a su amigo ningún negocio le detenía, fijó él la partida para la mañana siguiente a la tarde en que Ismael descubriera a su señor el funesto matrimonio de la heredera.

De ella se había despedido el amante, y en su plática permitiose Matilde un lenguaje imperdonable en su estado a no tener por objeto ocultárselo al mancebo. Apenas se presentó en la casa de Vilamala, dedujo éste por su rostro que algún grave pesar le tenía agitado.

-Tú no estás tranquilo, Gualterio -le dijo-, no puedo creer sea causa de tu desazón el deberte separar de Matilde, mucho menos cuando el conde aprobará tus acciones, acortándote su licencia para volver a unirse con ella; otra cosa es, pues, la que te trae apesadumbrado: ábrele el pecho a tu compañero de armas.

Pocas palabras le bastaron para dar cuenta a su amigo de cuanto por Ismael supo, y menos todavía fueron suficientes para comunicarle el furor encendido en el corazón del burlado amante.

-Sí; debes vengarte esta noche misma; pues no hay medio de retardar nuestra marcha a Balaguer sin incurrir entrambos en la indignación del príncipe. Sabemos la casa de Gerardo; antes de las nueve, sale de ella todas las noches para visitar a Eustaquio de Vilaplana, enfermo en el palacio de los condes. El trecho es corto, y hemos de reconocerlo para elegir en él el punto más solitario. La hora está cercana, y la menor dilación pudiera inutilizar nuestros Planes: no nos queda el recurso de esperar la salida, pues muchas veces no la verifica hasta la siguiente mañana. Vamos, Gualterio, combate cuerpo a cuerpo y fe de caballero con ese indigno amigo de Arnaldo de Sangumí, y si la desgracia ordena tu vencimiento, muere con la certidumbre de que te vengará la espada de tu hermano de armas. Si esta noche se frustrare nuestro proyecto, a la madrugada vendrás conmigo hacia Balaguer, difiriendo para mejor ocasión el cumplimiento de tus deseos; esta promesa te exijo.

-La tienes; partamos -exclamó Gualterio.

Y armados con el puñal y la espada, salieron de casa entrambos mozos, dirigiéndose con estruendoso paso hacia el camino que debía llevar el

odiado caballero. Cruzaron aprisa la plaza del palacio, vinieron por delante de la torre del vizconde, dejaron atrás la bajada de la cárcel; y acababan de atravesar la cercana plazuela de las Coles, para encaminarse a la iglesia de San Justo, a cuyas inmediaciones estaba la casa de Roger, cuando Vilamala detuvo a su compañero.

-Éste es el sitio -le dijo- en que debes derramar su impura sangre; ya se ha ejecutado aquí más de una venganza; detengámonos también nosotros en este lugar, propicio a los ofendidos, y funesto para los malvados.

Cogiéndole del brazo, trajo a Monsonís hacia el ángulo de la plaza que deja a la derecha quien viene del palacio; y señalándole con el índice una piedra metida en la tierra, y asomada como cosa de un palmo sobre el nivel de la misma.

-Mira esta piedra -le dijo en tono grave-: contéplala, Gualterio, y contéplala con satisfacción y con deleite. Fue testigo de una venganza terrible, y no en vano la habremos escogido para que lo sea de la tuya. Acércate, inclina tu cuerpo, baja la cabeza, reconócela minuciosamente; y repara si el último vislumbre del crepúsculo te deja entrever aún las señales que acreditan cuanto acabo de decirte.

Inclinose Gualterio: mirola con atención, registráronla sus ojos y sus manos; mas no pudo distinguir en ella el menor rastro de lo que su amigo le anunciaba.

-No te entiendo -dijo a Vilamala-: no veo cosa alguna capaz de aclarar tus enigmáticas palabras. ¿Qué puede haber acaecido en este sitio, y cuál delito se expió sobre esta piedra?

-Si el sol nos alumbrara -contestole su camarada-, reconocerás aún la última sombra del raudal de sangre que sobre ella se derramó hace doscientos setenta y cinco años. La techumbre de la casa inmediata defiende la piedra de las lluvias; y los siglos no han querido borrar las huellas del trágico fin de un tirano. Wifredo I, conde de Barcelona, fue acusado de infidelidad ante el emperador Carlos el Calvo por Salomón, conde de Cerdaña, Requerida Wifredo, hubo de presentarse en la corte de Carlos a desfacer la injuria con que su lealtad fue mancillada: mas un insulto recibido en el camino le obligó a sacar la espada y a dar muerte a uno de los conductores, cuyos compañeros le vengaron acabando con el conde al estar ya cerca de la residencia del emperador. Wifredo II, llamado el Velloso; había seguido a su padre; y después de pasar los primeros años en la corte de Carlos, le condujeron a la de los condes de Flandes. El año ochocientos setenta, cuando Wifredo tenía dieciocho de edad, enviáronle a Barcelona con el hábito de peregrino, para que consolara a su madre, la desgraciada viuda Almira, gimiente con los demás catalanes bajo el despótico yugo de Salomón, cuya acusación cobarde fue premiada con la gerencia del condado. Algunos varones leales a la familia de Wifredo, engendraron el odio en el corazón del mozo, moviéndole a la venganza. El tirano había venido de Cerdaña hacia el año ochocientos setenta y uno: y sabiendo el joven Wifredo, que a la sazón se paseaba por la ciudad, rigiendo poderoso caballo, en compañía de alguno de los suyos, salió de palacio a rostro descubierto, en unión con sus valedores; y tropezó en breve con el autor de las desdichas de su familia. Desafióle, a fuer de honrado caballero; y apenas habían puesto mano a las espadas, cuando el hijo de Wifredo atravesó con la suya el pérfido corazón de su contrario.

El mundo desapareció a la vista del tirano; y cayéndose del caballo se estrelló la cabeza contra esta piedra misma que tientan tus manos. Gualterio las apartó involuntariamente de ella al oír las últimas palabras de su amigo.

-Aquí, aquí mismo yació insepulto el cadáver, por espacio de tres días, mientras los catalanes pugnaban por las calles, con las armas en la mano, protegiendo unos a su joven príncipe, y procurando otros vengar la muerte de Salomón. Hubo de triunfar el partido de la justicia; y Wifredo el Velloso ocupó el lugar de su malogrado padre hasta el año novecientos doce¹¹, en que le plugo a Dios llamarle a mejor destino. Desde entonces, nadie por aquí pasa sin volver los ojos hacia este rincón de triste agüero; los padres cuentan a sus hijos la horrenda tragedia; y este lugar es mirado como el ara de las venganzas. Hágase, pues, en ella el sacrificio del rival tuyo, y tengan los malvados otro motivo de temblar al solo recuerdo de esta plaza.

-Caiga, pues -exclamó Gualterio, furioso, acercándose otra vez al ángulo que de continua le indicaba Vilamala-: caiga el cuerpo del cobarde atravesado por este acero; estréllese su cabeza contra la piedra fatal a los malvados. Renuévase en este sitio la antigua venganza de Wifredo y recobre yo a mi perdida esposa, como él lo hizo del usurpado cetro de su padre.

Requirió Monsonís la espada y requiriola su amigo; y sin decirse más palabra, quedáronse cual dos estatuas fijos en el mismo sitio, con un pie cada uno sobre la piedra, y clavado a la vista hacia la desembocadura del callejón por donde había de cruzar el desapercibido Gerardo. La noche había ya cerrado, atravesaban la plaza soldados y caballeros; y en medio de la oscuridad no eran vistos por nadie los dos irritados mancebos, que mientras, distinguían desde su puesto a los transeúntes, no cesaba de maldecir en silencio la tardanza del odiado enemigo.

Observado por Ismael el súbito furor de su amo y de Vilamala, y la repentina salida de entrambos sin llevar pajes ni escuderos, sospechó que el objeto de ella no podía ser pacífico. A no preciarse de ciego obediente de las órdenes de Gualterio siguiérale él con mucho gusto, ora por espiar su correría; ora por tomar parte en sus intentos, si eran de sangre, como imaginaba; mas no se atrevió a dar semejante paso; temeroso de su indignación.

El respetable padre Armando, que a la madrugada siguiente debía partir a Balaguer con los dos caballeros, fue a despedirse de Matilde, y a confortarla apenas la dejara su amante. Oída la minuciosa relación de cuanto entre los dos había pasado, aprobó la prudente tolerancia de la heredera, tranquilizó sus temores, hízole esperar un buen resultado de sus planes, bendíjola con ternura; y la dejó bastante consolada. Roger convino en no verla hasta que por la vuelta del abad supiese sí aún le era lícito reputarla como esposa, o si había llegado tiempo de cederla al rival más dichoso. La conversación del monje fue breve; y salidos apenas Gualterio y Vilamala de la casa de éste llegó a ella el abad, satisfecho del aspecto que iba tomando aquel negocio.

Las noticias de Ismael causáronle grave trastorno, pues el agareno no le ocultó la conversación tenida con su amo; y tales antecedentes le hicieron adivinar al religioso el objeto de la nocturna salida. Sin embargo, había

mandado a Gerardo que se mantuviera oculto mientras la permanencia de Monsonís en Barcelona; y esto bastara a tranquilizarle a no creer a los dos irritados mozalbetes muy capaces de ir a la casa del mismo Roger, y provocarle en ella a singular combate. Lo más prudente le pareció dirigirse a aquel lugar con el fin de contenerlos, si era tiempo, o buscar remedio, si aún lo tenían los males que ya hubieran sucedido.

Al cruzar la plaza do esperaban los dos guerreros, fue visto y conocido por ellos, y aun llegaron a sospechar el objeto que le guiaba: Gerardo estaba en casa, sin ánimo de marchar de ella, y por lo misma diole a entender el religioso, que el objetivo de su visita ora sólo recordarle sus promesas y afirmarle en ellas. En breve deshizo el camino andado, y entonces ya no les quedó duda a los dos cruzados de que había ido a la casa de su contrario. Dejaronle pasar tranquilamente, y sin embargo de semejante contratiempo, continuaron ocupando el mismo sitio con la confianza siempre de que más o menos tarde se dirigiría Gerardo a palacio. Corrían con lentitud las horas de la noche; y hacia el fin de ella observábanse ya en los dos amigos visibles señales de juvenil impaciencia.

-Ya no vendrá -dijo, al fin, Vilamala-; y la madrugada está cerca y es indispensable marcharnos.

-He aquí -exclamó Gualterio- lo que son los cobardes: el padre Armando sospechó nuestro intento y ha corrido a avisarle; y él, como mal caballero y hombre villano, se encerró en su casa y allí estará todavía cuando nosotros nos halleemos ya en el campamento de Balaguer.

-Es fuerza reunirnos al conde -repitió Vilamala-: van disipándose las tinieblas; y con dolor de mi cerrazón hemos de abandonar este sitio.

-Juzga tú cuál será el del mío -repuso Gualterio-; mas Dios lo permite así; corramos a nuestro deber: un día vendrá en que yo tome venganza de ese malvado, y debe ser en este lugar mismo.

-O en otro, si antes de dar la vuelta se te presenta favorable coyuntura -exclamó el compañero-. Hoy había deparado este la fortuna; pero más adelante puede ofrecer otro cualquiera, y todos son oportunos, y lo son todos los tiempos, cuando se trata de lavar una afrenta.

-Todos -gritó Gualterio-; y no me ha de faltar uno a gusto mío: Partamos. Y con prisa desatinada atravesaron las mismas calles para restituirse a la casa de Vilamala.

En la esquina de la plaza del palacio volvieron simultáneamente los ojos hacia atrás, por si se hubiere presentada Gerardo; mas viendo que en todo aquel trecho no había persona alguna, echáronse una mirada de inteligencia, unieron sus manos; y antes de una hora abandonaban ya la capital, para presentarse al conde de Barcelona en el campamento, desde donde amenazaba la existencia de Abil-Zara y de los suyos.

El padre Armando no dio muestra alguna de saber lo sucedido en la pasada noche; y los dos jóvenes, por su parte, guardaron profundo silencio, pues bien conocían que su intento no debía merecer la aprobación del monje. Caminaba Ismael detrás de todos, procurando arreglar en su mente tantos y tan raros sucesos. Iba compañero suyo el paje de Vilamala; y a decir verdad, sospechamos que prefiriera ir solo, pues, como cristiano neto y de los de cuño antiguo, no le hacía maldita la gracia el roce de un musulmán. Forzado, no obstante, a estar cerca de él, no daba indicios de

displicencia; pero sí tenía resuelto en su interior no hablarle en todo el viaje. Dábasele poco al ismaelita de semejante taciturnidad, análoga a su carácter, mucho más cuando él tenía humos de hombre pensador y dispuesto a todo, mientras reputaba a los pajes y servidores de los caballeros por entes de más baja esfera e incapaces de empresa alguna. Los cinco viajeros iban callados y veloces, pues hartos les convenía a los tres de delante estar muy luego al lado del soberano.

La narración de Casilda conmovió de veras a Romualdo, y le hizo convenir con ella en orden a que el negocio debía tener un fin aciago, y capaz de costarle la vida a su hijo. Por de pronto, no le ocurrió al anciano otra persona de quien valerse que Santiago. Gozaba de mucha consideración en el castillo; había frecuentado la corte con su amo, y por otra parte no era menguado en término de no podersele encomendar un negocio de importancia. Envióle, pues, el señor de Monsonís a Berenguer con las instrucciones y escritos indispensables a su objeto, reducido a suplicar al magnate que contuviese a Gualterio, e interpusiera su poderoso influjo para conseguir la invalidación del matrimonio de Matilde y dársela a su hijo por esposa. Mientras el del Ciervo salía de Barcelona, se encaminaba Santiago al campamento de Balaguer, a desempeñar su comisión minuciosamente explicada, y mil veces repetida.

Quien penetrara en el monasterio de San Pedro de las Puellas, creyera, al primer golpe de vista, que Matilde era una princesa reclusa allí, como en un lugar de refugio, por alto destino. Dos religiosas: estaban destinadas para acompañarla de continuo; la respetable abadesa se desvivía por complacerla; y todas las restantes vírgenes rivalizaban en celo por servirla y consolarla: tanta solicitud y tantos esmeros, lejos de causar algún alivio al afligido pecho de la señora, atormentábanla doblemente, porque carecía de libertad para desahogar sus quebrantos. Aquel corazón con tanta dureza macerado, necesitaba arrancar profundos y dolorosos gemidos; sus ojos tenían precisión de verter abundantes lágrimas, érale indispensable postrarse ante Dios para reclamar su compasión y su socorro; y la presencia de tantos testigos ofrecía para todo esto un obstáculo invencible. Durante el primer día estuvo sujeta a las disposiciones de la abadesa; y cuando esperaba el silencio de la noche para entregarse libremente a sus ideas, al llanto, a la desesperación que la devoraba, vio parecer en su estancia a una joven hermana de obediencia; con orden de guardarle el sueño, y de entretenerla en caso de no poder conciliarlo. Al siguiente día, con repetidas súplicas, consiguió quedarse sola al anunciar la campana la hora del retiro, y no bien saliera la última monja deseándole para la noche un descanso que estaba muy lejos de su conturbado espíritu, dejase caer Matilde en el taburete inmediato a los pies de la cama. Tendió sobre ésta su fatigada cabeza; y después de un largo y profundo gemido, empezaron sus ojos a derramar el copioso llanto, retenido desde el instante en que abandonó la morada do había pasado su dichosa infancia. Su corazón logró algún desahogo; respiraba más libremente; habíase aligerado la enorme fatiga, cuyo peso la tuvo postrada durante tantos días.

La media noche transcurriera cuando los ojos de la desdichada virgen derramaban todavía acerbo lloro; pero su dolor era más recio que en los primeros momentos de quedarse sola. Satisfecha la urgencia de la

naturaleza, habíala traído a la memoria el silencio de la hora su situación verdadera; y las lágrimas entonces ya no bastaron a calmarla. Al recuerdo de su enlace y de la precisión a renunciar a Gualterio, desvaneciase como un soplo la aparente tranquilidad de su espíritu. Las esperanzas de padre Armando pudieron lisonjearla un instante, es decir, aquél en que creyó no existir para ella remedio alguno, pues cuando en nosotros mismos no hallamos recurso a los padeceres que nos atosigan, ¡con cuánto placer abrazamos cualquier partido indicado por otro, y con cuál facilidad participamos de la confianza que nos manifiesta, muchas veces sin tenerla! Pero calculando las invencibles dificultades que contrastaban los planes del abad, los riesgos de Gualterio en el desafío a que forzosamente obligaría a Roger cuando supiera su himeneo, el absoluto abandono, resultado infalible de la falta de su amante; al recordar la compasión excitada en su pecho por la tranquilidad de Monsonís, debida a la ignorancia de los hechos, entonces despedazaban su alma tantos martirios, que se sentía próxima a la desesperación.

Sin una amiga, lejos de Casilda, de la anciana Elena, los buenos oficios de las religiosas éranle casi molestos; y por otra parte no sabía hacia dónde volver los ojos para encontrar una imagen consoladora. En vano llamaba al sueño en su auxilio; en vano, asomada a la ventana de la celda, esperaba que el fresco ambiente de la noche desvaneciera el ardor de su frente: todo era inútil; la desesperación iba introduciéndose en su pecho, y no había consuelo alguno capaz de neutralizar sus terribles efectos. Resolvió acudir a Dios en medio de sus angustias, y a pesar de la hora del silencio y de su temor, cogió una linterna y, saliendo de su cuarto, sin dar lugar a reflexiones emprendió con segura planta el camino hacia el coro de la iglesia. Fueron sus primeros pasos firmes y decididos; vacilaron en el segundo corredor, y a mitad del tercero iba cogiéndose a la pared y mirando a todos lados. Olvidada momentáneamente de todas sus desventuras, sólo sentía miedo, y diera todas las esperanzas de felicidad entonces concebibles, por hallarse otra vez en la estancia que abandonó un cuarto de hora antes. Sin embargo, el trecho de la retirada era mucho más largo, y la infeliz no lo andaría sin caerse muerta. Así, después de vacilar un instante, resolvió seguir su primer intento, y meterse en el coro para aguardar allí la luz del día, pues sin ella no se juzgaba con valor para desandar el camino hecho.

Al penetrar en el coro, le pareció sentir un ruido que la hizo estremecerse; mas no obstante, resuelta a correr el nuevo riesgo, volvió hacia dentro el vidrio de la linterna, y conoció clara y distintamente a una monja arrodillada, que de hito en hito la estaba mirando. Difícil sería decir cuál palpitaba con más violencia de los corazones de las dos jóvenes, y cuál de ellas más se arrepintió de haber salido de su celda. Fijas ambas en el lugar mismo, contemplábanse sin hablar, temiendo cada una que pudiera la otra no ser quien se había imaginado. La monja, cuyo corazón se hallaba más tranquilo gracias a tres años de conformidad religiosa, excedió a la de Sangumí en presencia de espíritu, y fue la primera en dirigirle la palabra.

-¿Sois vos, señora? -le dijo; y mientras hacía la pregunta temblaba de oír la respuesta de una voz diversa de la de Matilde.

-Yo soy -contestó ésta, conociendo por la suya a la religiosa-. Yo soy; y

creo que debe admiraros tanto verme en este sitio como a mí me sorprende hallaros a vos en el mismo.

-Durante las horas de la oración -expuso la monja- he dado cumplimiento a las órdenes de la madre abadesa; y vine a suplir aquella falta. Y a vos, señora, ¿qué cosa os conduce a este sitio?

-La oración también -dijo la heredera-; y si bien la mía no será tan fervorosa como la vuestra, espero que Dios querrá oírla; y tal vez remediar mis males.

-Sí hará -contestó la otra- si tal conviene, y si vuestra plegaria va acompañada de la confianza.

-La tengo, la tengo -interrumpió la desventurada esposa, llevando la mano al corazón-: sólo en Dios la tengo, pues me ha faltado ya la de casi todos los hombres.

-¿Y a quién no ha faltado? Todo acá abajo se desvanece cual sombra liviana. Todo pasa, señora; sólo las penas nos siguen constantemente: oremos, pues, yo uniré mis ruegos a los vuestros, y Dios nos escuchará, si pedimos con corazón sincero.

Y las dos vírgenes, enternecidas y llorosas, doblaron sus rodillas, y alzadas sus puras manos al cielo, comenzaron a orar. ¿Y podía la bondad divina no prestar oído a sus ruegos? ¿Se han dirigido jamás a ella un pecho inocente y una plegaria justa sin enviar al instante el pedido consuelo? No; jamás. Si alguna vez salimos de la oración tan afligidos como entramos en ella, si desde el principio no se conforta nuestra alma, a nosotros se debe, no a su amor inmenso. Nuestro corazón está manchado; nuestros ruegos son desrazonables; y la falta, hija de nosotros mismos, la atribuimos, impíos, al que nunca faltar puede.

Durante largo rato guardaron las dos jóvenes su posición primera; largo rato duró su fervorosa súplica y llegó hasta el Señor. No rogaron en vano; pues sus corazones experimentaron el consuelo; nada una sintió menguados los males que la afligían, y entraron ambas en una estancia, llenas de aquella ternura religiosa, que es el fruto de la inagotable bondad divina.

Marchemos, marchemos, la bandada ha tomado el vuelo; soltad los perros y los halcones; yo voy a ocuparme con actividad en su persecución, sin perder más tiempo en un reposo indolente.

FENIMORE COOPER.

Aunque a punto fijo no le fue posible a Selí-Akem (actualmente custodiado en una tienda) adivinar lo que pasaba en el campo de los cristianos, la noche en la cual Gualterio clavara el estandarte de los catalanes en los muros de Balaguer, no obstante se formó de ella una aproximada idea, creyendo, por lo mismo, que, dispuestos a aceptar el desafío dentro del

término fijado, quisieron antes echarle un guante a la fortuna. Menos satisfechos estaban Vilamala, Canet y Rinelles, pues si bien atinaron el motivo de habérseles enterrado, prefirieron dar su fe de no intervenir en el combate a trueque de conservar la libertad. Recobraronla a la madrugada, y sabido el mal éxito de la tentativa de los suyos, con doble razón se apercibieron para la lid contra los tres guerreros enemigos. Despidiose de ellos el del Ciervo, felicitándoles anticipadamente por la victoria, mientras los otros lo hacían por el valor con que diera cima a su arriesgado empeño.

Volvió Selí-Akem a la ciudad con la respuesta de los condes, reducida a admitir el desafío, y señalar para él la próxima mañana. La osadía de los cristianos hizo terrible impresión en el ánimo de Abil-Zara y de los suyos, de manera que los dos moros obligados a sostener en compañía del mismo el honor de la media luna, se negaron redondamente a presentarse en el palenque. Semejante falta de palabra manifestada por la boca de Abil-Abuk, irritó en tales términos a Zara, que no bien la oyera cuando yacía ya a sus pies el cobarde moro traspasado por el puñal del irascible caudillo. Selí; más cuerdo, esperaba oculto el éxito de la embajada de su compañero, y discurriendo al saberlo cuán fácilmente podía alcanzar la cólera del capitán moro su cabeza, huyó de Balaguer; dejando a Zara furioso y corrido por el concepto que semejante contratiempo haría formar de él a los cristianos. El mal, sin embargo, estaba hecho; y siendo inútil buscar quien reemplazase a los arrepentidos mozos, hubo de pasar por la afrenta de decir a Berenguer lo acontecido, aunque ofreciéndose a sostener sólo el desafío contra los tres cristianos. A semejante propuesta no podía condescender el honor de los catalanes; y el magnate, satisfecho de que se frustraría el proyecto, aceptado no más que por transigir con los suyos, hizo ver a Zara la inoportunidad de la segunda proposición; y ordenole al mismo tiempo que se rindiera a sus armas, amenazando con la muerte a quien en su nombre fuera osado a presentarse en el campo con nuevas embajadas. -Tiene razón -exclamó Zara al leer el mensaje-: hemos faltado a nuestra palabra; haciéndonos ya indignos de ser oídos: mas no importa. Esperemos a pie firme a los contrarios; y quizá una larga guerra tendrá para nosotros mejor resultado del que pudiéramos augurar de un combate sostenido por mí y por dos cobardes.

Esta reflexión hízole olvidar en parte su vergüenza; y se dedicó con nuevo ahínco a defender la ciudad, para mostrar a los catalanes que en cuanto a él tampoco les temía desde sus murallas como en cerrado palenque. Si no le fue posible hallar moros capaces de sustituir a Abil-Abuk y a Selí-Akem, todos los de Balaguer estaban llenos de ardimiento para sostener en masa su partido, y resistir los esfuerzos de los contrarios.

Don Ramón iba estrechando el sitio y sus oportunas disposiciones llevaban cada día nuevos guerreros de Barcelona, pues su objeto era acabar la guerra de una vez, atacando la ciudad, entrándola a la fuerza, y acabando con los infieles de un solo golpe. Por la mismo exigía la cordura que tuviera un éxito infalible.

A los veinticinco días de haber marchado, el caballero del Ciervo para ir al socorro de su amada, volvió a presentarse en el campamento, junto con Vilamala, el padre Armando e Ismael, quien resolvía en la mente un proyecto de venganza, cuya ejecución creía corresponderle a él solo.

Gualterio estaba triste y abatido: las últimas noticias del agareno, y el ningún fruto que sacó de los acontecimientos posteriores habían atormentado de recio su alma durante el viaje, y le tenían lleno de desesperación y de vengativa ira. Tampoco estaba satisfecho de la heredera de Sangumí. Su reserva era tan poco análoga al carácter franco y abierto del caballero, que se sentía muy dispuesto a juzgarla, si no por reprehensible, al menos por no digna de encomio. Quisiera oír de Matilde una relación minuciosa de todo lo acaecido; quisiera que procurara irritarle contra el rival; y mover su pecho a la venganza; entonces pelearía él con doble gusto, pues al natural deseo de dar muerte a Gerardo, añadiérase el placer de secundar la voluntad de su amada.

Vilamala, a fuer de despreocupado, consideraba aquella reserva en su verdadero punto de vista; y reñíase con su amigo para demostrarle con cuánta prudencia obraba la joven, y cuán recta fine la intención que le produjo su silencio. Al fin del viaje hubo de tomar parte el abad en aquella amistosa disputa; y cuando Gualterio supo de su boca las razones que obligaron a callar a la hermana de Arnaldo, aplaudió también su conducta, y se desvanecieron las crueles sospechas despertadas en su ánimo por la ciega precipitación de sus reflexiones. No logró el mismo resultado el empeño del padre Armando para calmarla y obligarle a remitir a la autoridad del conde la determinación de su suerte, pues ni los consejos ni las razones de la ira del soberano pudieron sosegar al mancebo, que, sostenido por Vilamala, insistía irrevocablemente en el partido abrazado cuando esperaba a Gerardo en las inmediaciones del palacio de la capital. A dos enemigos tan resueltos hubo de ceder el religioso; y aunque sin aprobar sus discursos; atúvose al silencio, y le remitió para sus adentros a lo que el príncipe resolviera.

Con tal disposición llegaron al campamento los viajeros mientras se estaban preparando los cristianos para dar de allí a dos días el asalto a las murallas de Balaguer, y los moros para oponerles invencible, resistencia. La venida de Gualterio acreció el valor de los catalanes; y el conde mismo la supo con gusto, como quien conocía cuánto de su valor y experiencia podía prometerse. En pocos momentos enteró el padre Armando a Berenguer de cuál se hallaba los asuntos de Monsonís, quien dejó que el religioso le precediera en presentarse al soberano. Condolido éste de las desgracias del joven pensó remediarlas, y ser indulgente si el del Ciervo se mostraba inflexible en la resolución de ventilar por las armas aquel negocio. El abad partió con la orden de esperar en Barcelona en compañía del padre Asberto la vuelta de don Ramón; y éste, a la caída de la tarde, mandó venir a Gualterio. No estaba irritado con el príncipe por conocer la justicia de cuanto le ordenara; pero se sentía muy dispuesto, si se trataba de disuadirle, a habérselas aunque fuera con un rey en cuya dominación estuviera comprendido el orbe entero.

-Ten valor -le dijo Vilamala al dejarle en la puerta de la tienda-: no te acobarden sus amenazas, no te rindas a sus pacíficos consejos; él no ha sido ultrajado, mas tú juraste vengarte y es fuerza que lo cumplas: si tus palabras despiertan su enojo y te encierran en una tienda, el sol de mañana le amanecerá a tu amigo por el camino de Barcelona, y antes de tres días correrá por alguna de sus calles la sangre de tu rival.

Estrechole Gualterio la mano; y alzando la visera de su rostro penetró en

la estancia del magnate. La dignidad y la nobleza campeaban en su semblante, dejando entrever, sin embargo, cierta afectuosa solicitud a favor del mancebo, mientras en el de éste se traslucía el interior coraje, temperado por el sumiso respeto de un súbdito que ama y venera a su soberano.

Al entrar el cruzado, se levantó Berenguer yendo a su encuentro, presentole la diestra para que la besase, y el afligido aspecto del caballero movible a olvidar por un instante su clase y a estrecharle en su pecho. Tan noble prueba de bondad y de cariño enterneció a Monsonís, y aun creo que hizo asomar una consoladora lágrima bajo sus párpados.

-Siéntate, amigo Gualterio -le dijo don Ramón, indicándole un banquillo de madera igual al suyo- y consuélate, pues Dios, la justicia y el conde de Barcelona están de tu parte.

-Todo lo puede, señor -dijo el del Ciervo-, el primero que habéis nombrado, y mucho los otros dos; no obstante os pido licencia para añadir que algo puede también mi brazo, mientras a Dios plazca conservármelo cual hoy lo tengo.

-Pruebas has dado -observó el magnate- de lo mucho que vale, y las tenemos, por dicha, muy recientes; injusto fuera no acceder a tu ruego. Pasado mañana tomarás, al menos lo creemos, una parte activa en el asalto de Balaguer; y sábette que estimamos necesaria tu espada para este golpe, en nuestro concepto decisivo.

-El deber, señor conde, me condena a ir con mis compañeros a donde me envían los mandatos vuestros, mas aun cuando el deber no existiera, como cruzado he de perseguir a los enemigos de mi religión doquiera los encuentre.

-Tal había siempre confiado de tu valor y religiosidad -dijo el conde-; y la manifestación de tus deseos me prueba con gusto cuán fundada es ésa mi esperanza. Pelearemos, pues, y venceremos, yo al menos así lo creo, y tengo para ello muy graves motivos. Mañana recibirán los soldados mis últimas instrucciones, y tú las oirás también como segundo jefe de los aventureros.

-¡Señor! -exclamó Monsonís-. Aún no me hice digno de mercedes, y sólo aspiro a vuestra indulgencia.

-Te perdonamos -respondió el príncipe- desde el momento en que vimos ondear nuestro estandarte sobre los muros de Balaguer; y éste es el día de hacer justicia a tu mérito. Serás, pues, el segundo de Vilamala, el padre, y cumplirás tu deber con el carácter de jefe, como lo hiciste siendo soldado. Déjese esto para mañana, y tratemos como amigos, ya me entiendes, acerca de tus negocios.

Las facciones del conde mudaron repentinamente el gesto que hasta entonces tuviera para tomar el de jovialidad y franqueza. Acercose al cruzado, puso una mano sobre la suya, mirole con cariño, y moviendo la cabeza de arriba a abajo, le dijo:

-¡Conque se ha casado! ¿Qué cosa pudo impedirte llegar a tiempo?

-Desafié a la naturaleza entera -contestó Gualterio-: lanceme al furor del huracán, atravesé montañas inaccesibles, huí del descanso por la noche; y, sin embargo, llegué un momento tarde: ya Matilde era esposa de Gerardo.

-Me pasma -observó don Ramón- cómo en aquel instante pudiste contener los arrebatos de tu furor dejando con vida a tu rival triunfante.

-¡Ah señor! Lejos de creer entonces efectuado el enlace, juzgué que mi llegada lo estorbaba; a saberlo, no hubiera podido ni siquiera, tampoco contenerme, sólo le permitiera salir de la capilla a parecerme tal lugar do los miraba; mas no importa, tomemos a Balaguer, volvamos a Barcelona, y entonces caerá víctima de mi espada en el sitio donde en vano le esperé toda la noche que permanecí en la capital.

La maliciosa observación del conde hizo creer a Monsonís que, abundando en sus mismas ideas, le permitiría batirse con el rival, así le dio cuenta de lo hecho y de lo pensado, cosas que entonces, eran mejor para no dichas.

-Eso ya es muy distinto -opuso el príncipe-: haberle vencido y muerto en el acto de la sorpresa, no extrañaría yo que te lo perdonara el conde de Barcelona; mas aguardarle una noche en la calle, cual si trataras de asesinarle y alentar todavía el proyecto de retarle a singular pugna, dudo que tal proceder merezca el beneplácito del soberano. En el castillo de Sangumí podía excusarse el lance con el instantáneo e inevitable coraje; mas ahora ha discurrido ya sobrado tiempo, y de nada sirven esas especiosas razones. Yo, al menos, creo tal el dictamen de Berenguer, y no me parece sino muy acertado.

Estas palabras indicaron al del Ciervo que la cosa iba tomando mal aspecto, pero como su interlocutor no variaba el aspecto jovial y franco, y por otra parte ni era tiempo de retirar la proposición soltada, ni estaba menos resuelto a obrar según sus deseos, contestó al momento:

-No lo juzgo así; y cuando el conde piense de esa manera debo extrañarlo, pues bien pudiera tolerar que se zanjara con las armas un asunto imposible de arreglarse en otros términos.

-Tampoco en esta parte -insistió don Ramón- soy de tu parecer, pues conceptúo que se obligará a Matilde a permanecer en el monasterio donde se halla hasta conseguir del soberano la anulación de su matrimonio, y hacerla tu esposa.

-Gustoso abrazaría yo semejante partido -interrumpió Monsonís- si Roger confesase públicamente que no quiere batirse, si estuviera seguro del bueno y pronto éxito de esa empresa, y si el poder del venerable conde bastara a condenar al silencio y al olvido la idea de cobardía y de vileza que mi extravagante calma hará nacer en el corazón de todos los caballeros; mas siendo esto imposible, juzgad lo que debo preferir entre el enojo del conde, y el desprecio de los hombres de honor y delicadeza.

-Harto desagradable es la alternativa -siguió Berenguer-, y yo discurriera mucho antes de decidirme por ninguno de los dos extremos.

-Yo, sin embargo, estoy por el primero, y sufriré todas sus consecuencias con tanta mayor conformidad, cuanto si a mí no me es dable no ha de faltar un amigo para hacer mis veces y vengarme.

-Lo malo será -exclamó el magnate; mirando fijamente al caballero- que el soberano, para entorpecer tus intentos, te quite la libertad, y contigo al joven Vilamala, a fin de que no supla tus ausencias.

No hubo de gustarle al hijo de Romualdo semejante indirectilla, pues se quedó un rato sin atinar en una respuesta. No lo aprovechó don Ramón para darle otra nueva carga; al contrario, le despidió con mucha jovialidad y agrado, recomendándole el descanso y la confianza en el príncipe, y recordándole la obligación de presentarse al día siguiente, en compañía de los jefes, a recibir órdenes,

Desapacibles consecuencias temió Gualterio de su plática con el magnate, pues a la verdad le dijo muy claramente cuáles eran sus intentos, y el otro le indicó, también sin rodeos, los obstáculos que opondría a su cumplimiento. El soberano no había de prevenirlo con medida alguna, pues esto fuera abusar de su franqueza; no obstante, se arrepentía muy de veras de sus imprudentes revelaciones. En la tienda le halló Vilamala meditando en lo mismo, y hubo de escuchar la narración circunstanciada de su amigo, y la serie de pensamientos por aquella entrevista sugeridos. El otro, al parecer; no dio a la cosa tanta importancia como Monsonís; y éste no podía atinar en qué se fundaba para echarlo a risa y oírlo con indiferencia.

-Pero hombre -le dijo Ernesto-; ¿no es natural en el conde figurarse que yo soy el amigo a quien le has nombrado? El padre Armando es incapaz de habernos vendido; tú no hablaste de semejante cosa a persona alguna; yo no me he acordado de ello; por consiguiente, Berenguer no lo sabe; lo calcula por que le consta nuestra amistad, porque le dijiste que los dos habíamos esperado a Roger en Barcelona, y sus conjeturas no le decidirán a encerrar a ninguno de entrambos hasta que algún acto positivo le revele nuestra intento:

-Convengo en ello -repuso Gualterio-; pero si entonces nos encierra, ¿quién pondrá en ejecución la venganza?

-¡Cómo si entonces nos encierra! -exclamó el otro, maravillado- ¿Pues acaso el primer acto positivo de cualquiera de nosotros no ha de ser la muerte de Gerardo? Y después de esto ¿qué nos importa ya la libertad?

-Es cierto -contestó Gualterio-: ésa será nuestra primera obra; y después haga el conde cuanto guste; yo me habré vengado y el soberano puede vengarse si se considera ofendido.

-No hará -dijo el amigo-: el conde quiere amedrentarnos, contenernos, si es posible; mas cuando el golpe esté dado y se declare a Roger muerto en combate igual, como morirá realmente, seremos perdonados.

-Yo no veo la cosa tan sencilla como tú -observó el del Ciervo-: mas sea como quiera, los resultados, los calcularemos cuando nos veamos próximos a sufrirlos.

-Estas últimas palabras -insistió Vilamala- manifiestan la perfecta armonía de nuestras ideas. Esperemos a estar en Barcelona, y, entre tanto, vamos a la tienda de mi padre a saber si nos toca pasar la noche a la intemperie, o si podemos convalecer de la fatiga de nuestro viaje.

Y los dos mozos, alegres, satisfechos y firmes en su resolución, salieron de la tienda con ligero y desembarazado continente. A pesar de la oscuridad de la noche vieran a poca distancia un guerrero con traje cristiano que, al parecer, les estaba aguardando. En efecto, al pasar por enfrente se metió el desconocido en medio de los dos, cogió con sus manos la diestra de Gualterio y la izquierda de Vilamala, y aproximándoles hacia sí cuanto pudo, cual en actitud de revelarles importante secreto, les dijo al oído y con amistoso tono:

-Cuando los súbditos quieren murmurar de su príncipe, la prudencia les dicta que lo hagan donde este no pueda oírles.

-¡Señor, señor! -exclamaron, llenos de confusión los dos jóvenes, conociendo ser el conde quien les hablaba.

-¡Silencio! -atajoles éste con serenidad- Silencio y secreto; seguid vuestro camino hacia la tienda del anciano Vilamala, y sed más cautos en

adelante.

Separose con precipitación, dejándoles corridos y fijos en el mismo lugar, cual sobrecojidos de súbito hielo. Gualterio vuelto de su pasmo, cogiendo la mano de su amigo:

-Yo te juro -le dijo- que nuestras cosas van de mal en peor.

-Realmente es así -continuó el otro-: Este contratiempo ha sido fatal y basta para perdernos.

-Ese hombre -observó el del Ciervo- me ha venido siguiendo los pasos, y ha estado escuchando tras el lienzo.

-Es preciso -dijo el compañero- confesar nuestra imprudencia.

-Y añade -prosiguió su amigo- que el conde es bueno con exceso, pues tolera mis desvergüenzas y las murmuraciones de entrambos.

-¡Quiera Dios -exclamó Vilamala- que no le venga, en voluntad hacernos cargo de todas esas travesuras y las paguemos de una vez por entero!

-No estoy libre de ese recelo -añadió nuestro héroe-; y en tal caso nos tendremos que arrepentir muy de veras de haber despegado los labios.

-Toda la culpa -interrumpió Vilamala- la tiene ese cobarde de Roger, pues a no encerrarse en casa toda la noche de nuestra espera, matárale uno de nosotros dos, y se terminara felizmente este negocio.

-¿Y de qué cosa no tiene la culpa un cobarde? -preguntó Gualterio- A no serlo ese mozo, antes de casarse con Matilde me la hubiera disputado con las armas, y entonces ya se deja entender desde cuánto tiempo estos enredos estuvieran definitivamente aclarados.

En medio de tales dudas, temores y discursos llegaron los dos mancebos a la tienda del anciano, saliendo de ella en breve para ir a descansar el resto de la noche.

Ismael se había enterado muy por menor de todo lo acaecido en el castillo de Sangumí pocos momentos antes de la llegada de su amo al mismo. Sirviéronle para adquirir tales noticias las conversaciones de Gualterio con el padre Armando y con Vilamala tenidas en su presencia, y las pocas aclaraciones arrancadas a Ernesto de Otranto. Resumiendo todos los datos vino a deducir que el padre Asberto, Arnaldo de Sangumí y Gerardo de Roger habían sacrificado la voluntad de Matilde burlando la esperanza de Gualterio; y como natural consecuencia de tales antecedentes concluyó ser indispensable lavar este ultraje con la muerte de sus tres autores. En cuanto a Arnaldo se cumplió su deseo; en orden a Roger, correría la venganza por cuenta de su señor; y con respecto al monje húboselo de atravesar la idea de que nadie como él era tan a propósito para darle el último castigo. De un cristiano de baja clase no podía esperarse que acabara con un ministro de su religión, y de un caballero no había tampoco de prometérselo, pues el religioso no era hombre de armas, y sólo con los de esta clase era capaz de habérselas un noble. Por lo mismo, entre estas dificultades, presentábase él como el único a quien correspondía descargar el golpe. El monje no le causaba el más leve respeto, antes al contrario, como sacerdote de una creencia para él aborrecible, érale más odioso que otro cristiano cualquiera; y en cuanto a no ceñir el padre Asberto un arma para defenderse, no moderaba semejante escrúpulo sus ímpetus, pues quería más bien la seguridad que el honor de la victoria. El resultado de todos estos discursos fue la resolución de asesinar al monje la primera vez que tuviera la desgracia de toparse con él donde quiera que fuese.

A la mañana siguiente concurrió Gualterio con los jefes a la tienda de su reunión con Berenguer y Ansúrez. Tratábase de dar a Balaguer un golpe decisivo; y por lo mismo quisieron los capitanes oír el dictamen de los guerreros de opinión más acreditada, a cuyo efecto los habían llamado a su presencia. Casi al mismo tiempo ocupábase Abil-Zara, dentro de las murallas, en prevenir el modo de frustrar el proyecto de los cristianos. Sin saber apunto fijo el día del asalto, esperábale muy pronto, complaciéndose en creer todas las mañanas que antes de la noche estaría resuelto el problema, y resuelto en favor suyo. Su carácter no defendería los dictámenes de nadie; de este modo, formaba él sólo su consejo; suyos eran los planes, suyas las disposiciones, y para la ejecución no confiaba en otro jefe que en sí mismo. Forzado a acaudillar una indisciplinada muchedumbre, temible sólo en el ímpetu primero, resolvió aprovechar esta circunstancia, no ya resistiendo al ataque de los fieles desde el muro, sino haciendo una salida contra ellos a la primera tentativa de asalto. Aún más: su ánimo era cerrar las puertas de la ciudad para no abrirlas, luego de salir los guerreros destinados a rechazar en campo libre a los enemigos, pues de esta manera, si no el valor, la desesperación al menos, al verse privados de todo auxilio, les obligaría a pelear con intrepidez y a vender caras sus vidas. Resuelto a no dar cuartel a los soldados catalanes, hacía extensiva esta medida a sus mismos secuaces, y dispuesto un escuadrón de su mayor confianza para colocarlo a retaguardia de los suyos, con el único objeto de dar la muerte o de obligar a que se mantuviese en la pelea al que de ella intentara retirarse. El ataque podía ser insuficiente para contener a los cristianos; mas entonces resistiera con tenacidad el asalto, y en caso, de desvanecerse toda esperanza, debía ser incendiada la ciudad de Balaguer, y abiertas sus puertas para acabar la vida él y los suyos, ora entre las llamas, ora entre las espadas. La esclavitud era un partido cuya idea le estremecía, y él juzgaba la muerte preferible, de cualquier modo que viniera.

Guardose muy bien de comunicar semejante proyecto a los suyos, porque no se le ocultaba su poca tendencia a estas resoluciones. En medio de la agitación que tales y tan malvadas ideas traían a su espíritu, juzgárasele absolutamente tranquilo y seguro del más glorioso triunfo. Su aire de confianza infundía valor a los revoltosos, a quienes, por otra parte, constaba que no era Abil uno de aquellos caudillos que después de haber sacrificado a sus propios intereses a la multitud incauta, seduciéndola con promesas, cuando está próximo el riesgo, hacen provechosa capitulación con los enemigos, o huyen del país con el fruto de sus extorsiones, abandonando al furor del otro partido a cuantos se sacrificaron por el suyo. Hasta aquí hacíasele justicia a Zara, pues lejos de ambicionar un cetro ni la más leve apariencia de mando, sólo quería conquistar la libertad; y en aquel siglo, quien peleaba por un bien tan dulce, creyera vilipendiarle asociándole privados intereses o mezquinas ideas de ambición. Estaba resuelto a vivir libre, o a terminar la vida; y nunca jamás se separó de la senda que semejante objeto le trazara.

El consejo celebrado en la tienda de los condes duró breve espacio. Todos los concurrentes deseaban una cosa misma; todos ardían en ansias de llevarla a cabo a costa de su sangre; y por ello no discordaron los pareceres ni hubo acaloradas controversias. Era venido el momento de dar

el golpe; nada aconsejaba dilaciones; y por voto general se fijó el día inmediato para asaltar la ciudad y conquistarla. Destinose la noche para hacer los preparativos; y como Zara supo la determinación de los cristianos antes de trasponer el sol las montañas, los dos bandos hubieron de ocuparse en una cosa misma hasta la mañana siguiente. Los catalanes no dudaban de la victoria, y los moros la tenían por segura; mas, sin embargo, del contento con que todos se preparaban a gozar de sus propicios resultados, uno de los partidos debía sucumbir al valor del otro; y a la inmediata noche habrían dejado de existir la mitad de los hombres que con tanto afán y tan halagüeñas esperanzas disponían su propio exterminio.

...Ei griacerassi in terra
Languente, afflitto, abbandonato; e un sorso
D'acqua non vi sarà chi pur gli porga.

MAFFEI.

El postrer rayo de la luna esclarecía los pasos de los guerreros que con orden de Abil-Zara marchaban de Balaguer para detener a los cristianos; y el mismo rayo sirvióles a éstos de guía a fin de salir del campamento, y avanzar hacia las murallas; unos por el campo de Almata, y otros por el lado opuesto de la loma sobre la cual descollara el fortificado y grandioso castillo. Los dos bandos querían mutuamente sorprenderse, ofreciéndose cada cual a su contrario en continente hostil al aparecer la luz del día; mas como ésta distase aún del horizonte, el astro que preside a las horas del reposo fue testigo de los movimientos de ambos ejércitos, traspuso las montañas al ocupar éstos su posición, y los dejó sumergidos en oscuridad profunda.

No se pudieron ver unos a otros; y aguardaban el instante de acometerse con una inacción debida sólo a las tinieblas. Las sutiles nubecillas que discurrían vagarosas por el aire, no bastaban para augurar un día borrascoso; y el inquieto fulgor de las estrellas iba perdiendo su brillo mucho antes de que viniera a sustituirle el más esplendoroso del día. Reinaba un viento blando; fresco, equivocado con la suave virazón del Mediterráneo, si la lejanía del mar, la estación y la hora temprana permitieran yerro semejante. La puerta de la ciudad se cerró tras los guerreros que salieron para no entrar ya más por ella; y el desvelado caudillo ordenaba en la grandiosa plaza los escuadrones destinados a resistir desde el muro a los cristianos si lograban arrollar a los infieles en campo libre.

Los momentos eran preciosos; y desplegaba Abil-Zara una actividad admirable y digna de más honroso y vasto palenque. Previendo todos los sucesos posibles en la contienda que iba a trabarse, cuando tuvo arregladas sus gentes, dispuso lo necesario para incendiar la ciudad si no

cogían sus manos la victoria. Pocos de los suyos eran sabedores de este designio; mas aquéllos pocos se sentían resueltos a llevarlo a cabo. Los viejos, mujeres y niños sirvieran de estorbo en tan azarosa mañana; así, desde el edificio do los encerrara el caudillo, alzaban sus manos a Alá implorando el auxilio de su diestra. Todas las cosas ordenadas, y puesto en su lugar cada soldado, ni el más leve ruido interrumpió el imponente silencio de la ciudad; y el jefe Zara, en medio de la plaza y con los brazos cruzados calculaba si aún podía añadir alguna disposición a las muchas dadas hasta entonces.

Seguro, finalmente, de haberlo su actividad abrazado todo, retiróse a un ángulo de la plaza y se mantuvo en pie reposando su fatigada cabeza sobre el brazo derecho apoyado en la silla de su potro. No estaba despierto el capitán moro, mas tampoco dormía; sólo su trabajada mente convaleciera algún tanto de los trastornos pasados, si repetidas imágenes de muertes y guerreros choques no interrumpieran su débil soñolencia, haciéndole abrir los ojos con azorada priesa y volverlos en torno suyo para asegurarse de la realidad o mentira de cuanto su imaginación creyó haber visto. Sus soldados fijos en el sitio do él los colocara no se atrevían a mover un pie ni a proferir una voz, temiendo unos la inexorabilidad del caudillo, e imitando otros su constante ejemplo de exactitud y vigilancia. Sabíalo Zara, y sin recelo conservaba su posición lejos de ir a reconocer las filas que poco antes dejó arregladas.

Casi igual espectáculo ofrecían los sitiadores cerca de las murallas, y en el inmediato campamento. Cuando la noche quedó oscura, dejaron ya sus tropas dispuestas al asalto y a rechazar a los guerreros salidos de Balaguer con objeto de entorpecer su marcha. El numeroso ejército cristiano bastaba para guardar el campamento, contener a los moros que cubrían gran parte de la llanura entre él y la ciudad, e intentar el asalto de ésta; golpes que, dados simultáneamente, dividían la fuerza de los sitiados, privándoles de socorrerse. La gente más ligera cubría el lado de la llanura opuesta al campamento; guardaba éste una porción de la caballería, y la otra, con algunos infantes, debía desbaratar las fuerzas salidas de Balaguer. Constábales a los cristianos que Zara al frente de los suyos abandonaría el puesto en caso de verse estrechado; viniendo a campo libre para hacer su último esfuerzo. Entonces eran más necesarios el valor y la decisión, prendas que brillaban conocidamente en los aventureros, a quienes por lo mismo se encargó esta arriesgada empresa. Comprometiéndose a ella gustosos; y si hemos de decir verdad; al punto desearon ver a los moros estrechados por sus compañeros para acelerar su salida, y barajarse cuanto antes en la refriega.

Gualterio, a fuer de segundo jefe, de más joven y expedito, y aun diremos de más valiente, que el anciano Vilamala, arregló las operaciones indispensables para dar cumplida cima al contraído empeño; y no sé de ningún guerrero cristiano que con razón se avergonzara de cederle la primacía. Seguía Vilamala, el hijo; e Ismael, montado en su caballo, daba por el campo tantas vueltas como su amo. Habíale solicitado licencia para hacer ejercicio de las armas en aquella jornada; y concediósele Gualterio, reputando muy útil la ciega temeridad del paje cuando fuera dirigida por un caletre más maduro y sensato que el suyo propio. El agareno no conocía el manejo de la lanza y poco el de la espada; pero en

cambio el puñal en sus manos equivalía a todos los aceros: única arma que usaba, jamás dio con ella un golpe sin hacer una víctima.

El airecillo que precede siempre a la salida del rey de los astros comenzaba a insinuarse; y en las alturas del castillo removía ya la punta del estandarte enarbolado por los infieles. Viéronle los cristianos al primer albor de la mañana, y ellos a su vez fueron atisbados por Zara, y con más distinción todavía por los guerreros que dejaron la ciudad en la noche precedente. Berenguer a caballo y al lado del conde Ansúrez ocupaba una alturilla cercana al campamento, desde la cual podía observar las operaciones de ambos partidos, y acudir con órdenes y refuerzos donde fuese necesario. No era la dignidad de soberano la que más complacía entonces su carácter, pues con gusto depusiera el cetro para enristrar la lanza, y confundirse entre el tumulto y las espadas. Esta intención se columbraba en su fisonomía, y particularmente en sus ojos, cuya inquieta ansiedad recorría las posiciones, las filas de los soldados, y los movimientos que comenzaban anotarse en las dos huestes.

Asomose el sol sobre las ondas; y cual si su aparición fuera la señal convenida para comenzar la pugna, apenas colorearon sus rayos la cúspide del castillo, cuando se percibió el horrisono estruendo del primer combate de los guerreros. Aquel choque no fue igual y constante como se observa en pelea de ejércitos cuyo rencor está sujeto al arte; sino que, cual las oleadas de un mar altamente agitado, notábase entre dos recios encuentros un intervalo de sosiegos capaz de tomarse por fin de la contienda.

Conociendo los cristianos la impericia de sus enemigos, procuraban acomodarse a ella y aun imitarla, como medio más seguro de resistir los súbitos ataques, y sacar de su valor ventajoso partido. No se ocultó en breve a los moros el estrecho lance en que los constituyera Zara cerrándoles las puertas, y entonces la desesperación hizo las veces del valor como su jefe había previsto; sin embargo, lisonjeándose aún con la esperanza de un remedio que aquél no pensaba proporcionarles, mientras iban cediendo a las recias cargas de los catalanes, acercábanse a las murallas, a fin de guarecerse dentro de ellas. Mas la resolución del caudillo era irrevocable, y lejos de franquearles la entrada, insultábalos desde el muro, demostrándoles que sólo la intrepidez podía salvarles del encendido coraje de sus contrarios. La victoria, pues, o la muerte era la alternativa entre la cual debían elegir los apurados moros, y, por tanto, sólo un instante vacilaron antes de resolverse por la primera.

Con más furor que nunca, rompieron contra los cristianos; rehaciéndose de sus primeras derrotas; y aunque a ésta siguió la segunda y la tercera, no fue sin emplear los catalanes inusitados esfuerzos. La serenidad ha triunfado siempre hasta de la desesperación misma; y los secuaces de Abil-Zara acreditaron que en circunstancias iguales el hombre temerario pelea con furor, atropella, rompe por todo, causa estragos; mas al fin sucumbe al valor bien entendido, cuya primera base es la constancia.

Pecieron los moros vengando cada uno su muerte, y haciendo prodigios con increíble denuedo; mas pecieron, todos en términos de no librarse uno siquiera de las armas de los catalanes. Vencer el primer obstáculo es ganar nuevo brío y concebir más grande esperanza para acometer los sucesivos; y los cristianos, en quienes tuvo efecto esta verdad, corrieron presurosos a las murallas, saltaron el foso, colocaron las escalas, y

emprendieron el asalto por cuatro distintas partes. Veníanse abajo al impulso de los infieles las escalas con los guerreros encaramados por ellas, y por más de dos horas fue vano el empeño de las tropas de los condes. Tan dilatada obstinación encendía por instantes al caudillo de los ismaelitas; y como entonces estaba a su favor la probabilidad de la victoria, creyó venido el momento de dar a sus enemigos el último golpe, de un modo que les acreditara la decisión de los sublevados.

Abrióse una puerta de la ciudad, y jamás discurrieron por el inmenso espacio de los mares los sueltos huracanes con el rápido furor con que más de dos mil moros; capitaneados por Zara, se lanzaron por la abertura sobre los dispersos sitiadores. Su primer choque fue irresistible; los cristianos retrocedieron mal de su grado hasta encontrar el retén de la caballería; y ya el caudillo montó insultaba a sus contrarios. Veía ya su frente decorada con el laurel de la victoria e iba a penetrar en el campamento, cuando una orden de Berenguer desvaneció en un soplo tan lisonjera perspectiva. Desde su atalaya viera con dolor la retirada de los suyos; mas bastante hábil para estimar todo lo que podía el súbito ataque de los moros, no reputó cobardía sino desgracia inevitable la dispersión de los cristianos. Fácil le fuera desde el momento atajar los progresos de los rebeldes vasallos; pero el carácter impetuoso y la jactanciosa confianza de Abil le indicaron la conducta que la prudencia reclamaba. Quisiera el magnate ver a Zara adelantarse hasta el campamento para acometerle entonces con todas sus fuerzas reunidas y envolverlo entre el campo y la ciudad, cortarle la retirada hacia ella y destrozar enteramente sus tropas en aquel reducido espacio.

Sus órdenes fueron dadas con prontitud y a tiempo; la caballería no abandonó sus posiciones; la hueste que guardaba las tiendas no se puso en disposición de ser vista de sus enemigos; y el musulmán que creyó haber derramado el terror en los fieles, arrojose indiscreto hasta el sitio do quería tenerle el soberano. Apenas puso los pies en él seguido de los suyos, cuando repentinamente aparecieron a sus inmediaciones el cuerpo y reserva, y el que estaba encerrado en las tiendas, presentándole inesperada batalla, dando lugar a la caballería a cubrir por su retaguardia el camino de la ciudad y a que, rehaciéndose los fugitivos cristianos, se colocaran en dos alas. Encerrado de esta manera, su posición se hizo en un instante desesperada.

El estrépito de las armas y el ardor de sus soldados inflamó el juvenil pecho del magnate; y hubo de olvidar un instante cuánto importaba su vida y desoír los consejos de Ansúrez para bajar de la altura y mezclarse en la refriega. La presencia del soberano encendió el valor de los catalanes; y aquel arrojó del príncipe hubo de decidir la suerte de su enemigo. Incapaz de contrarrestar las armas de los cristianos, emprendió la fuga hacia la ciudad; y como quien se consideraba ya perdido, dio la señal a los de dentro, y resolvió vender cara su vida al escuadrón de los aventureros con que había tropezado. Los suyos le imitaron con decisión inexplicable; y aquel último esfuerzo fue él más duradero y terrible de los hechos hasta entonces. Eran derribados los cuerpos y las cabezas de los suyos; y la vista de la derrota y de la sangre acrecía el frenesí del mozo, haciéndole de cada vez más temible. En medio de aquel conflicto, formando con los pocos que le quedaban una compacta e impenetrable muralla, volvió los ojos

hacia la ciudad que perdía, y de pronto borráronse en su rostro todas las señales del coraje para expresar una sonrisa de placer y contento. La llamas descollaban ya de por sobre la- muralla, y las inmensas oleadas de humo que salían de los edificios al caer los techos en ruinas, bastaban por sí solos a dar una horrenda idea del incendio rápidamente propagado. El estruendo de las casas al desplomarse, el crujido de las maderas que, abrasadas en sus extremos, se separaban de las paredes, no pudiendo llevar el peso de las techumbres, los gritos de los viejos, mujeres y niños a quienes devoraba el fuego dentro de su encierro, formaran tan horrorosa armonía con el relinchar de los caballos, y el choque de armas y de escudos, que el mundo parecía hundirse, y sobre él precipitarse el firmamento. Sin embargo, la naturaleza estaba en perfecta calma, lucía, sin celajes, el hermoso sol de la mañana, y a una hora de aquel estrecho espacio nadie tenía noticia de los horrores capaces de estremecer a quien no estuviera en el calor de la batalla. Perecían los pocos compañeros de Zara sin decaer el valor de éste, ni dar a su brazo un instante de reposo. Viéndose ya sin recurso alguno, quiso romper por entre los caballos a fin de llegar hasta Balaguer, no con el objeto de defender sus muros, sino de llevarse los pocos soldados que allí dejara y hacerlos morir consigo en medio de las espadas.

-Detente -le dijo Gualterio, al conocer su intención y aferrándole la diestra con la suya-, tu valor es digno de mejor fortuna, y no toleraré que cual un villano perezcas herido de cien espadas, y magullado por los cascos de los caballos. Si eres capaz de disputar tu vida conmigo solo, detén la carrera, abandona el tardío proyecto que has formado, y sigue mis pasos. Debes morir como caballero, aunque seas un caudillo de rebeldes, y si te ayuda propicia suerte, no me pesará recibir el último golpe de quien defiende tan heroicamente su vida.

-Yo quería replegar los restos de mis tropas -dijo Zara con calma- y hacerlas morir en este campo en que yacen nuestros hermanos.

-Deja ese cargo a los cristianos -replicó Monsonís-. Ellos cumplirán tu voluntad aquí mismo, y yo estoy resuelto a medir mis fuerzas con las tuyas algo separados de este sitio.

-Te sigo -dijo Zara con noble orgullo- pues me aseguras que tus soldados llenarán mis deseos: despídete, si quieres, de los amigos: harto doloroso es el perderlos para no estrechar una vez su pecho.

-No es necesario -atajó Gualterio-: me ven partir contigo, y se quedan tranquilos porque me conocen.

Sin más palabras soltó el hermano de Casilda la diestra de Zara; y ambos, montados en sus caballos, tomaron el camino hacia la altura que poco antes sirviera de atalaya a los dos condes.

-Retírate Ismael -dijo el cristiano a su paje, que le seguía-; dentro de una hora, si no he vuelto, ve a la otra parte de ese monte, y allí encontrarás a tu señor.

-¿Qué será de la señorita de Sangumí si perecéis en un combate? -preguntó Ismael con acento más conmovido de lo que de él pudiera esperarse,

-Calla -le opuso el otro-. No es ésta ocasión de proferir su nombre ni aun de recordarme de su existencia.

El asiático, sin atreverse a replicarle, se quedó fijo en el mismo sitio, mirando la lenta marcha de los mozos. Sí; lenta y muy lenta era su marcha.

La fatiga de la batalla tenía los rendidos, y mutuamente se lo notaban: estaba más Abil, porque peleó más tiempo y Gualterio, desdichado en aquel instante, ofrecía el aspecto de un hombre abatido a la par de su contrario. Entre el fragor de las armas y el fuego del combate había olvidado todas las demás cosas de este mundo, y aun a la misma Matilde; pero las memorias despertadas por el ismaelita renovaron una herida cuyos dolores pudieron un día amortiguarse. Una sola palabra trastorna muchas veces nuestro espíritu, y hace desaparecer la calma, único fruto acaso de largas y penosas reflexiones; y esto precisamente acaeciera al caballero del Ciervo. Podía morir en la lucha con el moro, y entonces ningún protector le quedaba a la triste heredera, a quien sería forzoso pasar la vida al lado y bajo el dominio de un hombre aborrecido, y dispuesto a conducirse a guisa de exigente tirano.

Penetró el infiel en lo interior de su enemigo; y aunque sin adivinar la causa de su pesadumbre, por el rostro dedujo que debía agitarla alguna muy grave.

-Si algún quebranto te aqueja -le dijo- y no estás en disposición de medir tus armas conmigo, retirémonos otra vez, y déjame morir entre los míos.

-Te engañas -contestó el caballero-; aquéjame, sí, un tormento que despedaza mi corazón; pero no ejerce sobre mi brazo el influjo que imaginaste; por el contrario aumenta mi valor como en breve lo juzgarás tú mismo.

-Siendo así -repuso Zara con sosiego- sigamos nuestro camino.

-Sí, sigámoslo -repuso el cruzado; y sin acelerar el paso se encaminaron al sitio elegido para la contienda.

Iban a trasponer la altura que mencionamos antes para bajar al llano desde donde no era dable ver la ciudad ni el campo de batalla. Ningún rumor de armas se percibía, y el son de las trompetas que llamaba a los diseminados cristianos, repetido por el eco de la montaña, hería él sólo los oídos de ambos paladines. Detúvose de repente Abil-Zara, y volvió los ojos hacia la ciudad recorriendo muy despacio sus ángulos todos. Parose también el del Ciervo, y llamaron su atención las oleadas de fuego y de denso humo que cubrían los pocos restos de Balaguer. Después de un rato que los dos guerreros se ocupaban en lo mismo, el de Monsonís, señalando con el índice de la mano derecha el pueblo incendiado.

-¡He ahí convertido en cenizas -dijo al moro- el baluarte do te juzgabas a cubierto de nuestras armas!

-Es verdad -contestó Abil-; pero me consuela que también está reducido a lo mismo el trono sobre el cual pensasteis sentar al tirano que os esclaviza; ese elemento devorador nos iguala a entrambos.

Callaron y siguieron contemplando el incendio. Viendo el cruzado que el otro tendía su diestra hacia Balaguer y murmuraba algunas palabras, preguntole con altanero acento

-¿Te despidas para siempre de tu patria?

-No -satisfizo instantáneamente el rebelde caudillo-: veía allí a lo lejos a tu paje, y le indicaba que era ya hora de venir a recoger tu cuerpo.

-Ése será cuidado de los caballeros -atajole el otro-; y al darle la orden de que viniera tuve por objeto hacerle enterrar tu cadáver. De todos modos para quien me comprende sólo mirarme, tu indicación es inoportuna, pues según el trecho que le separa de nosotros, estará aquí a tiempo de cumplir

mis mandatos.

Estas jactancias no irritaron a los soldados, pues si bien contaba cada uno de ellos con la victoria, no creía alcanzarla fácilmente sin teñir el suelo con su sangre. Llegados muy luego al lugar convenido, y sin dedicarse una palabra, sacaron la espada, y colocáronse el uno frente al otro en actitud de disputarse la vida, Zara quería morir para no caer en la esclavitud ni presenciar el oprobio de los suyos; mas quería que cupiera a su contrario la misma suerte. En agilidad y arrojo excedía el moro a su enemigo; pero dejábale éste muy atrás en pericia y en pujanza; por lo mismo el combate debía ser largo, aunque más lo fuera a encontrarse los mozos tan descansadas como pocas horas antes.

Digna era, sin embargo, su lid tremenda de mejor palenque y de más testigos; pero sólo el cielo podía juzgar del mérito de entrambos. Todos los golpes iban enderezados al pecho; mas la destreza en repararlos y el furor en dirigirlos hacía dar en otra parte del cuerpo, de manera que a breve rato no era ya cosa fácil enumerar las heridas cuya ferviente sangre teñía el reducido espacio do pisaban. Un simultáneo convencimiento de su cansancio hizoles pararse a un tiempo, apoyar su costado sobre el puño de la espada clavada en tierra, y llevar la mano izquierda a la frente para enjugar el sudor que por ella discurría.

-Detente -dijo el infiel- justo es que respiremos una sola vez con libertad antes de respirar por la postrera.

-Tu lastimoso estado así lo exige -contestó Gualterio, como para engañarse a sí mismo, sin embargo de que al reconocerse no se atreviera a decir si era su situación la más triste o la de su contrario.

Ambos se sentían muy próximos a doblar las rodillas, y así con el objeto de no perder sus últimas y débiles fuerzas, cortaron aquella interrupción con un nuevo asalto. Sin dar treguas a la renovada pugna, iba el moro a decir alguna cosa, cuando la espada de Gualterio penetró en su pecho abriéndole ancho paso al último destello de existencia. Brotó en atropellado raudal la postrera sangre que animaba su vida, dio cuatro vacilantes pasos, movió dos veces la espada como al azar y sin dirección alguna, y volviéndose hacia la ciudad, invisible para él desde aquel sitio, vino repentinamente al suelo, desangrado y moribundo. El cristiano arrojando la espada, sacó el puñal para arrancarle la confesión de su vencimiento o darle el último golpe; mas al tiempo de bajarse sobre el pecho de su contrario, rindióse a la debilidad y a la fatiga, y quedó tendido sobre el cuerpo de Abil-Zara cuya alma acababa en aquel momento de abandonarlo.

Abrasándose de sed y de cansancio, lánguido, abandonado y expirante, tal yacía lejos de los suyos vertiendo la sangre sobre el cadáver de su enemigo y falto absolutamente de sentidos el guerrero que resistiera impávido nueve años de trabajos recorriendo el Asia, y decorando sus sienes con mil triunfos.

Los cristianos, en tanto, habían sabido aprovecharlos favorables momentos de la instable suerte. Rehechos con la llegada de los hombres a caballo, y arrollados, vencidos y muertos por todas partes los moros, con desenfadada furia corrieron hacia la ciudad para libertar de las llamas la parte que no hubiesen todavía devorado, y acabar con sus pocos defensores. Más bien que entre el fuego juzgaron éstos honroso morir a los

golpes de los contrarios; y así, resueltos y apiñados, vióseles disputar fuera de las murallas una vida ya próxima a extinguirse. Perecieron los infieles por una libertad que jamás habían conocido; y el tropel de los vencedores y los cascos de los caballos magullaron sus cuerpos bajo los muros que poco antes coronaran. El voraz incendio corría de calle en calle, y la estruendosa ruina de los edificios anunciaba a cada paso el cercano fin de la población entera. Desplomose de cuajo todo el edificio donde encerró Abil a los viejos, niños y mujeres; y a poder hablar cuantos dejaron de existir, en aquel instante agradecieran a Alá el haberles ahorrado de este modo la triste muerte con que el fuego les amagaba. De tan sangrienta batalla, y del horror y furia del incendio sólo pudieron salvarse algunos moros acogiéndose a la generosidad de los catalanes. Vertía lágrimas el soberano contemplando desde la muralla el campo cubierto de cadáveres, las inmensas ruinas, y el voraz elemento que cual si lo atizara el espíritu de la venganza, derramábase por todas partes, con apariencias de borrar hasta las señales de haber existido allí un pueblo.

-He aquí la guerra -decía al anciano Vilamala, puesto a su lado-. ¿Qué fruto sacamos de esta conquista? Vuelve los ojos hacia el campamento, y verás ocho mil cadáveres; dirígelos a la ciudad, y contempla su horroroso espectáculo. ¡Cuánto inocente ha fallecido en este sitio! ¡Cuántos padres murieron con el dolor de dejar huérfanos a sus hijos, y cuántos hijos eran ya víctimas de nuestras armas antes de que sus padres perecieran!

-¿Y a quién deben atribuirse tantos desastres? Sólo a una persona -dijo Vilamala.

-Sí; a una sola -siguió el conde-; Abil-Zara abrigó la ambición en su pecho; feliz en su estado rico, bienquisto de los suyos, estimado de los que gobernaban en nombre del conde de Urgel, proclamó la libertad para ceñirse tal vez una corona. ¡He aquí los efectos de su ambición desmedida! Ofrecía riquezas y gloria que para él sólo procuraba; sedujo con tales promesas; y los ilusos, los perversos, los mal venidos con su suerte, creyendo sus palabras, u hostigados por ambición más limitada, corrieron a las armas, insultaron a su señor, y helos víctimas de su delirio. Zara, sin embargo, más noble de lo que suelen los jefes de un partido, no les abandonó en el riesgo, y ha peleado con ellos, ha muerto sin duda en la última refriega dando fin con la vida a sus desatinadas empresas. Yo le vi pelear como un valiente; su brazo parecía un rayo en lo veloz y en lo terrible; y si vertió su sangre, fue sin duda ejecutando anticipadamente la venganza. ¡Ah! Roguemos al cielo; Vilamala amigo, que nunca mis súbditos alcen el estandarte de la rebelión, y no vea yo tanto estrago en mis dominios.

-Vuestra justicia -repuso el anciano-, vuestra dulzura, el amor puro de vuestros súbditos, os ponen a cubierto de temor semejante.

-Así se lo ruego a Dios -repuso el conde- y ésta es la preza más ferviente que mi corazón le dirige; óigala el Señor, y aleje de nuestras tierras a la ambición y a los hombres que suelen cubrirla con una máscara halagüeña y seductora.

Dejó Berenguer la ciudad cuyo aspecto había conmovido su alma, viniendo al campo en el momento de salir precipitadamente del mismo una tropa de jóvenes aventureros.

-¿Qué es eso? -les preguntó el magnate- ¿No es todavía tiempo de reposo?

-¡Señor, señor! -exclamó Ribelles-: tras de esa altura está Gualterio de Monsonís disputando su vida con Abil-Zara, y allá nos dirigimos.

-Justo es presenciar la pugna -dijo el soberano-, y vengarle si sucumbe en ella.

Y volviendo las riendas a su alazán corrió confundido con los presurosos mozos hacia el sitio a que los guiaba Ismael, portador de la noticia. El agareno se adelantó a la comitiva, y al llegar ésta al lugar de la lid viéronle sentado sobre los muslos de Zara, y clavando con frenético ardor su puñal una y mil veces en el corazón del difunto caudillo. Apartado un poco el cuerpo de su amo, en el del contrario saciaba su cruel y atroz venganza.

-Ambos perecieron -exclamó al arribo de los cristianos.

Y al ver sus ojos centelleantes y el gesto amenazador de sus facciones, hubiérase creído que ni sus mismos amigos estaban a cubierto de su rabioso coraje.

Mirando de hito en hito a los guerreros, continuaba su repugnante tarea; y sin duda despedazara todos los miembros del moro si el conde de Barcelona, que desmontando fue el primero en acercarse al tendido paladín, no exclamara con ardiente gozo:

-Todavía no ha muerto; aún quizá podremos salvarlo.

La alegría brilló en los rostros de los caballeros todos; pero la exclamación del conde en nadie causó el efecto que en el paje. Veloz como una saeta, alzose sobre el cadáver del infiel, y atropellando sin respeto ni miramiento alguno por cuantos se interponían entre él y su amo, arrodillose cerca de éste, sacó de su seno un dorado talismán, y desatándole el espaldar se lo aplicó con la mano izquierda sobre el corazón, mientras con la derecha introducía en su boca algunas gotas de un líquido encerrado en argentino botecillo. Los ojos del hijo de Romualdo dieron pronto indicio del efecto causado por el medicamento del mozo, personaje principal entonces de toda la comitiva.

-Aquí estoy, señor -le dijo al verle fijar los ojos en su rostro-, aquí está vuestro servidor, y no en vano os ponderó mil veces las virtudes de su talismán, y del pomo de Damasco.

Apretóle Gualterio la mano, y reconociendo poco a poco a cuantos le rodeaban, si no ya con la lengua, con los ojos y con las manos indicábales cuánto agradecía su solicitud. Al momento volvió la cabeza al sitio do tenía presente haber caído: conocido por Ismael el objeto de esta acción, con jovial sonrisa le dijo:

-Peció vuestro contrario, sí; allí está tendido, y yo os he separado de él porque no es justo que el vencedor esté tan cerca de su enemigo ya postrado.

Gualterio quería hablar a sus amigos; mas conociendo el príncipe cuántos esfuerzos hacía para lograrlo:

-Calla -le dijo-: es preciso atender a tu curación, y sujetarte a cuanto se te prescriba.

Bien a las claras mostró el del Ciervo la fuerza que esta reflexión le hacía, y por lo mismo resolvió callar y obedecer ciegamente. Cinco escudos puestos sobre dos lanzas y cubiertos con las capas de los amigos, fue la camilla sobre la cual trasladaron a Gualterio al campo; y a la verdad no

hubiera podido verse en lecho para él más agradable. El conde le echó su capa encima para defenderle de los rayos del sol; y el herido mozo supo agradecer en su interior todo el precio de distinción semejante.

Cerca estaba ya del campamento, cuando el cruzado sintiéndose más fortalecido, merced a los socorros del paje y a la interina curación de sus camaradas, retiró un poco la capa del soberano, que le cubría, alzó los ojos hacia Balaguer; y no pudiendo distinguía fijamente a causa del humo el pendón flotante en sus murallas; se dirigió a Ribelles:

-¿He de tener tu contestación, amigo mío -le dijo-, si te pregunto de quién es el estandarte que tremola entre el incendio de Balaguer?

-Al contrario -contestó el compañero-: mi respuesta servirá de eficaz remedio a tus dolencias. Esa bandera es la de los catalanes; cayeron los moros; su caudillo vivía, y estaba reservado a la espada de Monsonís poner término a su existencia.

-¡Gloria eterna a don Ramón Berenguer! -exclamó Monsonís, con fuerza. Y el soberano, al oírle, se llegó hasta él; estrechó la mano, y cual un amoroso padre cubriendo otra vez su rostro con la capa, le acompañó hasta su misma tienda, donde quiso alojarle para atender más esmeradamente a su curación.

Seguía, entre tanto, el incendio de la ciudad desventurada; acababan de perecer sus últimos moradores; pugnaban los catalanes por cortar el voraz elemento, que todo lo consumía, y los heridos eran trasladados a las tiendas y con solicitud asistidos. Gozábanse los dos condes en la victoria, mientras no pocos guerreros gemían con amargura por la muerte de los amigos y parientes, que habían regado con toda su sangre la llanura do se trabó la obstinada pelea.

El suntuoso aparato del poder y de la grandeza
fue súbitamente reemplazado por las lúgubres
solemnidades del dolor y de la tumba.

ARLINCOURT.

La endeble existencia de Matilde iba sucumbiendo al rigor de tantos pesares juntos: atosigáronla de manera que ni podían sus fuerzas físicas sostenerla ni le era dado a su alma reanimar aquella expirante vida.

Asomada de continuo a la ventana de su aposento, volvía los ojos hacia las montañas del Vallés, por donde vino desde su casa, no con la esperanza de ver cruzar aquel mismo camino a quien trajera apacible solaz a sus aflicciones, sino porque con mirarlas recordaba otros días más felices, cuando ignorada aún de todo el mundo y, siendo el ídolo de su difunta madre, pasó los años de la niñez en mil inocentes juegos con Gualterio y Casilda.

Y ahora lejos de ésta, separada de aquél tal vez para siempre, perdida su

madre, muerto su hermano, esposa de un hombre aborrecido, y encerrada en un monasterio, sin consuelo, sin amigos y casi sin esperanzas, ¿cómo pudiera hacer otra cosa que derramar copioso llanto, sufrir una por una todas las amarguras del corazón, deplorar su suerte y apetecer el reposo de la tumba? Roger había intentado dos veces visitarla; y aunque tuvo bastante resolución para negarse a su vista, sin embargo, el empeño del caballero la hizo conocer cuán poco dispuesto estaba a ejecutar lo que prometió en los últimos momentos de su permanencia en Sangumí. A la verdad, nunca fió mucho en su palabra; mas las pruebas que ahora iban acreditando tales recelos, derramaban la postrer copa de veneno en su existencia. ¡Cuánto se resiste nuestra imaginación a creer los males que nos amenazan! El espíritu se empeña en presentárnoslos remotos, aun cuando los tengamos ya muy cerca; y por esto su golpe nos aterra y confunde cual si fueran imprevistos. Tal es la condición de nuestra naturaleza desgraciada: los quebrantos nos aquejan de continuo desde el instante en que nacemos; mas su existencia nos repugna de tal modo, puede tanto en nosotros la engañadora esperanza, que el mal presente lo estimamos el postrero. Del mismo modo la elástica rama se endereza tras cada una de las ráfagas de viento, como si aquella fuera la última que ha de doblarla. Consumimos así nuestros días entre la confianza y el desengaño; y ni aun la proximidad de una muerte inevitable es bastante a convencernos de que ha venido ya nuestra hora postrimera. ¡Ilusión triste de los hombres! Pues si tal es la vida que acá pasamos; si la acibara tan crecido número de sinsabores, ¿por qué reside en nuestro pecho ese cruel apego a la duración? ¿Para qué vivimos?

¿Podían acaso ser más terribles los pesares que atormentaban el alma de Matilde? Clamaba en medio de su llanto por la muerte, pues hay instantes en que el hombre, por desesperación, si ya no por convencimiento, quisiera acabar la vida; mas su ruego no era escuchado, y había de sufrir y derramar acerbo lloro sin condolerse la tierra ni los cielos de su desdicha. Cada lágrima iba marchitando su hermosura; cada suspiro acrecía las angustias de su corazón; alzaba los ojos al firmamento y volvía los al suelo más débiles y amortecidos. Nadie en el mundo era testigo de sus sufrimientos; pues a serlo, ¿qué mortal no se sacrificara para traerle sólo un fugaz momento de dicha? El cielo parecía mirar con indiferencia el atroz padecer de aquella angelical criatura, y el cielo sólo podía acabarlo en un instante.

-¡Oh vos, a cuya orden apareció todo lo que existe! -exclamaba con acento penetrante y clavando los ojos en la bóveda eterna-. Vos, en cuya mano está la felicidad de los nacidos, cuyo soplo les da vida y se la quita, miradme una vez, compadeceos de mis males o terminad mis días. Ya, ¿qué más pesares puede descargar vuestra mano sobre mi cabeza? La orfandad, la tiranía, el odio, la violencia, todo lo había sufrido, y me resignaba; mas este abandono de todo el mundo, la ausencia del consolador de mi espíritu, la ausencia y los peligros del que mora dentro de mí misma, son dos males que no puede resistir por más tiempo el combatido corazón mío. Acabad de una vez tantas desdichas; hacedme sucumbir a su peso, y bendeciré consolada vuestra divina mano al vibrar sobre mí el golpe postrero. Yo no sé si Matilde, en medio de su abandono y del dolor que la martirizaba, era capaz de plañirse hasta el cielo; pero al menos su

plegaria manifestaba la lastimosa y desesperada situación de su alma. Largos días se pasaron en estado tan acerbo, y las consoladoras palabras de las religiosas, su conformidad al querer supremo, su confianza en Dios, tal vez enconaban aún las heridas del corazón de la doncella. No estaba más tranquilo Gerardo de Roger, que arrepentido muy luego del sacrificio hecho, maldijo su proceder generoso y su desusada condescendencia. La imposibilidad de introducirse en el monasterio y de arrebatarse a su esposa, le tenía fuera de sí; y aparejaba su ánimo a sostener sangrienta lid con Gualterio, si éste pensara hacer suya a Matilde.

El abad había ya vuelto a Barcelona con el padre Asberto, y este monje, reconocidas sus faltas, esperaba impaciente la llegada del conde para sufrir el castigo que le señalara. Juzgaba indispensable una expiación de sus faltas, y sin ella no podía su corazón tranquilizarse. Deseoso de empezar por las humillaciones, se quiso arrodillar a las plantas de la heredera y obtener su perdón o sufrir en silencio sus amargas reconvenciones; mas el abad no permitió semejante acto, y hubo de contentarse el otro con la esperanza de que ésta sería la primera orden del soberano.

La narración de la batalla y toma de Balaguer y de la gloria adquirida por Gualterio, hicieron brillar en los ojos de Matilde todo el fuego de noble pecho; y la seguridad de la vida del caballero, prometida por el padre Armando, reanimó su amortiguada esperanza, haciéndola creerse cual era antes de sufrir tan recientes y crudos pesares. Sin embargo, equivocábase la infeliz cual se engaña al moribundo, que abriendo los ojos la vez postrera reputa aquel esfuerzo por el presagio de la salud que ya le ha abandonado para siempre. El alma de Matilde acababa de arrojar un destello de su brillantez; las glorias de su querido habían conmovido sus fibras como una chispa eléctrica; habíase enajenado su corazón de gozo; sus miembros se reanimaron por un instante; erguía con gozo su hermosísima cabeza; miraba con ardor y entusiasmo al que tales nuevas trajo, y en medio de aquel engañador delirio figurase la desventurada haber recobrado la vida que durante dos meses perdiera con rapidez visible.

Pero sus males no tenían remedio; su delicadeza habíase doblegado al combate de tantos contratiempos, y hubiera fallecido si el alma agitada, la imaginación ardiente y el pecho colmado de fuego, no bastaran a presentar como llena de robusticidad y fuerza una existencia tan frágil cual la suya. ¡Ah!, no son la furia ni la abundancia las que hacen saltar las aguas del estrecho arroyo; son las piedras ocultas en el seno, cuya desigualdad agita y tuerce su pacífico curso. Matilde vivía en espíritu, y la infeliz creía disfrutar de la vida, de la juventud y de la dicha.

Disuelto su cuerpo con espantosa prisa, el alma encerrada en él no advertía las ruinas de la parte de afuera, porque la interna la decoraban aún matices y adornos que alcanzara en más tranquilos tiempos. No se le escondió al padre Armando el estado fatal de la penitente; sin embargo, echó mano de todos sus recursos para hacerlo cual ella se lo imaginaba. Acabado el incendio de la ciudad, el ejército cristiano iba ocupando los edificios que resistieran en medio de la general ruina. La casa del caudillo cedió la última al impulso de las llamas, cubriendo de escombros y haciendo temblar en su caída las que de más cerca la rodeaban: así el

joven moro fue el postrero en morir de entre los suyos, y en su muerte derrocó maltrecho al paladín cristiano que tenía al frente. Llevado esté al campo, y fortalecido ya su espíritu, rogó al príncipe que dispusiera para Abil-Zara una pompa fúnebre digna del valor del mancebo. Otorgóselo Berenguer como quien conocía el mérito generoso de semejante demanda, y estimaba en su justo precio los esfuerzos que hiciera el infiel para rescatar la perdida libertad de su pueblo. La creencia en que murió Zara no permitía ceremonias religiosas; mas compensase este defecto con un fausto militar capaz de envidiarlo el mismo magnate que lo dispuso. Mucha parte del ejército catalán acompañó al cadáver desde el sitio donde le dejara Gualterio hasta el sepulcro de Balaguer en que reposaban los antepasados de la opulenta casa del caudillo. Hacía los honores fúnebres la flor de la caballería y de la nobleza; y el escudero y el paje del mismo Monsonís llevaban las armas del difunto soldado. Si los exánimes infieles pudieran entonces alzar la cabeza y ver la honra que a su capitán se hacía, creyeran ceñida su sien con el laurel del triunfo; y Abil-Zara, si le fuera dado echar desde el otro mundo una mirada acá abajo, habría de estimar por honroso su vencimiento, y por excesivamente noble la conducta de su enemigo.

Desde el lecho de la enfermedad oía éste el estruendo de las cornetas bélicas, y complaciale, sin verlo, el aparato que su imaginación le presentaba: padecía, no obstante, notable engaño en algunas circunstancias, que eran su principal consuelo. Creía ver el cadáver rodeado de los caballeros jóvenes, sus más íntimos amigos, sin embargo de no suceder semejante cosa. Yacía postrado en el campo Ambrosio de Canet; bajo el foso, reposaba para siempre su amigo Vilamala; Eustaquio Rocafort pereció entre las ruinas y el incendio: Santiago Requeséns había doblado su cuello al crudo golpe del alfanje de Zara; y las cabezas de Borrell, de Casells, de Roquer y de Rocamora saltaron de sus cuellos, y no hubiera sido posible entresacarlas de en medio de las muchas que las cubrían. En el último choque murieron los más de los aventureros, y sólo Bernardo de Ribelles le quedaba entre tantos amigos con quienes compartió durante nueve años las más crudas fatigas de la guerra.

Sus males no le permitieron averiguar con certeza la suerte que les cupo; y su imaginación, por lisonjearle, se los presentaba a todos vivos, coronados de gloria, cubiertos con todas sus armas y acompañando al sepulcro los restos del musulmán derribado. Quisiera la salud por sólo una hora, a fin de hallarme en la comitiva; y en cambio pasara gustoso dentro de la tienda ocho días más de lo que exigían sus dolencias.

-Corre -dijo a un soldado-: corre a ver esa pompa fúnebre; entérate bien del orden con que marchan los caballeros junto al cadáver; pregunta sus nombres sino los sabes; y sobre todo mira si verás un mozo bello, cubierto con capa azul y penacho del mismo color. Ese caballero debe llamarse Vilamala; pregunta por él y torna volando con estas noticias.

Y quedose solo, impaciente, mirando de hito en hito la puerta de la tienda por donde a cada instante creía ver entrar al soldado con la explicación apetecida.

-Yo le mandaré a Barcelona -razonaba consigo mismo y refiriéndose a Vilamala-; él será quien lleve a Matilde la nueva de mi triunfo; él le asegurará que vivo; y que dentro de poco ha de ser mía; él intimará el

desafío a Roger, dedicándose también a preparar el fausto y los regocijos necesarios para solemnizar la boda de la heredera de Sangumí con Gualterio de Monsonís. Desde Barcelona irá al castillo de mi padre; referirá mi buena andanza, le presentará el puñal y alfanje de Zara, rogando a Casilda que, condolecida de mi amada, vaya a consolarla: mi tierno padre, llorando de gozo, interpondrá su valimiento con el soberano, y mi hermana volverá la calma al corazón de la infeliz virgen: así cuando yo llegue a Barcelona encontraré ya dispuesta la dicha mía y la de Matilde. Un golpe ha de faltar para llevarla a cabo, y a mi acero está reservada la gloria de dar este golpe postrero.

En medio de tales delirios de ventura imaginaria olvidó a Zara, el honor que se hacía a sus restos, a sus amigos, al mensajero enviado para que le trajera noticias de ellos, y su mente fatigada y confusa se rindió a un sueño lleno de dulcedumbres, y embellecido con la más risueña perspectiva. ¡Sea feliz al menos mientras duerme, ya que al desvelarse penetrará en su corazón una herida profunda y dolorosa! ¡Goce estos instantes de sosiego, y con ellos compense en parte los tormentos que han de desengañar su lisonjeada esperanza!

Dos horas habían transcurrido del tercer día después del en que se hicieran las honras a los despojos del desacordado Abil-Zara, cuando atravesaba con precipitación la llanura intermedia desde Llobregat a Barcelona un gentil mancebo, rigiendo lozano corcel, y cuyo gracioso vestido a tiro de ballesta le daba a conocer por paje de rico y noble caballero. Notábanse en particular en su chato; y estrecho sombrero tres suaves plumas caídas hacia atrás en fuerza de la rapidez de la carrera, y distantes de desplegar la ondulante lozanía que durante el reposo hubiera sido su calidad más estimable. Una sencilla espada pendiente del lado izquierdo del cinto y el mango de sutil puñal asomado por bajo el pecho, hacían adivinar que venía solo, de país lejano, y de lugares en donde quizá le fuera posible tropezar con enemigos. Hasta aquí no se observaba ninguna cosa ajena de los usos de aquel tiempo. Mas lo que sí trastornaba todos los cálculos era el ver colgada a su lado derecho un arma de forma morisca cuidadosamente envuelta en una tela de seda azul. Semejante novedad llamaba la atención de cuantos en medio de su carrera podían fijar la vista en el ufano mancebo; y esta circunstancia unida a su singular destreza en el manejo del caballo, a su celeridad, y a la frecuencia con que, abandonado el camino marcado para buscar otro más recto, atravesaba campos y saltaba zanjas, sin detenerse por cosa alguna, eran bastantes a extraviar cuantas conjeturas quisieran hacerse de quien fuese.

Llegó a las puertas de la ciudad, penetró como un rayo por entre los soldados que las guardaban, sin darse cata de sus demandas y mandatos, y veloz e invisible a manera de un espíritu, cruzó casi la población entera, y sudoriento y fatigado echó pie a tierra en el anchuroso patio de la casa de Vilamala. Llamando a un criado para entregarle el caballo, sin un instante de reposo dirigióse a pie por varias calles, saliendo otra vez de la ciudad, y vino finalmente al monasterio de San Pedro de las Puellas. Las religiosas estaban en el coro, tenían la puerta cerrada, y mal de su grado hubo de conceder un momento de pausa a su agitación impaciente. A cuantos le vieron chocóles su prisa, sus armas y cierto desusado aire y movimiento que se notaba en todo el complejo de su figura, sin ser

bastantes a deducir por ellas la verdadera calidad del misterioso personaje. No estarán perplejos nuestros lectores, pues fácil les será rastrear que el tal joven atolondrado y atropellador sólo podía ser su antiguo conocido Ismael, vestido en traje cristiano. ¿Y quién no adivina ya la causa y el objeto de su viaje? Muerto, como dijimos, el joven Vilamala y otros amigos de Gualterio, de nadie podía echar mano sino del asiático para el exacto desempeño de la comisión que pensó encargar a su infeliz hermano de armas. Sin embargo, los cristianos estaban muy agriados con los moros por aquellos tiempos, y fuera asaz expuesto el viaje de Ismael llevando su propio traje. No se crea, a pesar de esto, que fue obra de un momento quitarle el turbante, y el pantalón, el chal y las demás piezas de su vestido para endosarle el de un cristiano, pues hubo necesidad de todas las reflexiones, consejos y órdenes imaginables para salir a cabo con el empeño, que nunca consiguieran su amo ni el conde a sospechar el moro que el objeto del disfraz era evitarle los riesgos. Finalmente cedió con poco gusto, vistiose como le mandaron, y se armó para su defensa, ciñéndose además el alfanje de Abil-Zara para ofrecerlo a Romualdo de Monsonís como un presente de su victorioso hijo. A despecho de la diferencia del traje y de las circunstancias, todos hubieran conocido en el joven fijo ahora en la puerta del monasterio al mismo mozo que pocos días atrás aguardó a su amo en igual sitio. Más difícil fuera creerle aquél que media hora antes corría las calles de Barcelona con atropellada furia, pues su actitud tranquila y su continente calmoso daban la idea de un hombre incapaz de precipitarse por cosa alguna. Abriose al fin la puerta y penetró Ismael en el patio del monasterio, siguió la ruta que en el campo la había explicado su amo, y a pocos momentos se encontró en el locutorio esperando la llegada de Matilde a quien a petición suya se avisara. El traje no había variado en nada sus costumbres; por esto al presentarse la heredera, en vez de descubrir su cabeza cruzó los brazos sobre el pecho, e hizo una profunda reverencia. Causole novedad a la virgen salutación tan impropia de un paje de su siglo; mas la primera palabra del sarraceno disipó su sorpresa.

-Ismael Abulema, servidor el más humilde de Gualterio de Monsonís, llamado el del Ciervo -dijo el asiático en lenguaje casi ininteligible-, se presenta a su señora Matilde de Sangumí, y le trae salud en nombre del caballero.

-Siéntate, Ismael -contestó Matilde-; siéntate y habla.

Expuso el paje cuanto su amo le encargara, descubrió el alfanje de Abil, enseñóselo a la joven, y mientras esta lo registraba, enfrascose en la minuciosa explicación de la igual batalla de su señor con el moro, del vencimiento de Monsonís, de los golpes recibidos y del lisonjero estado en que lo dejaba a su salida del campamento. Dijo enseguida cómo traía orden de su amo para trasladarse inmediatamente a su castillo, a dar tales nuevas a la familia de Gualterio, a presentar al anciano Romualdo el arma del vencido caudillo, y a rogarle que junto con Casilda partieran a Barcelona, a fin de auxiliar aquel los planes del abad y del caballero del Ciervo, y de entrar esta en el monasterio a fortalecer el abatido espíritu de la doliente heredera. Añadió, de su propia cosecha, cuánto complacieron al soberano y al conde Ansúrez los esfuerzos de su señor, y la grande esperanza que tenían todos sus amigos de ver feliz y rápidamente

terminados los padeceres del mismo y de Matilde.

Rebosando en contento y esperanzas, la absorta doncella desató la lindísima cadena de oro con que prendiera el cabello, y dióselo en albricias al plausible mensajero. Cuando éste vio la mano de la virgen casi tocando con la suya en el acto de entregarle la joya, y pudo comparar la blancura, la morbidez y la suavidad de la una con el color tostado de la otra, maldijo en su corazón el no ser caballero para dar en ella un blando y amoroso beso. Hubo, sin embargo, de contentarse con el deseo; y satisfecho, ufano, lleno de orgullo y de alegría colgose la cadena al pecho, y, recogido el alfanje de Zara, y despidiéndose de Matilde, corrió veloz a la casa de Vilamala. Sólo un instante estuvo en ella; los criados, de quienes ya era conocido, aparejaronle frugal comida; y cabalgando otra vez el bridón que trajera de su patria, enderezó el viaje hacia el castillo de Monsonís, antes de mediodía sin ser parte a detenerle el tempestuoso viento ni las aglomeradas nubes, preludios ciertos de próxima y deshecha borrasca.

Caminaba el mancebo con paso menos levantado que a la venida de Balaguer, pues dada evasión a su primero y más interesante encargo, no quería fatigar al sudoso caballo. Llegó al castillo de Monsonís mucho antes de la noche; y expuso su comisión al padre y a la hija que esperaban con ansia tener noticias del ausente Gualterio. Romualdo colgó el alfanje del moro a la par de los otros enviados por el joven de Palestina, y viéndolos al lado del que en sus mocedades había arrancado al barón cuando disputó con él la mano de su esposa, dijo con profético acento:

-No será el arma postrera que me entregue mi hijo para adornar las paredes de esta sala.

-No será -contestó Ismael llena de entusiasmo-. En medio de todas ellas veréis brillar dentro de poco la espada que indignamente ciñe Gerardo de Roger.

-Ésa sola me falta -repuso el anciano.

-Y será -exclamó a su vez Casilda- la que en breve traiga Gualterio.

La situación crítica de Matilde, fielmente descrita por el paje conmovió al señor de Monsonís y a su hija hasta el punto de fijar su marcha a Barcelona para la mañana siguiente con el objeto de preceder al victorioso conde. Romualdo, además, conocía cuánto valiera su presencia cerca del magnate para arreglar los asuntos del doliente caballero; e Ismael resuelto a no presentarse a éste sin llevarle una relación minuciosa y grata, detúvose en Monsonís, y acompañó a la capital al padre y a la doncella. Esperábase a don Ramón Berenguer de uno a otro instante; y toda la ciudad, echados a un lado los negocios y trabajos; corría llena de contento las calles para felicitar al triunfante soberano. Tremolaba la bandera catalana en las galeras y demás embarcaciones del puerto; y los caballeros salían en alegre y brillante comitiva a recibir a su príncipe. La general conmoción indicaba estar cerca algún grande y placentero suceso, y por el movimiento en el palacio, en las personas allegadas al soberano, en las de su servidumbre, traslucíase fácilmente que el suceso era la vuelta del señor de los catalanes.

En efecto, se disponía en la sala de armas magnífico y rico banquete; señalábase el asiento de cada caballero; subía y bajaba muchedumbre de escuderos, pajes y criados; perfumábanse las estancias de palacio con

fragantes esencias; se decoraban las salas con tapices, sendos ramilletes, y delicadas colgaduras traídas desde el otro lado de los mares; cubríase el suelo con matizadas alfombras de Tiro, y brillaban ya el oro y la plata sobre la mesa en que debía servirse el convite a Berenguer y a sus amigos. Sonreían alegres los rostros de todos los criados de palacio, y en medio de la asendereada turba cruzábanse algunos con trajes más ricos y vistosos, a quienes correspondiera servir la mesa. Por esta circunstancia era excusable su apatía, ajena del trabajo y diligencia de sus compañeros.

No se ocultó al ismaelita que el esmero y riqueza de su traje tenía por objeto hacerle presentar a Matilde y al señor de Monsonís con la pompa y elegancia propias de la clase de éstos; y así, concluida su comisión, creyó inoportuno aquel disfraz poco agradable. Dejada, pues, su rica capa azul, sustituyó a las plumas y al sombrero un gorro de caza, colgose a la espalda la corneta de los monteros, y no siendo fácil advertir sino de cerca el regalo de Matilde puesto en su pecho, juzgábalo todo el mundo un cazador del conde o de otro principal caballero. A paso corto y llevando el bridón de las riendas a fin de no causar daño a la multitud, cruzaba ya en su nuevo traje las calles de la ciudad dirigiéndose de industria hacia el palacio del conde, con el objeto de poder referir a su amo los preparativos de fiesta que allí observara. En medio de la plaza estaría cuando advirtió, mezclados entre el populacho, a dos religiosos pugnando por atravesarla, a despecho de los vaivenes de la muchedumbre, con dirección a la escalera del palacio.

No podía el padre Asberto ofrecerse en peor instante a los ojos del fanático sarraceno, el cual, si bien reconoció en su compañero al padre Armando, no hubo de ser esta circunstancia motivo asaz poderoso a contenerle. Sin acelerar su marcha, y siguiendo con la vista la ruta de los monjes, fuese hacia el mismo punto; y llegó al pie de la escalera al acabar ellos de subirla. Dejó las riendas del corcel en manos de un soldado, y deslizándose entre los servidores y curiosos con el aire de libertad y desembarazo que distinguen al habitante de una casa, púsose a calculada distancia de los religiosos y emprendió el camino que llevaba. Hasta entonces el mango de su puñal estuvo oculto bajo la chaquetilla; mas apenas embocó el primer pasadizo; donde la gente y la luz estaban en menos abundancia, soltó tres hebillas, introdujo la mano por la abertura, y empuñó la daga, aflojándola de la vaina, a fin de hacerla salir rápidamente en el instante favorable. Con la mano izquierda ocultaba en parte su rostro, presumiendo con razón que si su golpe era certero se harían exquisitas indagaciones para dar con el asesino.

El padre Armando, colocado a la derecha, indicaba a su compañero, según pudo oír el paje, el modo de presentarse al venerable conde. Con el objeto de huir de la muchedumbre y de no ofrecerse a los ojos de Berenguer en el mismo instante de su llegada, dirigíanse los dos monjes hacia la sala donde, por lo común, aguardaban al magnate los pretendientes quejosos, y que entonces estaba enteramente desierta, pues todo el mundo quería ver al monarca cuando, montado en brioso e inquieto caballo, se presentara en la plaza. La guardia de los condes de Barcelona era, en aquella época, menos numerosa de lo que hoy vemos en la morada de personas de muy más bajo rango. El amor de los catalanes hacia Berenguer III, y la continua

solicitud de éste por la gloria y el bienestar de los súbditos, eran los centinelas que mejor respondían de su seguridad; hallándose, además, fuera de la capital, con doble razón eran menos las precauciones. Subida, la escalera no encontraron ya soldado alguno los dos monjes, ni quien los seguía; circunstancia que, de paso en paso, aumentaba en el corazón del sarraceno la confianza de lograr a mansalva su objeto. Al introducirse en la estancia últimamente mencionada, observó la llave de la puerta en la parte de afuera, y este descuido, debido al paje a cuyo cargo estaba, túvolo por muy propicio el astuto mancebo.

Sin embargo, antes de colocarse, volvió atrás un razonable trecho para observar si alguna persona podría detenerlo a la salida o acudir a los gritos de los monjes. El silencio y la soledad más profundos reinaban en el edificio e Ismael juzgó llegada la apetecida hora de su venganza. Veloz como el tigre que en el momento preciso se arroja sobre su presa sin anunciarse con el ruido de las pisadas, en menos tiempo del que para referirlo necesitamos, estuvo dentro de la sala, clavó dos veces el puñal en el corazón del padre Asberto, cerró la puerta por la parte exterior, atravesó los corredores y antesala; descendió la escalera, púsose de un salto sobre su caballo; y antes de absolver el padre Armando al desdichado moribundo, Ismael, lleno de satisfacción y de ufaneza, estaba ya buen trecho lejos de la ciudad, contemplando con diabólico deleite las sangrientas manchas de su aguzada daga. Calculó, no obstante, que dirigiéndose a Balaguer por camino recto podía encontrar al conde y a su comitiva; ser reconocido por alguno, y de aquí, coordinando horas, lugares y circunstancias, deducirse contra él alguna sospecha; vueltas por lo mismo las riendas del bridón, dirigióse hacia el castillo de Sangumí, a fin de tomar desde sus inmediaciones la ruta por donde con su amo vino de Balaguer en la época del matrimonio de Matilde.

El más grandioso e importante objeto que ocupaba la atención de todo un pueblo, olvidase en un momento si se atraviesa otro objeto de menor interés, pero más reciente. El asesinato de un monje, cometido en el palacio del conde, en mitad del día, y entre el inmenso número de personas que dentro de él cruzaban por todas partes, había llenado de terror a la ciudad entera, suspendido el general regocijo, y hecho retirar a muchas gentes. Aquéllos a quienes afecta notablemente un suceso raro; por más que no les toque ni de lejos, habíanse metido en sus casas, creyéndose con razonable motivo de temer por sus vidas. Se cerraron todas las puertas exteriores del palacio, y por disposición del noble Godofredo de Giralt reconocía el padre Armando una por una a cuantas personas estaban dentro, para ver si entre ellas podía distinguir al asesino. Si bien aseguró el monje que en ninguna tropezaba con el matador del padre Asberto, esto no fue bastante para conceder libertad a una siquiera después de un minucioso registro, eran conducidas a sitio seguro, a esperar que ulteriores investigaciones acreditaran su inocencia. La plaza del palacio quedó desierta, y en los pocos transeúntes de la calle notábase cierto aire de temor y de reserva, indicio claro del horroroso pasmo que semejante delito les causaba.

En tales circunstancias presentose en la capital el conde con Ansúrez y todos los caballeros de arribos ejércitos, y no hubo de causarles poca admiración y zozobra la soledad de Barcelona y el silencio de los

habitantes. Apresurose Giralt a tranquilizar al soberano; y éste, oída la narración del hecho, reputó la muerte del padre Asberto como golpe de venganza dado por alguna persona de las familias que, según fama, debían a sus malvadas intrigas desgracias irreparables. Si la descripción del traje del matador, hecha por el padre Armando no forzaran su discurso a buscar al criminal entre los cazadores y monteros suyos o de las casas de otros magnates, quizá hubiérale ocurrido la idea de que el asesino del monje podía ser obra de Ismael. Y si tal vez brilló como un relámpago por su imaginación semejante ocurrencia, hubo de desvanecerse al momento, pues el agareno había salido de la casa de Vilamala llevando el mismo traje con que vino de Balaguer, viósele encaminarse desde dicha casa a la puerta de la ciudad por la ruta más derecha con antelación a la ida de los monjes hacia palacio, y después nadie observó por la capital hombre alguno de sus señas, y sí varios cazadores y monteros que con el mismo vestido del descrito matador acompañaban a sus señores al encuentro del príncipe. Quedaban burladas todas las conjeturas y pesquisas; investigábase inútilmente con el más exquisito cuidado, ofrecíanse premios y remuneraciones a quien descubriera al delincuente; obligose a todos los señores a presentar a sus criados; y en vano de tres días a aquella parte el abad iba reconociendo personas. En ninguna encontró ya al reo ni creía ya lograrlo, pues como le vio sólo un instante, y aun entonces cubriase el rostro con la mano izquierda, eran tan pocos los rasgos que su fisonomía dejó impresos en la mente, que de hora en hora se desvanecían; mucho más confundiéndose con los de tantos semblantes reconocidos en tres días. Ya que no fue posible por entonces descubrir al autor del crimen, dio el soberano claras muestras de cuánto excitara su desagrado; y si bien tenía resuelta castigar los extravíos del religioso, creyó más oportuno en tales circunstancias dar público testimonio de la parte que le cabía en el general disgusto, disponiendo una pompa fúnebre bastante a honrar a un personaje de clase elevada.

La ciudad entera tomó interés en la piadosa ceremonia; cual lo tornara en los alegres festejos, para la vuelta del conde preparados.

Ismael, en tanto, tranquilo y satisfecho, ponía en manos de su señor el regalo de Matilde, Y referíale el resultado de la embajada, callando cautelosamente la escena postrera.

-¡Dichoso tú -exclamaba el caballero-, tú que la oíste, le hablaste y has recibido de ella esta prenda de su gozo! ¡Feliz tú, que oíste el metal de aquella voz encantadora; tú, que respiraste el aliento expelido por su boca, y pudiste alimentar tus ojos mirando su bello rostro, y su precioso y elegante talle! ¡Ah!, quién me diera volar por un momento a su lado, besar su mano, ponerla sobre mis heridas, y jurarle que fue su amor mi último recuerdo cuando me creía postrado para siempre. Tú la viste, Ismael, y la viste con indiferencia; tu corazón, sensible sólo al placer de la sangre y de la venganza, nada pudo sentir inmediato a aquella criatura del cielo; tu alma, fría para el amor, no fue capaz de conmoverse al ver la angélica expresión de sus ojos, al oír las atropelladas preguntas con que interrumpía tus relaciones.

-¡Señor! -exclamó Ismael-: si vuestro servidor hubiera sido caballero, habría besado su mano en el instante de recibir esta cadena.

-Esta fuera la hora -gritó Monsonís, incorporándose en el lecho- en que ya

no existirías.

Iba el paje a pedirle perdón de su atrevido deseo; mas no le dio lugar el caballero, que, reconociendo la inoportunidad de su enojo, le dijo:

-Nunca olvides, Ismael, que Matilde de Sangumí es la esposa de tu señor; y nunca asome a tu labio la menor palabra capaz de dar a entender algún desarreglado intento.

Encogiose el mozo en un rincón de la tienda sin replicarle, resolviendo irrevocablemente no referir jamás a su amo cosa que ni por asomo bastara a incomodarle.

Las heridas del caballero iban mejorándose con inesperada priesa; mas no con la que convenía a su fogoso e impaciente deseo. La sensible muerte de Vilamala le penetró más y más de cuán necesario era reponer su salud a fin de presentarse en Barcelona y acabar de una vez sus males, y los de Matilde; con esta idea se sujetó rigurosamente a los remedios que le prescribían; y Ernesto de Otranto, testigo otras veces de sus dolencias, hubiera admirado su pacífica conformidad a no saber el origen que reconocía.

Romualdo de Monsonís, en unión con el conde y el padre Armando, discurrían la manera de anular el matrimonio de Roger con Matilde para dar finalmente a Gualterio el premio de sus trabajos y proezas. El conde Ansúrez y algunos amigos de la casa de Monsonís interponían, no ya su mediación, pues Berenguer estaba resuelto a favorecer al mozo; sino sus consejos y valimiento en pro de semejante empresa.

El corazón de Matilde logró placentero esparcimiento con la compañía de Casilda; y aunque no se reputaba todavía dichosa atrevíase a concebir planes de una felicidad próxima, fundada en la protección del soberano, del respetable abad y de los muchos valedores de su familia: la infeliz medía las fuerzas de su falleciente naturaleza con el vigor y entusiasmo de su alma. Por un chocante e inexplicable contraste, cuanto más decaía su cuerpo, otro tanto se reanimaba su espíritu; quien la escuchara sin verla hubiera pensado oír a una joven en lo más vigoroso de su salud y frescura.

Al ver solamente su rostro podía concebirse una lisonjera idea de su estado físico, pues el entusiasmo, la alegría y las esperanzas de felicidad que nutrían en el pecho, brillaban en sus rasgados ojos; chispeando sobre su tez un fuego engañoso, garante de larga y robusta vida. Desmoronábase de día en día aquel edificio, y los pocos restos que en pie quedaban a la vista del espectador decían la firmeza y la hermosura de que todo él hiciera alarde en tiempos más dichosos. Era la existencia de Matilde como el sol de un día borrascoso que tal vez luce un momento y colora las nubes de su contorno al precipitarse en el ocaso.

La llegada a la capital del conde y de su ejército encerró a Gerardo de Roger en casa, pues, supo que el soberano tomaba a su cargo la felicidad de Matilde, y receló cuán difícilmente pudiera quedar impune la tiranía usada con la doncella. El aciago fin de Arnaldo, atribuido en general aun castigo del cielo, y el infausto, expirar del padre Asberto, hacíanle oír dentro del corazón una voz terrible que le vaticinaba una muerte semejante a la de sus cómplices. Temiera, hasta entonces, la espada de Gualterio; pero ahora hacíanle temblar la ira del conde, la venganza de Dios y el puñal del asesino cuya osadía acabó tan atrevidamente los días del religioso.

Irresoluto por otra parte, enamorado de Matilde, incapaz de emprender una fuga que le hacía más reo, lisonjeado a veces por la engañosa esperanza, último recurso del hombre, y recelando casi siempre de cuantos se le acercaban, era el personaje más desdichado de todos los que figuran en nuestra historia. Oprimíale el corazón una mano invisible; el sueño le presentaba mil fantasmas vengadoras; y corriendo de dolor en dolor, de pena en pena, hacia la felicidad o hacia la muerte; gemía por adelantar un paso en su vacilante fortuna.

Ardorosa como una fiebre interior, jamás pareció más bella: sus labios encarnados, sus brillantes ojos, sus mejillas vivamente sonrosadas semejaban desafiar a la tumba; y tal como el arco iris trazado en el cielo durante la tempestad, en el seno de las desolaciones se la ve deslumbrante.

ARLINCOURT

Respirábase ya en la baja Cataluña el tierno ambiente del aire primaveral; veíanse decorados de ricos matices los sotos y las praderas; abrían sus cálices las virginales flores, y su fragante corola embalsamaba la atmósfera con la mezcla de mil aromas. La nieve de las cumbres derretida al benéfico calor del padre de la luz, acrecía los bulliciosos arrullos que, precipitándose por las grietas y saltando de roca en roca, salpicaban el herbaje de sus orillas, y traían el frescor y la vida a la llanura. Cinbreábanse las copas de los árboles en la noche y en la mañana al suave impulso del deleitoso cefirillo del monte y quizá su ligero soplo callaba en las más ardientes horas del día para ceder a las dulces virazones, que a fuer de precursoras del estío, nacían de entre las olas del apacible Mediterráneo. El muelle influjo de la naturaleza se comunicaba a todos los vivientes; y en el bosque y en la floresta predecía el canto de los habitantes del aire la ya próxima estación de sus cándidos amores. Recogidas las oscuras y pesadas galas del invierno, cubrían las vírgenes su albo seno y sus espaldas con el chal transparente y voluptuoso por do traspasaba, furtivo el ojo veloz del atrevido mancebo. Ostentaba el talle su delgadez graciosa, presentándose desnudo el torneado brazo sin temer ya al helador enero. Los paladines, depuesta la sangrienta malla, y tal vez la arrasadura entera, lucían un traje más airoso y ligero, haciendo alarde de su heroica figura y robustos miembros. La naturaleza renacía, y con ella, todo lo bello renacía. Circulaba la sangre con más vivo fuego; todos los afectos tiernos, las pasiones todas ardían con más vigor dentro del pecho, y exaltaban la imaginación de los dichosos hijos del Mediodía; y el semblante, la actitud de todos, anunciaban nuevo ardimiento, nuevo espíritu, nueva disposición para el amor y la gloria. Era entonces muy numeroso en Barcelona el concurso de extranjeros venidos del otro lado de los mares. El turbante del asiático marino veíase con fundido con el caftán del turco europeo, con el sencillo y colorado casquete del isleño del Archipiélago, con el rico sombrero del negociante

siciliano, y con el gorro de terciopelo del mercader de Venecia. Descollaba entre la multitud el gorro frigio de la marinería de Levante lucía las elegantes plumas el chato sombrerillo del hijo de Nápoles; y por las desnudas y morenas piernas traslucíase quizá al moro mallorquín. Un convenio, al parecer universal, hacía aportar en aquella estación a las playas de Barcelona las flotillas de Levante y Palestina con especierías y drogas, con ámbar del golfo de Ormuz, los preciosos aromas de las Malvinas y del Líbano, y las lujosas y variadas telas de hilos y sederías. No faltaban la espada de Damasco, la caballeresca arrasadura forjada en la célebre Milán, el casco de Rumania; ni el albo e indómito caballo nacido en los arábigos desiertos. Quien concurriera en igual época a la corte de los Berengüeres, habría conocido a la legua la nación donde vio la primera luz cada una de las personas que por entonces la visitaban. ¿Cómo podía confundirse el rostro alegre y enjuto del hijo de Pisa, con la faz rolliza y apelmazada del membrudo normando, o con el cetrino y tostado semblante del africano? No representaba más dificultad distinguirlos en aquel signo de la que ofrece en nuestros días. La mano del Criador ha esculpido sobre las facciones de cada pueblo de la tierra inmutables señales, rasgos indelebles que marcan su carácter, sus inclinaciones, sus virtudes, sus vicios y sus glorias o miserias, pertenezcan ya al dominio de la historia. El impacto grave y reservado de un español, ¿no indican un hombre sufrido, noble, pundonoroso y valiente? La movilidad continua y el aire turbulento de un francés, ¿puede revelar otra cosa que el espíritu de inconstancia y el prurito de la novedad? El entusiasmo de la poesía, el recuerdo de las pasadas glorias, el genio ardiente de la música, de la danza, de la pintura; de todo lo bello y alegre, ¿en dónde podrán hallarse mejor expresados que en las fugaces miradas, en los rápidos gestos, en el precipitado hablar del improvisador italiano? Todo el mundo sabe conocerlos, y se han distinguido en todos los siglos.

Para la celebración de aquel universal mercado, construíase en la playa del mar de Barcelona inmenso número de casillas de madera y tiendas de lienzo, que, ordenadas en iguales y anchas calles, formaban otra ciudad más simétrica y graciosa, si bien menos considerable. Vendíanse las mercancías por mayor a los negociantes catalanes; los tres días primeros, sin embargo, compraba cada persona en particular y en la cantidad que quería cuantos objetos pudieran convenir a su lujo o comodidades. La concurrencia, pues, era bastante para indicar que la ciudad entera trasladaba su domicilio a la fresca ribera de las aguas. Hacían muestra los extranjeros de sus hermosos géneros; y a cada paso aumentábanse las tentaciones de las bellas, y la impaciente zozobra de los padres y maridos, previendo un inevitable dispendio. El galante mancebo para quien los planes económicos nunca existieron sino en teoría, paseábase ufano y con ínfulas de protector entre las envidiosas parejas que el ardiente amor de los primeros años habían sustituido aquella amistad tranquila que suele ser más duradera. En tales circunstancias les era indispensables a la juventud y a la galantería más caudales que de ordinario; y a sus ahogos daba oportuno aunque costoso auxilio la mugrienta y repleta bolsa del usurero. Para tropezar con uno de éstos era forzoso salir de Barcelona y trasladarse a la playa. En vano se le hubiera buscado en un almacén de especiería o de drogas, pues los mercaderes de tales artículos echábanla

de especuladores más avisados y ladinos que ellos mismos: por el contrario, en la tienda do lucía el rico arnés, el terso yelmo o la damasquina espada, era fijo encontrar, metido en un rincón, al asqueroso aritmético, clavando el ojo sin miedo de equivocarse sobre el caballero cuyos abundantes deseos corrían parejas con la escasez de los medios. Tal vez instigaban a la compra y encarecían la excelencia del género, cobrando por ello razonable tributo del vendedor. Entre el joyero milanés y el vidriero veneciano, barajábase por lo común, cual si fuera su sombra, un hombrecillo cubierto de pingajos, macilento, pálido, con aire escudriñador, maliciosa y atrevido aquel ente miserable era el usurero, quien al ofrecer sus caudales para las compras, adquiría el derecho de molestar un año entero a un número considerable de principales mozos, de frecuentar su casa, de interrumpir su reposo en las madrugadas, y de arredrarles con la amenaza de poner en noticias de los padres todas sus ocultas trampas.

Media hora antes de ponerse el sol, en el segundo de aquellos días, apareció al través del bullicioso y alegre concurso un caballero de gallarda talla y de bellas formas, según pudiera traslucirse. Asomaban por sobre el espaldar, los rizados y blondos cabellos; la visera no era bastante para ocultar el brillo de sus ojos. Un inteligente, lejos de reputar su armadura por un medio de defensa, creyérala un disfraz tomado con el fin de esconder el rostro y las formas, en razón, no de echarse menos en ella la pieza más pequeña o indiferente, sino del metal, cuya delicadeza y figura daban evidente idea de su inutilidad para resistir los golpes de un acero medianamente templado. Iba, en efecto, el paladín todo cubierto de plata; y fijándose sólo en el color, estimáranse por oro el casco, las espuelas, la cruz de la espada y el mango de la misericordia ondulaban sobre el yelmo dos plumas verdes y una blanca, y cubrían su espalda izquierda ligera capa azul recamada de plata por diestra y perita mano. El vestido de los dos pajes tras él colocados excedía en lujo y elegancia a cuantos hasta entonces se presentó en Barcelona. Si la estatura del personaje hubiera sido menor y no tan abultados sus miembros, creyeran no pocos que el mismo don Ramón Berenguer iba a manifestar cuánto apreciaba el regalo de algún poderoso magnate; mas la comparación entre el incógnito y el conde sacaba de dudas al primer golpe de vista.

Fácilmente se deja entender la novedad que su aparición causaría y de cuántos discursos y conjeturas fue origen, bien equivocados y temerarios; mas él, dando poca importancia a la curiosidad ajenas, dirigíase con firme planta por el centro del bullicio, registrando con la vista todas las tiendas y almacenes, y en busca, al parecer, de algún objeto. Después de largo rato y muchas vueltas, hubo de llamar su atención un grupo de jóvenes caballeros que, muy a su sabor le examinaban. Parose a su frente, y trepando por entre ellos asió con fuerza la muñeca de Renardo Guillén de Cordelles iba ya éste a echar mano a la espada cuando algunas palabras dichas por el otro a su oído desvanecieron su enojo, y le obligaron, además, a seguir al desconocido. Ambos a dos con los pajes atravesaban ligeras el estrecho que desde la playa debía conducirles a la capital, cuando al dar la vuelta a la penúltima esquina del mercado se presentó con algunos amigos Gerardo de Roger. Un instinto indefinible le indicó que el incógnito era el rival con quien había de disputarse la vida, y no se

equivocaba.

El mismo Gualterio de Monsonís, puesto ante sus ojos y aventajándole de mucho en estatura, detuvo su paso, y le hizo sentir casi instantáneamente ira, temor y celos.

-Al fin nos hemos encontrado -le dijo el del Ciervo, descubriendo su rostro-; y éste, ha de ser el último día de tu existencia, bien quieras perecer a mis mayos como caballero, bien prefieras morir como un cobarde al golpe de vengador oscuro.

-Ni lo uno, ni lo otro -repuso Roger, con prontitud y coraje-; el temor a las leyes y la severidad del conde, me ponen a cubierto del asesino; y mi acero sabrá librarme de los débiles golpes de tu brazo magullado en Balaguer por los infieles.

En vano los jóvenes que a Gerardo acompañaban, quisieron remitir al soberano la decisión de la contienda; en vano aparentaba el mozo ceder a las razones de sus camaradas; inútilmente buscaba Cordelles, persuadir al hermano de Casilda de cuánto convenía separarse de aquel lugar público donde iban acudiendo gentes a los gritos y ultrajes de los dos rivales; nada adelantaron introduciéndose en el grupo Bernardo de Ribelles, Godofredo de Giralt y algunos otros nobles, con ánimo de proteger y calmar ya a la una, ya a la otra parte: las espadas estaban desnudas, y los dos rivales, abierta plaza entre sus amigos y valedores, dirigíanse ya el golpe primero cuando la llegada de los condes Berenguer y Ansúrez puso invencible obstáculo al derramamiento de sangre.

-¡Vuestras espadas, caballeros! -exclamó don Ramón-; y no sé decir cuál de entrambos fue más tardo en obedecer el mandato.

Los ojos del soberano se dirigieron alternativamente al uno y al otro, con amenazador y severo aspecto; y después de un momento de reflexión.

-A la hora en que el conde de Barcelona -les dijo- vuelva mañana de la caza, os presentaréis en su palacio: desarmados. Ribelles -continuó, volviéndose a éste-: lleva a Monsonís a la habitación de su padre, y Roger marche a su casa, acompañado de Vilanova.

Detúvose el príncipe hasta verlos entrar en la ciudad, divididos y cada uno con el camarada señalado; y luego, hablando con Ansúrez mientras seguía su ruta hacia la playa:

-No espero -le dijo -poder evitar un combate a muerte entre esos dos mozos; pudiera discurrir Gualterio oportuna sazón y lugar para el desafío ocultándose después a mi vista hasta que el tiempo y el reiterado general empeño de la ciudad toda me ofrecieran plausible motivo de perdonarle. No es dable asegurar si Berenguer pronunció estas palabras en voz alta casualmente o a propósito; mas de todos modos hubo de oírlas Cordelles; y antes de transcurrir un cuarto de hora, las relataba ya a sus amigos, reunidos en casa de Monsonís a consecuencia del suceso. Todos a una creyeron adivinar los deseos del conde, y por ello fueron hablando muy a su sabor acerca de cómo debían conducirse en tan delicado negocio: enumerar los planes allí propuestos, los inconvenientes que se tocaron, los ofrecimientos hechos, y la discordancia de pareceres, sería narración verdaderamente interminable. Diremos, sin embargo, haber sido obra del ingenio de Ribelles la base del más razonable proyecto, si bien los medios y el modo de ejecutarlo fueron tantos, tan variados y tan de distinto género, que sería imposible fijar el autor de los aprobados

definitivamente.

Según lo dicho por Cordelles, reducíase la voluntad del conde a no estorbar la pugna entre Gerardo y Gualterio, sino a verla verificada en términos que ni él la supiera hasta después de concluida, ni se omitiera medio a fin de dar al hecho la menor publicidad posible. Además, indicaban las palabras del magnate que en el caso de acabar Monsonís con la vida de su rival, le era forzoso ausentarse hasta poderle otorgar generoso perdón. Todo esto era muy sencillo verificado el desafío en lugar solitario y distante de Barcelona, desde donde podría cómodamente emprender la fuga. Mas cruzábase el estorbo insuperable de Matilde, pues ni Gualterio quería marchar sin ella, ni daban los mozos con un camino seguro para que la llevase. El padre Armando la condujo al monasterio, y sólo al mismo o a persona autorizada por don Ramón le fuera dado exigir su entrega a la respetable abadesa. Éste era el punto arduo, el único arduo en aquel negocio; y entre los varios planes propuestos, sólo el de Ribelles estimose por capaz de zanjarlo. Tomó sobre sus hombros el grave peso de una principal parte de la empresa y distribuidas las demás entre sus camaradas, convinieron en que antes de llevar a ejecución ninguna de ellas, había de esperarse el resultado de la conferencia a la cual citó el conde a los dos rivales para la inmediata mañana. Bien tranquila fue la noche para. Gualterio a pesar de haber desahogado su pena en el corazón de Casilda, con cuyo carácter vivo y emprendedor estuvo muy de acuerdo el atrevido plan de la juvenil asamblea.

Romualdo de Monsonís, amén de ignorarlo todo, tenía la mayor zozobra por su hijo, a quien juzgaba aún enfermo en Balaguer. En efecto, habíase presentado el mozo sin conocimiento de su padre y ocultándose de él, pues bien se le alcanzaba cuanto su sensatez y maduro juicio declamarían contra los arriesgados proyectos que concibiera, y a cuyo influjo vino inesperadamente a Barcelona. Casilda quería revelárselos, no sé si confiando en su aprobación, o con el deseo, quizá, de que los estorbara, pues en medio de su irreflexivo atolondramiento, algunas veces temblaba muy de veras por su hermano, cuyo acreditado valor no era garante cierto contra la espada de Gerardo, a quien se concedía por lo común razonable opinión de buen soldado.

Roger, contemplando ya seguro el combate con su rival, estaba resuelto a portarse a fuer de pundonoroso caballero; y aunque temía el brazo del enemigo, la confianza en sí mismo y los recientes padeceres del otro hacíanle augurar un feliz resultado otra pena le aquejaba más crudamente, y era la forzosa pérdida de Matilde: vencedor en la pugna, debía abandonar la patria para huir de la justa indignación del soberano, y de la venganza de los amigos de Gualterio. Por todas partes tropezaba con inconvenientes, por todas con dificultades, sin saber en último resultado a qué partido atenerse. Arrebatarse a Matilde y disponerlo todo para huir con ella en caso de quedar victorioso; tal era el plan que más hubiera lisonjeado a su imaginación, a no ver los insuperables estorbos para llevarlo a cabo. Con tantos amigos como Gualterio, eran más cortos sus recursos y pocas sus esperanzas; toda la noche resolvió planes, sin adoptar ninguno; y la hora de ir a palacio hubo de sorprenderle vacilando en las mismas dudas. Dirigióse allá; y los dos rivales subieron juntos, sin hablarse, la escalera de la casa del magnate. Acababa de volver éste de la caza, y los

recibió en el momento, circunstancia feliz para acabar pronto la zozobra con que parecieran ante su vista. Berenguer estaba incomodado, y su exterior ofrecía de ello claras señales: sus primeras palabras las dirigió a Gerardo.

-Tú mismo -le dijo- has acelerado la hora en que debía llamarte a mi presencia; y la has acelerado cometiendo un nuevo exceso bastante a probar cuán lejos estás de arrepentirte de los anteriores: los caballeros de mis dominios, bien lo sabes, no deben emplear sus armas unos contra otros; y la trasgresión de la ley es más digna de castigo cuando se verifica en público y de un modo tan escandaloso y osado como ayer lo ejecutaste. ¿Qué causa tuviste para sacar la espada en el sitio donde te sorprendí yo mismo?

-Señor -contestó el joven-; los insultos de Gualterio de Monsonís irritaron...

-Yo no te pregunto lo que hizo Gualterio -interrumpióle don Ramón- sino lo que tú hiciste.

-Quise vengar una injuria -satisfizo Roger-, escarmentando a un altivo, a fuer de caballero.

-No lo eres -gritó el conde-; quien hace violencia a una dama no puede honrarse con título semejante; y tú lo perdiste cuando tu conducta no se ciñó a los ejemplos que ellos te dejaron: si su divisa está reducida a servir a Dios, al rey y a las damas, mal puede gloriarse de serlo quien no se atuvo a los mandamientos del primero, infringió las órdenes del segundo, y con violencia arrancó el juramento a una virgen desolada y oprimida. El conde de Barcelona, tu rey, te despoja de la orden de caballero, y te prepara un riguroso castigo capaz de servir de ejemplo a cuantos como tú desprecien mi autoridad y sus deberes.

Gualterio oía con satisfacción las palabras del príncipe, que cubrían a su rival de eterno oprobio; mas a pesar de esto no estaba tranquilo, penetrado de que el príncipe iba a juzgar a entrambos severamente. Le dirigió el magnate una mirada desde los pies a la cabeza una y otra vez; sostúvola el mozo con decorosa firmeza, y se dispuso a sincerarse.

-¿Con qué permiso -le preguntó el conde- has venido a Barcelona?

-Vos me disteis orden -satisfizo el joven- de ejecutarlo cuando mi salud lo permitiera.

-Es cierto -continuó Berenguer-; pero añadí entonces que mi palacio debía ser el primer punto en donde te presentaras; ¿cómo has ejecutado esta orden?

-Religiosamente -dijo Gualterio-; el suelo de esta casa pisé el primero en Barcelona; y en él permaneciera inmóvil toda mi vida a no creer obtemperada la orden con sólo presentarme.

-¿Y con cuál objeto -prosiguió don Ramón-, te has dirigido hacia la playa con ese traje, más rico y fastuoso que cuantos cubrieron nunca nuestra propia persona?

-Aquella armadura de lujo y no de guerra -contestó Gualterio-, único despojo ganado en los trabajos de Balaguer y vestida por mí con el solo objeto de no ser conocido, prueba bien a las claras que era pacífico mi objeto.

-¿Cómo, pues, hube de encontrarte -insistió Berenguer- en circunstancias que manifestaban todo lo contrario?

-Para castigar a un caballero sin honor -respondió Monsonís- y vengar una injuria evitando al soberano el disgusto de reprimir las insolencias de un mal vasallo, todos los lugares y circunstancias me parecen acomodados.

-Si te lisonjeas -dijo el conde- de satisfacerme con estudiadas contestaciones, desde ahora puedes elegir otro camino: en mejor sazón tomaré de tu conducta la exacta cuenta que suspendo ahora por deferencia a tu anciano y respetable padre: recibe otra vez la espada; cuenta cómo usas de ella, y no olvides que si la clemencia es una de las primeras virtudes de los soberanos, quizá debe anteponérsele la justicia.

Un paje del príncipe trajo las dos espadas de los mozos: cogiólas Berenguer; y entregando la suya a Gualterio, arrojó con visible enojo a un rincón de la sala la de Gerardo Roger. Un súbito movimiento de despecho hizo adelantarse a éste hacia el sitio donde resbalaba el arma; mas contúvole, irritado, el conde, que, colocando su pie derecho sobre el izquierdo del mancebo lo apretaba cruelmente contra el suelo con indicios de magullárselo si no desistía de su intento. Gualterio iba a coger el brazo de Gerardo para obligarle a la obediencia; y Berenguer, que penetró su objeto:

-Yo solo basto -le dijo, interponiéndose con prisa.

Corridos ambos rivales, si bien por causas muy diversas, esperaban con ansia la orden del magnate para marcharse; y cual si éste lo hubiera adivinado, dirigió su diestra hacia la puerta sin hablarles, ni lo necesitaron tampoco para entender la voluntad del soberano. Monsonís, condolecido de la situación de su contrario, dejole adelantarse a la salida del palacio, desde donde se encaminó a la casa de su padre para referir a éste y a Casilda cuanto le aconteciera en la reciente entrevista. Excesiva parecióle a Romualdo la suavidad que con su hijo había usado el conde, mientras la señorita se quejó con amargura de su carácter inflexible y severo. El cruzado, lejos de opinar como el uno ni como la otra, mantúvose en un término medio, plañiéndose de las reconvenciones y aplaudiendo el resultado. Las indirectas amenazas de don Ramón no bastaron a intimidarle; firme en el proyecto sugerido por Ribelles excogitaba los medios de cumplirlo, dejando ya a un lado la primera parte, que era el desafío con Roger. Deshonroso era, a la verdad, para un caballero medir sus armas con quien acaba de ser degradado por el príncipe mismo; y aun cuando le fuera dado prescindir de este punto de delicadeza, no lo tolerarían sus compañeros, cuyo auxilio le era muy mucho necesario.

Matilde esperaba con anhelo la vuelta de su amante a Barcelona, noticiosa del próximo fin de sus dolencias; y segura de que el caballero no esperaría a entonces para correr a renovar sus antiguos juramentos, empezaba a extrañar la tardanza de tanta dicha. El cuarto de la monja sorprendida por ella en el coro la noche de su triste desconsuelo, era ya de muchos días su morada: la igualdad de carácter estableciera entre las dos una correspondencia de afecto, que aumentó más y más con la narración de las desgracias que aquella virtuosa joven sabía ocultar bajo el velo de una tranquilidad envidiable; sin embargo, si buscáramos el verdadero motivo por el cual ahora Matilde frecuentaba tanto su estancia, no se le encontrara quizá un origen tan inocente y puro. Por el camino inmediato al monasterio habían pasado el conde de Barcelona y todas sus tropas cuando

dieron la vuelta de Balaguer; por el mismo, vino Ismael trayéndole las primeras noticias de consuelo; y desde el aposento de la joven religiosa observó ambas cosas la heredera. Desde allí confiaba ver la llegada de Gualterio, y juzgar por el rostro y continente el estado de su salud y de su corazón.

Fija, pues, en la ventana desde el amanecer hasta cerrada la noche, no pasaba persona alguna a quien no registraran sus ojos con el más escrupuloso cuidado. Las noticias del padre Armando, las esperanzas con que la lisonjeaba; y las seguridades recibidas de Casilda, la habían acostumbrado a mirar como rota la unión con Gerardo, y a considerarse esposa de Monsonís: en todo esto ninguna dificultad hallaba Casilda; el conde lo quería; y para ella esto era tanto como verlo ya verificado. El anciano Romualdo, con el objeto de aliviar sus pesares y no de hacerla concebir una seguridad absoluta, había secundado las ideas de su hija: así convencida Matilde de que sus deseos se cumplirían, anhelaba por el instante de ver a Gualterio, estimando la llegada de éste como la base de sus esperanzas. Creíase ya contenta y dichosa porque huyó de su corazón el cruel pesar, el incesante martirio; mas aquella impaciencia, aquel anhelo afanoso y continuo de ahora, más dulce mente, sí, pero no con menos rapidez, minaba sus fuerzas: la aguda dolencia; convertida en consunción incurable, destruía aprisa su extenuada naturaleza. El recio viento del norte aja repentinamente las flores de la pradera; mas el ambiente fresco y suave que tras sí deja, alza de nuevo el marchito capullo, y a la hora se presentan más bellas y lozanas; pero el continuo sol de todo un día, sin hacerlas sufrir embates ni desordenar sus matices, las va sin interrupción agostando de hora en hora, las observa doblar el cuello cuando se precipita en el ocaso, y al aparecer a la mañana siguiente encuentra su tallo desnudo y seco, y las hojas derramadas alrededor del tronco de cuyo jugo chuparon la vida.

¿En dónde está, pues, Gualterio? ¿Por qué ardiendo en el entusiasmo de los héroes no abandona el lecho del doliente; y corre a sostener a la expirante virgen? Su constitución es más robusta; su pecho varonil no ha sufrido tantas angustias; tiene más firmeza, y el lisonjero estado de sus heridas no debe ya servirle de estorbo para emprender el viaje. No vista ya la sangrienta malla, ni brille sobre él la escamosa armadura, ni cubra su frente el pesado yelmo, y diga si es menester potro en vez de indómito caballo de batalla: atraviase con veloz carrera la distancia que le divide de su amada, y prívela su potente diestra de postrarse para siempre en la tierra. ¡Ah!, oiga los tristes agujeros de su corazón; no desprecie esa voz secreta, anuncio cierto del peligro de la lastimada doncella, no sea que al hincar la rodilla para pedirle una mano do imprima sabroso beso la vea caerse risueña y moribunda.

¡Quién sabe si la monja, al anunciar a Matilde la visita del cruzado, hubo de interrumpirla en medio de estas reflexiones! Sin embargo, Gualterio llegó todavía a tiempo: tranquila como la perseguida inocencia al lado de su protector, apacible cual el rocío del alba, risueña como la primera chispa del sol de la primavera, viva, animada, ardiente como un genio, como un espíritu; y al mismo tiempo pálida, lánguida cual la cándida azucena en el momentáneo tránsito de su hermosura a su marchitez, tendió Matilde una mano mórbida y fría al amoroso caballero, mientras el

fulminante mirar de este hizo aparecer sobre los labios una celestial sonrisa; inmediata precursora de su fugaz y dulce lloro.

-¿Y es cierto que al fin tornan a verte mis ojos, y que eres el mismo Gualterio que jamás se separó de mi corazón?

-Sí, el mismo soy -contestó el mancebo, besando con frenético ardor la tierna mano que Matilde sacaba por la reja del locutorio-; el mismo soy, aquel mismo de cuya alma no podré arrancar tu imagen todo el poder de los hombres; aquel mismo que nació para amarte; cuya vida es tuya, y cuya mente sólo concibe las ideas de tu hermosura, de tu amor y de tu dicha. He me otra vez a tu lado sin más estorbo para estrecharte entre mis brazos que este hierro, débil para resistir a mi mano; aquí estoy para no separarme ya de ti, para arrebatarte conmigo, para ser tu esposo a pesar del nudo fatal, estrechado por el sacrilegio y la violencia, y que debe romper el amor nuestro.

-Sí; lo romperá -exclamó Matilde, apretando con fuerza las manos de su amigo y abriendo más y más sus divinos ojos-; lo romperá, pues tú lo quieres y lo ansía este corazón que es tuyo; la tiranía y la fuerza me arrancaran un juramento en el cual mi alma no tuvo la menor parte; yo lo detesto, y mi voluntad libre me dispone a proferir otro firme e irrevocable como nuestro eterno cariño.

-Si tales tu resolución, si te sientes con valor para llevarla a cabo -repuso Monsonís, lleno de entusiasmo-, arrojémonos en brazos de la suerte, salvemos la indigna barrera alzada entre nosotros; huye de este encierro que te deshonor y alimenta la esperanza de tu tirano; abandonemos esta tierra ingrata para nosotros y gobernada por un príncipe, cuya protección equívoca no puede hacernos felices; y atravesando los mares por donde tu amante voló a la gloria, corramos en pos de la ventura que nos niega la patria. El nombre del caballero del Ciervo es conocido en Asia; mil príncipes cristianos le tenderán una mano; y aun pudiera ceñirte una corona allí donde derramó su sangre por la religión y por Matilde.

-¿Y qué -preguntó la virgen enternecida-, podríamos alcanzar la dicha al otro lado de los mares, en ese país lejano conquistado por vuestras armas?

-¿Y quién lo duda? -atajole Monsonís-; en cien pueblos ondea el pabellón de la Cruzada, y en cada uno, mil guerreros abrirán los brazos para estrechar a su hermano. Ten valor; Matilde mía. Vivifica ese amortiguado espíritu; compara nuestras actuales desdichas con los bienes que te prometo, y resuélvete a seguirme, nunca aguardes aquí consuelo, vanas promesas alimentarán de continuo tu esperanza, a cada instante engañada; cada sol te traerá nuevos quebrantos, y, al fin, serás víctima de los inmensos reales que sobre tu cabeza han descargado.

-¡Oh!, ahora mismo -exclamó Matilde-, ahora mismo atravesaría contigo esos mares, aun cuando embravecidos alzarán sus olas ante mis ojos; tu lado no me arredraría el inconmensurable abismo de la eternidad, pues eres el mismo Gualterio a quien se dirigió mi primera sonrisa, por quien palpité mi corazón la vez primera, por quien existo; el mismo que me adoraba y cuyo corazón no pudieron cambiar ni la ausencia ni las desgracias. Yo soy tuya para siempre; tú eres mi único bien, mi felicidad suprema, mi espíritu, mi vida; dispón de mí como quisieres; arráncame de este lugar maldecido por mi boca; y no importa que me lleves a la muerte como sea

lejos de esta morada de horror y desconsuelo.

-No estarás en ella más de dos días -aseguró el cruzado-; mi hermana protegerá tu fuga, y si ésta no quiere, mi brazo y el de cien guerreros quebrantarán estas rejas, a pesar del conde de Barcelona y de los suyos. Tu existencia ha decaído, las desgracias han impreso sobre tu cuerpo tristes e indelebles señales; mas tu espíritu es el mismo, la sangre hierve en tus venas, y el fuego de tus celestiales ojos me revela el entusiasmo que fue siempre la dote más preciosa de tu alma. Yo vine para inspirarte valor, y el tuyo acrece el del pecho mío; nosotros seremos felices, Matilde; el Dios cuya diestra castigó de muerte a dos de tus tiranos, nos vengará del tercero, y bendecirá la unión de dos corazones que siempre se amaron. Si acaso en los momentos del riesgo pudiera el temor introducirse en tu alma...

-¿Y qué puedo yo temer estando al lado tuyo? -opuso la doncella-: Tus brazos sostendrán mi temblorosa planta, y con el calor de tu pecho unido al mío recibiré parte del ardimiento que te sostiene; llévame a donde quieras; tú serás mi ángel protector, y estando contigo, los males y los bienes los reputaré mi corazón por ventura inesperada.

Encendíanse gradualmente los ojos de la virgen; decorábale el carmín más puro las mejillas, y su voz resonaba cual en los días que le alcanzara inmortal lauro. Al mirarla Gualterio hermosa, llena de amor, poseída de frenético delirio creía ver a un ángel descendido a la tierra y partícipe todavía de su celestial naturaleza. Cogida aún su mano, besábala con ternura; devoraba con los ojos las gracias todas de la joven, y en aquel instante sólo le forzara a cederla el mismo Eterno armado de su omnipotente rayo. También Matilde contemplaba a su amante, y a no verle tan cerca, a no conocerle desde el primer instante en que abrió sus ojos, si no sintiera en la mano la impresión de las suyas, reputárale por un ser inmortal y divino, destinado a arrancarla de la persecución y de la desventura. ¡A serles posible acercarse libremente el uno al otro con qué placer, con cuál frenesí amoroso estrecharan sus corazones, expirando tal vez entonces de amoroso delirio!

Después de deshecha borrasca, cuando los cielos y la tierra al parecer, se han convencido de que no pueden confundirse, y han acabado los vientos toda su furia, y se han calmado las tempestuosas olas del océano, y el rayo ha abierto mil veces la cargada nube, haciendo retumbar el firmamento con el tembloroso estampido del trueno, disípanse los vapores postreros, despéjase el horizonte, tranquilízase la naturaleza, aparece brillante y hermoso el azul del espacios y la Creación goza una vida nueva, y se siente un vigor, un contento y un deleitoso placer que es siempre nuevo; así, a los dos amantes, después de la terrible agitación de su conturbado espíritu, después del frenético y ardoroso combate de sus juveniles pechos, parecíoles estar en un mundo nuevo, y sintieron que su existencia era distinta de la gozada en aquellos tristes días, cuando sus almas no pudieron comunicarse.

Sucedió el reposo a los arrebatados transportes, y al violento estado de su corazón sobrevino la apacible tranquilidad hija de una resolución ya irrevocable. El fuego de sus almas no se había extinguido; mas no arrojaba tampoco las anteriores llamas precursoras del próximo incendio; conocíanse con valor para llevar a cabo sus deseos, si bien desapareciera aquel

temerario ardimiento, útil sólo para atropellarlo todo sin lograr nada. Mirábanse con deliciosa ternura, estrechaban con tranquilo cariño las entrelazadas manos, y su expresivo silencio decía el unánime consentimiento y el desprecio de las dificultades.

Gualterio creía su proyecto arriesgado, no dudaba del valor y decisión de Matilde; mas no era imposible que este valor decayese a la vista de los peligros unidos a la empresa. Tampoco debía la doncella ignorarlo todo, pues entonces, incierta y temerosa, pudiera dar un paso precipitado o resistirse a los oportunos. Expúsole, pues, en breves razones, cuanto estimó indispensable para conseguir su cooperación; y calló diestramente lo que pudiera arredrarla.

-Dios guíe tus pasos y favorezca nuestros intentos -exclamó la heredera;- compense un solo instante de dicha los pesares de tantos años, y si es fuerza abandonar la patria, la casa do he nacido, los lugares do pasé mi infancia, quédeme al menos el consuelo de hacerlo con Gualterio, y de tener un pecho amigo donde reclinar mi cabeza si es preciso que muera. El joven Monsonís, a quien entonces convenía no llamar sobre sí el enojo del soberano, retiróse a la casa de su padre, para evitar un casual encuentro con Gerardo, y examinar detenidamente los planes adoptados. La noche fue para él más tranquila de lo que esperaba; y gozola también Matilde contra la triste costumbre de pasarlas entre el llanto y los suspiros.

¡Oh! d'un core ardente e cieco
Che non finge il van desio?
La speranza che vien teco
De'tuoi muli è il mal più rìo.

ROMANS.

Era cerca de la media noche; y el tumultuoso estruendo y concurrencia del mercado habían sucedido el silencio y la soledad más profundos. Dentro de los almacenes, contaba el especulador extranjero las ganancias del expirado día, iba arreglando los géneros concertados de antemano con algún mercader de la tierra y echaba ya cálculos para fijar el momento de tomar la vuelta de su patria: habíase pasado los tres días de la venta por menor, y ofrecíase a sus intereses mercantiles un campo más vasto y agradable. Quizá antes de la siguiente noche tendría vacíos los arcones, despachados los fardos y repletos los bolsillos; y entonces, concediendo al ánimo algunas horas de esparcimiento en los paseos y espectáculos de

Barcelona, partiría para hacer nuevos acopios y correr a otros mercados. Por las calles de la nueva ciudad de la playa no cruzaban más personas que tal cual muchacho a quien la orfandad, el abandono y la absoluta falta de enseñanza condujeran al sutil raterismo; para desde allí continuar su desdichada carrera hasta perecer en oscura refriega o en patíbulo vergonzoso.

La noche era mala para amantes y ladrones: ni una nube en el cielo: para cubrir un solo momento la hermosa faz de la luna, ni el más leve soplo del aire daba lugar a que con el de las hojas de los árboles pudieran confundirse otros ruidos menos inocentes. El mar, estaba en perfecta calma, y aunque las olas llegasen hasta las rocas de la playa, abríanse muellemente al rozar con la arena, produciendo un dulce susurro bastante para atestiguar el movimiento de las aguas que empezó con la creación y ha de fenecer sólo con ella. Los tibios rayos de la luna aún no herían perpendicularmente las calles, de manera que yendo por el lado izquierdo de ellas, si no se lograba ocultarse del todo, al menos habíase difícil ser reconocido.

Envuelta en ligera capa de seda oscura, y resguardada la cabeza con un gorro de terciopelo, gracioso si bien desnudo de plumas y de todo otro adorno, había dado ya tres vueltas por la calle más angosta, deteniéndose otras tantas en una esquina, y registrado varias encrucijadas, el impaciente caballero del Ciervo. Por bajo la capa asomaba la punta de la espada; mas nadie adivinaba si el arnés cubría su cuerpo, o si su vestido era con rigor a la ligera. Después de largo espacio, oyose el ruido de una puerta por la cual salió un personaje de traza bien diversa: era mucho más alto que Gualterio, de gran cabeza y chicas espaldas, largo de brazos y piernas y de delgadez admirable. Apenas hubo columbrado el bulto de nuestro joven cuando, con pasos agigantados y ajenos del recelo con que los daba, se dirigió hacia él; sin separarse un cabello de las puertas y paredes de los almacenes, con la cabeza baja y cosidos al cuerpo sus descarnados brazos. El traje blanco y ajustado, y el alto gorro negro, contribuían a hacer ridícula su figura, cuya sombra, prolongada por las horizontales rayos de la luna, le precedía de gran trecho, dándole una longitud desmesurada; no es, pues, de admirar si se le figuró a Gualterio una aparición de allende, o un maléfico genio destinado a mortificar durante la noche las almas poco caritativas de los avarientos mercaderes. Prevínose y empuñó la espada, pues aun cuando un espíritu sea invulnerable, el ponerse en defensa era cosa tan natural en los hombres de aquel siglo, ora fuera el temor; ora la cólera, ora los celos lo que afectase a su alma, como lo es hoy día coger la pluma para pedir, negar, conceder o no decir nada.

Fuese acercando el incógnito con más confianza de la que tenía el caballero; y apenas hubo visto el gorro de terciopelo sobre la cabeza de éste corrió hacia él, y creo que se toparon con ímpetu según la velocidad tomada, si el cruzado no le presentara la punta de su acero en actitud de dejarle atravesar en él antes de retirarlo. El malicioso incógnito prorrumpió en picaresca carcajada, cuyo tono irónico hubo de advertir al otro que en su recelo era conocido: retiró la espada, y con lenguaje exigente le preguntó quién fuese.

-Me habéis ganado por la mano -repuso el otro, en mal idioma lemosín y con

gesto extranjero-: la misma declaración iba a exigir en este instante, pues si bien por las señas discurro quién sois, es preciso tener seguridad de ello antes de hacer confianza alguna.

-Soy -satisfizo el hijo de Romualdo- el caballero del Ciervo; y no te escapas de aquí -añadió, asiéndole por el brazo- hasta saber tu nombre y el objeto de tu venida.

-Yo -dijo su interlocutor- soy Marco el Largo, hijo de Pisa, marinero de la galera genovesa llamada Il Lampo; propia de su maestre Pietro Albimonte, y vengo buscándoos para avisar a mi amo, quien, al parecer, desea hablaros.

-Es cierto -dijo Gualterio-; y pues me encontraste, llévame a donde Albimonte espera.

-Eso haré yo -repuso Marco- si me mostráis la contraseña que os habrán entregado para haceros conocer a tiempo: aquí está la mía -continuó sacando del pecho una especie de medio cañuto de plata, roto de industria, por donde se veía esmaltada la figura de San Pedro-: presentad vos la otra mitad de esta alhaja.

Sacola Gualterio, fue reconocida y pasada de mano en mano por Marco, y viéndola perfectamente ajustada con la otra mitad suya, indicó al joven que le siguiera.

Sin embargo de las terribles dudas del hermano de Casilda en orden a que Pietro Albimonte quisiera tomar parte en sus negocios, hubo de reírse al contemplar la ridícula figura de su guía, y se burlara de él a cara descubierta a ser más largo el trecho que caminaron. A un silbido de Marco se abrió el almacén de donde poco antes saliera; introdujéronse en el mismo, y se presentó el joven maestre genovés, cuya agradable persona fue de buen agüero para el receloso paladín. Entregole Marco la prenda recibida de éste, y la apacible indiferencia de Pietro se convirtió en atención cortesana al reconocer la contraseña.

Naturalmente, tendrán nuestros lectores cierta comezón para traslucir algo de la larga conferencia de los dos mozos encerrados en la trastienda; mas nos tomaremos la libertad de no satisfacer este deseo, asegurándoles tan sólo que, lejos de haber divergencia de opiniones y acalorados debates, reinó aquella paz y unanimidad de votos que campea en ciertas asambleas, las cuales si bien se verifican con el objeto de elegir un hermano mayor, un cónsul, un secretario o un presidente, cada uno de los individuos sabe con anticipación no sólo el voto del vecino, sino quién será el elegido.

Bien se deja entender, asimismo, que celebrándose la sesión a puerta cerrada nada se supo de murmullo a la derecha, susurro a la izquierda, ni agitación en el centro, conjeturándose por el contrario haber sido todo calma, tranquilidad y concordancia. Algún lector columbrará tal vez el objeto de la sesión; pero aténgase al resultado si quiere salir de dudas.

-¿Conque es ligera? -preguntó Gualterio, después de una hora de charla.

-Tanto, satisfizo el maestre -que se le ha dado el nombre de Il Lampo, después de haber hecho algunos viajes, pues cuando se botó al agua llevaba el de Fortunata; porque habiéndose pegado fuego al astillero, sólo ella se salvó del incendio entre diecisiete compañeras.

-No me disgustan -observó el guerrero- esa circunstancia y ese nombre; y cierto que, si con mudárselo no concluyó su buena suerte, reúne dos cualidades inestimables.

-Las dos posee -continuó Pedro-; y pudiera citares varias ocasiones donde lo ha acreditado. El otro año salí el último de Barcelona, y estuve el primero en Génova, llegando sin romper un hilo ni una tabla, sin embargo de que nadie aportó en más de quince días sin traer avería notable. En vano se esforzaban el viento y la marea; solazábase Il Lampo con el primero, y parecía brizarse en los vaivenes de la segunda. Con él tengo hechos grandes servicios a la república; y los piratas mallorquines, que no dejan pasar una tabla, al distinguir mi galera viran de bordo y toman otro rumbo. Bien podéis darle todas estas noticias a vuestro amigo, diciéndole que mañana, al caer la tarde, saldré del puerto, y me aguantaré a la vista hasta anochecido, entonces, con viento o sin él, vuelvo de arribada, y a la media noche en punto estará el bote en tierra esperándole a él y a su comitiva. La puntualidad es indispensable para que doblemos la punta de levante antes del alba, y nadie pueda sospechar que entre ocho galeras que levamos anclas mañana, sea precisamente la mía la protectora de su fuga.

Asegúrele Gualterio la exactitud de su amigo, y Pedro, ya tranquilo se tendió a la larga dentro de la tienda cuyo habitante era un paisano suyo. El hijo de Romualdo sentado sobre un fardo, esperó la hora de abrirse las puertas de la ciudad, discurriendo algunos ratos, y descabezando otros el sueño que casi siempre huía de sus ojos, como huye de los del infeliz pretendiente a quien se ha señalado el día inmediato para decidir en pro o en contra su solicitud, ya recomendada mil veces y favorablemente informada.

Al extender las tinieblas su negro manto sobre la faz de la tierra, sintió Matilde aquel día un peso enorme que fatigaba su corazón y rendía las débiles fuerzas de su cuerpo. ¡Ah!, la agitación de su alma en la escena con el cruzado no podía sino producir un cambio inmediato y repentino: a las ideas de placer concebidas con la presencia y el amor de Gualterio, y a la dulce esperanza de felicidad retornada a su pecho, sucedió una ardiente calentura que la devoraba, y un confuso tropel de augurios fatales cuyo martirio la afligía crudamente. La dificultad de la fuga del monasterio, el proyecto para más adelante insinuado a medias por Monsonís, el temor de ver frustrados sus planes, el abandonar la patria, y, sobre todo, el terrible juramento pronunciado al pie de los altares que la ligaba para siempre a Gerardo Roger, todo a la vez, se presentaba a su imaginación y la hacía estremecerse. Aquel juramento no fue voluntario, es cierto, mas ella lo había proferido; Dios fue testigo de su resolución; un sacerdote lo recibió, declarándola esposa del caballero, y su fuga con el del Ciervo equivalía a un perjurio, llevaba consigo el delito de adulterio, daría origen a un nuevo y sacrílego himeneo; en adelante Matilde de Sangumí sería un objeto de execración para todo el mundo, y quizá la cólera divina seguiría sus pasos y los de su amante, emponzoñaría con el roedor remordimiento los pocos instantes en que el amor pudiera echar un velo sobre todas las demás consideraciones; y en una tierra extraña, proscrita de la patria, odiada de los suyos, desconocida de todos, sin amigos; sin consuelos, sin más apoyo que su amante, podía éste horrorizarse de una mujer perjura, y abandonarla a la desesperación y a la miseria.

¡Con cuánta amargura derramaba ardientes lágrimas al detenerse un instante

en estas reflexiones! ¡Con qué vehemencia alzaba al cielo sus oscurecidos ojos, pidiéndole consuelo, fortaleza, la felicidad, la muerte, el olvido de Gualterio, la protección en la fuga, el valor para no faltar a sus deberes, y todo cuanto ocurría atropelladamente a su imaginación exaltada! Parecía un aire envenenado el que respiraba en el monasterio; estremecíanla las paredes del edificio, el silencio y la soledad redoblaban sus quebrantos, y la paz de las religiosas exasperábala más y más, porque conocía cuán distante estaba de disfrutarla su corazón, removido con tantas borrascas. Abrasado su interior por la fiebre y por el delirio del alma, asomose a la ventana, inclinó todo el pecho hacia afuera para que el fresco ambiente de la noche se comunicara a todo su cuerpo anhelante, jadeando cual después de fatigosa corrida, respiraba con ansia para refrigerar su alma llena de angustias.

Bañaban su rostro y frente las heladas gotas de un sudor congojoso; que al tropezar con las lágrimas caían tibias sobre sus manos puestas en el pretil de la ventana.

Casilda debía ir a pasar la noche con ella, mas la hora estaba muy adelantada, íbase a tocar la campana del silencio, y la amiga no parecía ni era posible llamarla. Esta circunstancia acabó de desesperar a la doncella, pues la hermana de su amante poseía el don de tranquilizarla, sabía allanar todos los caminos, saltaba dificultades invencibles, y si tal cual vez no podía convencerla engañábala al menos, y su corazón lisonjeado creía hallar mil venturas en el escabroso sendero cubierto poco antes de malezas y rodeado de precipicios. Llega al fin Casilda, y sólo al verla recobra la heredera la mitad del valor perdido. La hija de Romualdo se presenta risueña y bulliciosa, como siempre, y su alegría parece más extraña por el contraste con la tristeza de su amiga.

-Yo creo -le dijo- que tú lloras por todo; llorabas por la ausencia de Gualterio; ahora ha venido y también lloras; derramas lágrimas al pensar que nunca serías su esposa hoy estás próxima a salir de este encierro; a robarte a tus perseguidores y a unirte a tu amante; y las derramas también. ¿En dónde hallarás, pues, la felicidad y la alegría?

-Sólo en el sepulcro -contestó la virgen-; sólo allí podrá conocerla tu amiga.

-Antes la lograrás, según yo espero -opuso la otra-; mañana, sin remedio, sales de aquí; mañana te alejas de Barcelona; y en breve, en un puerto de Italia o en otra parte cualquiera, puedes ser la esposa de mi hermano.

-¿Te olvidas acaso -interrumpió la virgen- de que al pie de las altares juré serlo de Gerardo de Roger; de que Dios oyó mi juramento, y de que no soy capaz de quebrantarlo?

-Lejos de mí -interrumpió la otra- olvidar tan fatales sucesos; al contrario, los tengo muy presentes, pues por ellos estamos aquí, de ellos nacen tus lloros, tu doliente posición, la ira de mi hermano y el trastorno de todos nosotros y aun de la ciudad entera. Ya ves cuán difícil es borrarlos de mi memoria: tú eres quien te olvidas de cuanto te ha explicado Gualterio. ¿Piensas acaso que viviendo Gerardo se tratará de desposarte con tu amante? ¿Y cómo pudiéramos nosotros cometer semejante sacrilegio?

-¿Acaso no vive Gerardo? -preguntó Matilde, precipitadamente.

-Vive -satisfizo su amiga; pero morirá, pues los malvados es fuerza que

mueran. El conde le ha quitado la orden de caballero, esto impide a mi hermano tostar venganza; mas no faltará un hombre de su clase para acabarle la existencia, y no cobarde ni vilmente, sino empuñando armas iguales.

-¡Ay de mí! -exclamó Matilde-: ¡a cuántas desgracias ha dado lugar esta desventurada! ¿Todavía más muertes, Casilda? Pereció mi hermano; un asesino clavó el puñal en el corazón del padre Asberto; ¿y no se ha acabado todavía el derramamiento de sangre? ¿Por qué no hace anular el conde mi matrimonio, y sin más desdichas, sin más venganzas, podría yo ser esposa de Gualterio?

-El conde -contestó la doncella- no padece nada por tus males; y he aquí la causa de su apatía: renueva a cada instante sus promesas; y los días corren uno tras otro, y tú sufres lo mismo; y dejarán acabar tu vida antes de presentarte el remedio. Nada han hecho aún para tu dicha; y se ha obligado a mi hermano a exponer su existencia en una guerra, y se recompensan sus trabajos con reconvenciones un día, y con esperanzas otro, que nunca deben verse cumplidas,

-Pues bien -dijo Matilde-; no me es dado olvidar hasta tal punto mis deberes: el cielo me veda ser por ahora esposa de Gualterio, y mi honor: y mi conciencia no me permiten ausentarme con él sin llevar este título sagrado. En vano esperáis de mí tanto sacrificio: no puedo, Casilda; no puedo. El rayo de la cólera divina amaga mi cabeza; y caería sobre ella al cometer ese horroroso crimen. Heme, decidida a doblar la cerviz a mi suerte funesta. ¿Qué importan unos momentos más de pesares cuando se han contado los días de la vida por el número de los que combatieron a nuestra alma? Quédeme al menos un corazón puro y sin mancha; y si mi existencia ha sido tan desventurada, aprovecha sus últimos instantes para conformarme con las disposiciones del Señor. Déjame el bien que me resta, hermana mía, déjame la inocencia: su testimonio me consuela, y al acordarme de este bien, ya no vierten lágrimas mis ojos.

-No eres tú -opuso Casilda -quien dio muerte a Arnaldo, ni al padre Asberto, el cielo te ha vengado y no podía el cielo dejar su maldad impune. Tampoco por tu causa corre riesgo de perecer Gerardo. No; los dos jóvenes se odian, no pueden existir juntos, y el uno ha de dejar al otro el campo libre. ¿Querrás que sea mi hermano quien perezca?

-¡Cruel! -exclamó Matilde mirando a su amiga-: Yo que derramaría mi sangre por mi misma mano si lo exigiera la felicidad de Gualterio; yo, que he faltado a mi deber admitiéndolo a mi presencia, jurándole un amor eterno, y oyendo sus juramentos, ¿soy digna de tu reconvención amarga? ¡Ah! Si por mi resistencia pudiera nacer esa idea terrible en la mente del compañero de mi infancia, olvidaría todas mis promesas menos la de amarle; huiría con él a otro mundo; sofocaría los gritos de mi corazón, y despreciando los remordimientos haría cualquier sacrificio, el de la vida, el de...

-¡Calla, calla! -interrumpió Casilda-, no, Gualterio no ha concebido idea semejante yo preveo tu oposición, concibo tus dudas, oigo tus resoluciones, y temo que mi hermano no ha de darse por satisfecho.

-¿Y qué son las promesas y los juramentos -reconvinola la heredera- cuando el amor está interesado en que se rompan? Cuanto he dicho, esto siente mi alma, esto tengo resuelto, te lo juro; pero, ¡ay de mí!; si deseara Gualterio otra cosa. Tú no has amado, Casilda; tu corazón conserva la

primera paz de la infancia; nunca penetró en tu pecho este blando tormento que con sus deleites y sus crueldades acaba con nuestras vidas; tú no suspiraste jamás con el ardor de la pasión que agita toda nuestra existencia; tu sueño no fue turbado por los recuerdos ni los proféticos temores. ¡Dichosa tú, que no entiendes mi lenguaje, puedas no entenderlo un día, y vivirás los años de la felicidad, o más bien de la indiferencia! ¿Y qué ha sentido tu corazón? Nada; quien no ama, nada siente; los inefables placeres del recíproco; cariño le son desconocidos, es igual el existir de un día al del siguiente, porque la dulce embriaguez de amor no ha aletargado nunca su alma ¿Y qué importa entonces la vida? Es el viaje del desierto; es una orfandad espantosa; todos los sentidos, todas las facultades permanecen inactivas, embotadas, y muere la criatura cual había nacido. Y sin amor, ¿qué fuera del universo? ¿Quién eleva hasta la heroicidad al hombre débil? ¿Quién da valor al cobarde pecho de las mujeres? Júzgalo por ti misma. Tú no serías capaz de abandonar ahora tu patria, no te decidieras a arrostrar el más insignificante peligro; tu corazón pusilánime temblaría a la vista de un mar embravecido, de una nube amenazadora, al estampido de un trueno; y yo, llena de amor, ardiendo en esa pasión omnipotente, me arrojaría abrazada con Gualterio a esas mismas olas que me presagian una muerte cierta. No retrocedería a la vista de una espada vuelta contra mi pecho; e incapaz de ceder al temor ni al espanto, insultaría cara a cara al tirano más poderoso y airado. Siento dentro de mi alma otro espíritu que la vivifica, un entusiasmo que me arrebatara, una irresistible fuerza que me impele hacia la dicha y hacia la desventura, a la vida y a la muerte; hacia donde esté la causa de do nace esta fuerza; este ardimiento que me agita y me sostiene. Recorre los bienes del mundo, anda tras sus placeres, ase con ávida mano todos los instantes de la beatitud fugitiva; al tocarlos se disipan cual humo leve; queda burlada tu esperanza; y jamás, jamás dejarás de percibir en tu corazón un espantoso vacío, morada perpetua del contento, del cansancio de la vida, de la indiferencia para todo; sólo el amor es el verdadero bien, el placer real y positivo, la beatitud cierta y tan duradera como la existencia: A serte dado concebir el deleite de dos almas estrechamente, unidas, el gozo celestial de dos pechos amantes para quienes hay sólo una vida, ¡con cuánto desprecio mirarías todos estos gustos ficticios que alucinan un instante tu alma sin dejarla satisfecha! Ama, Casilda mía; entonces conocerás una chispa de la felicidad de los cielos; el mundo desaparecerá a tus ojos, y como arrebatada por un espíritu desconocido, te hallarás en otra mansión apacible, hechicera, divinizada, lejana de aquélla do naciste. Tal vez amarás un tiempo; y entonces, acuérdate entonces de tu hermana; embriágate en ese vivir del cielo; uno solo de sus momentos valdrá más que mil años de tu anterior existencia.

Matilde al dejarse arrebatar por su amoroso entusiasmo, al proferir estas palabras, había cesado de ser una criatura de la tierra para convertirse en un genio, en un espíritu creador para quien existen mil mundos donde escoger una mansión de felicidades. Inspirada, fuera de sí, poseída de desconocido arrobamiento, tomárasela por una pitonisa evocando la terrible divinidad con quien comunicaba, o por un ser de nuevo orden lanzado acá abajo para proclamar un universo colmado de todos los bienes de un paraíso. Alumbraba la luna su hermoso y encendido rostro, y aquella luz

llena de prestigios derramaba sobre sus facciones la mórbida tinta argentada que al rebajar su color ardiente distribuía otro más uniforme, seductor y misterioso; contemplábala Casilda, pasmada; y entonces su alegre carácter y su vivacidad bulliciosa le parecieron nada al lado de aquella energía, de aquel encendido arrebató que la aturdiría y llenaba de mil desconocidos embelesos.

En vano esperó la virgen una respuesta de su amiga; ésta, tan fuera de sí como ella, no era capaz de contestarla, pues su entendimiento, sofocado con tantas ideases nuevas, no estaba en disposición de comprenderlas.

-Tú no me entiendes -continuó la doncella de Sangumí-; estos afectos no caben en tu corazón, ni tu mente puede concebir este cúmulo de dichas que nunca sentiste. No importa; ellas existen, son todas obras del amor como lo es la creación entera; y lo serían mil otras creaciones, si otras mil creaciones hubiera. Vive, vive con esa frialdad miserable; no te destinó la suerte a los inefables goces de otra existencia más sublime, logren tus días esa triste calma igual a la de las aguas de un lago cenagoso y cerrado al ímpetu de los vientos, y deja que en mi pecho respire un amor tempestuoso cuyas borrascas, si todo lo aturden, tienen un poder inmenso para abrirse pasa, y romper cuantos diques les opongan los nacidos. Tal es el corazón de tu hermano. La ausencia, las guerras; la traición, la violencia, la perfidia, en vano tentaron sofocarlo, contener su ímpetu; su furor, destrozándolo todo, sacudió el peso de tantos enemigos; y se ha presentado a mis ojos tal como se alejó de ellos. Nosotros nos comprendemos; nosotros aterraremos todos los obstáculos; y lejos del mundo y de los hombres; sin más testigos que el cielo, nosotros hallaremos la seguridad y la dicha, si todavía no han desaparecido para siempre. Matilde, agitada, sudorienta, convulsa a la manera de la antigua intérprete de profético oráculo, dejase caer sobre la cama al decir las últimas palabras y la extenuación de sus fuerzas, su respirar anheloso, y el movimiento de los labios, hicieron creer a Casilda que espiraba en su seno.

Corrió, temblando y azorada, a la estancia de la religiosa amiga de Matilde; y al acercarse las dos al lecho do yacía la heredera, halláronla dormida tranquilamente, aunque derramando sudor copioso y cubierta con la palidez del sepulcro. Observáronla de continuo, mientras la inocente hija de Monsonís refería a su compañera el frenético delirio de la amiga. Más de dos veces suspiró la monja al escuchar la explicación de Casilda, sin advertir ésta la profunda sensación que a la otra causaban sus palabras. ¿Y por qué suspira la virgen de los altares? ¿Por qué vierten abundosas lágrimas sus ojos? ¿Por qué los alza al cielo apretando las manos contra su corazón oprimido? ¡Ah! La triste sacerdotisa comprendía cuanto hablara Matilde; el amor le hizo en el corazón una llaga, de donde manaba siempre emponzoñada sangre. Tal vez ardía el fuego bajo la engañosa cubierta de tibia ceniza; mas las palabras de Casilda eran un soplo de maléfico aire que hizo revivir la mal apagada llama. Llore infeliz toda la noche y contemple el tranquilo sueño de la que ha despertado sus dormidos quebrantos.

El padre de la luz encontró a las tres doncellas cual las dejara el pálido fulgor del astro de los misterios. Dormía Matilde, y su sueño era más apacible; velaba Casilda, llena de agitación y de tenses, y aún

discurrían las lágrimas por el desencajado rostro de la joven religiosa. Abrió los ojos la virgen de Sangumí, y halló su corazón más calmoso; y sus ideas más concertadas; tenía presente la escena de la transcurrida noche, descubría aún en su imaginación algunos vestigios del entusiasmo que pocas horas antes le agitara. Así, después de deshecha borrasca, siéntese todavía algunas ráfagas del impetuoso huracán, vienen al oído los últimos bramidos de las encrespadas olas. Recuerda la hija del castillo su situación verdadera; y anhela el momento de hallarse sola para reconciliarse consigo misma, tomar consejo de su propio pecho, y fijarse en una determinación irrevocable.

Acércase la hora de resolver su destino, y ha de sufrir interiores combates, refrenar sus más vivos deseos, reconocer sus deberes antes de pronunciar el fallo dictado por su corazón. Retírase la monja, cuyos cuidados no reclama ya el estado de Matilde; y Casilda la deja también para correr al lado de su padre, y referir a Gualterio los últimos sucesos.

Sola otra vez la desgraciada esposa de Gerardo, suelta el amargo lloro, único bien que al parecer le reservan los cielos. Aquél es el día señalado para fijar la suerte de todos los restantes de su futura vida; el amor y el deber pugnan crudamente en su pecho; y víctima de entrambos no sabe a cuál partido atenerse. ¿Por qué no ase con fuerte mano la esperanza de felicidad que le ofrece el arriesgado proyecto de su amante? ¿Por qué no acaba de sacrificarse a la injusta fortuna que la unió con violento lazo al amigo de su hermano? Mil veces resuelve morir bajo los tormentos de la tiranía; y otras tantas quiere robarse a ella para lograr un solo instante; no más, la dicha de vivir con su querido. Vacila, se estremece a cada proyecto, y pasan las horas y se acerca aquella en que Gualterio vendrá a reclamar su promesa; y entonces, ¿se resistirá a la voluntad del cruzado, o será capaz de olvidar el sacro nudo que fijó su destino? ¡Ah!, no lo sabe; no puede su imaginación detenerse en semejante alternativa. Transcurrieron las horas de la noche; y Monsonís, dejada la mansión de Pedro Albimonte, corrió a la ciudad para ocultarse en la casa de su padre. Su pecho resuelto y animoso no teme el momento de arrancar del claustro a la heredera: al contrario, considéralo cual la brillante estrella que le servirá de guía en la ruta de su empresa; mas quien conoce el corazón de su querida, teme que se albergue en él la duda o que las reflexiones y el espanto hayan bastado a transformar su espíritu. No la verá hasta la hora de la fuga, evitando de este modo reconvenções y cargos a que tal vez no pudiera satisfacer enteramente. Pasan el día dividir dos ambos amantes, esperando, con ansia el uno y sobresalto la otra, la luz de las estrellas. ¡Ah! Las últimas horas en que brilló sobre el horizonte el padre de los astros, cubriéronse de oscuridad horrenda y capaz de despertar siniestros vaticinios. Violo Gualterio con faz serena, y palpité el corazón de la temerosa virgen.

Con te, con te rapiscimi;
Guidami al ciel con te.

ROMANI.

Entre los negros nubarrones que asombraban la atmósfera; y las procelosas ondas que, agitadas crudamente por recia levante, emblanquecían la superficie del Mediterráneo; salió del puerto de Barcelona la orgullosa galera de Albimonte. Las aferradas velas y la proa puesta, a la mar, indicaban claramente que las rocas del muelle y las de la costa eran el riesgo más temible para el atrevido maestro. En pie sobre la popa y rigiendo el gobernalle, dividíase su atención entre el cielo y el agua, y sólo miraba al interior de su buque al ejecutarse las maniobras que, a voz en grito, había mandado. En vano sus compañeros presagiándole deshecha borrasca quisieron disuadirle del temerario empeño; en vano llamaron en su auxilio a los inteligentes catalanes, quienes, a fuer de más conocedores del peligro de aquellas aguas, podían con exactitud y certidumbre vaticinarle cuántos males le amenazaban; en vano pensaron imponerle con la resolución de no zarpar por entonces; el imperturbable Pedro había dado su palabra; y echárase al agua a despecho del universo entero.

Su temeraria marcha no fue parte a conquistarle imitadores; y complacía a su corazón el haber sido único en desafiar la inmediata tormenta de aquella noche. Abríase paso Il Lampo entre las rizadas olas; y por más que crujieran cabos y entenas; sereno el marino sobre cubierta, daba el adiós a sus amigos, cuyas voces clamaban desde la punta del muelle por una virada que le condujera otra vez al seguro refugio de do se alejaba. Sólo una dificultad tenía receloso, y era la de poder, en el corazón de la noche y de la tormenta, enviar el bote hasta tierra y al sitio de antemano concertado; sin embargo, prometió ejecutarlo, y cuando otro remedio no hubiera, abandonaría la galera a su segundo para saltar al esquife y ofrecer a los marineros el ejemplo de la serenidad y la osadía. No era su ánimo conducir a bordo a los fugitivos, pues fuera muy problemático dar otra vez con el buque, sino aguardar el día en la playa, fiando a la luz el cuidado de indicarle el rumbo.

Coordinado este plan consigo mismo, continuó dirigiéndose hacia alta mar para alargarse de la vista de los de tierra, tornar luego a ésta cuando lo permitieran las rocas donde temía estrellarse. Según la fuerza del aire, reputaba distante la lluvia, y este contratiempo menos servíale de consuelo: preferiera; sin embargo, el agua, pues con ella calmaría el viento: pero de todas maneras estaba seguro de que no habría de lidiar con los dos enemigos a un tiempo, ventaja no despreciable en tales circunstancias. Las agrupadas nubes ennegrecieron el espacio antes de la hora regular; y Albimonte, que columbraba todavía el faro del puerto, procuró atracar a la costa con la seguridad de no ser ya visto. Rugía el mar enfurecido, impidiendo el tremendo choque de las olas estrelladas en la costa; llegar hasta los oídos de los que montaban la galera. Sola ésta en la inmensidad de los mares, parecía ser el único objeto opuesto a su rabiosa furia; y dijérase que todas las aguas la combatían a la vez, y silbaba el aire más irritado al cruzar por entre la jarcia desmantelada.

Al tiempo convenido, y estando a más de una milla de la costa, con general pasmo de todos los marineros, dio Albimonte la orden de echar al agua el esquife más grande; y saltó en él el primero, mandando que le siguieran ocho hombres esforzados y resueltos. Marco el Largo fue el segundo en dejar la galera, mal que le pesara correr tan inminente riesgo; pero el maestre lo hacía, y fuera ingratitud imperdonable no acompañarle.

-¡A tierra! -mandó el paisano-.

Y los mozos, echando el gorro y la chaqueta al fondo del bote, empuñaron los remos, y tendiendo alternativamente el cuerpo sobre el banco de detrás y el de los delanteros, a pesar de los embates del agua; que herían con fuerza el costado izquierdo de la nao, sus nervudos y robustos brazos la iban arrastrando hacia la lejana orilla. Tal cual relámpago esclarecía aquella escena horrible, sin mezclarse en ella el estampido del trueno, o si realmente estallaba la cargada nube, ¿cómo pudiera oírse su detonación en medio del horrendo estrépito del mar y de los vientos? Burlando los esfuerzos de la agitada naturaleza, vino Albimonte a la playa, y la última ola que se abrió sobre el esquife, lo puso cual leve pluma sobre la arena donde iban a sacarlo sus conductores.

-Si hubiéramos tenido calma -dijo el maestre al ver cómo las olas echaron afuera al bote-, sería necesaria una hora para sacar ese mueble del agua, o un hombre para guardarlo; he aquí cómo en medio de su humor emperrado nos hace el mar un inestimable servicio.

-Nos escupe -observó Marcó-; y hasta escupe nuestra casa por lo pequeña; no será poco favor si en breve no se traga la otra más grande que queda allí a disposición suya.

-A la de Dios debieras haber dicho -atajole Albimonte-. Hágase su voluntad en todo.

Nadie fue osado a replicarle; y a imitación suya, sentáronse todos en la arena, resguardados del aire por la lancha tendida tras ellos. Ni una palabra profirió ninguno mientras estuvieron en aquel sitio.

Antes de derramarse las tinieblas, Casilda había ya conseguido de la abadesa que permitiera a Matilde ir a pasar la noche en la casa de su amiga. ¿Cómo podía la religiosa negarse a solicitud semejante, conociendo a Casilda y a su familia? Penetraba el desplacer de la heredera, y vio el continuo llanto que derramaron sus ojos mientras estuvo encerrada dentro del monasterio. El recto juicio de las dos doncellas era para ella un fiel garante de su vuelta al inmediato día; y si bien la de Sangumí no tuvo parte alguna en la conferencia de que alcanzó la hermana de Gualterio este feliz resultado, la prelada estimó la demanda hecha de común acuerdo. La presencia de los criados de la casa de Monsonís contribuyó a tranquilizar a la crédula religiosa; pues con tantos testigos hacía imposible una fuga. Acertados eran sus discursos, pues Matilde con la hija de Romualdo debía dirigirse hacia la casa de éste a esperar la venida de Gualterio. Las sombras hubieron de confundir los objetos antes de abandonar el sagrado asilo de las religiosas, pues a otra hora pudieran ser vistas y reconocidas, y dar origen a sospechas poco favorables a ellas y a la señora de cuya condescendencia iba a abusarse.

La heredera recibió a su amiga cual tenía de costumbre, y ésta dio a entender que no la llevaba allí otro objeto que la diaria visita. Habíase tranquilizado el corazón de la paciente virgen; y si en sus labios no

asomaba grata sonrisa, desaparecieron de su rostro aquellos tristes rasgos, indicio cierto del peligroso entusiasmo y de la ardiente fiebre que la devoraba en la anterior noche.

-Y bien, ¿ya te has calmado? -le interrogó su hermana.

-He recurrido a Dios -expuso la otra-: alcé las manos al cielo, y el cielo no fue sordo a mi ruego: la conformidad ha descendido a mi pecho, y estoy dispuesta para cuando Dios me ordene.

-¿Y lo estarás también -insistió Casilda- a correr algún riesgo en compañía de mi hermano para huir la infamia de un encierro involuntario, y por ello deshonoroso, para volar a la felicidad que sus palabras te prometen?

-¡Casilda, Casilda! -exclamó la hija de Sangumí-: ayer a estas horas me hablaste de lo mismo, e hiciste revivir llagas muy crueles que me atormentan con ahínco hace ya algún tiempo. ¿Quieres que tú hermana derrame otra vez lágrimas acerbas? ¿Quieres despedazar su corazón y desvanecer la sombra de la tranquilidad que ha recobrado?

-¡Ah! -insistió la amiga-: Si vieras tú la situación de Gualterio, si tu pecho le amara con el delirio con que él te adora, ¡cuán gratos te serían estos recuerdos y estas preguntas más!

-Pues cómo -atajó Matilde-, ¿sufre Gualterio? ¿Gime en el dolor su alma, ya sobradamente angustiada? Dímelo, tierna Casilda mía, habla; oiga yo de tu labio la sola noticia que puede alegrarme o sumergirme de nuevo en los padecimientos. ¿Qué tiene Gualterio? ¿No mora la calma en su pecho?

-¿Y cómo ha de tenerla -repuso la de Monsonís- cuando sabe tus irresolución y temores? El ha corrido toda el Asia durante nueve años, aguardando a cada instante la muerte, de las armas, de la sed, del hambre, de la miseria, sólo por merecerte; cruzó dos veces los mares, y en las dos le han amenazado con sus furores, rehusó ver a su padre y pisar los lugares donde había nacido después de nueve años de ausencia, para volar al convento de Santa Cecilia al socorro de su amada; tú sabes desde aquella época cuánto ha padecido; aún brotan sangre las mal cicatrizadas heridas de Balaguer, aún le amenaza la cólera de Berenguer tercero, le espanta el abandonar a su patria, a su padre, a su hermana, el dejarlo todo, correr más riesgos, echarse en brazos de la suerte; pero su corazón, inmutable y ardiendo en amor, lo atropella todo con gusto, porque aspira a un solo instante de dicha al lado de su querida; porque ha resuelto arrancarla del poder de sus tiranos; robarla a los quebrantos; y la ingrata vacila en tanto, teme, le arredra un juramento reprobado por el cielo mismo, cuando al pronunciarlo no se acordó que faltaba a otros más sagrados, hechos desde la cuna. ¿Cómo preguntas, pues, si mora la calma en el espíritu de Gualterio? ¿Cómo podría hallarla quien hizo tantos sacrificios para alcanzar la felicidad, y ve hoy la recompensa inicua que le destina aquella mujer en quien cifraba todas sus esperanzas?

-Cesa, cesa, Casilda, en nombre del cielo te lo ruego; tus palabras destrozan mi corazón y me hacen más infeliz que cuantas desgracias descargaron sobre mí los cielos. ¿Qué quiere Gualterio? Dime sólo su objeto, sepa yo sus deseos, y mi corazón, mi vida, mis deberes, todo está a su merced de la voluntad suya. Todo estoy dispuesta, a sacrificarlo a su reposo, pues mis males me arrebatan con rapidez al sepulcro, muera al menos con él consuelo de haberle complacido. Tú sabes cuál le amaba; tú

sabes si palpité mi corazón por otro objeto; tú sabes las ansias todas de mi pecho todas ellas no eran más que la felicidad de Gualterio.

-Sí, tal te vi siempre -siguió Casilda-; y tal espero verte mientras exista. Pues bien, no engañes mi esperanza; ayer lo viste, tus pesares no tendrán fin en esta tierra; sólo una fuga basta a librarte de las atroces persecuciones de que eres inocente víctima. La fuga está dispuesta para esta noche; Gualterio te aguarda en la casa de mi padre, yo puedo sacarte de este monasterio. Ven, Matilde, sigue mis pasos, y dentro de dos horas, de tus tormentos no más te quedará el doloroso recuerdo. Ven, sigue a tu hermana: en este encierro te aguarda una próxima muerte; fuera te espera tu amante, y con él volarás en pos de la dicha.

-Te sigo -exclamó Matilde, dirigiendo a su amiga una mirada de fuego-. Tienes razón: hartos me deshonraron los míos, hartos han abusado de mi debilidad y flaqueza; tiempo es ya de recobrar los queridos derechos; el cielo oyó mi juramento y veía mi corazón el cielo, pues, sabe el odio que siempre profesé a Gerardo. ¡Huyamos! ¡Guíame hacia mi amante! Abandonemos este lugar aborrecido, y corramos a la tumba o a la dicha.

Y sin dar tiempo a Casilda de contestarla, cubrió su cabeza con un cándido velo; y cogiendo la mano de esta, cruzó precipitadamente los corredores, bajó la escalera, abrió por sí misma las puertas, arrebatando la llave a la pusilánime religiosa, atravesó con celeridad el patio; y como si fuera una visión desprendida de las opacas nubes de la atmósfera, rápida cual el viento que azotaba su holgado ropaje, enderezó su ruta hacia la casa del anciano Romualdo. Entre las tinieblas traspasaba una débil y fúnebre vislumbre, bastante sólo a distinguir el color negro de un espeso nubarrón colocado sobre la ciudad. Al verse Matilde en la calle, dirigió sus ojos al cielo, y contempló un instante su amenazador aspecto.

-La decisión de mi suerte parece trastornar a la naturaleza -dijo-, Casilda. Bien te acuerdas del horroroso día en que me unieron a Gerardo de Roger; aún vomita la montaña el devastador río de ardiente lava arrojado por la primera vez aquella mañana. Alza, pues, los ojos; mira esa nube de fatal agujero, posada sobre nuestras cabezas; oye el rugir del viento, atiende a las palabras de reprobación que expresan sus silbidos; escucha el horrísono bramido del mar airado; sí, Casilda, esta noche debe ser fatal para tu amiga. En ella se fijará irrevocablemente su destino; quizá en ella misma será su cuerpo sumergido en las ondas, y se cerrarán sus ojos para siempre. Mas no importa; se cerrarán siendo Gualterio el último objeto que los ocupe; me habrá estrechado una vez siquiera en sus brazos; y como así sea, estarán colmadas las esperanzas de Matilde. ¡Calla! -atajó a Casilda, viéndola preparada a distraerla de tan fúnebres ideas- Tú crees que mi corazón sufre, y te engañas. ¡Ah!, quizá no podría soportar la dicha, pero los recuerdos amargos, las presentes desgracias y los siniestros vaticinios, son su habitual estado desde la infancia; déjale, pues, alimentarse de su pasto; déjale latir en los últimos instantes por los mismos afectos que le hicieron palpar toda la vida. Huyamos de este lugar funesto, volemos a la casa de tu padre: cada rayo temo que me traiga la muerte, y no puedo yo morir contenta sin haber estrechado antes el pecho de mi amigo.

-Sí, huyamos -exclamó Casilda-: La soledad y el silencio de estas calles, las tinieblas, la distancia de mi casa, la hora, el viento, los continuos

relámpagos, la tempestad que aumenta, todo me aturde y estremece mi alma. -Ya yo te lo decía -interrumpió Matilde-: tú no has amado; tu corazón sólo siente el temor. Yo correría todo el universo para buscar a Gualterio, y si pudiera hallarle allí arriba, allí, en el centro de esas nubes tempestuosas, a ellas volara Matilde, aunque debiera desde ellas ser precipitada al abismo.

Calló la heredera, y nada opuso Casilda; y cogidas de las manos, cubiertas con sus velos, empezaron atravesar con ligero paso las calles que debían conducir las al desconcertado refugio. Nada veía la virgen de Sangumí, ni nada calculaba; estrechando la trémula diestra de su amiga, seguía maquinalmente los pasos de ésta y ofuscada su mente, confundida por inmensa multitud de ideas, con la velocidad con que los relámpagos atravesaban el aire, tal se revolvían por su entendimiento los fantasmas de felicidad y de dicha, los caprichos de otros días más serenos o más colmados de borrascas. Si alguna persona cruzaba, acaso, la misma calle que las dos vírgenes, huía de ellas cual de siniestras visiones lanzadas acá abajo por el furor de los vientos, para señalar las víctimas en que se cebase la amenazante naturaleza. El trecho era dilatado, y a su pesar fueron reteniendo el paso, respirando apenas, de puro y desusado cansancio.

-Déjame respirar -dijo, parándose, la de Monsonís-; nuestra carrera veloz nos ha cansado.

-Respiremos -exclamó Matilde, como volviendo en sí de pesado sueño-: sí, respiremos un momento, y corramos hasta la casa de tu padre; allí, allí nos cobijará un techo amigo en vez del irritado cielo que aquí nos amenaza.

Y Casilda, arrastrada por su delirante compañera, hubo de continuar el camino con paso menos acelerado.

Confundido entre la turba de los espectadores del muelle contempló Ismael, vestido a la usanza de un paje de caballero catalán, la orgullosa salida de la galera de Albimonte. A no temer que le hiciesen traición la lengua o inspiraran sospechas sus palabras, habría aplaudido con entusiasmo al arrojo del pisano, y echando en cara a los unos su cobardía en disuadirle y a los otros su vileza en dejarle marchar solo; mas podía comprometer los intereses de su amo, y estimó más del caso afectar indiferencia. Íbanse los ojos tras la espuma que indicaba el rumbo seguido sobre las olas por la veloz nave. Tenían aquellos riesgos al aliciente sobre el alma del hijo de los desiertos, que sacrificara el más grato placer de su vida a trueque de hallarse en la popa, dirigiendo la maniobra, o de trepar ligero por la jarcia y recorrer la aferrada entena. Cuando la embravecida ola anegaba al estrellarse toda la cubierta, hacía un rápido movimiento, cual para zafarse de la rabiosa espuma que ocultaba un instante a la tripulación entera. Vio partir la Lampo; contó con su triunfo; y sereno y alegre volvió a la ciudad a traer la nueva al impaciente Gualterio. Ernesto de Otranto, por orden de éste, fue a esperarle en el punto donde debía aportar el esquife, y se presentó a Albimonte y a los remeros cuando acababan de tenderse en la playa.

En compañía del ismaelita, salió el del Ciervo de su casa, apenas, su hermana se dirigiera al monasterio; y de común acuerdo, siguió con calma la ruta por donde debían pasar las doncellas a su vuelta de San Pedro. Su

objeto era esperar en la plaza inmediata para reunirse con Matilde luego que saliera de aquel santo asilo. El arnés de las batallas cubría hasta las uñas todo el cuerpo del caballero, y su cabeza iba defendida por recio y bien templado yelmo; la espada que atravesó el corazón de Abil, pendía en el lado izquierdo del cinto, y era arma ya probada y de confianza, pues le abrió paso entre las huestes enemigas, allá en los campos de Palestina; en el costado derecho velase el mango de la misericordia; y con el escudo oblongo metido en el brazo era, al parecer, invulnerable; rica capa azul ocultaba su espaldar y coraza; mas esta añadidura no era necesaria para esconderle el rostro, ya que hacía más propia y completamente aquel oficio la calada visera. Cuatro pasos tras él iba el suspicaz descendiente de Agar, con sólo la daga que asesinó al centinela de Balaguer y al padre Asberto, y cuya empuñadura apretaba entre los dedos de la mano derecha. En silencio emprendieron la marcha, y a no ser el ruido de los vientos y el lejano susurro de las conmovidas aguas, hubiera estallado en la soledad de las calles el paso sonoro del armado caballero. No así los del musulmán; quien no dejaba señal de huellas al caminar por la arena, y sus pasos eran sobre un terreno duro como los del sutil y ligero tigre. A razonable trecho en pos del amo y del paje, seguían cuatro amigos de Gualterio, dispuestos a defenderle aun cuando fuera preciso resistir a los soldados del mismo soberano. Con ellos contaba Monsonís para cuando le conviniera, con la certidumbre de que le dejarían seguro a bordo de la galera a no perecer en la demanda. Tal era en efecto la última promesa de ellos recibida, y tal el ánimo con que escoltaban sus huellas. Ismael, que en el inmenso espacio en medio de la más profunda oscuridad hubiera columbrado a un átomo de color diverso de las tinieblas, y era capaz de distinguir el más pequeño ruido, ajeno del que producía el trastorno de la naturaleza, fue el primero en atisbar el cándido velo de Matilde, percibiendo al mismo tiempo el leve rumor del flotante ropaje; no obstante, dudoso en orden a la causa, adelantose a su amo, y cosido a las paredes e inclinado al suelo, fue acercándose hacia el sitio de donde el ruido dimanaba.

Venían fatigadas las doncellas y su paso era calmoso; reconocíolas distintamente el sarraceno, e hizo la señal acordada con Casilda.

-¡Ellos son! -exclamó la hija de Romualdo-. Ahí están mi hermano y los amigos.

Y acelerando su carrera, arrojose en brazos de Gualterio, que a la vez estrechaba a su hermana y a la expavecida virgen de Sangumí.

No profería ésta una palabra, sin embargo de saltar por su semblante abundoso lloro, como en desahogo de las violentas palpitations del agitado pecho. El del Ciervo, alzando la visera, hubo de besar el rostro angelical de la doncella; y tal vez humedeció sus labios la tibia lágrima que descendía por sus ardientes mejillas. Entre el inmenso número de amorosas escenas que han derramado una copa de placer en los amargos días de la vida, ¡cuán reducido es el de aquéllas que no fueron turbadas por un recuerdo, por un vaticinio, por un inoportuno testigo, asaz poderoso para arrancarles el mágico velo con que se cubre toda su delicia!

Los dos jóvenes, protegidos por la oscuridad y por el silencio, hubieran podido gozar aquel instante de dicha, sin estorbo, sin reserva, sin dolor alguno; pero, ¡ah!, ¡cuán funesto hubiera sido el resultado de su

seguridad momentánea!

Ismael, cuya vigilancia no se distraía jamás por motivo alguno, notó que la seña hecha al acercarse a las dos señoritas fue escuchada y entendida por otras personas. A fin de cerciorarse de ello y eludir cualquiera intención adversa, fingió mezclarse en el grupo de los tres jóvenes, y vuelto el rostro hacia el lugar de donde recelaba, no le abandonaron nunca sus ojos. Fue tan venturosa, tan oportuna su suspicacia, que, sin ella pereciera uno de los dos amantes o quizá entrambos en el momento de encontrarse; mas el puñal había salido de la vaina, y se sepultaba en el corazón de Ambrosio Corbins en el punto en que los labios de Gualterio se humedecían con el llanto de su querida. Resonó entonces en la calle un penetrante silbido del paje; dio a su señor el grito de guerra, y centellearon al rozar con la contera en el acto de desnudarlas las espadas del cruzado y de sus amigos.

Un criado de la casa de Romualdo había sabido el plan trazado por Gualterio y por los suyos: ignórese al menos su nombre, ya que es fuerza para nuevo oprobio del género humano referir su traición infame. Con la esperanza de pingüe recompensa, corrió a Gerardo Roger; y expuso el proyecto de Monsonís, declarando el lugar de la cita; y las personas que en él debían juntarse. Aprovechase el mozo del aviso, y conociendo al mismo tiempo la iniquidad del traidor, dióle su merecido castigo haciéndole morir luego de revelada su confidencia. Al paso que perseguía de muerte a Gualterio, supo vengarle de un infame vasallo suyo con tanto rigor como Monsonís pudiera haberlo tratado. Reunió Gerardo ocho vasallos, pues su empresa no la auxiliarían honrados y nobles caballeros; y púsose en disposición de ver cuanto pasaba, y de poner fin a la vida del rival, no ya como caballero, sino de cualquier modo que pudiera. A no estar Ismael de por medio, lograrán su objeto Gerardo o Corbins, pues ambos se arrojaron contra los amantes; mas el acero del paje quitó la vida al uno, y detuvo la iracunda precipitación del otro. La caída del atravesado mancebo fue la señal de cruenta pugna entre los dos partidos: Gualterio, separándose con prisa de Casilda y de Matilde, se colocó al frente de los suyos, y ensangrentó el primero la luciente espada. Temiera Ismael que en medio de tanta con fusión y tinieblas fuese arrebatada la heredera; por ello, abandonando su puesto, hizo colocar a las doncellas contra una puerta, y fijó él delante de la misma con el brazo armado, resolvió defenderlas a todo trance. Ribelles vino en su auxilio por orden de Monsonís; y el paje, no creyéndose necesario en aquel sitio, barajose en la refriega, tanto más temible cuanto no podían verse los combatientes. La siniestra luz de los relámpagos era el único faro que alumbraba el campo de batalla, y cuantos pugnaban sabían valerse de su momentáneo brillo para dirigir un golpe siquiera con menos incertidumbre. Mas, ¡ah!, ¿de qué servía aquel resplandor fugaz y deslumbrante, si no porque faltase cesaban de caer las recias estocadas con desatinada furia?

Si la victoria debiera ser siempre el galardón del valor, allí hubieran perecido Gerardo y sus vasallos; mas no era aquello un desafío donde ambas artes se batieran con nobleza; no; todos los esfuerzos de Roger y de los suyos tenían un solo objeto. No trataba el mozo de coger a Matilde, ni de recobrar los derechos adquiridos sobre ella por el matrimonio; asaz claramente conocía los males que le amenazaban dando semejante paso, y

cuán difícil le fuera ocultarla a las pesquisas del conde. La venganza sola guiaba sus intentos; sólo el coraje concebido contra su rival era capaz de moverle a correr el riesgo do se hallaba; ya antes de su enlace con la heredera odiaba al del Ciervo, mas los sucesos posteriores irritaron más y más aquel encono; y el resultado de la conferencia de ambos con el soberano puso el sello a su antiguo enojo, y le hizo jurar que tomaría cruda venganza del dichoso rival aun cuando debiera hacerla a fuer de cobarde asesino. El motivo, pues, de sorprenderle ahora en medio de una calle no era ya un duelo que no podría aceptar Gualterio, sino la resolución irrevocable de darle muerte a los ojos de su querida. Los ocho vasallos iban armados de espada y daga; todos conocían personalmente al del Ciervo, y recibieron la orden de arrojarse a la vez sobre el mismo, y de poner fin a su vida en aquel sitio. Los cálculos falláronse en parte, ya por equivocarse en cuanto al valor del paladín, ya porque, incapaz de un amor ardiente y verdadero, no comprendía hasta qué punto es temible quien defiende a su amada y pelea delante de ella.

Todos los vasallos cayeron sobre el hijo de Romualdo, y todos acreditaron, con dolorosas señales, la proximidad en que del mismo habían estado. Rehechos, sin embargo, a la voz de su señor, por segunda vez hubo de sufrir el cruzado su choque, y entonces se encarnizó la pelea de tal modo que no es dado concebirlo, tanto menos cuanto la oscuridad de la noche ocultó la mayor parte de sus lances, y el furor del viento no dejaba percibir con claridad los golpes de las espadas. Por las chispas que de ellas saltaban, deducíase el furor con que eran vibradas; y cierto ruido entre blando y sonoro que de tanto en tanto se sentía, indicaba el último vaivén de algún combatiente, cuyo cuerpo, cubierto de hierro de los pies a la cabeza, retumbaba confusamente al dar contra el suelo de la calle. No era posible saber a cuál bando pertenecían los que iban falleciendo; pero resonaban las voces de Gerardo y de Gualterio, y la ira de todos se encendía más y más al escuchar los gritos de guerra de ambos caudillos.

-¡Sigue! -exclamaba, de cuando en cuando, Ribelles, para tranquilizar a su amigo en orden a Matilde, no se distrajera, temiendo por ella, del combate.

No puede decirse si los amigos de Monsonís se herían unos a otros, y si eran dirigidos por éstos cuantas estocadas se desplomaban sobre los vasallos de Gerardo, tanta era la oscuridad, tal el ruido de las armas y de los truenos. En la turbación de su ánimo y en la ceguera, hija del furor que le agitaba, acordose el cruzado de su querido Vilamala; y cual si entusiasmo de diversa especie hubiera encendido de pronto su mente.

-¡Oh, querida sombra de Vilamala! -exclamó a voz en grito- Ya que no pudo ejecutarse mi venganza en el lugar por ti elegido, dirige mi brazo para que se cumpla.

Y como si la evocada fantasma abriera el cielo para socorrer a su amigo, el rayo alumbró por un instante la atmósfera, y viose a Gualterio que teniendo la espada en alto apretada con ambas manos, la precipitó contra su contrario puesto al frente; y roto el yelmo, penetrole el cráneo, y le dividió toda la cabeza.

El gemido del falleciente rival se perdió entre los silbidos del aire, y el estruendo de su caída fue sofocado por la espantosa detonación del

inmediato trueno. Quedaron como heridos por la chispa eléctrica los amigos del vencedor; detúvose en alto el armado brazo del feroz ismaelita; helose la sangre en el corazón de las horrorizadas doncellas, huyeron sobrecogidos de espanto los tres vasallos y como por mágico poder del espíritu de las venganzas, quedó finida la pelea.

La última escena fue seguida del más pavoroso silencio; y el relámpago sucesivo sorprendió a los dos grupos cual los había dejado el rayo precedente.

-No tenemos contra quien dirigir las armas -exclamó Gualterio, lleno de orgullo; y envainando el acero voló a estrechar a Matilde entre sus brazos.

-Corramos -dijo Ribelles-; ahí yace nuestro amigo Gastón de Comes; llevémosle con nosotros, y volemós a la casa de Monsonís, antes de tropezar con otro riesgo.

Y en el momento, arrancando la espada de Gerardo, y conduciendo con harta pena el cuerpo del herido hermano de armas, encaminose hacia la casa ya nombrada.

-Llevalle allá -dijo Gualterio-; llevad la despedida a mi padre; yo vuelvo a la playa, y huyo de estos lugares funestos para mí y para Matilde. No obstante, un poder irresistible le hacía dirigirse hacia la morada de Romualdo. Allí quería llegar la heredera la escena de horrores que había presenciado trastornó su corazón, y antes de dar el último paso érale fuerza tranquilizarlo, y disponerse para los nuevos riesgos. Gualterio sentía una imperiosa necesidad de ver al autor de su vida, de recibir su bendición y su permiso; y dejose guiar hacia aquella casa en donde esperaba serenar su confusa y agitadamente. Su paso iba haciéndose tardo sin atinar la causa ni ser observado por sus compañeros; mas al fin llegaron al sitio apetecido, y corrieron al anciano inconsolable con la ausencia de sus dos hijos.

-¡Padre mío! -exclama Gualterio.

Y en el instante de ir a presentarle la espada de Gerardo, y recibir su bendición, cae repentinamente al suelo, todo bañado en sangre.

Un grito general resuena en la estancia, y es seguido por otro más espantoso. Arrójala Matilde al observar su blanco velo teñido en la sangre sobre él vertida por su amante al abrazarla, que hasta entonces no permitieron distinguir las tinieblas. Extendidos los brazos, derramando el alma por los ojos, enarcadas las cejas, abierta la boca, cual suele pintarse al horror mezclado de espanto, dirígese hacia el yaciente caballero, y cae a su lado en situación al parecer tan digna de lástima como la del mancebo. Sin embargo, no es, ni con mucho, tan peligrosa. Tres veces el puñal de los asesinos se había introducido por la coraza y penetrado en el pecho del caballero: el ardor del combate y la efervescencia de su espíritu no le dejaron advertido; mas el fresco de la noche y la calma que a la agitación sucediera, hicieronle sentir algunos dolores, y la debilidad que iba acabando aprisa con sus fuerzas.

Durante el camino notó Gualterio cierta desazón incomprensible, convertida presto en desaliento, y que mal de su grado le obligaba a refrenar el paso y a seguir con pena la marcha de sus amigos. Enseñárale la experiencia a distinguir de cualquier otro el dolor y el desfallecimiento producido por las heridas; mas el de esta vez iba mezclado de tanta agitación en el

ánimo, de tanto trastorno en las ideas, que el guerrero no acertaba con la causa de su inquietud dolorosa. Era cual una enfermedad desconocida que burla todas las conjeturas, hace claudicar todos los principios y engaña todos los cálculos de los sorprendidos discípulos de Esculapio. Estando ya cerca de la casa de su padre, creyó percibir cierta humedad caliente que discurría por el exterior de su cuerpo, y aplicada la mano hacia la parte donde el dolor le mortificaba, ya no pudo vacilar en orden al origen de su abatimiento. Calló; no obstante, con la esperanza de que fuera cosa de leve cuidado y susceptible de fácil remedio: sólo su valor y esta resolución le reconfortaron para subir la escalera; mas cuanto se acercaba a la morada de Romualdo, otro tanto sentía correr sobre el rostro el frío sudor propio ya de la agonía, y por todo su cuerpo el raudal de sangre que saltaba a borbotones a cada uno de sus movimientos. Así, rendido y lánguido, cayó entre sus amigos, quienes al descubrirle el semblante vieron las claras e inexplicables señales de la muerte, que cual sombras de triste e infalible agüero vagaban sobre los ojos y los labios.

Fue desarmado y conducido al lecho sin sentir la vida ni las angustias el expirar afanoso. Aún existía Gualterio y el pomo de Damasco que le volvió en sí después del combate con Abil-Zara, hízole esta vez alzar los párpados, y reconocer su verdadera situación y las personas de su contorno. Apoyado en el hombro de Casilda penetraba entonces en la sala el afligido anciano, vertiendo lágrimas acerbas, y levantando los ojos al cielo como para pedirle la conservación de su hijo.

-¡Vuestra bendición, oh padre mío! -exclamó el mozo al verle-: ése es el único bálsamo capaz de hacer menos crueles mis heridas. Dádmela, dádmela antes que no pueda yo recibirla.

-Sí, hijo; en el nombre del Eterno te bendice tu padre que te ama y quiere estrecharte entre sus brazos -dijo el padre-.

Y desprendiéndose de Casilda, arrojose sobre el lecho, apretó entre sus manos la cabeza del cruzado, y dio en su rostro un beso tan afectuoso y tierno que hubo de trastornar toda el alma del doliente. Ocupada la doncella con su padre y los demás con el caballero, nadie se hubiera acordado de Matilde a no estar el agareno, quien dejado el pomo de su bálsamo en manos de Ribelles, tornó al salón, y levantó del suelo a la heredera. Mirole ésta de hito en hito, reconociole con minuciosidad, tentó su cuerpo; y, de golpe, expresando una ligera sonrisa, con dulce acento le dijo:

-¡Ah! Ya sé quién eres; tú también le has visto; ha muerto hace tiempo, ¿se sabe en dónde fueron sepultados sus restos?

-No ha muerto ni lo permita Alá -gritó el paje, acompañando su dicho con ademán negativo-: Venid; todavía podréis dirigirle alguna palabra de consuelo, y oír las suyas.

-No le hablará mi labio -repuso Matilde en el mismo tono-; pero llévame allá, sí, deseo verle.

No entendía Ismael la súbita y extraordinaria mudanza de la señora; mas sin detenerse en formar cálculos, cogiéndole la mano dirigióse aprisa hacia la habitación de su señor.

Vuelto éste del desmayo, su primer pensamiento fue de Matilde; mas al querer llamarla, vio a su padre; y la naturaleza usurpó los derechos del corazón: satisfecha aquella necesidad dulce, iba a preguntar por su

querida en el momento en que, acompañada del paje, se acercaba a su lecho.

-¡Matilde! -exclamó con voz amorosa y tendiendo los brazos hacia ella. Pero la virgen, sin hacer el más leve movimiento, miró de fijo el rostro de su amante, sin mostrar pena, amor, odio ni afecto alguno; y hablando luego con su guía le dijo:

-Tú me has engañado: yo no te preguntaba por ese hombre.

-¡Dios eterno! -exclamó Monsonís con penetrante grito-. No me conoce; su mente está trastornada ¡Matilde!

Pero Matilde nada contestaba, ni al parecer oía las voces del caballero. Cerráronse los ojos de éste, y prorrumpió en desesperado llanto; deslizose por el rostro de Ismael una sola lágrima, la primera que derramaba en su vida; y tentándose los párpados humedecidos, pasmole el encontrarse sensible. La doncella de Sangumí fue conducida al lecho en donde pasó la noche entregada a un delirio tranquilo, hijo del absoluto trastorno de su juicio. La vista de la amada en aquel infeliz estado acreció en gran manera los males del paladín, quien no pudo dudar del próximo fin de sus días.

El padre Armando consoló su corazón; oyó las penas de su alma, y su dulce lenguaje fue bastante a calmarle la desesperada tristeza. Mas recio golpe no podía caer sobre el alma de Gualterio; todos los pasados males huyeron de su memoria, olvidósele el riesgo de su vida para llorar únicamente sobre la postrera desdicha que le enviaban los cielos.

-¿Cuál otra desgracia podrá afligirme? -preguntaba a su confesor-. Después de once años de combates; de tantos pesares, de una continua lucha con los hombres y con los elementos, cuando creí tocar la felicidad, soy víctima de una traición, muero herido por el puñal de un asesino; dejo a Matilde sin amparo, expuesta a la venganza y a la tiranía; y, para colmo, de todas mis desventuras, ved, oh padre, ese estado, ese estado cruel en que la dejo.

-Es para ella un bien inestimable -observó el religioso-. ¡Cuántos quebrantos le ahorra ese trastorno de sus potencias! El dolor de vuestra muerte hubiérale causado la suya; y éste era un mal de poca importancia si la pusiera a cubierto de los que le amagaban en los restantes días de su vida. Esa desgracia, al menos, le hará insensible a vuestra pérdida y al atroz padecer por las memorias que de vos le quedan. Sus enemigos sólo viéndola de tal suerte pudieran dejarla tranquila; y he aquí otra consideración capaz de sosegar vuestro espíritu. El ansia de poseer a Matilde de Sangumí, hermosa, joven, llena de vida y de entusiasmo, les hizo cometer todos los delitos, prescindiendo de Dios y de los hombres; mas una mujer que toca al sepulcro, fuera de sí, sin entusiasmo, sin pasiones, sin prestigio, sin deseos, indiferente para todo, no llamará su atención ni les instigará a traerle nuevos quebrantos. Vuestro padre lo será suyo; Casilda la amará cual una hermana; separada ella del mundo por medio de ese enajenamiento, ha dado fin a todos sus males, y cuando le llegue su hora, cerrará los ojos con la misma serenidad cual para conciliar el sueño. Si deseáis que acabe su vida en el monasterio de San Pedro, yo os prometo...

-No, padre mío -interrumpió Gualterio-: le fue odioso aquel encierro, y si un día al recobrar la perdida razón se encontrara dentro de semejante

recinto, creyéndose abandonada al furor de los tiranos, maldeciría a toda mi familia. ¡Con qué dolor, oh padre mío, recordaría mi muerte y los últimos sucesos de mi vida! No, no; quédese aquí mismo; conserven su preciosa existencia mi padre y mi hermana; procuren volverla a su estado primitivo: en él consolará sus penas, y, aun podrán los tres juntos derramar una lágrima de verdadera ternura a la memoria de Gualterio.

-Si, sí -continuó el monje-; vuestra voluntad será fielmente cumplida. Matilde pasará su vida en esta casa, y si un tiempo vuelve en su acuerdo yo le referiré vuestras últimas palabras; de mi boca oirá vuestros últimos deseos, vuestros últimos pensamientos dirigidos sólo a su ventura.

-Tenéis razón -atajole Monsonís, llorando tiernamente-, tenéis razón; a su ventura, sí, decídselo; padre. ¡Con qué placer seréis escuchado y cómo bendecirá vuestras palabras! Tomad: dadle también esta cadena. Siendo todavía muy niño me la prometió su madre para época de armarme caballero; y Matilde, que cuando me fue conferida la orden era ya huérfana, cumplió con la voluntad de la autora de sus días; decorando con ella mi cuello, en presencia de los amigos de entrambas familias. Con esto tendrá una memoria mía y de su madre; decidle que la conserve, que siempre la lleve puesta, y que respete en ella un testigo de todos mis trabajos y de todos nuestros mutuos juramentos. Llamad, os ruego, a mi padre y a Casilda, quiero despedirme de ellos; y aunque no dudo de vuestras promesas, séame lícito encargarles lo mismo, una y cien veces. ¡Es tan dulce paraste corazón ocuparse de Matilde en sus postreros instantes, pronunciar todavía su nombre, repetir mil veces cuanto pueda agradarla, cuanto sea capaz de recordarle un día lo mucho que yo la amaba! Id, padre, id aprisa, no me falte tiempo de recibir la bendición postrera de quien me dio la vida. Salió presto el monje; y llamando a Romualdo, a su hija y a los amigos, los guió a la estancia del caballero.

Mas, ¡ah! Esperó hartos días a reclamar la presencia de la familia y de los amigos. Todos le vieron expirar al acercarse al lecho; su vida se extinguió con la última gota de sangre, y se extinguió dulcemente, no después de lucha afanosa ni sofocante agonía. Sus labios; ya amarillentos y fríos, conservaban todavía el último movimiento con que llamaron a Matilde, y pudiera asegurarse que después de muerto Gualterio profiriendo con blando murmullo el nombre mismo. Ismael, cogidas las manos del cadáver, las besaba con frenética priesa, volviendo una mirada en torno, como para asegurarse de que no era observado, dio un ósculo a sus mejillas, y salió del aposento, desesperado y furioso.

El afligido Ribelles hubo de encargarse de la familia, y prodigarle los consuelos que había menester para sí propio; y el abad, vuelto a la estancia del caballero, pasó toda la noche cerca del cadáver, rogando la bienaventuranza para el mal afortunado joven: el ismaelita, cubierta su cabeza con el chal del desierto, estuvo en pie al lado de su amo hasta la siguiente mañana. No parecía muy oportuna en tales circunstancias la concurrencia de un musulmán con el abad en un sitio mismo; pero el monje, piadoso sin fanatismo, cristiano, sin ser intolerante, respetó el sentimiento del mozo, dirigiéndole tal vez algunas palabras de consuelo. No quiso la suerte que amargo quebranto diese fin a la vida de Romualdo y de Casilda, antes las reservó para llorar muchos años la temprana muerte del doncel querido. Matilde, considerada como una persona de la familia,

pasaba los días en la misma estupidez y demencia producidas por el aspecto de su ensangrentado amante; y libre de pesares e indiferente a los gustos, olvidada de lo pasado, y sin curarse del porvenir, vivía sólo para el momento, cual si el alma hubiera abandonado aquel falleciente cuerpo.

A la siguiente mañana divulgose en la capital la refriega de la transcurrida noche; y entendidos los resultados de ella, fácil fue adivinar su causa y sus pormenores. El conde, en honor del difunto caballero, lejos de hacer averiguación alguna, declaró que nadie fuera osado a revelarles los nombres de cuantos tuvieron parte en la desdichada aventura. Esta generosidad pudo ser efecto del ansia de reparar la apatía e indiferencia con que mirara la suerte de los dos amantes, no obstante de haberles prometido su apoyo. Ningún paso, ninguna gestión acreditó su deseo de hacerlos felices, y hubo de juzgarse que, imponiéndose a sí mismo un castigo, se despojaba del derecho de perseguir a los auxiliadores del joven, cuyo carácter fue bastante osado a desobedecer las órdenes del príncipe. Estamos lejos de querer indicar el motivo de la conducta de don Ramón, y nos conformamos, estimándolas muy razonables, con las conjeturas que en vista de los hechos formó el público de Barcelona.

Con solemne pompa fueron trasladados los restos del paladín al castillo de Monsonís, y en él se encerraron Matilde, Romualdo y su hija. Más de una vez les honró el soberano con sus visitas, y viósele no pocas consagrar una lágrima a la memoria del valiente doncel y al triste estado de la heredera. ¡Tardío tributo de amor o de lástima, incapaz de endulzar la cruda suerte del que ya no existe, e impotente a retornarle la vida! ¿Quién es aquella mujer cadavérica cubierta con blanco ropaje y sostenida en su vacilante paso por un joven mancebo en cuyo rostro ha marcado el dolor indelebles surcos? El recio y frío viento de las montañas hace flotar los anchos pliegues de sus vestidos; con pie tembloroso y deteniéndose de tiempo en tiempo, va ganando la altura sobre la cual descuella el castillo de Monsonís y el último rayo de sol poniente alumbraba la senda por do caminan. Tal vez bajo sus pies suena el murmullo de las hojas que, arrebatadas del árbol por las ventiscas de otoño, ruedan envueltas en polvo y descienden hasta el arroyo que lame el cimiento de la colina. Parece ella un espectro salido por un instante de la mansión del sepulcro para mirar otra vez el rostro de la naturaleza; y tomárase a su compañero por un caduco anciano que con trabajo arrastra su desmoronado cuerpo hacia la tumba. ¡Ah!, apenas han visto el universo, apenas contemplaron los ojos el hermoso aspecto de la creación, apenas han nacido y respirado, y ya la muerte ataja sus pasos, alarga tras ellos una mano descarnada, está para asir sus cuerpos y arrebatarlos al triste imperio cuyo cetro empuña. No huyen de su poder, no aceleran el camino para evitarla; al contrario, en cada pausa confían ser sorprendidos, y admíranse de poder avanzar aún más en su trémula carrera. Sin hablarse, sin pensar en la vida que su juventud debiera prometerles; sólo de cuando en cuando se dirigen una mirada, advirtiéndose en las del hombre más compasión y más ternura; en las de la mujer, más conformidad, más costumbre de padecer sin lamentarse: al través de aquellos afectos brillan en las del hombre el valor, la osadía y el ciego arrojo; la dulzura, la bondad, el amor dejan entrever su influjo en las de la mujer. Todos los habitantes de la inmediata aldea se detienen al encontrarles; todos les

contemplan con dolor, suspiran, vierten una lágrima.

-Vedles -exclaman-: su vida va tocando al fin que los pesares la han señalado, y ellos mismos parecen anhelar la llegada del postrer momento. Todas las gentes del contorno los aman, les compadecen, les respetan; todos les desean la ventura y la existencia; ellos solos se muestran indiferentes a todos menos al placer de hallarse juntos.

¿Quiénes son, pues, los dos seres que despiertan tales afectos en el corazón ajeno? ¡Cuán difícilmente se reconociera en ellos al paje y a la prometida esposa de Gualterio! Sin embargo, ésa es Matilde; Ismael es su compañero. La virgen de Sangumí ha recobrado su juicio; mas no llora, no se plañe; el dolor concentrado en su alma la tiene aletargada, y no le deja el triste consuelo de que aparezca en los ojos. Ismael ha seguido los pasos del caballero desde Asia, Ismael recogió su último suspiro; Ismael ha hecho la entrega de la cadena depositada por el moribundo, en manos del padre Armando; e Ismael era, sin duda, la persona que a excepción de la doncella, amaba con más ternura al hijo de Romualdo. Estas relaciones, estos puntos de contacto, han establecido entre ambos una correspondencia íntima, indefinible, pero bastante a salvar la distancia de las clases y la diferencia de condiciones, a igualarlos en el dolor, en los recuerdos, en el deseo de acabar la vida. El sarraceno hubiera puesto fin a ella por su mano, y tal era el consejo que repetidas veces dio a su señora; mas ésta, resuelta a no lidiar contra el querer del cielo, esperaba tranquila su llegada, contentándose con pedirla fervorosamente a cada instante. Su conducta en los últimos días de la vida de Gualterio exigía una expiación; y por tal estimó el sufrir sin desesperarse, y aguardar con resignación la hora en que Dios pluguiera llamarla a otra morada.

Esta hora se acercaba. No más podía ya la debilidad de la virgen resistir a tantos y tan recios combates; pesaba sobre su cabeza una carga que al fin debía hacerla encorvarse para más nunca alzar la frente: el alma sostenía aquel cuerpo desfallecido y próximo a ceder a los continuos golpes de una consunción lenta. Su muerte no será causada por un acceso de pesares; no se anunciará con algún síntoma visible y alarmante, no; el germen va creciendo ya de muchos años, y ha de llegar al punto en que repentinamente extinga su vida; así el manantial cuyo curso fue abundoso durante las lluvias del invierno, va menguando las aguas a los ardores del verano, fluye un miserable raudal, y por fin se seca en el momento de arrojar la última gota que conservaba. Ya no podía ayudar Ismael sus trémulos pasos: sus fuerzas debilitadas hasta lo sumo bastaban apenas a conducirlo a él mismo; y Matilde, imposibilitada de salir al campo, hubo de encerrarse en el castillo para ver el continuo llanto de Romualdo y de Casilda.

Algunos días corrieron de esta suerte, y al amanecer cada uno de ellos sorprendíase la heredera de no haber expirado en la transcurrida noche. Desde la ventana adonde la trasladaban los criados, despedíase todas las tardes de la naturaleza, cual si forzosamente debiera aquel sol ser el último que la alumbrase. Los restos de Gualterio habían sido depositados en la capilla de un antiguo castillo inmediato al de Monsonís: sólo un jardín los separaba, y por entonces, dejado en absoluto abandono, yacían sus adornos ocultos bajo las frondosas yerbas que sustituyeron las raras producciones hacinadas allí a costa de infinitos trabajos y crecidos

dispendios. Sólo el agua, indiferente a tanta mudanza, hacía sentir entre las ruinas el mismo murmullo que tantas veces embelesara los oídos de Matilde y de Gualterio en tiempos más dichosos. Insensible ahora a la muerte de éste y a las desgracias de la otra, salpicaba los bordes de la fuente, esparciendo el vigor y la frescura en el desierto recinto.

Tras un día placentero ocultose el sol en las ondas, enrojeciéndose en su marcha las sencillas nubes, que a manera de brillante ropaje decoraban la puerta por do saliera al otro hemisferio, el leve soplo de fresco céfiro murmuraba blanda despedida al astro esplendoroso; y los últimos cimbreos de las ramas de los árboles parecían saludarle en su marcha. Matilde, desde la habitación, contemplaba aquella interesante escena, y la ternura hizo lo que el dolor nunca consiguiera: asomó en sus ojos una lágrima, una, fría y sola, pero bastante a indicar que la naturaleza no le había negado para siempre aquel consuelo. Agradeció la virgen este pequeño desahogo, e hizo para convertirlo en un bien duradero. En vano, en vano recorría todos los pesares de su vida para excitarse al llanto; tales recuerdos eran asaz poderosos a estremecerla, a hacer latir su corazón; mas no a traer el lloro apetecido. Ismael sentado cerca de ella y lleno de asombro, reconocía apenas a la Húr del paraíso cuya mano le puso en el monasterio de San Pedro la cadena que aún ahora brillaba en su pecho. -Nosotros debemos morir en breve -le dijo la heredera-; los dos vamos a acabar nuestros tormentos, y antes que esta hora llegue, mi corazón siente un deseo para cuya satisfacción tú sólo eres capaz de ayudarme. Quiero despedirme de las cenizas de Gualterio; y su paje ha de sostener mi languidez hasta tocar la tumba.

-Sí -contestó Ismael-; también mi pecho tiene ese mismo anhelo, y los dos juntos lo cumpliremos, o nuestra vida llegará a su término mientras vayamos a ejecutarlo. Mis pocas fuerzas darán auxilio a vuestra debilidad, y la resolución y vuestro espíritu aliento a mis últimos esfuerzos.

-¡Ah!, no es ya mi espíritu como tú lo conociste -observó tristemente la virgen-. También ha desaparecido su entusiasmo, porque ardió con sobrada viveza, devorando en un día el pábulo que debía mantenerle algunos años; mas no importa, iremos en aquella hora, cuando todas las gentes del castillo duermen en tranquilo sueño. Ven a esta sala, en ella te aguarda la esposa de tu señor, y la acompañarás a visitar por la vez postrera sus cenizas.

Matilde había formado la determinación irrevocable de unirse al que sólo amó en la vida; los consejos del padre Armando no fueron bastantes a variarla, ni sus consuelos la decidieron a soportar por más tiempo la existencia.

Después de dos horas de debates entre el padre espiritual y la penitente, venció la inflexibilidad de ésta; y el abad la bendijo, despidiéndose sin estar convencido de que verificase tan lúgubre proyecto. ¿Cómo pudiera su corazón ya helado darle una idea en los últimos destellos de un fuego que por tantos años inflamó el pecho de la doncella? No era pasajero el delirio de ésta, no; érase el resultado de muchos años de pesares; el íntimo convencimiento de que ni un día de paz le quedaba acá en la tierra. La muerte, sólo la muerte fuera capaz de terminar sus males; y la virgen corría en pos de ella, como tras de su postrer asilo. Lentas transcurrieron las horas para su impaciencia; mas, al fin, el paje, exacto

siempre, y deseoso de doblar una rodilla ante la tumba del caballero, estaba en su morada apenas el silencio anunció que todo el castillo gozaba de reposo.

Cubierta con el mismo traje con que saliera del monasterio en la terrible noche de su fuga, y llevando todavía en el velo las sangrientas manchas, sobre las cuales en los días del dolor había impreso mil veces sus fríos labios, salió la desgraciada joven del castillo, estrechamente unida a exánime sarraceno. Con dificultad hubiera cada uno de ellos atravesado el corto trecho: mas yendo juntos, unido el uno al otro, reducidos casi a un individuo, cuando el paso del sarraceno vacilaba, oponía Matilde todas sus fuerzas, y acudían al temblor de ésta los débiles restos de la intrepidez del mancebo. El blanco suelo, tapizado de hierba, no condolecía sus plantas, y el fresco aire nocturno alentaba su abatimiento. La titilante luz de las estrellas era la única guía de su camino; mas también a oscuras llegaron a la mansión del cadáver, porque el instinto del amor y del cariño reglaban su marcha. ¿Y cuál es el verdadero objeto que a lugar semejante los conduce? Quieren morir, se sienten próximos a este trance; su última suspiro pertenece a Gualterio, y es fuerza exhalarlo do este yace.

Han caído de rodillas en el pavimento al llegar al fatal sitio, y puestos uno a cada lado, descansando sus brazos sobre la helada piedra, prorrumpe la virgen en deshecho llanto, mientras los ojos del ismaelita giraban rápidos, cual en busca de alguna víctima. El velo teñido de sangre ha cubierto la mitad el sepulcro al humillarse ante él Matilde; y el paje, que mira ansioso aquellas manchas, siéntese dispuesto a tomar venganza en quien no sea la doncella de Sangumí. En el corazón de ésta hicieron revivir la hora, el lugar y los objetos una chispa de aquel entusiasmo, de aquel fuego que por tantos años ardieron en su espíritu. Así el océano tranquilo después de deshecha borrasca, alza todavía una ola que rueda mugiente sobre las aguas ya aplacadas, llega a la orilla, se estrella, despedaza el dique, ábrese ancho paso, y causa el postrer estrago.

-¡Oh tú, benéfica sombra de mi querido que vagas en estos lugares!
-exclama- Si eres sensible al dolor de un viviente; si puedes oír los ruegos de esta desventurada; escúchame una vez sola; atiende a mi súplica y recibe mi sacrificio. Vengo para morir al lado del esposo que me destinaron los cielos; he de expirar en el mismo sitio do él reposa. Sí, mi adorado Gualterio; aquí está Matilde, aquí postrada sobre tu sepulcro; los tormentos despedazaron su corazón, ya más no puede su alma sostenerla, y cual víctima fugitiva del ara, arrastra los días de una amargura, la más atroz que nunca martirizó a los nacidos. ¡Dios de piedad! No me dejes salir de este recinto; hiéreme aunque sea con uno de tus rayos; arráncame de este mundo donde he visto sólo la desgracia: yo vivía para mi esposo, yo me lisonjeaba con la esperanza de la felicidad; y a manera de sombra leve, mis sueños se desvanecieron. ¿Para qué estoy en la tierra? ¿A qué ofrecer a los ojos de las criaturas el triste aspecto de la miseria, de la desventura? Mi prestigio, la lozanía de mi juventud, mi belleza, todo ha desaparecido; y hasta mi espíritu, último resto de cuanto tenía, pugna por lanzarse fuera, y correr a otra mansión no tan angustiosa y trabajada. Ábrele tú la salida; él está puro, tu misericordia ha perdonado sus deslices, y éste es el momento propicio de hacerle libre. A ti, mi querido

Gualterio, invoco yo cual si vivieras; tú, que fuiste mi ángel tutelar acá abajo, socórreme también para huir a otra parte; desciende un solo instante, estrecha mi mano, arrebatame de la tierra, llévame contigo a los cielos; sea eterna nuestra unión como fueron para la eternidad nuestros juramentos.

Palidece el rostro de la doncella de una manera desusada; álzase el paje, tiende sus brazos a fin de que no caiga repentinamente al suelo; mas sus débiles fuerzas no bastan a soportar el leve peso, y la deja sobre el frío terreno de la capilla. Era en vano pedir socorro, y no lo hiciera tampoco el hijo de Asia: Matilde ha resuelto acabar allí su vida; y él, cuyo corazón aplaude este proyecto, no buscará estorbos a su cumplimiento: al contrario, arrodillase cerca de ella y tienta sus manos para saber si todavía existe: nota el calor de su conmovida sangre, y se atreve a llamarla.

-¡Ah! No me abandones -exclama la joven-: sólo un momento, y verás el fin de mis ansias; tú sabías el amor nuestro; tú presenciaste su muerte, y debes ser testigo de la mía. Gualterio me aguarda; él me había prometido hacerme feliz llevándome a otro mundo; me llama para el viaje, y yo le sigo gustosa: allí, allí, a su lado mora la dicha; allí vuelo a buscarla: no soy ya un objeto de compasión como hasta ahora; los mismos que han llorado sobre mis penas, envidiarán mi ventura. Si deseas todavía probarme que me estimabas cual a la esposa de tu señor, reúne tus últimas fuerzas para encerrarme en su tumba; nuestros cuerpos deben reposar juntos, ya que nuestras almas vuelan juntas también hasta los cielos.

Calló la virgen y en vano esperara el mancebo que profririera otra cosa. Entonces, entonces mismo, extinguida la engañosa chispa de vida que conservaba, expiró con la última palabra. Su muerte fue dulce; ni ella misma pudo fijar el punto en que se dejaba la existencia; entre el instante final de ésta y el primero de la muerte no supo conocer diferencia alguna. Su naturaleza, incapaz ya de luchar con la postrera herida, no sostuvo el doloroso combate de la agonía, ni fue agitado su pecho con la afanosa respiración del moribundo. Ismael creyola muerta, bajó su cabeza, y arrebatado de inocente ternura, de amor sencillo y puro, besó dos veces sus mejillas; el hielo que sintió en ellas hizo retroceder el ósculo tercero asomado ya en sus labios.

-¡Ha muerto! -exclamó el paje-: también murió Gualterio; ya nada me resta que hacer en el universo: mi venganza no puede alcanzar hasta el autor de tantas desdichas, ni mi brazo respondiera al intento mío.

Un rayo de pálida luna que, atravesando por los hierros de una alta reja, penetra entonces en la capilla, da de lleno sobre el rostro de la heredera: sus manos están juntas y colocadas sobre el pecho; sus ojos abiertos se dirigen hacia la bóveda del santuario; su fisonomía ha tomado la expresión del placer y del contento; y aquella celestial sonrisa, que fue uno de sus más lindos atractivos, quiere aparecer sobre los labios, para indicar cuán dulce y placentera es su muerte. Contéplala embelesado el hijo de Agar; y lleno de agitación y de coraje, pregunta a los cielos por qué la felicidad no llegó nunca a posarse en el corazón de aquel ángel. Cual poseído de frenético delirio, se lanza veloz hacia la puerta del templo, gira una mirada por el inconmensurable espacio, despídese de la quieta naturaleza, y entrando otra vez en la mansión de la muerte se

coloca entre Matilde y Gualterio, arranca con fuerza el puñal del cinto, y dos veces lo clava en su corazón que palpitaba entonces con arrebatada violencia. Cae Ismael al lado de su señora; y por un instante recobra la naturaleza sus derechos forzándole a exhalar un suspiro.

Por él se guió Casilda, que, en compañía de dos criados, iba en busca de su hermana y del paje. Expiró éste cuando la hija de Romualdo salvaba el umbral de la puerta; viola todavía, mas ni sus ojos pudieron conocerla, ni expresaron sus labios voz alguna.

-¡Infelices! -exclama la joven-. El cielo quiso escuchar tantas plegarias; vuestros quebrantos han terminado.

La luna acabó de pasar por delante de la ventana, y las tinieblas ocultaron aquel triste espectáculo a los ojos de la inconsolable doncella.

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo